



mi
destino
en
tus
manos

Laura Castro

*Mi destino
en tus
manos*

Laura Castro

Mi destino en tus manos

Primera edición: mayo, 2019

© Laura Castro, 2019

ISBN: 978-84-16618-35-4

IBIC: FR

Depósito legal: J-352-2019

Edición: Scarlett de Pablo

Corrección de estilo: Sofía Aguerre

Diseño de la cubierta: Cordexiz (www.cordexiz.com)

Fotografía de la cubierta: © La fragua de GuilleCC

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impresión: Masquelibros S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 93 272 04 47).

Índice

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Laura Castro](#)

Capítulo 1

Me crié en el seno de una familia acomodada. Cuando mi padre era joven, compró un camión y, con los años y mucho esfuerzo, consiguió que su negocio fuera aumentando. A día de hoy, tiene nueve sedes distribuidas por toda España y tres en el extranjero. La responsabilidad le hizo ser un hombre serio, frío y estricto, apenas estaba en casa y prácticamente la que nos crió fue nuestra madre, quien siempre estuvo pendiente de nuestras necesidades y de las de nuestro padre. Ella era nuestro apoyo en todo e intentaba llenar su vacío cuando él no estaba. Siempre la he considerado una mujer dulce, paciente, volcada con todos nosotros y con una sabiduría que nunca ha dejado de sorprenderme.

Soy la menor de cuatro hermanos, todos varones. Darío, el mayor, es abogado y montó su propio gabinete. Nuestras empresas le proporcionaban todos los casos jurídicos, pero conforme pasaba el tiempo fue dándose a conocer y consiguió una buena cartera de clientes. Hoy es uno de los abogados con más prestigio de nuestra ciudad.

Julio se inclinó más por la informática y es el encargado de toda la gestión de la empresa. Con los años, también ha conseguido colaborar con diversas entidades que precisan de programas adaptados a sus necesidades.

Álvaro estudió ingeniería mecánica y cursó módulos de electricidad. Obviamente, se encarga de toda la flota de camiones que nuestro padre tiene por toda España. Viaja mucho, aunque siempre aprende cosas nuevas. Es el amo del motor.

Yo fui la sorpresa. No me buscaron, pero cuando les dieron la noticia que venía una niña, toda la familia se alegró, sobre todo a mi madre. Mi nombre es Chloe y soy una enamorada de los volantes, de los motores y de las ruedas. Desde una simple bicicleta hasta unos patines, una moto, un coche o un camión.

Entre carreras y competiciones, hemos llenado entre todos unas grandes

estanterías en casa de copas y medallas que mi madre iba colocando con orgullo.

Éramos una familia estupenda, pero todo se truncó cuando me llegó la hora de salir con mis amigos. No solo tenía a mis padres para decirme a la hora que tenía que volver a casa y lo que podía o no podía hacer, sino que mis hermanos también estaban muy pendientes de mí. Había ocasiones en las que me ahogaban, no me dejaban disfrutar ni hacer lo que yo quería y, para salirme con la mía, lo hacía a escondidas. Entiendo que era por mi bien, pero a esa edad solemos creer que todo el mundo va en nuestra contra y por ello nos rebelamos. Solo el tiempo nos demuestra lo equivocados que estábamos. No se puede cambiar el pasado, solo hay que aprender de esos errores y no volver a cometerlos, y siempre decimos: «¿por qué no haría caso cuando me advirtieron?».

Capítulo 2

Mi relación con Pedro fue mi salvación. Era un buen muchacho, hijo de una familia acomodada, amigos de mis padres. Ambas familias estaban encantadas con nuestra relación. A mí me atraía físicamente, era un muchacho responsable, dulce y bastante guapete, pero no estaba enamorada; tan solo vi una oportunidad y la quise aprovechar.

Él siempre me recogía y me traía a casa, por lo que mis padres estaban tranquilos al saberme bien acompañada y bajaron la guardia. Mi plan estaba funcionando y comencé a disfrutar lo que tanto me habían prohibido: mi libertad para salir. Íbamos a todas las fiestas que hacían por los alrededores, bailábamos, fumábamos y bebíamos de todo lo que se presentaba hasta altas horas de la madrugada.

Pedro a lo primero me seguía y disfrutaba, pero él era más responsable que yo; él había cumplido los veinte y yo solo contaba con dieciséis. Me lo consentía más o menos todo porque estaba bastante colado por mí, esperando como persona razonable a que mi locura se apaciguara, pero no fue así, sino todo lo contrario: acentué mi rebeldía. Teníamos nuestros ratos de intimidad, pero para él nunca era suficiente.

En una de las fiestas a la que acudimos, Pedro me dijo:

—Chloe, quédate esta noche conmigo. Necesito saber que estamos bien.

—Vale, pero antes tengo que pasar a recoger una cosa que le encargue a José.

—Te esperare en la puerta, no tardes.

Sabía que Pedro observaba mis movimientos. Fui hasta José, que me entregó el pedido, me dirigí al baño para tomarme una pastilla de las que me había dado, me acerqué a la barra, donde me pedí una copa para calmar mi sed, y allí me encontré con Lucas y Alba, con los que entablé una conversación. Me había olvidado por completo de que alguien me estaba esperando. Pasado un buen rato, sentí una mano que me agarró fuerte de la

muñeca y me condujo hacia la calle.

—Pero ¿qué haces, Pedro? Me haces daño.

Una vez fuera del local y de las miradas de los allí presentes, comenzó a hablar.

—Estoy harto de esta situación, del comportamiento de niñaata que tienes, del tonto con los demás chicos. ¿Tú te has parado un momento a pensar en lo que estás haciendo esta noche? Te has olvidado de mí. Yo ya no se ni como tomármelo, Chloe.

—Yo... siento...

—¡No! Déjame hablar a mí. Estoy harto de que juegues conmigo y lo sabes perfectamente. Pensé que las cosas cambiarían con el tiempo, pero ya no aguanto más. Me estás haciendo daño, porque yo sí te quiero, Chloe, pero tengo mi límite y tú lo has superado con creces.

—De verdad que yo no...

—¿Que no qué, Chloe? ¿Que no me quieres? ¿Que te da asco cada vez que te toco a no ser que estés borracha? ¿Que soy tu taxista? ¿Que tus padres te dan más libertad desde que estás conmigo? ¡Eso ya lo sé! Me lo has demostrado todos los días. ¿Te crees que soy tonto? ¿Que no me doy cuenta de las cosas? ¡Qué ingenuo fui al pensar que cambiarías! Esto ha llegado a su fin, solo espero que encuentres lo que buscas. Adiós.

—¡Espera, Pedro, espera!

Pero no me escuchó y se fue. No insistí, sabía perfectamente que no le había tratado bien, que le había hecho daño y que él era buena persona, no se merecía mi desprecio. Era guapo y encontraría otra chica que sí lo quisiera. Pero me sentía bastante mal por lo ocurrido, quería olvidarme de todo y me adentré de nuevo en el local. De camino a la barra, vi que unos chicos estaban fumando algo y me acerqué. Entablamos una conversación y seguimos bebiendo. No recuerdo muy bien qué pasó después, solo que cuando desperté de lo que había pillado esa noche, estaba en la fiesta rodeada de brazos, piernas y cabezas, desnuda por completo, y lo peor es que no conocía a nadie de los allí presentes. Como pude, me arreglé y llamé a mi hermano:

—Darío, ¿puedes venir a recogerme? He discutido con Pedro y se fue sin mí. Cuando vengas te cuento lo que ha pasado.

En cuanto lo vi aparecer, me eché a llorar. Me sentía muy mal, tanto por lo de Pedro como por la resaca que tenía en ese momento.

—¿Qué ha pasado, Chloe?

—Discutimos, se enfadó, cortamos y se marchó. Reconozco que yo tengo la culpa. Tengo que pedirte dos favores; uno es que no me juzgues porque tengo mis motivos y el otro es que me cubras en casa y le digas a mamá que discutimos y Pedro me dejó en tu casa porque pillaba más cerca y he dormido con vosotros, ¡por favor! —le pedí entre sollozos.

No abrió la boca, sabía que no era el momento. Me conocía demasiado bien y en el estado que me encontraba lo mejor era dejarme que pelara la borrachera.

—Lo haré, pero espero una explicación.

Asentí. Sabía que lo haría. Él nunca me fallaba, aunque no estuviera de acuerdo con lo que hacía y me reprendiera por ello. Mis padres se lo creyeron todo, pero la vida no es todo de rosa y flores. Al mes de pasar la orgía o lo que fuera aquello, porque no me acordaba de nada, tuve un retraso; me había quedado embarazada. No me podía creer lo que me estaba ocurriendo, ¡embarazada! Pero ¿de quién? ¿De un desconocido? No tenía ni idea. Y lo peor de todo era mi edad, demasiado joven para plantearme siquiera el tener un hijo.

Pensé en todo lo que se me venía encima. ¿Qué tenía a favor? Nada. ¿Qué tenía en contra? Demasiadas cosas. En primer lugar, el enfrentamiento con mi padre; aceptar que él tenía razón cuando aseguraba que era una niñata consentida, que había hecho todo lo contrario a lo que siempre me habían inculcado y la desvergüenza por ni siquiera saber quién era el padre. Sabía que en frío y lleno de rabia me trataría como a una ramera y que me diría:

—¿No te da vergüenza ir acostándote con el primero que pase y no poder asegurar quién es el progenitor del bebé que esperas? ¿Eso es lo que has aprendido de todo lo que te he enseñado? ¿Dónde quedó tu decencia?

Otro factor que debía ocultar y del que tampoco debía enterarse era que todo aquello pasó porque estaba bajo los efectos del alcohol y las drogas. Por un momento, llegué a pensar que esa podría ser la solución: seguir tomando aquellas pastillas por si de esa manera abortaba sola. ¿Pero en qué clase de

monstruo me había convertido? También pensé en Pedro, en decirle que él era el padre. Mi desesperación me estaba llevando a pensamientos crueles y egoístas. Estaba al borde de la desesperación.

Por otro lado, criar un bebé, aunque sabía de sobra que tendría la ayuda de mi madre, se me antojaba imposible. No tenía nada que ofrecerle porque no estaba preparada para dar todo lo que necesitaba un bebé. Si ni siquiera era capaz de cuidar de mí misma, ¿cómo iba a poder hacerme cargo de él?

Mareada de darle tantas vueltas a mi nueva situación y sopesar los pros y los contras, me convencí de que lo que tenía que hacer era lo correcto por muy dura que fuera la decisión, no veía otra salida, tenía que asumir mi propio error. Había tocado fondo, un fondo muy negro y solitario. Haría lo que tenía que hacer sin ayuda de nadie, sin sermones sobre la vida loca que estaba llevando, sin que nadie me advirtiera de lo irresponsable de la situación que había creado y, lo más doloroso, sin oír los duros reproches de lo que es matar a tu propio hijo.

Busqué información sobre algún médico que hiciera este asesinato, pedí cita y acudí a ella. La sala de espera dejaba mucho que desear; era fría y austera, blanca como cualquier sala de hospital, lo que me ponía más nerviosa. No había nada donde poder entretener la mente y estaba empezando a ahogarme.

La puerta se abrió y salió una niña de apenas unos quince años ayudada por un muchacho no mucho mayor que ella. Mire a la chica y quedé atrapada en sus ojos; no pude descifrar lo que me querían decir, pero sí vi el dolor en ellos y lo tuve claro. Acto seguido, me llamó la enfermera para entrar a consulta. No pude dar el paso para entrar, pero sí para huir de aquel sitio horrible lo antes posible y volver a casa como alma que lleva el diablo. Me encerré en mi habitación y lloré como nunca. Mi madre no comprendía qué me estaba pasando. Preocupada y sin saber qué hacer, cansada de dar vueltas en el pasillo porque no le abría la puerta, cogió las llaves de repuesto y entró. Todos sabíamos dónde estaban esas llaves, pero siempre habíamos respetado el espacio de cada uno. A ella no le había quedado más remedio que usarlas. Cuando entró, me abracé a ella y me acunó como cuando era un bebé; lo agradecí con toda mi alma. No dijo ni una palabra, solo esperó a que yo sola me abriera a ella como tantas veces había hecho cuando me pasaba algo. Una

vez calmada, comencé con la explicación.

—No necesito que me regañes, por favor, solo necesito que me ayudes — fue lo único que pude decirle mientras la miraba a los ojos.

—Hija, siempre estaré a tu lado, para lo bueno y para lo malo —suspiró—. Cuéntame lo que te pasa. No puedo verte así.

Entre sollozos, empecé a relatarle lo poco que me acordaba de aquella noche. Ella fue escuchando sin reprocharme nada y lo agradecí.

—¿Qué es lo que quieres hacer y qué es lo que sientes? —me preguntó finalmente.

—Solo sé que no quiero matarlo, que es mío, aunque no haya venido de la mejor manera. No estoy preparada para ello, pero estarás a mi lado, ¿verdad, mamá?

Alcé la mirada y vi unos ojos llenos de lágrimas que transmitían pena, rabia y lo que más dolía: la decepción. No me gustó nada ver esa mirada en ella, entre lo mal que me sentía y lo que me transmitió mi madre, me hizo sentir la mujer más cruel del mundo.

—Tengo que asimilar lo que me estás contando —se sinceró—. Mi apoyo lo tienes, soy tu madre y siempre estaré contigo, pero estoy muy decepcionada. Tus actos de niña rebelde te están pasando factura y no de la mejor manera. Un hijo se tiene entre dos personas que se quieren. —Hizo una pausa y cerró los ojos—. Pero si has decidido tenerlo, seguiremos adelante. Dame tiempo para preparar a tu padre; un embarazo no se puede ocultar, pero las cosas se harán despacio y cuando sea el mejor momento.

Solo pude abrazarme a ella. El calor y la seguridad que me transmitía su abrazo me aliviaba. Me refugié en sus brazos hasta agotar mis lágrimas. Finalmente, me quedé dormida.

El destino hizo que abortara de modo natural. Fue un golpe inesperado que volvió a cambiar todos mis sentimientos de nuevo: me sentía vacía y culpable. Vacía porque ya no estaba en mi interior y culpable por haber pensado en matar un pedazo de mí de una y mil maneras, por no haber podido luchar por su vida, por no tener la oportunidad de aferrarlo a la mía, por no haber podido aprender a caminar juntos. Una herida enorme desgarraba mi corazón que, aun habiendo deseado que no naciera, lo sentía ya como mío. Mi madre dijo en

casa que me había dado una pequeña hemorragia a causa de un pólipo y todo fue creíble. Ese fue nuestro secreto.

Todo acto en la vida te hace ir creciendo y madurando como persona; este fue mi momento. Con mi madre comencé a hablar de todo lo que sentía, de lo atada que estaba y que creía que eso fue lo que me había vuelto así de irresponsable. No me podían tener en una jaula metida porque cuando me soltaban me ponía loca ante la libertad de esas horas. Ella comprendió lo que quería decir y poco a poco fue convenciendo a mi padre para que me diera un poco más de libertad, como cualquier muchacha de mi edad, y fui responsabilizándome más de mis actos.

Fue pasando el tiempo, me centré en los estudios que iba sacando con mucho esfuerzo; no me gustaba la carrera que había elegido, pero era necesaria para manejar la empresa familiar y el esfuerzo se vio gratificado con buena nota.

Aproveché para sacarme todos los carnets, cada uno con la edad correspondiente. Asistí a muchas fiestas, pero ya me las tomaba con más moderación y dejé de lado las malas influencias y los malos hábitos. A raíz de aquella noche, no estuve con ningún chico más, tenía claro que solo estaría con alguien que me gustara de verdad.

Entonces llegó Iván. Era un chico que conocí en segundo de carrera, bastante alto, moreno de pelo y piel, cuerpo atlético, espaldas anchas y musculosas. Siempre estaba bien peinado y su olor era dulce. A decir verdad, era el típico guapetón de la clase que tenía a todas la féminas enamoradas, y yo no era una excepción. Coincidíamos en varias clases y mis ojos no podían parar de mirarlo. En un principio, nuestro trato se reducía al saludo. Lo normal de dos conocidos que apenas han hablado y que solo se conocen de clase. Poco a poco, fuimos coincidiendo en las tascas y pubs de la ciudad y, como ya nos conocíamos de vista, no tardamos en entablar breves conversaciones en cada encuentro.

En las clases comenzamos a sentarnos juntos y así fuimos formando una amistad. A pesar de que me sentía atraída por él, trataba de disimularlo. Solo quería ser su amiga. No buscaba nada más porque me sentía muy a gusto en su compañía; me daba tranquilidad y con eso me bastaba. Al parecer, él también

se sentía cómodo y la amistad se fue afianzando. El poder estar con una chica sin que se le tirase al cuello parecía reconfortarlo. Nos compenetrábamos muy bien. Con el paso de los días, nos íbamos contando secretillos tontos hasta que llegaron los verdaderos. Fue una mañana de declaraciones y mi suerte fue que él empezó primero.

—He notado que al principio me mirabas con ojos de querer comerme. No sé hasta qué punto estás loca por mí, pero debo decirte algo: no creo que sea la pareja que estás buscando exactamente. Todas las personas ocultamos algo y yo intento hacerlo lo mejor que puedo con lo mío. No dudo de que seríamos una buena pareja, pero mis gustos son diferentes.

—No te gustan las chicas —afirmé.

—Desearía que siguiera siendo mi secreto.

—Mi boca está sellada. Puedes estar seguro de ello. La primera vez que te vi, me gustaste, pero el tema de los chicos lo tengo apartado de momento.

—¿Qué te ha pasado para pensar así?

—Viví una situación complicada que marcó mi vida. No me apetece hablar de ello. Creo que no estoy preparada. Pero, oye, hacemos buena pareja, ¿no crees?

—Ya lo creo. Un chico que huye de las chicas y una chica que huye de los chicos. Sin duda, el destino ha intervenido ante nuestro encuentro.

Cada día que pasaba iba descubriendo que bajo la fachada de chico serio y recto que aparentaba ser, se escondía un Iván sonriente, entrañable, cariñoso y dulce que solo mostraba cuando estábamos solos. También fueron empezando las charlas sobre nuestros gustos en los hombres, que resultó ser muy parecido. Otro descubrimiento fue su fabuloso don para los estilismos. Teníamos demasiadas cosas en común, como los gustos por los motores. Ambos habíamos soñado con estar en ese mundo, nos llamaba mucho la atención. Me imaginé a los dos conduciendo un tráiler de los de mi padre y comiendo en los bares de carretera donde solo paran los camioneros. ¡Uf, madre mía! Solo de pensarlo me da la risa.

Llegó el día de la graduación. El final de carrera, de un gran camino de estudios, estrés y también diversión. Todos vestidos de gala al lado de nuestros familiares, que se sentían orgullosos, al igual que nosotros. Mis

padres ya conocían a Iván y estaban contentos con la amistad que tenía con él, aunque ellos pensaban que era algo más. Nunca lo negué, nunca confesé nuestro secreto. Al ir siempre con él, ellos estaban más tranquilos y yo me sentía más protegida.

Cuando acabó la ceremonia, mis padres invitaron a la familia de Iván a que nos acompañaran todos a comer a su restaurante preferido, en el que mi padre tenía acciones y donde comían todos los camioneros de nuestras flotas.

Disfrutamos de una comida exquisita, de la bebida y la buena conversación. Los padres de Iván eran un encanto y cayeron muy bien a mis padres. Hablamos de todo y salió a relucir que en nuestras oficinas podíamos hacer las prácticas y con suerte nos contratarían por una larga temporada. Todos nos echamos a reír, sabíamos que yo me quedaría de por vida, pero los padres de Iván lo agradecieron porque, en los tiempos de crisis que teníamos, era una suerte encontrar trabajo nada más acabar la carrera. El saber que íbamos a estar juntos trabajando nos alegró aún más la noche.

Acabada la cena, nos reunimos con nuestros compañeros de carrera en una discoteca y allí seguimos con nuestra fiesta. Hablamos con todos los de la promoción, bailamos hasta no poder más y bebimos con moderación, y se puede decir que ligamos tanto Iván como yo. Él quiso aprovechar la oportunidad y se perdió con su ligue, pero yo no estaba tan lanzada, quería las cosas con calma y a este muchacho le cantaba la boca a alcohol, así que cuando vi la oportunidad de darle esquinazo y presentarle a otra que sí quería marcha, lo hice, de ese modo no quedaba como una estrecha y él obtenía lo que quería. Me uní a mi grupo donde bailamos hasta el amanecer.

Capítulo 3

Comenzar un nuevo trabajo es para estar nervioso, pero en mi caso era peor porque eran mis empresas, eran mis empleados y era mi responsabilidad. Mi padre nos presentó como los nuevos becarios de prácticas, aunque la gran mayoría sabía que yo era su hija. Nos hizo de guía, nos enseñó las oficinas, la cafetería, nos llevó a las plataformas donde cargaban y descargaban los camiones y nos presentó a algunos de los camioneros que se encontraban en ese momento. Estábamos felices, aunque nerviosos por ser el primer día. Sabíamos que teníamos que ser responsables de nuestro trabajo; allí se movían grandes cantidades de mercancía y dinero, no podíamos cometer fallos. Nos asignaron dos oficinas contiguas que estaban separadas por cristaleras, así nos veríamos todo el día y si alguno necesitaba ayuda, solo tendría que guiñar el ojo.

Al principio nos daban lo más fácil para que fuéramos tomando práctica, y con el tiempo nos fueron pasando facturación, controlar las entradas y las salidas de la mercancía (eso nos gustaba mucho a los dos). O bien teníamos que entregar las facturas nosotros en la central de salidas a los camioneros o entraban ellos a recogerlas. Cuando veían que tenían un poco de tiempo para contarnos las hazañas vividas en sus viajes, nos las contaban. Estaban encantados con nuestras caras de emoción, que los animaban a seguir hasta que el tiempo los apremiaba y tenían que salir corriendo. Estábamos convencidos de que algún día haríamos una ruta.

Pasaron los meses y nuestro trabajo fue recompensado; primero obtuvimos el reconocimiento de papá y, poco después, el de los compañeros. Aunque no voy a negar que me costó trabajo que me trataran de igual y no como a la hija del jefe.

Una mañana, papá vino algo enfadado y se metió en su oficina con un buen portazo. Comprendí que algo no iba bien y, cuando transcurrió un rato, decidí ir a ver qué estaba pasando. Entré sin llamar, la respuesta fue una mirada

cargada de ira, pero al ver que era yo, hizo un gesto con la mano para que me fuera. Como no lo hice, siguió hablando por teléfono. Me senté y esperé a que acabara. Escuché la conversación a medias, no lo pude evitar. Por lo que oí, se trataba de algún problema con los cierres de varias empresas que al parecer no cuadraban. Mi padre estaba preocupado; no sabía si era por mala gestión o por timo.

Cuando acabó de hablar, me miró con ojos entrecerrados. Estaba claro que él no quería que me enterara de los problemas que había en la empresa, aunque tarde o temprano lo sabría.

—Si hay algún problema, no creo que lo mejor sea alejarme de ellos sabiendo que puedo ayudar a solucionarlo, ¿no crees, papá?

Sopesó lo que le estaba diciendo y aceptó que era hora de ir preparándome para cualquier imprevisto y así resolver cualquier problema que pudiera suceder.

—Está bien —se resignó—. Hay descuadres en las cuentas de las sedes de Cádiz y Barcelona.

—Eso lo he deducido por la conversación que has tenido —admití—. Por cierto, ¿con quién hablabas papá?

—Con Antonio, el abogado de la empresa. Es un buen amigo, ya lo conocerás

—Aparte de abogado, ¿también es contable?

—Digamos que cuando algo no cuadra, él me lo resuelve.

—Deja eso en mis manos. Iván y yo te ayudaremos y nos iremos contigo a las sedes que están dando problemas. Nuestros cierres están casi cuadrados y los puede acabar Manuela. Entre los tres daremos con la solución.

—Chloe, es muy buena idea. El que te quedes con Iván me deja más tranquilo. Yo no podría quedarme más de dos días. Hacéis buen equipo juntos. Gracias, hija.

Al llamarme «hija», me acordé de algo que no me gustaba

—Solo te pido una cosa. —Mi padre me miró con curiosidad—. Que me lleses como tu secretaria o la chica de prácticas o lo que quieras, pero no como tu hija. Sabes que me gusta que me traten de igual a igual, así se trabaja mejor. Los trabajadores no se acercan cuando saben quién soy, y si tienen

algún problema y estás delante, tampoco lo dirán.

—Lo entiendo perfectamente. De momento será así, pero más adelante ya no te podrás ocultar. Informa a Iván de la partida y meted algo rápido en las maletas, nos vamos en dos horas para Cádiz. Me adelanto a preparar unos papeles en casa, allí te espero.

Un par de horas después, Iván ya estaba en la puerta de casa: había metido la maleta y estaba esperándome con el coche arrancado. La impaciencia de mi padre por resolver los problemas había supuesto que no dejara de llamar al portero de casa y mis nervios estaban al máximo grado. Apenas tuvimos tiempo de hacer la maleta y, en menos de lo que tarda un pestañeo, ya estábamos rumbo a Cádiz.

El hotel en el que nos alojamos era muy moderno, con una decoración muy minimalista. Las paredes alternaban distintos tonos de gris mientras que el mobiliario era blanco, plata, negro y sobre todo rojo, que aportaba el toque de color al ambiente.

Las habitaciones seguían la misma dinámica y fue un alivio poder refrescarse antes de reunirnos en el bar situado en la zona de la piscina. Una vez nos tomamos el café, nos pusimos en marcha para las oficinas. Allí no nos esperaba nadie y conforme entrábamos y veían a mi padre, todos los empleados se ponían a trabajar sin levantar cabeza. Mi padre estaba acostumbrado a esas reacciones y eso era precisamente lo que yo quería evitar.

Entramos en la oficina del director encargado de esa sede, que al ver al jefe se puso algo nervioso. Vinieron las presentaciones, en las que estuve atenta para ver qué título me daba.

—Te presento a mi ayudante, Iván, y a su secretaria, Chloe. Es a ellos a quienes tienes que dar la información que te vayan pidiendo

Esa tarde trabajamos muy duro, pero no encontramos nada. Al salir de la oficina, nos cruzamos con tres empleados, probablemente conductores, que nos miraron con curiosidad. Querrían adivinar quiénes éramos.

Observé cómo la mirada de uno de ellos iba directa y sin miramientos sobre Iván y, por lo que deduje, a él no le pasó desapercibida. Una vez se alejaron,

noté en las mejillas de Iván unos colores que no había visto antes.

—Iván, ¿qué ha pasado para que te sonrojes?

—Calla y no preguntes. Cuando lo averigüe, te lo diré.

En todo el trayecto de vuelta hacia el hotel lo noté muy callado. Sabía que le estaba dando vueltas a algo y creía saber que era. Lo conocía demasiado bien y ese tipo de chicos eran los que le solían gustar a Iván, pero igual estaba sacando conjeturas donde no las había. No sabíamos nada de esos chicos y tampoco si los volveríamos a ver.

A la mañana siguiente, noté a Iván un poco nervioso, pero no quise darle importancia. Desayunamos en el hotel con mi padre, que nos acercó a la oficina y se marchó a visitar a los abogados que nos gestionaban el papeleo en esa zona. Nosotros nos dirigimos a la oficina que nos habían asignado y empezamos con nuestro trabajo. Teníamos tarea hasta encontrar el error. Observé que los ojos de Iván volaban hacia la ventana situada a nuestra izquierda, por donde se veían las mesas de los otros empleados. Mi intuición me decía lo que estaba buscando, pero preferí callar, hasta que consiguió ponerme los nervios de punta y ya éramos dos los que no dábamos pie con bola. Me levanté, lo miré y le dije:

—¿Quieres tranquilizarte? ¡Me estás poniendo igual de nerviosa que tú!

—¿Por qué dices eso? Yo no estoy nervioso —mintió él descaradamente.

—¡Iván! A mí no me engañas. Te conozco demasiado y sé que algo te ronda por esa cabecita.

—¿Te acuerdas de los tres chicos que nos cruzamos ayer?

—Sí, ¿qué pasa con ellos?

—¿Te fijaste en el más alto?

—No me dio tiempo a tanto, la verdad.

—Pues no sé por qué, pero lo veo por todos lados, hasta en sueños.

—Te ha llamado la atención. Sospechaba que algo te pasaba y que era desde que vimos a esos chicos. Por lo que veo, no iba muy desencaminada.

—Solo sé que me gustaría volver a verlo.

—Si entraron a las oficinas, igual son empleados, ¿no crees?

—Puede ser. Bueno, sigamos con el lío. —Esa era su táctica para cambiar de tema.

—Mira por dónde, creo que vas a tener suerte —dije mirando para la ventana.

En ese justo momento entraban los tres muchachos de anoche. Iván no sabía para dónde mirar, así que le empujé para que cayera en el sillón de su mesa y le puse un buen tomo de facturas sin repasar.

— ¡Iván, por Dios! Ante todo, profesionalidad. Tú a trabajar y déjame a mí.

—Ese es el problema, que te temo.

Me quedé observando a los muchachos; llamaron a la puerta de su jefe y entraron. Mi cabeza comenzó a tramar un plan. Como tardaban mucho en salir, decidí indagar por la oficina. Fui a la máquina del agua, donde se encontraba una muchacha joven:

—Hola, soy Sofia. ¿Eres la nueva?

No quise dar muchos detalles y asentí.

—Encantada, me llamo Chloe. Estaré aquí por un tiempo. ¿Y tú? ¿Cuánto llevas aquí?

—Un año, más o menos. Me gusta este trabajo, pero algunas veces es un poco estresante.

Justo en ese momento salieron los tres muchachos, que al vernos se acercaron y Sofia nos presentó

—Chicos, os presento a Chloe. Estará con nosotros un tiempo. Chloe estos son Jesús, José y Alejandro.

Al parecer, la chica los conocía bastante bien, con lo que era seguro que, o bien trabajaban aquí o visitaban a menudo la empresa. Uno de ellos preguntó:

—Sofia, ¿vendrás el viernes a cenar?

—Claro que sí.

—¿Y tú, Chloe? ¿Te animas a cenar con nosotros y con otros compañeros?

—Sí. Estaría genial, ¿Os importaría que lleve acompañante?

—Por supuesto que no, a más gente, más diversión. Es nuestro lema.

Hubo algún comentario gracioso y algunas risas hasta que al final se despidieron y volví a quedarme a solas con Sofia.

—Sofia, perdona, ¿esos chicos quiénes son? ¿Trabajan aquí?

—Uno de ellos, para ser exactos. Alejandro es el hijo del jefe. Los otros dos son amigos suyos que trabajan en la plantilla de transporte.

—Y el hijo, ¿trabaja aquí?

—Sí. Es el encargado de dar los itinerarios a los transportistas y responsable de distribuir la mercancía a su lugar. Lo verás entrar y salir todo el día, siempre está en las plataformas de carga y descarga. Ahí donde lo ves, es muy campechano y buena persona, ya lo irás conociendo.

—¿Irás el viernes a esa cena? No conozco a nadie.

—Sí, por supuesto, no me lo pierdo. Lo pasamos muy bien, cada uno trae algún amigo o amiga y vamos conociéndonos. Entre copa y copa, siempre se sincera uno, y más si tenemos algún problema con algún compañero; se aclara y tan amigos. Además, cada vez somos más. ¿El amigo que traerás es el guapetón de tu compañero?

—Sí, el mismo. Te lo presentaré el viernes. Bueno, vuelvo al trabajo. Ya nos veremos —me despedí.

Al volver a la oficina, no quise molestar a Iván, que estaba concentrado en sus papeles.

—¿No me piensas contar lo que has averiguado? —acabó preguntando.

Así que no estaba tan concentrado como parecía.

—Solo nos presentamos y nos invitaron el viernes a un bar después de la salida del trabajo —dije y guiñé un ojo con picardía.

—¿Y me vas a decir cómo se llaman o te lo tengo que sacar con un sacacorchos?

—Los chicos se llaman José, Jesús y Alejandro. Ya te los presentaré el viernes.

—Dame ese sándwich que nos han preparado en el hotel y desembucha.

Retiré un poco los papeles para no mancharlos, saqué los sándwiches y comenzamos a comer, de ese modo ganábamos un poco de tiempo para investigar en los ordenadores con ayuda de Julio, que nos facilitaba las contraseñas y las claves para acceder a los datos. Así estuvimos trabajando día a día hasta que llegó el viernes.

Una vez acabada la jornada, algunos trabajadores se iban reuniendo en la entrada y otros iban de camino al bar donde estaban los demás esperando. Fue una noche de presentaciones, de risas y diversión. Era de esperar que las chicas quisieran conocer a Iván. Ambos sabíamos que eso pasaría. Al ver a

los chicos en la barra, me acerqué a ellos.

—¿Me podéis pedir una caña?

—Claro que sí, morena —dijo Jesús.

Charlamos un poco de cosas triviales hasta que José comenzó a contar anécdotas que le habían pasado en los viajes que había realizado.

—Eres transportista de la empresa, ¿qué itinerarios has hecho? Me apasiona ese mundo, ¡cuenta, cuenta!

—¡Esto es nuevo! ¡Una chica que le interesa nuestro trabajo y nuestras rutas!

—Hay muchas cosas que desconoces de mí.

—Pues habrá que ir descubriéndolas.

El que me gustaran sus historias hizo que cada uno se animara a contar anécdotas que me dejaron bastante embobada. No me di cuenta de lo agobiado que estaba Iván hasta que noté un pellizco en mi culo que me hizo pegar un saltito. Lo miré con ojos de disculpa y pasé a las presentaciones:

—Mira, Iván, son compañeros de trabajo: Jesús, José y Alejandro.

Todos lo saludaron con un apretón de manos, pero cuando le tocó a Alejandro, noté un poco diferente el saludo. Serían tonterías mías. Al ver cuál era el tema sobre el que hablábamos, Iván no tardó en integrarse. Al rato se acercó Sofía, justo en el momento en que ponían una bachata de mis favoritas.

—Jesús, José, ¿os gustaría bailar con nosotras esta canción?

—¡Por supuesto! Es todo un honor bailar con tales bellezas —dijo uno de ellos, coqueto.

Mi intención era dejar a Iván y Alejandro solos y la canción me vino como anillo al dedo. No fueron una canción ni dos las que bailamos con ellos, sino que muchas más. Las dos de la mañana llegaron muy rápido y el cansancio de toda la semana se hizo notar. Sentía mucho romper el momento que tenía Iván con Alejandro a solas, pero ya era hora de volver al hotel.

—Chicos, nosotros nos marchamos ya. La semana ha sido un poco larga y estoy agotada.

—Es lo mismo que pienso yo. ¿Podéis acercarme a casa, chicos? —dijo Sofía.

—Por supuesto. Yo os llevo en mi coche, es tarde y los taxis tardan en pasar por esta zona —se ofreció Alejandro.

Dejó primero a Sofía, a la que no le hizo mucha gracia. Se notaba que le gustaba uno de los tres chicos, pero creo que se fijó en el único que la ignoraba. Iván me había enseñado a observar a las personas; por sus gestos, sus movimientos, sus ojos y los de Alejandro, me estaban diciendo que esta noche había ligado, pero no era precisamente con Sofía.

Cuando llegamos al hotel, me despedí de los dos. Ya no era solo por dejarlos solos, es que mi cuerpo ya no aguantaba más y me marché directa a mi habitación. Ellos decidieron tomarse la penúltima copa en el bar del hotel.

A la mañana siguiente, pedí que me subieran el desayuno a la habitación: tenía los pies bastante doloridos de bailar la noche anterior y necesitaba un baño relajante de hora y media por lo menos. No sabía si Iván estaba solo o acompañado, lo mejor era dejar que él diera señales de vida mientras yo me sumergía bajo las tibias aguas de la bañera. Activé mi música preferida para estas ocasiones, la banda sonora de *Gladiator* tocada solo con piano, y desconecté por completo de mis propios pensamientos. Pero como todo tiene su fin, cuando llevaba como unos veinte minutos en el *spa* que me había fabricado, llamaron a la puerta con tanta fuerza que pensé que la iban a tirar. De sobra sabía quién era y el porqué de la euforia que traía; había buenas noticias. No me equivoqué; al abrir la puerta, Iván entró con tal brío que me hizo tambalear y casi caer. Al ver que no cerraba la puerta, se giró, me ayudó a estabilizarme y dijo:

—Perdona, Chloe, no quería darle a la puerta con tanta fuerza.

—Desde luego que tienes que traer buenas noticias. Desembucha que me tienes en ascuas.

Y él, sin más preámbulos ni vacilaciones, dijo de sopetón:

—¡Tengo novio!

La barbilla me llegó al suelo y los ojos se me salieron de las órbitas. Me esperaba una respuesta como «le gusto», «nos gustamos», «he ligado» o «nos hemos acostado», pero no aquello. ¡Si apenas se conocían!

—¿Tú estás bien? ¿Tienes fiebre? Iván, ¡por Dios! ¿Qué estás diciendo? ¡Ese no eres tú! Expílicate.

Tal fue su ataque de risa y mi exasperación que me fui al cuarto de baño a acabar de arreglarme. Cuando volví, comenzó a relatarme lo sucedido, ya más calmado.

—¡Solo quería gastarte una broma! Tu cara ha sido todo un poema. —Le miré furibunda—. Perdona, Chloe. No podía parar de reír. Bien, te cuento. La primera duda está despejada. Alejandro y yo nos gustamos.

—Sabía que no me equivocaba. Me alegro mucho, Iván —reconocí aún molesta.

—Sabes que siempre hay un pero, y es que tenemos que ser muy cautelosos porque nuestras familias no saben nada.

—Entiendo vuestra situación, pero para todo hay solución.

—Hemos sopesado los puntos a favor y en contra y hemos decidido que queremos conocernos e ir dando los pasos despacio sin precipitarnos. Espero que tú estés a nuestro lado y nos ayudes.

—¿Pero es que lo estabas dudando? ¡Por supuesto que os voy a ayudar! Aunque me hagáis pasar por vuestra novia en todo momento. Me tienes acostumbrada. Si encima me puedo aprovechar de estos dos hombretones tan guapos, pues mejor que mejor.

Me dio una cachetada en el culo y dijo:

—No tienes remedio y por eso me encantas. Anda, vamos a dar una vuelta. He visto un parquecito cerca de aquí que sé que te encantará.

—Vayamos pues.

Pese a la broma, estaba muy contenta por él. Se merecía encontrar el amor.

El parque era pequeñito, pero transmitía una paz y un relax asombrosos. Su césped verde me invitó a sentarme en él. Un árbol que se alzaba y daba una sombra apetecible me indicó el lugar.

—No tenemos nada para poner en el suelo y sentarnos —protestó Iván al anticiparse a mis intenciones—. Dame cinco minutos, he visto una tienda aquí cerca.

No tardó nada en venir. Extendió una mantita que había comprado y nos sentamos usando el tronco como respaldo. Iván se durmió nada más tumbarse. Creo que entró en un coma profundo. Dejé que descansara hasta que me entró un hambre voraz.

—Siento despertarte, bello durmiente —me disculpé—. Pero mi estómago ruge como si tuviera dentro el león de la Metro Goldwyn Mayer

—Qué exagerada eres. Luego apenas pruebas bocado. Dame unos minutos para que me espabile un poco.

—Lo que quieras, pero si tardas mucho, empezaré por comerme este muslo de jamón pata negra que tienes. Tú verás.

Nos pusimos en marcha justo en el momento en que me sonó el móvil. Era mi familia para preguntar cómo iban las cosas. Les informé de la situación en la empresa: aún seguíamos sin dar con el problema.

—No te preocupes, mamá, tienes que saber que esto va lento y la cosa se va a alargar más de lo que pensábamos.

—Está bien hija, tú haz las cosas como tengas que hacer y ten cuidado.

—Sabes que estoy con Iván y que él sabe cuidarme muy bien

—Y eso me tranquiliza. Dale un beso de mi parte. Adiós, cariño.

—Adiós, mamá.

Seguía pensando que Iván y yo teníamos algo y efectivamente era así, teníamos una amistad bonita y sincera.

Comimos en un sitio que Alejandro le había recomendado. Nuestra sorpresa fue que el camarero que nos traía el café vino acompañado por él y nos había pagado el almuerzo. Supe que ese detalle no le iba a pasar desapercibido a Iván y que le iba a calar hondo. Esa pareja prometía. Lo malo sería lidiar con la distancia, pero ya le encontraríamos solución.

El lunes nos pusimos a revisar la facturación de importaciones y exportaciones, y ahí encontramos el fallo. No habían gestionado bien la contabilidad y no había ningún cuadrante que encajara. Esa era mi especialidad. Con la ayuda de Iván y ya sabiendo donde estaba el error, todo fue más rápido y para el jueves ya lo teníamos todo cuadrado. Era hora de informar a mi padre.

—¡Buenos días, jefe!

—¡Buenos días, secretaria! Veo por su humor que ha encontrado el problema.

—Efectivamente. Era un problema de mala gestión. Han contabilizado erróneamente las entradas y salidas de mercancía. Puedes estar tranquilo, esta

gente por lo que he conocido, es de fiar.

—Me alegra saberlo. Ya podéis volver a casa. Que Iván busque dos billetes de tren, yo estoy en Lugo y no puedo ir a recogeros.

—Creo que me voy a quedar mañana para explicarle al personal cómo se gestiona esa facturación y así aprovechamos el sábado para descansar y el domingo partimos. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Para el lunes estaré yo también en casa y ya os indicaré la siguiente sede que tenéis que revisar.

Quise alargar nuestra estancia un par de días, Iván sabía que lo hacía por él. Quedamos el viernes con los chicos en el bar para poder despedirnos de ellos. Cuando llego la hora de irnos, me cogí del brazo de mis dos guardaespaldas y con risa picarona les dije:

—A estos dos guaperas me los llevo conmigo. Tengo que despedirme como es debido —fui diciendo esto mientras me acercaba a Alejandro y le depositaba un beso en la boca. Todos pensaron que había ligado con el hijo del jefe y nadie supo nuestro gran secreto. Alejandro, en un principio, se asombró, pero al ver cómo reía Iván se relajó y siguió el rollo. Ya se encargaría Iván de explicarle nuestra estrategia.

Después de dos semanas fuera de casa, todos se alegraron de nuestra vuelta, pero había trabajo por hacer. Entre deshacer la maleta, poner la ropa para lavar y la que no, explicar el problema de contabilidad y lo acogedora que estuvo la gente, se nos pasó el domingo volando y el lunes teníamos que trabajar; necesitaba acostarme temprano. Ya por la mañana visitaría a mi hermano y a Diana para ver como seguía con el embarazo. Por lo visto, se le había bajado la tensión de tanto vomitar, había estado dos días ingresada y, para no preocuparme, no me dijeron nada. Quería comprobar que todo estaba bien con mis propios ojos.

Llamé al interfono y la voz de mi hermano resonó en el silencio del amanecer.

—¿Quién es?

—¡Eh, grandullón! —saludé—. ¿Me invitas a desayunar?

—¿Cómo tú por aquí tan temprano? ¡Por supuesto que te invitamos! Pasa, anda. Vete para el salón que está Diana.

Me dio un beso y se fue.

—¿Cómo te encuentras, cuñada?

Se giró para mirarme y en un principio me paré al ver la cara tan pálida que tenía, pero reaccioné rápido e intenté no darle demasiada importancia.

—He tenido días mejores, pero me recupero y estoy mejor. Siéntate y cuéntame tu viaje.

Le fui explicando lo sucedido mientras desayunábamos. Vi que todo iba bien, solo había sido un sustillo. Le habían puesto un tratamiento y estaba mejor, ya no tenía tantas náuseas. No sé si eran tonterías mías, pero la veía diferente. Tenía un brillo en los ojos a pesar de su palidez que no le había visto antes y deduje que era la felicidad de ser madre junto a la persona que quieres. Eso me hizo acordarme de mi pasado; no era la misma situación, pero al fin y al cabo era un bebé en camino. Intente ser fuerte delante de ellos.

Se acercaba la hora de ir a trabajar y cada uno tiró para sus lugares correspondientes, pero a mí me fue imposible. Tenía unas ganas de llorar inmensas y no podía ir.

Llamé a las oficinas, a las que informé que hoy no asistiría por enfermedad. En casa no me esperaban hasta la hora de comer y solo necesitaba unas horas de soledad. Subí a la cima más alta que encontré, bajé del coche, me senté mirando al horizonte y el reciente amanecer y dejé que las lágrimas fluyeran libremente por mi rostro. No sé por qué me sentía vacía y sola. Sabía que no lo estaba, pero no podía evitarlo. El tiempo se me pasó volando y finalmente una llamada de Iván me sacó de mis pensamientos.

No le pude contestar; al ver su nombre en la pantalla, los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas y un nudo en la garganta me impidió emitir sonido alguno. Colgué, pero al segundo ya tenía un *WhatsApp*.

Iván: ¿Qué te pasa, Chloe? ¿Dónde estás? 10:30.

Chloe: No me encuentro bien. Dame tiempo por favor. 10:31.

Sabía que algún día tendría que contárselo, igual este era un buen momento, pero no podía hablar. A pesar del tiempo, no estaba preparada y tampoco estaba segura de querer sacar aquellos recuerdos de nuevo a la luz.

Iván: Ok, ya hablaremos. 10:31

Chloe: ¿Me puedes hacer un favor? 10:32.

Iván: Claro que sí. 10:32

Chloe: ¿Puedes llamar a casa y decir que vamos a comer juntos? Invéntate cualquier historia. 10:32

Iván: Deja eso en mis manos. 10:33

Chloe: Gracias por estar siempre ahí. 10:33

Iván: Para lo bueno y para lo malo, muñeca. 10:33

Logró sacarme una pequeña sonrisa. Siempre lo hacía cuando más lo necesitaba. Regresé a casa casi al anochecer. Se me había pasado el tiempo volando y tampoco estaba yo como para pensar en comer. Para no tener que dar muchas explicaciones, me fui directa a mi cama. Una vez acomodada, llamaron a la puerta. Era mi madre con un vasito de caldo. No me pude negar y, al acercarse y ver mi cara, preguntó:

—¿Qué ha sucedido? Esta mañana cuando saliste para el trabajo todo estaba bien, ¿verdad?

—He ido a visitar a Darío y Diana. Verla de esa forma me ha transportado al pasado. Me sentí extraña, vacía y sola, muy sola.

—Es inevitable que en ciertos momentos tengas algo de flaqueza y lo recuerdes, cariño. Ya sabes que siempre estaré aquí, a tu lado.

Esa semana estuve un poco abatida. Iván me preguntaba qué era lo que me pasaba, pero no tuve valor de confesarle nada y no lo haría; era doloroso y contarle era como vivirlo de nuevo. No estaba dispuesta a pasar otra vez por ahí. Creí tenerlo superado, pero no era así. Siempre estaría en mis pensamientos. Era parte de mi pasado y el pasado no se puede cambiar ni borrar.

Llegó el viernes. Iván me informó que ese fin de semana vendría Alejandro y quería que lo acompañara a la ruta que había planeado para mostrarle el encanto de nuestra ciudad.

—No creo que pueda ir Iván, no sería una buena compañía.

Pero él ni me escucho, solo me miró y dijo:

—No te estoy pidiendo opinión. Vas a venir y punto.

Sabía que cuando se ponía en ese plan nada podía hacerlo cambiar de idea. Tengo que reconocer que me hicieron mucho bien esas salidas, las charlas, el ir de un lado para otro. Mantenerme ocupada hizo que esa tristeza fuera desapareciendo y volviera la alegría.

Ellos decidieron ir poco a poco y conocerse. Por supuesto que tenían su rato de intimidad, pero cuando estaban conmigo, eran dos muchachos que parecían amigos de toda la vida con una chica haciendo turismo y eso se agradecía.

Capítulo 4

La ruta turística por mi ciudad me había levantado el ánimo e hizo que empezara la semana con ganas.

Mi padre había salido de viaje como cada lunes. Avisaron que uno de los camiones tenía una avería gorda y mi hermano Álvaro tuvo que trasladarse para valorar los daños e intentar arreglarlo. A la hora del desayuno, salí de la oficina directa a la máquina del café cuando sentí a mis espaldas un gran murmullo proveniente de las oficinas de embarque. Me acerqué para ver qué era lo que sucedía y vi a dos camioneros muy alterados. Me mantuve al margen hasta ver si entendía qué era lo que pasaba. Uno le decía al otro:

—Joaquín, yo tengo mi ruta para toda la semana. Murcia queda fuera de mi itinerario y no puedo salirme, eso supondría dos días enteros y no llegaría a entregar las mercancías que llevo para Madrid y Zaragoza, imposible.

—Pues yo voy en sentido opuesto, Juan. Esta semana tengo toda la ruta de Portugal, yo imposible. ¿Cómo lo hacemos? Yo creo que lo mejor es llamar al jefe.

Al final, intervine. Nadie se había percatado de mi presencia y se asombraron verme allí.

—Quiero que me expliquéis que es lo que está pasando y por qué hay que llamar al jefe, cosa que solo se hace cuando hay problemas gordos.

—Chloe, esto no es cosa tuya —dijo Joaquín un poco alterado

—No te estoy diciendo si es cosa mía o no, solo te estoy pidiendo como jefa del sector que me digas que está ocurriendo.

—Está bien. José se ha puesto malo y lo han tenido que operar de urgencias, Manuel tiene una avería gorda en el camión y tu hermano va de camino a Málaga para ver qué tan grave es. Tenemos nuestras rutas muy ajustadas y José tenía que entregar una carga urgente en Murcia. Estamos intentando ver quién puede hacerla, pero es imposible. Hay tres camiones fuera y los que quedamos no podemos, salimos dentro de media hora.

—Está bien. ¿Qué mercancía hay que entregar en Murcia, lo sabéis?

—Sí, es en la central de fármacos. Medicinas urgentes, según nos han contado. Hay que transportarlas con neveras a temperatura controlada — comentó Juan.

—De acuerdo. ¿Sabéis si el camión está preparado?

—Sí, está en el muelle cinco —afirmó Joaquín.

—Iré yo misma, dadme el itinerario.

—Pero, Chloe, ¿cómo vas a ir tú si no tienes el carnet? Y el jefe cuando se entere te mata. El viaje es largo y en dos días no creo que te dé tiempo.

—¿Dónde hay que llevarlo y quién te ha dicho a ti que no tengo el carnet?

—Me empezaba a enervar la situación—. De esto me encargo yo y ni una palabra. A mi regreso ya me las ingeniaré para capear el temporal con el jefe.

Exigí el itinerario alargando la mano para que me lo entregara y lo leí en voz alta:

—El recorrido es Benidorm, Murcia, Cartagena y Almería. Esto está chupado.

Todos rieron, lo que me enfadó aún más. Pensaban que no era capaz de hacerlo y estaban muy equivocados. Por supuesto que no aprobaban mi locura, pero no había otra opción; los medicamentos tenían que ser entregados y no podíamos esperar. Vieron el brillo de mis ojos y, aunque con dudas, me pareció ver una pizca de comprensión en las ganas que tenía de conducir. Volví a sentir la adrenalina de antaño al hacer travesuras a escondidas, cuando con la ayuda de mi hermano Álvaro, que amaba tanto el mundo del motor como yo, siempre me colaba en todas las listas de competiciones habidas y por haber. A la hora de inscribirse siempre ponía nuestros nombres así que, cuando me llamaban para participar, a mis padres ya no les quedaba más remedio que callar y rezar para que no me pasara nada. No les gustaba montar escándalos, se los guardaban para cuando estábamos solos en casa. Por suerte, cuando llegaba el momento de hablar ya estaban un poco más calmados y la bronca era menor. Sé que en el fondo les gustaba y se sentían orgullosos, pero entiendo que lo hacían por mí, por protegerme de las caídas. Tuvimos algunos rasguños, pero nada grave que no se curara con un poco de sus mimos y cariño.

Una vez con todo el papeleo en la carpeta, cogí mi bolso junto con las llaves y me dirigí al camión. Al hacer el intento de subirme en él, me di cuenta de que mi vestimenta no era la adecuada. Siempre vestía pantalones, pero por casualidad ese día me había dado por ponerme un vestido rojo ajustado con mi chaqueta corta de cuero que me quedaba como un guante y para colmo mis tacones de infarto. Bajé del camión y busqué a Iván, que ya se había enterado de lo que estaba pasando. Las noticias en la empresa volaban.

—¿Puedes echarme una mano? Tengo un problemilla.

—Yo creo que tienes varios —dijo con una sonrisa irónica después de mirarme de arriba abajo.

Nos acercamos de nuevo al camión y, al subirme, comprobamos que no me daba la tela del vestido a pesar de ser elástica. Iván se colocó detrás de mí y con un empujoncito en mi culo me ayudó a subir. Este no aprobaba la locura que iba a hacer, sabía lo que me caería cuando se enterara mi padre, pero no iba a dejar pasar esta oportunidad. Una vez montada le miré y le dije:

—¿Te apetece correr esta aventura conmigo? Así, si voy acompañada de mi supuesto novio, no será el jefe tan duro conmigo a la vuelta.

No se lo pensó un momento, le dio la vuelta a la cabina y montó de un salto.

—Tripulación, abróchense los cinturones ¡que nos vamos! —exclamé entusiasmada y aplaudí como una niña al ver que mi amigo estaba tan emocionado como yo.

Nos pusimos en marcha con destino a Benidorm, que era la entrega más alejada. Llamé a mi hermano para que cuando saliera del juzgado o de donde estuviera se dirigiera a las oficinas. Le conté lo sucedido. En un principio se enfadó, pero luego, al oír mi voz de súplica y saber que estaba acompañada por Iván, me deseó buen viaje. La siguiente llamada fue para mi madre, la que reaccionó igual que mi hermano, era de esperar. Lo que ellos no sabían era que estaban implicados en mi locura.

Cuando llevábamos media hora de camino, Iván conectó la emisora para ver lo que hablaban los demás compañeros. Cada uno comentaba el contenido de sus mercancías, los itinerarios, de cuáles eran los mejores restaurantes de esas zonas y de si había moros en la costa; al parecer todo estaba tranquilo.

Se acercaba la hora de comer. Iván cogió el micrófono de la emisora y

comenzó a hablar.

—Aquí Águila Negra, ¿me copia alguien?

Al momento le contestaron.

—Adelante, Águila Negra, aquí Destornillador Loco.

—Vamos por la A-32. ¿Alguna recomendación para el almuerzo?

—Por supuesto, Águila Negra. Para esa zona el mejor restaurante se llama La Gran Taberna. Encontrarás una comida excelente y el aparcamiento está adaptado para nosotros.

—Muchas gracias, Destornillador Loco. Buen viaje. Cambio y corto.

—De nada e igualmente.

Efectivamente, el aparcamiento disponía de una amplitud que facilitaba el estacionamiento. Al entrar, vimos que sin duda alguna era un bar de transportistas; allí pocas mujeres se veían, me atrevería a decir que hasta los cocineros eran hombres. Nada más entrar me sentí cohibida y observada. No me di cuenta de que no iba muy apropiada para la ocasión y no les echaba la culpa. El color del vestido junto con los tacones no ayudaban a pasar desapercibida.

—Deben de pensar que soy tu... —Mi cara casi le hacía la competencia a mi vestido y me entró una risita nerviosa

—Chloe, no es necesario que pases por esto, podemos cambiar de lugar —dijo Iván al mirarme a los ojos.

—No voy a permitir que cuatro salidos vayan a intimidarme porque no traiga la ropa adecuada. Sabes que este mundo me encanta y algún día tenía que ser el primero. Ha llegado y no me voy a amargar porque vaya en plan irresistible. ¿Tú te irías? Dime la verdad.

—Pensándolo así, por supuesto que no...

—Pues no se hable más, comemos aquí.

Al dirigirnos a una de las pocas mesas libres que quedaban, escuché un comentario que me enervo la sangre:

—A esta putita le comería hasta los huesos.

Me giré sobre mis tacones y sin pensármelo contesté:

—Soy demasiada mujer para un tipejo como tú. Consuélate con las vistas porque es lo único que conseguirás.

Escuché unas risas a mi espalda, pero no me importaron y seguimos hasta nuestra mesa. Pedimos el menú del día: de primero consomé casero, segundo paella, postre casero y café. Era un menú normal, pero ni siquiera aquel desagradable comentario logró que perdiéramos la ilusión y todo nos estuvo tan exquisito que nos dieron ganas de hasta chuparnos los dedos. Durante la comida, no obstante, sentí las miradas sobre mí, pero no me dejé intimidar ni por un segundo. Iván, por su parte, estaba en su salsa; movía los ojos de un lado para otro hasta que observé que se detuvo ante cuatro hombres apoyados en la barra. Disimuladamente miré en aquella dirección. Eran los típicos conductores con un poco de barriga cervecera, unos más que otros, pero llegó un quinto que me cortó la respiración, muy diferente a los allí presentes. Moreno, alto, fuerte, me daba la impresión de que había estado descargando cajas pesadas toda su vida, pero no me dio tiempo para verle la cara. Se puso de espaldas a mí cuando se dispuso a saludar a sus compañeros.

—¿Has visto qué pedazo hombretón, Chloe?

—Sí, Iván, sí, pero no he podido verle la cara.

—Chica, está que quita el hipo. ¿Y si haces como que te ahogas? Igual te hace el boca a boca.

—Déjate de payasadas y vamos a pagar.

—Quédate aquí, yo voy.

—Ni hablar. Esta ronda paga la empresa, así mi padre verá la factura y comprobará que estás conmigo

Me levanté y me cogí al brazo de Iván envalentonada, un poco atrevida por la situación. Incluso balanceé las caderas hasta llegar a la barra, al lado de esos cinco trabajadores que no me quitaban los ojos de encima. Sin embargo, Iván puso su cara de «no soy tu amigo y no se toca» y todos siguieron a lo suyo menos el alto. Sin disimulo alguno, buscó con su mirada la mía y sus ojos negro azabache me dejaron helada en el sitio. Retiré la mirada enseguida.

—Iván, coge la tarjeta del monedero y paga —le susurré al oído.

—Pero nena, ¿qué te pasa?

—Tú haz lo que te digo. No discutas y salgamos de aquí lo antes posible.

—No sé lo que está pasando, pero tus mejillas han tomado un color muy bonito.

—Serás... No te rías y vamos.

Comencé a sentirme nerviosa y mis ganas de salir de allí fueron en aumento. Mi salida no fue nada coqueta, más bien fue una carrera.

Nos dirigimos al camión, Iván tuvo que volver a ayudarme y, al hacerlo, sentí los silbidos de varios hombres y algún comentario jocoso al que ni presté atención. Arranqué lo más rápido que pude. Uf, me tendría que acostumbrar a eso, en el caso de que mi padre me permitiera volver a hacerlo, y estaba segura que no pasaría. Al pasar por la altura en donde se encontraban, no pude contenerme y les pegué tal pitorreada inesperada que todos se sobresaltaron. Se me escapó una carcajada.

—Has disfrutado de lo lindo y no lo puedes negar.

—Sí —admití—, pero he pasado un mal rato con los comentarios fuera de lugar. Te aseguro que les hubiera dicho unas cuantas cositas más a esos hombretones.

—No lo dudo. Has actuado como una leona cuando has escuchado el comentario. Tendría que haberles partido la cara.

—¿Tú contra cuatro? —me reí—. Creo que no nos hubiese salido bien la jugada. Me alegro de que no lo hicieras.

—Está claro que si hay próximo viaje tendrán la revancha. Sobre todo, el moreno. ¿Te has fijado?

— ¿Cuál de tantos? El gordete, el bajito, el...

—No te hagas la tonta que sabes perfectamente por cuál te estoy preguntando.

—Que no lo he visto. Bueno, solo su culito prieto y los músculos que se le marcaban bajo la camiseta.

No estaba dispuesta a contarle lo que sentí cuando nuestras miradas se cruzaron, era como si me estuviera examinando por dentro con esos ojos tan penetrantes e impactantes que no me dejaron ver el resto de su cara, lo que no me gustó nada.

—Con ganas de estrujarlo me he quedado.

—Por dios, Iván, ¡qué tienes medio pareja!

—¿Cómo que medio pareja? De eso nada, es enterito para mí.

—Desde luego los quieres todos para ti. —Ese comentario le hizo reír y

acabó por contagiarme.

Llegamos a nuestra primera parada, Benidorm. Eran las seis y media. Mucho personal había acabado su turno y tuvimos que esperar a que nos facilitaran ayuda para descargar el pedido. Eran cerca de las nueve cuando nos pusimos en marcha hacia la próxima parada, Murcia. Sobre las diez y media llegamos al destino y buscamos un hotel. Sabía de sobra que mi padre no permitiría que durmiera en un hostel para camioneros. A primera hora estábamos en los almacenes para descargar: fueron rápidos y eficientes.

De camino a Cartagena pusimos la emisora, ya que nos gustaban los comentarios de los compañeros, sus bromas y sus recomendaciones. De pronto oí una voz que me llamó la atención. Era una voz algo ronca, dulce, melodiosa, madura, tranquilizadora y sensual, tanto que hasta se me erizó la piel.

—*Breico, breico*, aquí Cazador Alfa, ¿alguien me copia?

—Adelante, Cazador Alfa, aquí Destornillador Loco, te copio.

—Mi ruta es la A-30 entre Murcia y Cartagena. Estoy averiado y necesito recambio de un manguito del líquido de frenos. Es un volvo 12.

—Me pillas cerca de la ruta y llevo repuesto, dime situación.

—Faltan dos kilómetros para el restaurante Los Llanillos.

—Tardo unos veinte minutos.

Cogí el micro y dije:

—Aquí Águila Negra. Estamos en ruta, si necesitáis ayuda aquí estamos.

No sé qué me impulsó a coger el micro, pero esa voz, esa voz me atraía, me gustaba y mucho.

—Águila Negra, gracias. Nos lo apañaremos bien. ¿Cómo una chica por estos lares? —preguntó la voz ronca. Sin embargo, la voz contenía un tono sarcástico que me hizo ponerme a la defensiva.

—¿Qué pasa? ¿Dudas de que una mujer pueda conducir un camión?

—No he dicho eso en ningún momento. Perdona, no quise ofenderte, solo que no es muy corriente que una dulce voz femenina ande por la emisora —dijo.

—¡Pues vete acostumbrando! Cambio y corto.

La risa de Iván me puso más furiosa. Pillé una rabieta de las gordas y sin saber muy bien el porqué. En realidad, sí lo sabía: era esa voz.

—¿Qué acaba de pasar, Chloe? Me lo explicas o me lo imagino, y sabes que tengo una mente algo retorcida y sucia.

—Que yo sepa no ha pasado nada, solo es lo de siempre.

Se escuchó una risa muy *sexy* por los altavoces que me erizó la piel. No podía entender cómo una voz me conmovía de esa manera. Al rato vimos el letrero donde se anunciaba el restaurante Los Llanillos. Miré a Iván y entendió al instante lo que quería decirle, tanto a él como a mí nos intrigaba aquella voz. Qué bueno era conocerse. Vimos que había tres camiones estacionados junto a varios coches y uno era un volvo 12.

Entramos al restaurante, eran las once y media: tarde para desayunar y temprano para para un refresco. Decidimos pedir un zumo que vino acompañado de una pequeña tostada mientras descansábamos y echábamos un vistazo a ver si veíamos a los camioneros. Solo había tres parejas hablando animadamente y otro matrimonio con niños que, por las ropas que llevaban, dejaban claro que su destino era la playa.

—Iván, ¿te importa si voy al servicio mientras pides?

—Adelante, meona —respondió con guasa.

Me dirigí a los servicios que estaban situados a la derecha de la barra junto a dos puertas más, una para la cocina y la otra al fondo, que debía de ser la del comedor. Justo en el momento en que me iba acercando, se abrió esa puerta y aparecieron dos hombres altos. Deduje que debían de ser ellos. Iban riéndose y llamaron a un tercero. Eran altos y fuertes, aunque uno rubio con piel pecosa y el otro moreno tanto de pelo como de piel. Entré en el servicio sin ver a ese tercer camionero. Al llegar a la mesa donde Iván se había sentado, lo primero que me dijo fue:

—¿A que no sabes a quién he visto?

—Espera que te adivino el pensamiento. A ver, a tres hombres con pinta de camioneros altos y de buen parecer.

—¿Pero tú cómo lo sabes si no estabas? —preguntó con una sonrisa.

—No sabes que soy adivina. —Reí yo también y se lo expliqué.

—Buen sitio para un buen revolcón con semejantes hombres —suspiró. No quería seguir con esa conversación y la cambié a lo que más le podía gustar en estos momentos: Alejandro.

—¿Como van las cosas con Alejandro?

—Despacio y con buena letra, como dice el refrán, las cosas de palacio van despacio. Así lo estamos haciendo. Tenemos que quedar para vernos antes de que tu padre nos mande a la sede de Barcelona.

En esos momentos sonó mi móvil y era él.

—Iván, eres gafe, ¿para qué lo has nombrado? Aquí lo tengo ya. ¿Dígame?
—contesté al retirarme el teléfono del oído.

—Chloe, ¿se puede saber dónde estás? —gritó fuera de sí.

—Papá, cálmate. Estoy tomando un tentempié con Iván. Creo que esto es mejor hablarlo en persona en vez de pegarme voces a través del teléfono, ¿no crees?

—Por supuesto que sí. Conducirá Iván, ¿no? Sabes que si lo haces tú, corres un gran riesgo si te para la policía.

—Sí, papá. Buen día, adiós, ya hablaremos.

No estaba dispuesta a discutir sobre ese tema por teléfono, aunque por el genio que en ese momento tenía, la distancia era mi amiga. Si lo tuviera delante no sé lo que hubiera quedado de mí.

—Tranquila, nena, estaré a tu lado —me susurró Iván.

—Mas te vale, porque tú lo estas disfrutando tanto como yo.

La mano de mi amigo sobre la mía me tranquilizo un poco. Sabía lo que me esperaba cuando llegara. Solo me quedaba la esperanza de que mi hermano y mi madre aplacaran los nervios de la fiera. Acabamos la ruta sin ningún problema, tomamos rumbo de vuelta a casa e Iván propuso conducir para dejarme descansar y recrearme un poco con los paisajes. A lo lejos vi una cala desierta con un agua cristalina que me llamó la atención.

—Salte por esa salida

—Pero ¿qué dices, Chloe?

—Que te salgas por esa salida, corre, que se te va a pasar.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado ahora?

—¿Confías en mí?

—Me estas asustando.

—¿Confías en mí, sí o no?

—Sabes que sí.

—Pues corre que se nos pasa.

Volvíamos con tiempo de sobra, sabía lo que me esperaba a la vuelta y quise tomarme un respiro.

—Sabrás que nos hemos salido del itinerario.

—Claro que lo sé, Iván, pero mira a tu izquierda, dime si no es el lugar adecuado para tomar algo de fuerzas para la tormenta que no espera a la vuelta.

—Te entiendo perfectamente —reconoció y aparcó el camión en un carril sin asfaltar que había entre varias palmeras. No había nadie por ningún lado y sin preguntar nada me quite toda la ropa y me lance al agua. Iván sin parar de reír sacó su móvil y llamó a su amado. Cuando me cansé de nadar mar adentro regrese a la orilla y me tumbé en la arena para secarme y sin darme cuenta me quede dormida. A la media hora, Iván me despertó.

—Vamos, princesa, que tenemos que volver al castillo.

—¿Me he quedado dormida?

—Yo diría que sí. Querías tomar fuerzas para lo que nos espera y te has relajado muy bien.

Todo lo bueno se acaba. Llegamos a la plataforma donde nos esperaba mi padre, rodeado de empleados que le guardaban el aire. Estaba de un humor de perros. Bajé del camión y, al ver cómo iba vestida, su enfado creció a límites alarmantes. Hasta me pareció ver que salía humo de su cabeza.

Iván me echó el brazo por encima y seguimos a mi padre hasta su oficina:

—Se lo que está pensando en este momento, señor —se adelantó Iván—, pero no voy a permitir que diga cosas de las que luego se pueda arrepentir. —Tomó un poco de aire—. Chloe se ha comportado como una buena jefa y ha sabido darle solución a un problema que se habría convertido en uno bastante más gordo. Podrían llegar incluso a habernos denunciado por no entregar las medicinas a tiempo. —Mi padre lo observó sin pestañear—. Todo ha ido perfectamente, es una conductora extraordinaria y en ningún momento la he dejado sola. —Al oír lo de conductora, los ojos de mi padre se abrieron desmesuradamente—. Esto es algo que hemos hecho entre los dos, así que lo que tenga que decir nos lo dice a ambos. Creo que si usted hubiera estado en esa situación, habría actuado de la misma manera.

—Veo que tienes buen defensor —dijo mi padre después de que Iván hablara—. El hecho de que tú hubieras ido con ella me tranquilizó, pero no quita que te aventuras de tal manera poniendo en peligro tu vida, Chloe, no lo voy a permitir. Esta ha sido una locura que no voy a consentir que ocurra nunca más.

—Lo siento, papá, pero lo que he vivido me ha abierto los ojos. He disfrutado con cada kilómetro que he recorrido porque es lo que me gusta. —El estar junto a Iván me envalentonó y puse mis cartas sobre la mesa—. Ya va siendo hora de que sepas que tengo todos los carnets menos el de autobús. Que lo que me gusta es conducir los camiones, no estar encerrada entre cuatro paredes mirando papeles, me está ahogando. —Notaba como le estaban sorprendiendo mis palabras, de esta no saldría viva—. He comprobado que el conducir me da vida y en esta locura me he dado cuenta de lo que quiero. —Mi voz ya no era una súplica era un ultimátum—. Quiero que me des una zona por la que repartir mercancía, quiero que me des un itinerario y que lleguemos a un acuerdo.

—Si se queda más tranquilo, estaré encantado de ir con ella. Compartimos el mismo gusto y hemos disfrutado mucho, somos buenos compañeros —promedió Iván al ver el camino que estaba tomando la conversación.

—De eso no me cabe duda, os habéis puesto de acuerdo para conseguir que ceda ante algo que para una mujer solo va a traer problemas. No tenéis ni idea de lo que es la vida de un transportista. Lo siento, pero mi respuesta es no. No es la vida que quiero para mi hija.

—¡Pero si es la que yo quiero para mí! Tengo derecho de elegir por mí misma y no hacer lo que me habéis impuesto todos.

—Habla en casa.

Sabía que estaba enfadado. Cuando lo hacía, se perdía y nadie sabía dónde encontrarlo. Eso me daría tiempo, él se calmaría y vería las cosas de otra manera, o eso esperaba.

Capítulo 5

Después de lo ocurrido, papá intentaba no cruzarse mucho conmigo ni en casa ni en la oficina. Sabía que, o me daba un itinerario o me iría de allí cuando acabara con los cierres y todo el papeleo estuviera entregado. Sabía que se lo estaba pensando. Tardó solo un mes en darme el itinerario. Lo había estudiado y reestudiado con ayuda de todos para que fuera el más rápido y el menos complicado: el resultado fue el mismo que habíamos hecho Iván y yo.

—Solo te pongo una condición y es que siempre tienes que ir acompañada o bien de Iván o de alguno de tus hermanos.

—Acepto encantada, papá. No sabes la felicidad que siento ahora mismo, gracias.

Solo eran dos días a la semana, pero eso me bastaba de momento. Lunes y martes oficina, miércoles y jueves viaje y viernes oficina, cuando hubiera más trabajo en la oficina tendría que ir el sábado, pero no me importaba, era el pequeño pago por mi recompensa. Estábamos deseando que llegara nuestra primera entrega como transportistas oficiales de esa ruta.

El lunes y el martes se hicieron eternos, y finalmente el miércoles llegó. No hizo falta ni que tocara el despertador, estaba preparada. Los nervios del primer viaje oficial no me habían dejado dormir en toda la noche.

—Que bien te veo esta mañana, compañera. —La cara de Iván reflejaba la misma emoción que la mía.

—Yo también te veo estupendamente. Vamos a por el papeleo, lo tengo en la mesa de la oficina —sugerí con una palmada. Me sentía como a una niña cuando le dan una piruleta.

Mi padre salió a asegurarse de que todo estaba en orden. Yo quería que viera que no tenía miedo y decidí ser yo la conductora durante las tres primeras horas de viaje. No puso muy buena cara, pero lo hice para que se fuera acostumbrando.

Iniciamos nuestro camino ilusionados y lo primero que hicimos fue encender

la emisora para oír lo que los compañeros decían. Había uno de Cádiz que contaba chistes con mucha gracia. Iván pidió información de los bares de nuestra ruta. No quería ir al de la otra vez, ya que no le hizo mucha gracia ver cómo me miraban. Sin embargo, la respuesta fue la misma: que era el más adecuado y el mejor comunicado de la zona.

—No me importa, Iván. Esta vez estoy preparada y tengo la ropa adecuada para cantarle las cuarenta al que intente pasarse conmigo. Vamos a almorzar allí.

Cuando entramos, era un ambiente diferente al del otro día, hoy sí había matrimonios, parejas y grupo de chicas y chicos comiendo. No me había dado cuenta de los dos autobuses que estaban estacionados en los aparcamientos de la izquierda. Eso nos retrasaría un poco, pero a esas horas no nos íbamos a poner a buscar otro restaurante. Un camarero joven se acercó y nos dijo:

—¿Venís en el grupo de los autobuses?

—No, somos transportistas y esta será nuestra nueva ruta —contestó Iván.

—¡Ah! Pues, en ese caso, si queréis, podéis pasar al comedor donde os serviremos antes para que no perdáis mucho tiempo en vuestra ruta.

—Sí, muchas gracias.

—Seguidme, os doy mesa y os tomo nota.

Seguimos al muchacho de complexión delgada que nos acomodó en una mesa para dos junto a una ventana por la cual se veía un pequeño parque. Íbamos tan concentrados detrás de aquel muchacho que, una vez acomodados, nos dimos cuenta de que estaban casi todas las mesas ocupadas y que los ocupantes eran la mayoría camioneros. Comencé a sentirme nerviosa y observada como en el otro viaje.

No obstante, al margen de la afluencia, el servicio iba ligero y poco a poco se fue vaciando el comedor. No levanté la vista de la mesa ni por un momento, ni la ropa adecuada impidió que me sintiera nerviosa. Iván estaba de espaldas al resto de comensales y no se percató de nada, solo dijo:

—Estas muy callada.

—Al igual que tú. Se nota que estamos saboreando la comida. Ahora entiendo por qué hay tanta gente, está deliciosa.

—Tienes razón, esta parecida a la que hace tu madre.

—¡Que ocurrencias tienes! A mi madre no la iguala nadie. Voy a ir al servicio antes de seguir. Ve pidiendo la cuenta a nombre de la empresa, por favor.

—Eso está hecho. Me tomaré el café en la barra. Allí te espero. ¿Te pido algo?

—No, gracias, pero pide una botella de agua bien fresquita para el camino.

—Hecho.

Al levantarme, me vino otra vez la sensación de que me estaban mirando. A decir verdad, no se me había ido en toda la comida. Había estado un tanto inquieta, pero no vi nada fuera de lugar, no quise mirar a ningún lado, solo busqué la puerta de los servicios para dirigirme a ellos. Al salir un poco ligera, tropecé con un hombre alto y fuerte al que sin mirar le dije:

—Disculpe mi torpeza. —No esperé su respuesta, salí volando. Busqué a Iván avergonzada y con la cabeza agachada.

—¿Qué te pasa que te veo un poco acalorada?

—Nada, que he tropezado con un hombre al salir del baño. ¿Tú necesitar ir?

—Sí, dame unos cinco minutos.

—Te espero en la puerta. —Necesitaba tomar aire fresco, me sentía abochornada por lo sucedido. A los cinco minutos, Iván regresó.

—Pongámonos en marcha —sugirió y posó su mano en mi cadera.

Dicho y hecho, nos dirigimos a nuestro camión. Tenía una sensación muy rara que no se me fue hasta que estuvimos unos cuantos kilómetros alejados del lugar. Ahora le tocaba a Iván conducir. Encendí la emisora flojita como si fuera la radio y me recosté en mi asiento para escuchar las conversaciones. Se me iban cerrando los ojos hasta que de pronto sonó esa voz, esa que me atraía, me encantaba y me aterraba a partes iguales.

—¡Esa voz! —dije más alto de lo que me hubiera gustado. No quería que Iván estuviera alerta cada vez que la escucháramos.

—¿Qué le pasa a esa voz?

—Nada, solo que creí haberla escuchado antes.

—Escuchamos tantas voces al cabo del día que a saber.

Fue una suerte para mí que no le diera mucha importancia y permanecí pendiente para identificar lo que decía. No entendía porque me atraía tanto.

Hasta que dijo algo que llamó mi atención.

—Por esta ruta hay un águila patosa. Solo quiero que me confirme si está en perímetro.

No supe qué pensar, ¿Sería el hombre con el que me choqué al salir del baño? ¿Por eso decía lo de patoso? Que tonta había sido al no mirarlo. Habría podido ponerle cara a esa voz. Iván me miró con ojos extrañados. Tampoco acababa de entender.

—¿Se refiere a nosotros?

—Creo que se refiere a mi tropezón en la salida del servicio. Deberías contestar tú. Así sabrá que no estoy sola. No quiero ser el punto de mira de nadie.

—Está bien, como tú quieras.

—Aquí Águila Negra. Te copio, Cazador Alfa.

—¿Eres nuevo por esta ruta, Águila Negra?

—Sí, Cazador Alfa. ¿Algún problema?

—Solo quería desearos buen viaje y ofreceros mi ayuda si se os presenta cualquier contratiempo. Suelo estar en ruta por esta zona.

—Igualmente Cazador Alfa. Agradecidos estamos. Corto y cierro.

—Asunto zanjado. ¿Estás más tranquila?

—Sí, por supuesto. Voy a dormir un rato, pero no cortes la emisora que me gusta dormirme con ese fondo.

—Como quieras.

Era mentira, estaba hecha un flan. No estaba segura de quién era ese tipo; tenía mis dudas, sospechaba de los cinco muchachos con los que habíamos coincidido en los restaurantes, pero no sabía cuál era cual, solo sabía que él se había asegurado de que Águila Negra no conducía sola, que también había un chico.

Acabamos con la ruta, que fue a las mil maravillas, sin ningún contratiempo y todo entregado a la hora acordada. A la vuelta, mi padre ya no estaba tan tenso. Fueron pasando las semanas, oficina, viaje, vuelta y casa, hasta que Iván se puso malo y esa semana tuve que ir sola. Mi padre ya se había acostumbrado a los viajes, había llamado y se había presentado por su cuenta a los restaurantes a los que siempre solíamos hacer la parada y había

advertido que cuidaran de mí, como si fuera una niña pequeña sin querer reconocer que esa niña ya había crecido. Mi hermano se encargó de que antes de partir el camión estuviera a punto. Todo fue sobre la marcha y al llegar al restaurante me pasaron directamente al comedor donde me deleité con el fabuloso menú. Además, pude disfrutar de una tranquilidad poco habitual debido a los pocos comensales que había ese día

Antes de continuar el viaje, ya era como un ritual ir al servicio donde me aseaba y preparaba para otro largo tramo. Una vez dentro, escuché la puerta abrirse, seguido de las otras tres puertas, y por último cerraron la principal. Una voz me sobresaltó.

—¿Chloe, estás ahí?

No sabía si contestar o no; era la voz de un hombre que me sonaba, pero no era la de Antonio, el camarero que siempre me atendía, y por estos entornos no conocía a nadie más. Así que callé.

—Chloe, contesta. Sé que estás aquí. —Tocó con sus nudillos la puerta donde yo me encontraba.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

—Eso no importa, solo quiero hablar contigo.

—No sé quién eres. —Intenté salir del servicio en el que me encontraba, pero me fue imposible; tenía agarrado el pomo de la puerta—. Déjame salir y hablamos, esto no son maneras ni tampoco es un buen sitio para hacerlo, me resulta un poco incómodo.

—No tengo otra opción de momento, solo quiero avisarte que por la ruta que llevas ha habido un desprendimiento de tierra por las lluvias de anoche y está la carretera cortada. Lo acaban de informar en las noticias. Sabía que estabas aquí y he venido a avisarte. Han habilitado otra vía alternativa, pero te retrasara bastante.

—Muchas gracias por la información, pero déjame salir para poder agradecértelo.

—Ya lo estás haciendo, no te preocupes.

—¿Cómo sabes la ruta que hago?

—Entre compañeros todo se sabe.

—Pues yo, por ejemplo, no sé la que tú llevas. En realidad, no sé la ruta que

lleva nadie.

—Es normal. Acabas de empezar. Ya las irás conociendo, al igual que a nosotros.

—¿Siempre eres así de enigmático? ¿A los otros transportistas también los encierras en el servicio para comunicarles si pasa algo en sus itinerarios?

—No todos son tan guapos como tú.

—Vaya, gracias por el cumplido, pero me gustaría que me lo dijeras a la cara.

—Eso será en otro momento. Buen viaje. —Escuché cómo la puerta se cerraba tras su última palabra.

No daba crédito al momento tan extraño que acababa de vivir. Al salir al pequeño recibidor donde se encontraban los lavabos, me impregné de un olor dulce y amaderado que estaba segura de que sería el perfume de aquel chico.

En ese momento caí; con los nervios y el susto que reconozco que en un principio sentí, no me había dado cuenta de la voz que me estaba hablando. ¡Era él! Era la voz ronca y sensual, era la voz que me excitaba y me encandilaba sin siquiera conocerle. Mis ojos miraban de un lado para otro buscando alguna cara conocida o algo que me diera alguna pista, pero estaba todo bastante vacío. Los comensales ya habían seguido sus rutas y prácticamente estábamos solos. Así que me fui para mi camión y una vez allí cerré bien las puertas. Me sentía algo nerviosa, pero en el momento que escuché el arranque de mi máquina se me olvidó todo y continué con mi camino.

Encendí la emisora para comprobar si la noticia del derrumbe era real y así era; todos comentaban los grandes destrozos que había causado la tormenta en la autovía. A pesar del contratiempo, todo fue bien y, absorta en mis pensamientos y con la emisora como fondo, llegué a casa sin apenas darme cuenta. Esa noche soñé con una voz dulce cuyo propietario me acariciaba y besaba por todo el cuerpo.

Capítulo 6

Cada día que pasaba me acercaba más al próximo viaje y mis nervios se iban poniendo a flor de piel. Esos viajes me daban vida, la que me quitaba estar encerrada en las oficinas. De vez en cuando me venía a la mente lo ocurrido en el servicio. No era muy normal hablar con alguien de aquella manera. La conclusión siempre era unas mariposas en el estómago y una ansiosa curiosidad. Todo era una incertidumbre, no sabía si volvería a encontrarme con él, aunque fuera solo por la emisora.

Estaba en mi oficina hablando con mi padre cuando entró Iván. Todavía se le notaba un poco débil y yo diría que hasta mareado.

—Pero ¿adónde vas, Iván? —le preguntó mi padre un poco preocupado.

—A trabajar, jefe.

—No tienes muy buena cara, por mucho que intentes disimularla, así que vuelve a casa. Tómatelo como unas pequeñas vacaciones y recupérate por completo. Las oficinas no se van a ningún lado. Te estaremos esperando.

—Pero hay mucho trabajo y Chloe no puede con todo.

—Por eso no te preocupes, Iván. Si necesito ayuda, te acerco los papeles a casa y listo

Por un lado, quería que estuviera a mi lado; era verdad que había mucho papeleo, pero me las apañaría, aunque tuviera que ir el sábado. En cada viaje que comenzaba sola, la emisora se volvió mi compañera. Iba reconociendo las voces de los usuarios, pero la que más deseaba escuchar no estaba. Poco a poco me iba integrando entre ellos como otro más y volví a hacer mi parada en el restaurante de siempre.

—Aquí tienes la factura, Chloe.

—Como siempre, todo estaba muy rico —dije cuando firmé a Antonio lo que me había entregado.

—Me alegro de que sea de tu gusto, Chloe. Por cierto, han dejado esto para ti —informó y me entregó una carta.

—Gracias, Antonio. ¿Sabes de quién es?

—No sé cómo se llama, pero últimamente lo veo mucho por aquí. Si quieres me informo. Conozco a varios compañeros con los que se junta.

—Gracias. Si alguna vez lo ves y estoy aquí, ¿me harías el favor de decirme quién es?

—Sí, claro. Te avisaré. Buen viaje.

—Gracias. Buen día para ti también.

Al salir, me dirigí a mi cabina y miré para todos los lados. Me puse cómoda y antes de poner el motor en marcha abrí la carta; no podía más, me intrigaba y deseaba saber qué decía. Sentí como la adrenalina corría por mi cuerpo.

Hola, pequeña.

Sé que no nos conocemos de nada, ese es un tema que quiero solucionar. Mi itinerario de hoy está en sentido contrario al tuyo, no podré verte. En otra ocasión será.

¿Sabes? Cuando entras por las puertas del restaurante te siento como una brisa fresca que le da color a esta vida que nos ha tocado vivir. Aunque nos guste nuestro trabajo, es solitario y duro, a la vez que peligroso. Exponemos nuestra vida en cada viaje. Me gustaría escuchar tu voz. Tengo un canal privado por si te quieres pasar un ratito para charlar y así el viaje se nos hará un poco más ameno, ¿qué me dices?

Estaba casi segura de que la carta venía del hombre de la voz dulce y cautivadora. Aunque el primer encuentro fue un poco raro, no perdía nada con hablar con él un ratito. ¿A quién quería engañar? Estaba deseando volver a escucharlo.

Mi curiosidad hizo poner el canal indicado, el cuarenta y cinco, pero no hablaba nadie. Cuando iba a cambiar el canal, escuché:

—¿No te atreves a hablar, pequeña?

—No tengo mucho que decir, no te conozco.

—Pues entonces tendremos que solucionarlo. Soy Cazador Alfa, encantado de conocerte.

—Yo soy Águila Negra, igualmente, aunque pienso que estoy un poco en

desventaja

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú sí sabes cómo me llamo, aunque desconozco cómo lo has sabido.

—Solo puse un poco de atención a una conversación que tuviste con el camarero; él dijo tu nombre, que, por cierto, es muy bonito.

—¡Mmm! Eso quiere decir que eres un cotilla.

—Yo no diría eso exactamente, más bien me intereso por lo que quiero.

—Y, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Ya te lo he dicho, conocerte, solo eso.

—¿Y si yo no quisiera?

—No estarías en este canal, ¿no crees?

—Muy astuto.

—He comprobado el tiempo que haría hoy por esa zona, imagino que un cielo azul te acompaña, ¿o me equivoco?

—No te equivocas. Es agradable conducir con el sol de la primavera. Me encanta ver los paisajes coloreados de las florecitas.

—Es hermoso imaginarte entre ese bello paisaje. Tú serías la flor más hermosa.

—Gracias por el halago.

—Es verdad, Chloe. Eres una mujer muy hermosa, diferente a las demás.

—¿Por qué soy diferente?

—Porque lo eres, quiero descubrir a la mujer que escondes bajo tu máscara de niña rebelde. —Escuchar eso me erizó la piel, no por lo que había dicho en sí, sino por la manera de decirlo; su voz sonó como una súplica, dulce y sincera. Al ver que no contestaba, insistió—: ¿Me dejarás?

—Yo...

—No te estoy pidiendo que sea ya, iremos poco a poco, tú marcarás el ritmo. De momento podremos hablar por aquí. ¿Qué me dices?

—No creo que pase nada por conocer a un compañero de viaje.

—Esa es mi chica. —Su comentario me hizo sonreír.

Seguimos hablando hasta que llegué a una de mis paradas. Tenía que descargar la mercancía. Se me hizo muy corto el trayecto, no me habría

importado seguir conduciendo dos horas más para escuchar su voz y hablar como si fuéramos viejos amigos. Ya no coincidimos más y, a la vuelta, decidí parar en el paraje de la otra vez para relajarme. Aquel sitio se estaba convirtiendo en una costumbre. Pasé media hora en la tranquilidad de esa playa solitaria sin dejar de pensar en esa voz y en todo lo que habíamos conversado. Y, después de darle unas vueltas, decidí contárselo a Iván. Me sentía muy rara, no sabía qué pensar y necesitaba su consejo. Antes de que pudiera hacerlo, no obstante, recibí un *WhatsApp* como si me hubiera estado leyendo la mente:

Iván: ¿Cómo ha salido el viaje, preciosa? 18:30

Chloe: Bien, sin ningún problema. ¿Dónde estás? 18:30

Iván: En casa. Estoy convaleciente. ¿O se te ha olvidado? 18:31

Chloe: No, solo quería asegurarme. Tardo dos minutos en subir 18:31

Iván: Sí que eres rápida 18:32

Chloe: Estoy aparcando, necesito hablar contigo 18:34

Iván: Me dejas en ascuas, sube como las balas 18:34

Chloe: Tan impaciente como siempre 18:35

Iván: Nena, hay cosas que no cambian ni una simple gripe 18:35

Cuando llegué a su puerta, ya estaba abierta y olía a café. Al entrar, me encontré con Alejandro y me llevé una grata sorpresa.

—¿Cómo es que estás por aquí? Iván no me había dicho nada. ¡Qué callado te lo tenías! —dije y le di un pellizquito cariñoso a Iván.

—Llegué el sábado, pedí una semana de vacaciones para poder venir a cuidar de él.

—¿Qué le has dicho a tus padres?

—Que iba con unos amigos a la playa.

—Pues en Córdoba lo que más se le parece a una playa es el río que pasa por nuestras tierras.

—Lo sé, pero eso ellos no lo saben, y sí que es verdad que unos amigos están en la playa, así que no he mentado del todo.

Charlamos mientras nos tomábamos el café y nos poníamos al día. Pasado un buen rato, Alejandro se levantó y me dijo que iba a buscar ingredientes

para hacer pizzas para que cenáramos todos juntos. Avisé en casa de que no iría hasta tarde y aproveché ese momento para hablar con Iván. Aunque me llevase muy bien con Alejandro, aún no tenía la confianza suficiente para contarle mis intimidades.

—Chloe, empieza por el principio sea lo que sea y no le des más vueltas, me tienes intrigado. ¿Qué es lo que te inquieta tanto?

Le conté todo desde el principio, desde que esa voz me atrajo hasta la carta, que se la entregué para que la leyera.

—¿Qué es lo que sientes tu? —me preguntó después de leerla.

—No lo sé, Iván. Es raro, pero me siento segura. Esa voz me relaja y me excita a partes iguales. Deseo escucharlo a todas horas a pesar de no saber quién es.

—Ya era hora de que alguien consiguiera llamar tu atención, que se te va a pasar el arroz.

—Déjate de tonterías y dime qué piensas.

—Puede ser un desquiciado que persigue muchachas guapas como tú o un chico que se ha sentido atraído por ti —dijo al rascarse el mentón; solía hacerlo cuando algo le preocupaba—. Por su manera de actuar, da la sensación de que sabe muy bien lo que hace y parece de momento que te respeta. Lo único que te digo es que te andes con cuidado. Intentaré no dejarte mucho rato sola hasta comprobar qué es lo que quiere de ti. Lo del servicio es raro, pero no dice nada de su persona. Solo quería avisarte de aquel desvío. Lo que no llego a entender es que sepa tanto de ti.

—Yo tampoco. De momento no ha hecho nada que pueda alarmarme.

—Si ves algo fuera de lugar, ¿me lo dirás?

—Sabes que sí.

Finalmente llegó Alejandro con las bases de pizzas y los ingredientes. Nos dirigimos todos a la cocina. Mientras Iván iba condimentando las pizzas, Alejandro y yo hablamos de las oficinas, de los viajes y de las playas.

Al nombrar la playa, me acordé del paraje que me tenía enamorada.

—Alejandro, cuando quieras te puedes ir con Iván a hacer la ruta. A la vuelta sabrá llevarte a un rinconcito que te enamorará. Es mi pequeño paraíso.

—¿Ya lo has bautizado? ¿Has ido más veces? —preguntó Iván intrigado.

—Sí, en todos los viajes en los que tengo tiempo llego un ratito. Me relaja y me ayuda a desconectar.

—Pues habrá que visitarla. ¿Iván, no tenías nada que decirle a Chloe?

—No creo que sea el mejor momento, Alejandro.

—¿Qué es lo que está pasando, Iván? ¿Yo te cuento y tú te callas? Eso no es de ser buen amigo.

—Solo estaba esperando el momento adecuado, pero visto lo visto, ahora empiezo. Alejandro y yo hemos decidido dar un paso adelante, vamos a vivir juntos como compañeros de piso a vista de nuestros padres y poco a poco les iremos contando la verdad de nuestra relación.

—¿Dónde os vais a instalar?

—Estaremos seis meses aquí en Córdoba y otros seis en Cádiz. Quiero hablar con tu padre para que me dé el permiso del traslado y seguir trabajando en aquella plataforma.

—¡Pero es una buenísima sorpresa, una noticia magnífica! No te preocupes por mi padre que seguro que dice que sí. Aunque me duele separarme de ti, ¡me alegro tanto por vosotros!

Me lancé hacia ellos y los besé por todos lados. Me alegraba verlos tan felices y sabía que para ellos era un paso muy importante.

—Esto hay que celebrarlo, así que el viernes nos toca salir a dar una vuelta y pillar un buen puntazo.

—Eso está hecho, quedamos sobre las diez en la tasca.

—Allí nos veremos. Me alegro mucho por vosotros, pero ya es hora de volver a casa. Es tarde y mañana algunas trabajamos.

—Hasta mañana, cielo.

La mañana transcurrió tranquila. Después de comer estaba muy nerviosa, en lo único que pensaba era en esa voz; la echaba de menos. Quería escucharla de nuevo, pero es que no entendía que me pasaba. Quizás Iván tuviera razón y este chico había llamado mi atención por acercarse de una manera diferente.

Comiendo con mi madre, me acordé de que en el garaje papá guardaba toda clase de cacharros y, entre tanto trasto, debía de haber una emisora de radio. Me dirigí allí con la esperanza de encontrarla y que funcionara. Lo encontré en

el fondo de la tercera caja. Me la llevé a mi dormitorio para comprobar si funcionaba, pero no tuve suerte. Llegó la hora de trabajar y no me quedó más remedio que salir hacia las oficinas. Me fui directa a mi camión y encendí la emisora; necesitaba comprobar si estaba. Solo estuve diez minutos, pero tampoco tuve suerte. O no estaba conectado o estaba fuera del alcance de la radio. A decir verdad, no sabía nada de él, solo su ruta. No sabía de dónde era, ni quién era ni nada. Solo reconocía su voz, que era inconfundible.

Acabó la jornada. Fui a casa para ducharme y cambiarme para salir con mis amigos. Iván había quedado con algunos compañeros de trabajo. La comida fue amena y divertida. Cada uno con sus ocurrencias hizo que el tiempo se pasara volando. A las dos de la mañana decidimos irnos a una discoteca a seguir la fiesta donde encontré otras amigas que se nos unieron. Bailamos y bebimos hasta que los pies aguantaron.

—Iván, me marcho a casa. Estoy muy cansada y mañana tengo que ir a las oficinas.

—Te llevamos. Nosotros también nos vamos.

—No hace falta, tengo el coche, tranquilos. Disfrutad un poco más de la velada.

—Como quieras. Que descanses.

Los despedí a todos con un beso y me marché en busca del coche. Metí la llave en la cerradura y, cuando iba a girarla, una voz me detuvo.

—No te gires, Chloe, por favor, y tampoco te asustes, soy yo.

—Es difícil no asustarse, la verdad.

—¿Ahora sigues asustada sabiendo que soy yo?

—Pues no.

—¿Confías en mí?

—Creo que sí.

—Esa es mi chica. Te voy a vendar los ojos.

—No quieres que te vea.

—De momento no.

—¿Y por qué? ¿Tan feo eres que no quieres que te vea? —Mis palabras le hicieron reír.

—No es exactamente ese el problema, te lo puedo asegurar, me interesas de

verdad, Chloe, prefiero hacer las cosas a mi manera. ¿Aceptas?

—Sí.

Me vendó los ojos con un pañuelo que olía al mismo perfume que había dejado aquel día en el servicio. Me encantaba ese olor dulce y amaderado. Cuando me tenía como él quería, sentí su aliento en mi oído y me susurró:

—No sabes lo difícil que ha sido dar contigo. Me moría de ganas por sentirte, olerte y tenerte así, entre mis brazos. Muero por saborear tu boca, besar todo tu cuerpo. ¿Me dejarás hacerlo algún día?

Cada palabra que me decía era como un bálsamo relajante y excitante a la vez, que me hacía desearlo como nadie había hecho. Me dejé llevar por el momento y de mi garganta salió un «sí» que sonó como una petición desesperada. Sabía que estaba esperando sus caricias, pero no me tocó. Me fue girando lentamente y noté la yema de sus dedos rozar mis labios. Los perfiló suavemente hasta que noté un casto beso sobre ellos, tan fugaz y dulce que me quedé sin aliento. Las mariposas de mi estómago volvieron a revolotear. Sentí un gran vacío cuando sus labios se separaron de los míos. Entonces, el peso de su frente se posó en la mía y me dijo:

—No sabes cuánto te deseo, Chloe. —Su voz, que ya era música para mis oídos, sumada al deseo que transmitían esas palabras, hicieron que me abrazara a él. Mis labios buscaron los suyos y los besé con toda la pasión que sus palabras me hicieron sentir.

Sus labios abandonaron los míos para besar mi cuello. Sentía sus dientes clavarse suavemente en mi hombro. Luego pasaron por el lóbulo de mi oreja, donde mordió con un poco más de fuerza, seguido de un soplido, y luego chupó con sensualidad hasta llegar a meter la lengua dentro de mi oído. Aquello hizo que me estremeciera entera y se me erizó cada poro de mi piel. Cada minuto que pasaba a su lado hacía que lo deseara más y más. Estaba a su merced y él sabía que podía hacer conmigo lo que quisiera. Había conseguido que lo deseara a un nivel que nunca nadie había conseguido provocar en mí. De golpe se separó y ya no lo sentí a mi lado.

—¿Dónde estás?

No obtuve contestación y empecé a ponerme nerviosa. Intenté quitarme la venda, pero su voz me paró.

—No te muevas, princesa, estoy aquí. Solo quería mirarte. Me vuelves loco, loco por tu olor, por tu sabor, y muero por hacerte mía y beber tu éxtasis. Pero tengo que parar ahora o no podré hacerlo después.

Me relajé al sentirlo cerca, aunque no me tocaba. Me tenía tan excitada que deseaba que siguiera, que no parara, pero no lo hacía. Comprendí que quería hacer las cosas despacio y yo de nuevo me había precipitado con mis impulsos. Volví a sentirme aquella niña alocada que hacía las cosas sin pensar.

—¿Quieres que siga, pequeña?

—Será mejor que paremos ahora que podemos los dos, antes de cometer una locura.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Besó de nuevo mis labios—. Cuenta hasta diez y ya puedes quitarte la venda.

—¿Por qué no puedo quitármela ya?

—Haz lo que te digo. —Volvió a besarme y me ordenó—: Cuenta ahora.

Comencé la cuenta atrás, con cada número que decía me iba sintiendo más sola hasta que me di cuenta de que ya no estaba, de que esos besos habían sido una despedida y de que era una estrategia para alejarse de mí y así no poder verle la cara. Quité mi venda y marché a casa. Me acosté con una sensación rara, entre felicidad, miedo y temor a no volver a sentir lo que me habían provocado esos besos, esa voz y esas caricias. En una palabra, me sentía *viva*.

Capítulo 7

El lunes todo volvió a la normalidad. Iván ya estaba en su oficina de nuevo totalmente recuperado. La semana fue pasando e intentaba conectarme desde mi camión a escondidas cuando no había nadie, pero no lo encontraba nunca. Eso solo podía significar que estaba fuera del alcance de la emisora. La que teníamos en la plataforma pillaba toda España para tener localizada a toda la flota, pero estaba en la oficina de embarque y siempre estaba ocupada. La única opción era quedarme por la noche, pero las cámaras me grabarían y no estaba dispuesta a levantar falsas sospechas. Intentaría arreglar la de mi habitación.

«Estoy loca, arreglando emisoras viejas, escapándome a hurtadillas a mi camión, y pensar en escabullirme de noche a la emisora central. Definitivamente me estoy obsesionando. Esto se tiene que acabar, Chloe», me decía a cada momento, pero mis pensamientos me fallaban y se iban siempre a la atracción que sentía por esa voz, esas caricias y esos besos. ¡Oh, qué besos!

Por fin llegó el miércoles. La incertidumbre de no saber si volvería a encontrarme con él, aunque fuera sin verlo, me estaba matando. Necesitaba olerlo y deseaba sentir sus besos. Iván solo me observaba callado; era como si estuviera evaluando mi estado. Algunas veces me daba la impresión de que era medio brujo, me conocía demasiado bien y se metía demasiado en mis pensamientos.

—¿Como van tus nervios, Chloe?

—Bien, ¿cómo quieres que estén? No es el primer día que hago el trayecto.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, no te hagas la tonta.

—Bien, voy contigo y no creo que se acerque, sabe que tengo compañía.

—¿Has vuelto a saber de él?

—Desde la carta, no.

No quise ponerlo alerta, no quise decirle que sabía dónde vivía. Decidí callar hasta ver cómo iban sucediendo las cosas.

—Si ves algo fuera de lo normal o le notas cerca, me lo dirás, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamé con convicción—. Tranquilo, hoy te dejo conducir a ti. No he descansado bien.

—Como quieras. Tus deseos son órdenes para mí y será un gran placer.

Me acomodé en el asiento del copiloto. No tardé mucho en caer en un profundo sueño. Cuando desperté, estábamos llegando a nuestro restaurante. La emisora estaba encendida bajito y, sin abrir los ojos, presté atención a las voces que salían del aparato. Ahí estaba esa voz, la que me removi6 las entrañas e hizo poner los pelos de punta. Eso me decía que estábamos cerca y a lo mejor se me acercaba cuando menos me lo esperaba. Desde que entramos al restaurante puse alerta mis oídos, pero no encontré ninguna voz parecida a la suya. Había más comensales, el comedor estaba repleto y fuera de él varias parejas degustaban sus platos. Todo estaba normal, pero yo estaba cada vez más nerviosa y apenas pude comer.

—Voy al servicio. Te acompaño para que tú vayas también y así estaré más cerca de ti y no te quedas sola aquí.

—Como quieras, pero estoy bien.

—A mí no me engañas. Apenas has probado bocado y has estado muy nerviosa mirando de un lado para otro. Chloe, en serio, se te está yendo de las manos; o te controlas o te controlará a ti. No sé bien qué pasa por tu cabeza, pero para tenerte así ha de ser algo más. Nunca te había visto así por un tío.

—No podría decirte, cuando me aclare y sepa qué pasa te lo diré, Iván.

—Sabes que no me gusta presionarte, pero esta vez hay algo distinto y me preocupa.

—Tú tranquilo, de verdad, estoy bien.

Cada uno se fue a sus necesidades. Una vez juntos en la puerta y preparados para seguir con el viaje, Iván paró en seco y dijo:

—Chloe, tengo que entrar. Me he dejado el móvil en algún lado. Vete para el camión, toma las llaves que ya voy yo.

— ¿Te ayudo a buscarlo?

—No hace falta, creo que sé dónde está.

—Vale, allí te espero.

Estaba más alejado que otros días. Cuando llegué y abrí la puerta, lo sentí a

mi espalda.

—Hola, pequeña. No te gires, por favor, ya sabes que es una de mis reglas. La semana ha sido muy larga sin escuchar tu voz y hoy me encuentro con que traes guardaespaldas. Eso me impide tenerte entre mis brazos. Muero por besar tus delicados labios. Aún puedo evocar su sabor.

—He intentado hablar contigo, pero no te he localizado.

—Siempre estaré para ti en el mismo canal, aunque esté lejos. Búscame cuando me necesites. Adiós, pequeña.

Volví mi cara a toda velocidad. Por fin iba a verle el rostro y a la luz del día, pero me equivoqué; estaba subido en su camión y la ventana la tenía tintada de negro, con lo que solo veía un poco de silueta, pero nada más, y furiosa le contesté:

—Adiós y buen viaje.

Ví cómo se marchaba. Mis manos volaron para poder sacar el móvil y conseguir una foto de la matrícula de su camión. Necesitaba saber algo de él.

Cuando llegase a casa ya tendría trabajo. Con los pocos datos que tenía, sería imposible encontrar alguna pista de quién podía ser el conductor de ese camión y, si necesitaba la ayuda de mi hermano, no dudaría en pedírsela. Ahora conduciría yo. Encendí la emisora antes de que viniera Iván y la puse en su canal. Obviamente no se oía nada, pero cuando iba a salir del canal empezó una canción que me gustaba mucho: *El mundo*, de Pablo López. Ví que venía Iván y mi instinto fue cortar la emisora como si estuviera haciendo algo malo y no sabía muy bien por qué. Bueno, en realidad sí que lo sabía; era su canal privado. Muy sencillo; me estaba escondiendo de él como si fuera uno de mis hermanos porque lo que estaba viviendo era nuevo para mí. Esta manera de ligar, si se podía decir así, era bastante rara, y lo peor era que no había un minuto del día que no me acordara de él, de su voz, del roce de su piel con mi piel, del sabor de sus besos. En mi mente empezaron a agolparse mil y una preguntas: ¿quién era ese hombre? ¿Por qué actuaba de esa manera? ¿Por qué ocultaba su rostro? ¿Por qué no podía sacármelo de la cabeza? ¿Con todas las chicas actuaría así?

—¿Pasa algo? Estás muy seria. —Iván me sacó de mis pensamientos.

—No, tranquilo, solo estaba pensando.

—Hoy no has tenido suerte, no se ha acercado a ti. —Y mirándome a los ojos me dijo—: ¿O sí?

Ante esa mirada no podía mentir, me conocía demasiado bien.

—Acabo de hablar con él. Tenía el camión aquí aparcado.

—¿Y qué es lo que te ha dicho?

—Nada, que hoy tenía guardaespaldas y no se podía acercar.

Nos reímos los dos.

—Vaya, ahora soy un guardaespaldas. Visto de esa manera, hasta es gracioso. No entiendo su manera de ligar, pero cada uno es libre de hacer lo que quiera siempre que te respete. —Se quedó pensativo un largo rato

—¿Qué piensas, Iván?

—Me tienes preocupado porque nunca te he visto así. Me alegraría si conociéramos al muchacho y todo fuera normal, pero este cortejo me tiene desconcertado.

—Ya somos dos los que sentimos lo mismo.

—No sé muy bien qué pensar, pero ten siempre claro que solo pasará lo que tú quieras que pase. Puede que ya no lo veas nunca más o puede que detrás de la esquina te esté esperando. Eso lo vivirás tú y espero que me lo cuentes — dijo totalmente emocionado—. ¡Madre mía, Chloe! Esto es muy morboso, solo de pensarlo me pongo a cien, pero también da un poco de miedo el no saber quién hay detrás.

—Yo no podría describirlo mejor. Te temo, te metes demasiado en mi cabeza y me asustas —reconocí—. Creo que te estás convirtiendo en un brujo que lee la mente. Solo te faltan las pócimas y los conjuros.

—Sabes que soy observador y, aunque tú has intentado ocultarlo, conmigo no ha servido, te conozco demasiado bien. —Posó su mano en mi rodilla y me dio un pequeño apretón.

Todo el viaje fue tranquilo como de costumbre. A él le podía la curiosidad y encendió la emisora. Sabía por dónde iba y me anticipé a sus pensamientos:

—No te preocupes que, si oigo su voz, te aviso.

Pero esa tarde no dio señales de vida, ni en el viaje siguiente ni los dos meses que le siguieron. Aquello quedó un poco en el olvido; echaba de menos nuestras conversaciones, pero la obsesión por escuchar su voz se fue

apaciguando. Hubo viajes en los que paramos a almorzar y la sensación de que me estaban observando fue constante, pero cuando salíamos, todo pasaba.

Al final, tanto Iván como yo pensamos que el juego se había acabado, que se habría cansado de seguirme y se habría ido a por otra chica más fácilona. Nos equivocamos.

Capítulo 8

Todo el papeleo fue arreglado y en una semana Iván iba a trasladarse a la sede de Cádiz. Mi padre había aceptado sin problemas a su petición. Los amigos y compañeros de trabajo le preparamos una despedida sorpresa con la ayuda de Alejandro. Sabíamos que volvería a temporadas, pero ya no sería lo mismo. Todo esto me entristecía; me quedaba sin mi amigo, mi confidente y mi gran apoyo, pero también quería su felicidad.

El viernes llegó demasiado rápido. Me ricé el pelo y lo recogí a un lado. Me puse mi mejor vestido, uno azul eléctrico de licra que se ajustaba a todas mis curvas y con el escote en forma de uve tanto delante como por atrás, que llegaba hasta donde se acababa mi espalda. Los complementos los elegí en tonos fucsia, al igual que mis labios, y me maquillé en tonos plata y negro para dar un brillo especial a mis ojos en la noche.

La discoteca estaba con aforo máximo, había gente por doquier. Se notaba que era viernes y la gente quería desconectar del trabajo y la rutina.

Cuando acudíamos a ese local, nos gustaba reservar una zona vip; era más íntimo, podíamos hablar sin pegar voces.

Las conversaciones habían fluido durante toda la noche. Cuando José y Alejandro fueron a por otra ronda, Iván y yo decidimos ir con ellos. Aproveché para pasar por el servicio. Llamó mi atención la conversación, o más bien las voces histéricas de unas chicas en la entrada.

—Pero, Vicky, no me digas que no es guapísimo. Si no fuera por el montón de moscardones que tiene al lado, te juro que le tiraba los tejos y me lo llevaba a casa.

—¿Desde cuándo te ha estorbado a ti nadie, Eva?

—También tienes razón, pero es que todas van a lo mismo y no te dejan ni pronunciar una palabra que ya tienes a una encima pidiendo su atención.

—Es que siempre te vas a por los más atractivos. Sin embargo, yo voy a intentar ligarme a alguno de los acompañantes, que también están para mojar pan. Todos son bellísimos y yo no soy tiquismiquis. Me acostaría con

cualquiera de ellos. ¿Estás segura de que no son modelos?

Con las voces que pegaban era imposible no escucharlas. Al salir, la curiosidad me picó y busqué con la mirada a los chicos tan estupendos que estaban describiendo las muchachas, pero no vi a nadie con esa descripción. Busqué a mis amigos y les ayudé a subir las copas.

Una vez arriba, me asomé por la baranda. No sabía bien qué buscar porque chicos había a montones y las luces intermitentes no me facilitaban la búsqueda. Tras el barrido, mis ojos se detuvieron en un grupo de chicas aglomeradas en la barra alrededor de alguien y supuse que sería el susodicho guapetón con sus acompañantes. Desde allí solo se veían cabezas que cambiaban según el color de las luces.

La discoteca tenía una norma que consistía en que, a cada hora que pasaba, ponían música de cada estilo adaptado al horario de los que acudían al local. Había pasado los setenta, los ochenta, rock, pop, heavy y ahora tocaba música latina como bachata, salsa, merengue, kizomba... El cambio de música nos hizo levantarnos y dirigirnos a la pista. Nos fuimos emparejando unos con otros y los que quedaron libres se dirigieron a la barra.

Después de bailar unas siete canciones, estaba sedienta. Fui para la barra en busca de algún refresco. Sin darme cuenta, me coloqué al lado de las mismas chicas del servicio. Miré por el hueco que dejaron entre ellas y lo vi; unos ojos negros como el azabache, con unas cejas espesas, negras y rectas que hacían una mirada muy intensa. El pelo, al igual que los ojos, negro y alborotado. Le daba un aire de rebelde. Luego observé su fina nariz, que daba paso a unos labios carnosos y perfilados que daban ganas de morderlos con solo mirarlos. Seguí con la mirada hacia abajo y me encontré con una barbilla partida por un hoyuelo que te dejaba prendada, con una barba de cuatro días muy bien arreglada. No me extrañaba que las chicas del servicio babearan por él. Era de los guapos guapísimos, de los que quitan el hipo con solo mirarlos, y me quedaba corta. Nunca me han gustado esos tipos, suelen ser chulos e insoportables, creídos e hipócritas y, como no, machistas. Pero a él no podía quitarle la mirada de encima; esos ojos me recordaban a alguien.

De pronto su mirada se cruzó con la mía y me quedé paralizada. No pude apartar la vista. Él sonrió y, al hacerlo, le salieron dos hoyuelos, uno en cada

mejilla. Al final, apartó la mirada para atender a sus pretendientas. No me pasó desapercibido que, no muy lejos, había otros tres chicos que parecían recién salidos de un catálogo de ropa interior masculina y se hacían arrumacos con algunas chicas.

Me hice a un lado y cogí la bebida que me sirvió Fran, con el que charlé un rato hasta que alguien le pidió una copa y tuvo que atenderle. Me retiré en busca de mis amigos. A partir de entonces, mi humor cambió a un estado de nerviosismo permanente. Una sensación de ser observada comenzó a perseguirme allí por donde iba.

La primera vez que sentí la sensación, volví la cara sin saber qué buscar. Al ver que la sensación seguía, intenté ignorarla y bailé con mis amigos, hasta que el cuerpo no aguantó más y nos retiramos para descansar.

Llegué a casa, saqué las llaves del portal y al abrir la puerta sentí como me abrazaban por detrás. Aquello impidió que me diera la vuelta y, en menos de un parpadeo, ya estaba dentro del portal y pegada a la pared. Mi cuerpo tembló, pero no de miedo; había reconocido el calor que desprendía ese cuerpo que estrechaba el mío. El olor que inundaba mis fosas nasales hizo que mis pulsaciones se pusieran en funcionamiento a marchas forzadas. No tenía ninguna duda: era él.

—No era mi intención asustarte, lo siento. No he logrado apartarte de mis pensamientos ni un segundo.

—¿Y por qué quieres hacerlo?

—Es lo mejor para ti.

—Eso tendría que decidirlo yo, ¿no crees?

Sin contemplaciones, tapó mis ojos con una de sus enormes manos y me giró con la otra de un tirón. Entonces sentí su beso desesperado que me robó el aliento. Cuando se dio cuenta de que me faltaba demasiado el aire, se separó un poco para dejarme respirar.

—Veo que me has echado de menos —susurré.

—No sabes hasta qué punto. —Ese comentario sonó un poco melancólico.

—Juegas sucio. No me dejas verte y, aunque lo acepto, cada vez que te acercas a mí me das un susto de infarto. Entras y sales de mi vida sin pedir permiso, sin importarte cómo me pueda sentir. ¿Por qué?

—No lo entenderías. Estoy luchando contra mí mismo. Debería apartarme de ti para que puedas ser feliz, pero no puedo. Siento una atracción especial que ninguna mujer había conseguido antes. Tengo la necesidad de protegerte, pero si te tengo a mi lado, nunca lo lograría. Mi vida es muy complicada. Si supieras quién soy, estoy seguro de que no te acercarías a mí.

—De nuevo eliges por mí. ¿Y si yo quiero estar en ella?

—No estés tan segura de ello. He visto tu indiferencia ante las personas como yo.

—¿A qué te refieres exactamente?

—No importa. ¿Quieres que siga acercándome a ti y así poder conocernos?

—Sí.

—¿A pesar de todo y de mis reglas?

—Sí, quiero. —Tras mi respuesta se hizo el silencio. Puso su frente sobre la mía y de su garganta surgió un suspiro que paró mis pensamientos en seco. Con una voz indescriptible me dijo:

—Déjame demostrarte quién soy a mi manera, por favor.

Respondí con un beso que hablaba por sí solo. Deseaba conocerlo, necesitaba sentirlo, necesitaba quererlo. Separé la mano que tapaba mis ojos y no los abrí. Esperé a que los tapara, era su condición y con ello le estaba demostrando que la aceptaba.

—¿No sabes las noches que he soñado que te hacia mía, que éramos uno!

—¿Qué te impide hacerlo?

—Solo quiero hacer las cosas bien, pero este no es el momento. Ahora te sentiré, pero de otra manera.

Sentí la adrenalina corriendo por mi cuerpo y el morbo que toda la situación me provocaba. Me quedé inmóvil y traté de averiguar cuál sería su siguiente paso. Me arrastró con cuidado hacia lo que era la habitación de los contadores y besó mi boca despacio, saboreando cada roce. El deseo iba creciendo para ambos y los besos se volvieron ardientes. Cada centímetro de mi cuerpo vibró y se despertaron sitios que ni yo misma conocía. Sus manos pasaron a mis pezones.

—¡Dios! Me di cuenta de que no llevabas sujetador desde el momento en que te vi y me excité con solo imaginarlos.

—¿Cuándo me has visto?

Para no contestar, me selló con un beso la boca, a la vez que pellizcó mis pechos. Eso hizo que me olvidara de la pregunta y entrara en un mundo donde solo estaba él. De mi boca salió un gemido de placer.

—Me vuelves loco.

Sus labios abandonaron mi boca y fueron bajando por mi cuello hasta posarse en mi pecho que besó con delicadeza. Primero pellizcó con los dedos por encima de la ropa y poco a poco fue apartando mi escote hasta encontrar mis senos desnudos. Sentir el calor de sus labios sobre ellos ya era excitante, pero sentir sus dientes mordisquear, a veces suave y otras fuerte, mis pezones, me llevó al límite. Tiraba de ellos para luego lamerlos y me produjo unas oleadas de placer indescriptible. No tardó mucho en llevarme a un lugar donde nunca había estado: el paraíso del orgasmo.

—Mira lo que provocas en mí —jadeó y llevó mi mano hasta su pene, que me dejó tocar a través del pantalón. Era enorme y estaba preparado para acabar su cometido.

En aquella habitación todo se magnificó de tal manera que mi mente solo pensaba en sentirlo dentro.

—Eres la pieza perfecta que le falta a mi puzle. Me uniría junto a ti por una eternidad.

Sus palabras me llegaron al corazón y no deseaba otra cosa que dejarme arrastrar y descubrir ese mundo desconocido que me estaba ofreciendo. No se movía. Me tenía abrazada, muy pegada a él. Notaba cómo nuestras respiraciones se tranquilizaban. Sus manos no paraban de acariciar mi espalda. Poco a poco, se fue separando de mí, lo que me produjo un vacío frío que nunca había sentido.

—He de irme, pequeña.

—Déjame verte —rogué.

—Eso no es posible todavía.

—¿De qué tienes miedo para ocultarte de mí?

—De tus ojos.

—¿Y qué te han dicho mis ojos? ¿Y cuándo? ¡Si no nos hemos visto!

—Creo que has juzgado la fachada sin comprobar el interior. Aunque tú no te hayas dado cuenta, nos hemos visto en varias ocasiones y, cuando me miras, tus ojos desprenden desprecio. —Su voz se volvió más ronca—. De esta manera puedo estar cerca de ti y mostrarte mi interior.

—¿Y si ese interior tampoco me gusta?

—Te dejaré marchar, pero no será el caso.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé. Ya no hay más preguntas.

—La última, por favor.

—Adelante.

—Intuyo que puedes tener a cualquier chica. ¿Por qué insistes conmigo?

—Porque eres diferente a las demás, porque me volviste loco la primera vez que te vi, porque no puedo dejar de pensar en ti, porque eres mi droga.

Me dio un beso casto en los labios y se marchó. Esperé unos segundos para quitarme la venda y subir a casa.

Abrí la puerta y, tras entrar, cerré lo más despacio que pude. Me dirigí a mi habitación y me tumbé en la cama. Con el recuerdo de sus manos acariciando mi piel y el orgasmo que me había hecho sentir, mi corazón comenzó a acelerarse. Este hombre me hacía sentir viva y deseada. En mi cabeza empezaron a amontonarse todos los momentos vividos esa noche. No quería darle muchas vueltas a cómo estaban sucediendo las cosas. Solo estaba segura de una cosa: debía vivir el momento, no quería dejarlo pasar y arrepentirme durante toda mi vida. No me importaba lo que pasara después.

Cuando me desperté, me sentí desorientada. «Dios mío, pero ¿qué es lo que me está pasando?». Deseaba a ese hombre por encima de todo.

No podía estar más rato parada. Necesitaba saber quién era. Me levanté y me dirigí a mi ordenador a probar suerte con la matrícula y el nombre de la empresa, a ver si podía encontrar algo, pero no obtuve ningún resultado. Las empresas me salían, pero obviamente no reflejaban ningún nombre de sus empleados ni de la plantilla de su flota, mucho menos de las matrículas de sus camiones. En realidad, sabía que no iba a encontrar nada; esos datos solían estar muy bien guardados. Me encaminé hacia la cocina para desayunar, cuando de pronto sonó mi teléfono. Era un número desconocido y, aunque no

solía cogerlos, esta vez tenía expectativas.

—¿Dígame?

Su voz resonó en mis oídos.

—Quería darte los buenos días y pedirte disculpas si hice algo que te molestara.

—Ayer me dijiste cosas muy bonitas, pero presiento que detrás de todo esto escondes algo, y sinceramente estoy empezando a asustarme por tu manera de acercarte a mí y por lo que me haces sentir.

—¿Qué es lo que sientes y por qué te asusta?

—Creo que no es un tema para hablar por teléfono.

—Sé que mi manera de acercarme a ti te tiene un poco descolocada, pero es que tiene que ser así. Por algo de mi pasado no puedo mostrar mi identidad, al menos de momento.

Esa respuesta me hizo recapacitar y pensar que, al igual que yo, también tenía un pasado oscuro. Quizás no debía desaprovechar la oportunidad de conocerlo un poco más.

—No quiero que te asustes. No soportaría que te alejaras de mí. Créeme que he intentado alejarme de ti, pero me gustas mucho, demasiado. Déjame intentarlo a mi manera, por favor. Cuando estoy contigo, tu cuerpo me dice que sientes lo mismo.

¿Cómo podía decirme esas cosas? ¿Cómo sabía tanto de mí y lo que sentía hacia él? ¿Cómo conseguía hechizarme de esa manera y hacer conmigo lo que le daba la gana sin haberlo visto ni una vez?

—No me puedes pedir eso y no sabes lo que siento.

—Sí, sí que puedo y lo necesito. Te deseo y mucho, Chloe. No imaginas cuánto. Piénsatelo y te llamo más tarde para que nos veamos en algún lugar escogido por ti, para que así estés más cómoda.

—¿Allí me dejarás verte?

—Tú déjalo de mi mano. Yo lo prepararé todo. Solo piensa el sitio.

—No has contestado a mi pregunta.

—Ya sabes la respuesta.

Y entonces colgó, algo que me molestó bastante y me provocó ganas de mandarlo a freír espárragos. ¿A quién quería engañar? Yo también le deseaba

de una manera que ni yo misma entendía

Después de pensarlo durante un rato, encendí el ordenador y acabé buscando un posible lugar. Al final me decanté por una heladería en el paseo de la Ribera, cerca de la catedral, pero alejada del barullo de la gente, junto a un parque pequeño, donde había una fuente de chorros preciosa con unas vistas al Guadalquivir que enamoraban. Además, servían unos cafés italianos exquisitos y unos helados hechos por ellos mismos que estaban que quitaban el sentido.

Me vestí elegante, aunque cómoda, y me maquillé un poco más de lo habitual. Cuando me llamó, acordamos el sitio y la hora. No me dio tiempo a despedirme, colgó rápido. Las dos horas que faltaban se me hicieron eternas. Para pasar el tiempo mejor, llamé a mi cuñada. Ya estaba en el quinto mes y el cuerpo se le estaba estabilizando, apenas vomitaba y le apetecía más comer. Luego decidí ir al café dando un paseo para aplacar los nervios.

Tenía la esperanza de verlo sentado en una mesa de la terraza, pero no fue así. Había unas mesas ocupadas por varias parejas y otras dos de un grupo de amigos, pero ninguna por un muchacho solo, así que me senté en una esquina un poco apartada. De pronto, se acercó el camarero:

—¿Eres Chloe?

—Sí —asentí desconcertada.

—Me han entregado esto para ti y me han informado que te lleve a la nueva zona. Sígueme, si eres tan amable.

—Gracias —dije perpleja y le seguí.

Eran unos reservados con unos sofás de cuero blanco adornados con cojines color rosa palo y plateados que lo hacían todo muy moderno. Debían de haber hecho reformas, porque desconocía esta zona y estaba genial.

—Cuando sepas lo que quieres tomar, toca este botón. La carta está en la mesa. —Y señaló una llave en la pared. Afirmé con la cabeza porque no me salían las palabras. Una vez se fue, me senté y abrí el sobre.

Pide lo que te apetezca y para mí un capuchino. Luego, ponte el pañuelo que está dentro del sobre y átatelo fuerte. Por cierto, estás guapísima, pequeña.

Sabía que no me dejaría verle, pero tenía una pequeña esperanza, Llamé al camarero, hice el pedido y, una vez lo trajo, me ató el pañuelo. No me hizo esperar mucho, sentí la puerta abrirse y cerrarse y mi corazón empezó a latir. El olor de su perfume puso mis sentidos al límite.

—Hola, pequeña —saludó y besó mis labios con una dulzura que ya me iba siendo familiar.

—Hola —dije nerviosa.

—Tranquila, Chloe. Solo vamos a hablar. Sé que no te será fácil, no estás en la misma condición, pero créeme, es lo mejor de momento. Todo llegará.

Volvió a besarme con dulzura y me transmitió algo más que no supe descifrar. Sentí que se sentaba a mi lado.

—Buena elección. Te voy a dar este helado de mil maneras diferentes y me gustaría probarlo. ¿Puedo?

—Me preguntas como si tuviera muchas opciones. Sabes que vas a hacer tu voluntad y que no puedo comer con los ojos vendados.

—Abre la boca.

Y me dio un poco de helado con la cuchara. Se derramó algo en mi barbilla. Lo hizo adrede, ya que le daba la posibilidad de recogerlo con su lengua y depositar un beso casto sobre mis labios. No sabía si era por la venda o la situación, pero me pareció lo más erótico que había vivido en mi vida. Parecía que me había leído la mente cuando dijo:

—No pienses mucho. Solo disfruta del momento, de mis caricias, la conversación, y deja de darle vueltas; ya llegarán las explicaciones. Míralo de esta manera: con el pañuelo en los ojos, cada caricia mía es más intensa porque nunca sabes cuál es el siguiente roce. Tu cuerpo no me espera y resulta más intenso. Siénteme, por favor.

Esas palabras junto a su voz eran cautivadoras, y lograban relajarme. Su suspiro sensual junto a mi oído erizó mi vello.

—Este capuchino está exquisito. No lo había probado tan rico desde hacía tiempo.

—Es uno de los mejores de la ciudad. Sus propietarios vivieron en Italia varios años.

—Y han traído una pequeña Italia a este rincón. Había oído del lugar, pero

no había venido. Lo apuntaré entre mis lugares favoritos, aunque lo favorito lo hace la compañía.

—Gracias.

—Quiero decirte que me marché fuera del área de las emisoras de los camiones por un largo tiempo. Me gustaría seguir en contacto contigo, sentir tu voz todos los días y saber cómo y dónde estás en cada momento. Te estoy grabando mi número en tu móvil con mi nombre: Robert. Cuando me eches de menos, puedes llamarme a cualquier hora. Para ti estoy siempre disponible. Si no obtienes respuesta es porque no puedo atenderte, pero responderé en cuanto me sea posible.

—¿Qué te hace pensar en que te voy a llamar?

—Sé que me echarás mucho de menos.

Y empezó a rozar mis labios, mi oreja, mi cuello. Mi cuerpo reaccionó al instante y pude sentir su sonrisa:

—¿Por qué sonríes?

—Lo sabes perfectamente. Me gustaría acabar con esta locura que me quema.

—Si te lo pidiera ahora mismo, ¿qué harías?

—Levantarme y echar el pestillo, es así de sencillo. Pero sé que no es el momento ni el lugar más adecuado. Algo me dice que necesitas un poco más de tiempo. Las circunstancias de esta situación o tu pasado.

Me calló la boca en un minuto. Como siempre, tenía razón. ¿Sería uno de los de aquella noche? Ante aquel pensamiento, me alejé todo lo que pude de él con el terror en mi rostro.

—¿Qué dije, princesa?

—¿Qué sabes tú de mi pasado? ¿Quién eres?

Intenté quitarme el pañuelo, pero me agarró las manos para impedírmelo.

—No sé qué has pensado ante mi comentario, pequeña. Todos tenemos pasado. No quise asustarte. Tranquilízate. No te conozco. De haberlo hecho antes, te aseguro que no te hubiera dejado escapar.

Sé acerco a mí y me acunó la cara con sus manos para tranquilizarme con su voz, sus caricias y sus pequeños besos.

—¿Déjame verte, por favor! —dije con voz suplicante.

—¿Y si se rompe la magia de nuestros momentos y no me dejas estar a tu lado? Me importas demasiado como para dejarte ir. —Su voz era segura—. Solo te dejaré verme cuando confíes en mí y estés plenamente enamorada, para estar yo tranquilo de que no huirás.

No pude evitar una sonrisa.

Me besó muy dulce y lentamente.

—Esto, de momento, es una despedida. En cuanto pueda, vendré en busca de estos besos. Te llamaré, pequeña, y no me olvides.

Me volvió a dar otro beso, que me dejó sin respiración, y se marchó. En ese mismo momento, sentí su ausencia y una pena que no podía describir. Me quité el pañuelo, que me sirvió para secar las lágrimas que brotaron de mis ojos, y una vez recuperada me levanté y salí de aquel local. Volví a casa como vine, andando. El fresco del atardecer me daba en la cara y lo agradecí. Por el camino, el móvil sonó: era un WhatsApp de él.

Robert: No te sientas afligida, mi amor. El día que menos lo esperes estaré contigo de nuevo. 18:40

Yo: ¿Qué te hace pensar que es por ti? 18:40

Robert: Chloe, reconócelo de una vez y será más rápido todo. He visto cómo salías de la cafetería. Tus ojos enrojecidos y la mirada perdida en tus pensamientos te delatan. 18:41

No contesté, no sabía qué responder a eso. ¿Que tenía que reconocer? ¿Que me desconcertaba y a la vez me gustaba y me daba mucho morbo la situación que me tenía hechizada? ¿Incluso a pesar de que mi cabeza me decía que me de él? ¿Que me dejara arrastrar por esos momentos o que me estaba enamorando de alguien que no sabía ni quién era?

Los días fueron pasando, la vida siguió igual. Solo deseaba que el teléfono sonara para volver a sentir su voz, pero esa llamada no llegaba. Empecé a pensar que era una tomadura de pelo y me propuse olvidarme de todo. Estaba preparándome para irme a la cama cuando el WhatsApp sonó.

Iván: Hola, morbosa. Mañana tendrás tu encuentro con tu camionero, espero

que me cuentes algunos detalles 23:30

Al leerlo me reí, pero también me decepcioné porque pensé que era él.

Chloe: No, Iván, me ha comentado que tiene viaje al norte de España por un tiempo y no nos podremos ver 23:31

Iván: ¿Cómo? No me digas. ¡Oh, Chloe! Te llamaré a menudo para que el viaje te sea más ameno 23:31

Chloe: No te preocupes, tengo la emisora. Ya conocemos a varios camioneros de confianza, todo está controlado 23:32

Robert: ¿Estás despierta, princesa? 23:32

Me quedé mirando la pantalla. No lo esperaba.

Iván: Ve informando a menudo, si no, no estaré tranquilo. Buenas noches, cielo. Que descanses. 23:33

Chloe: Igualmente, guapetón, saluda a Alejandro de mi parte 23:33

Chloe: Sí, estoy despierta ¿Cómo estás? 23:34

Y no contestó, sino que llamó.

—Hola.

—Hola, pequeña. Te echaba de menos.

No sabía qué contestar. Estaba enfadada. Reconocía que no tenía ningún motivo, pero me sentía así; yo también le había echado de menos. Demasiado.

—Princesa, ¿qué pasa? ¿Sigues ahí?

—Sí, estoy aquí.

—¿Qué haces despierta a estas horas? Mañana toca viaje y tienes que descansar.

—Estaba acostándome.

—Mmm... ¿Qué llevas puesto, si puedo saberlo?

—Adivínalo.

—Imaginate con un camisón de dormir no va a hacer que te desee más de lo que ya lo hago.

—Me lo pondría con gusto para ti.

¿Cómo había podido decir eso en voz alta?

—Y yo te lo quitaría con mucho gusto, pequeña. Pero hasta que estés preparada, no lo haré, no me gusta obligar a nadie. Nunca lo he hecho y no lo voy a hacerlo contigo. Será algo especial para nosotros.

—Eso se lo dirás a todas.

—¿Qué te hace pensar en eso?

—No sé. Quizá por tu seguridad ante nuestros encuentros. Tu manera de actuar. Sabes cómo tocar a una mujer y dejar la incógnita al no dejarte ver.

—Sí, ya, el no saber quién soy. ¿Tan importante es para ti conocer mi cara y no conocer mi interior?

—Si fuera al revés, ¿tú qué harías?

—Pues si lo pienso un poco y te soy sincero, el morbo que me produce la situación y lo que me haces sentir me harían ir hasta el final.

—Claro. Así sois los tíos. Aprovecháis toda oportunidad. ¿Eso es lo que soy yo para ti? ¿O eres tan feo que por eso no me dejas verte y así no puedo salir corriendo?

—¿Te preocuparía si fuera feo?

—Me preocupa el no saber quién eres realmente —dije con tono triste.

—Alguien que está viviendo una vida que no quiere. —Su voz tenía el mismo tono que el mío.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué te pasa? ¡Cuéntamelo! Sabes que no diré nada y hoy te noto raro, diría que incluso deprimido. ¿Qué ha ocurrido?

—Algún día te lo contaré todo. Te echo tanto de menos, no sabes lo que daría por tenerte entre mis brazos ahora mismo y poder olvidarme de todo, aunque fuera por unos instantes.

—Pues ven a mí.

—No puedo. Tengo que dejarte. Dulces sueños, pequeña.

—¡No cuelgues, espera!

Pero ya era tarde, había colgado.

Pasaron dos largos meses, donde no hubo un solo día en que no recibiera su llamada; una para desearme buenos días, otra muy larga donde nos contábamos

las cosas que habíamos hecho durante el día y otra cuando estaba de viaje, para amenizármelo.

Estaba un poco ausente, conduciendo de vuelta a casa mientras pensaba en las conversaciones que acababa de tener con Robert, cuando volvió a sonar el móvil.

—¡Hola, petardilla!

—¡Iván! ¡Qué alegría! ¿Cómo estáis?

—Lo vas a comprobar tu misma. ¿Cómo llevas los repartos?

—Estoy de vuelta.

—Perfecto. Desvíate para Marbella, dirección Hotel Meliá Banús, cerca de Puerto Banús. Aquí te espero.

—Pero...

—Ni pero ni nada. Llama a casa, a la oficina o donde quieras, pero te quiero ver aquí antes del mediodía.

Escuché su risa antes de cortar la línea. Pensándolo bien, lo necesitaba. Necesitaba estar con él, le echaba mucho de menos. Hice las llamadas pertinentes. En casa, mamá se puso contenta y le dije que avisara a papá porque había llamado al móvil y no me contestaba. Seguro estaba en una reunión, ya vería la llamada. También llamé a la oficina para que hicieran mi trabajo, de algo servía ser la hija del jefe. Estacioné en una zona adaptada y vigilada para camiones, así estaría más tranquila, ya que últimamente había muchos robos a transportistas.

Iván me esperaba sentado en el capó de su coche. Lo abracé tan fuerte que casi caímos al suelo.

—Yo también te echaba muchísimo de menos, pero al parecer tú me ganas.

Reímos los dos, pero ninguno se separó de aquel abrazo. Una vez calmados, me dijo:

—Cuéntame todo lo que te ronda por la cabeza, que estamos solos. Alejandro se ha ido a unas reuniones con su padre y nos veremos en casa el lunes. Tenemos tres días para nosotros solos.

—Si te refieres a mi pretendiente, hay muy poco que contar. No nos hemos vuelto a ver y hablamos todos los días. Ya está todo contado. Me tiene. Estoy hecha un lío. Es una situación bastante rara. Solo sé que está siempre en mis

pensamientos y que quiero vivir esta aventura o lo que sea porque le deseo muchísimo.

—Esta nueva Chloe asustada y enamorada me gusta. Nunca te había visto así, aunque estás un poco desmejorada. ¿Qué pasa? ¿Noches en vela?

—Tú lo has dicho. Muchas noches pensando, pero estoy bien. Ahora tú, ¿cómo vas con Alejandro?

—Muy bien. La semana pasada nos juntamos con sus padres y él les confesó que éramos pareja. A decir verdad, se lo tomaron bastante bien. Intuyo que ellos tenían la sospecha y su saber estar me lo confirmó —dijo aliviado—. Su madre estuvo encantadora y su padre algo reacio, pero su reacción fue buena. La semana que viene iremos a casa y necesito que me ayudes con los míos. Mi padre sabes que es duro de roer.

—¡Por supuesto que estaré! Iván, las madres son muy intuitivas y, al igual que la de Alejandro, la tuya debe de saberlo, por muy bien que hayas querido disimularlo delante de ella.

—No lo dudo. Sabes que mi madre es muy observadora. Antes de ir, quiero hablar con ella para anticiparle algo con tacto a ver cuál es su reacción.

—Yo pasaré por tu casa por gusto de saludarla, hace tiempo que no la veo.

Capítulo 9

El rico olor a espetos llamó a nuestros estómagos y nos acercamos a uno de los chiringuitos de la playa. Tras el café, aprovechamos los últimos rayos de sol de la tarde con un paseo por la orilla.

Nos dirigimos al hotel para descansar un poco y nos preparamos para dar una vuelta por Puerto Banús y cenar en algún restaurante a la orilla de la playa. En una tienda de souvenirs, Iván vio algo gracioso y quiso comprárselo a Alejandro. Me quedé en la puerta del establecimiento viendo los grupos de amigos pasear, los niños revolotear alrededor de sus padres y las parejas agarradas o bien de la mano o de su cintura; una de ellas llamó mi atención. Era un hombre que alzaba a su pareja en el aire y la colmaba de besos por todos lados. Cuando dejó de dar vueltas y quedó justo frente a mí, no podía creer lo que mis ojos veían. No podía ser cierto. Mi reacción fue entrar dentro de la tienda y mirar a través del cristal. Vi cómo la besaba con adoración. Mientras le rodeaba la cintura, se encaminó a una joyería. Cogí del brazo a Iván, que apenas pudo recoger la vuelta de lo que estaba pagando, y lo arrastré conmigo hacia la joyería.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿Qué haces?

—Calla y no alces la voz. Mira quién está dentro de esta joyería.

—Sí, una pareja, ¿y qué?

—Mira al hombre en cuestión.

—Pues de espaldas la verdad no caigo, aunque su silueta se parece mucho a...

Me miró para decírmelo y vio que estaba llorando. Me cogió de la mano y me arrastró fuera de allí. Me llevó a un lugar apartado donde pudiera desahogarme sin miradas curiosas. Fuimos hasta la orilla y allí me derrumbé. Caí de rodillas junto a Iván, que me ofreció sus brazos.

—Sabes que me tienes aquí. Lloro todo lo que quieras y cuando te calmes hablamos.

Esa noche lloré hasta caer rendida, pero a la mañana siguiente Iván entró a la habitación con el desayuno en la mano y lo colocó en mi regazo. Luego me obligó a comer un poco.

—Chloe, sé cómo te sientes, créeme que lo sé. No quiero que te enfades conmigo. Quizá debí avisarte, pero no sabía cómo.

—Me estás diciendo que...

—Por eso te llamé, para que vinieras. Yo lo vi con Alejandro en una cena del gran hotel al que acudimos con unos amigos. Por suerte, él estaba bastante lejos y no nos reconoció, tal vez también porque no nos esperaba por aquí. —Bajó un poco su mirada para tomar aire y volvió a mis ojos al continuar—. Esto era algo que tenías que ver tú misma, a pesar del dolor que sé que sientes. Si no era así, nunca nos hubieras creído, por eso no te dije nada. Me siento mal por ser yo el causante de este dolor, pero creo que es justo que te enteres de lo que está pasando. Si esto sucediera en mi casa, me gustaría saberlo. Espero que no me tomes rencor. Alejandro se marchó a casa en cuanto supo que venías. Él entendió que necesitaríamos estar a solas para asimilar lo que habíamos visto.

—No me puedo creer que me hagas esto.

—Chloe, yo no estoy haciendo nada. Entiendo que me echas ahora la culpa por destapararlo. Es él quien os está engañando. ¿O acaso es mejor ocultarlo y vivir en una mentira? ¿No has sido tú misma la que en más de una ocasión me has dicho que notabas a tu madre triste y distante, llegando a pensar que algo pasaba, y notabas que no te quería contar?

—Sí, pero es que...

—Esto es lo que tu madre te ha ocultado y no ha dicho porque sabía el dolor que os iba a causar a ti y a tus hermanos.

—¡Dios mío, Iván! Tiene que estar destrozada. ¿Cómo se lo digo?

—Creo que lo mejor es no contarle nada. Si ella lo sabe, solo tienes que esperar a que esté preparada para contártelo, es lo mejor...

—No sé si podré ocultarlo.

—Debes hacerlo. Dale tiempo y, si me necesitas, solo tienes que decírmelo y allí estaré.

—Eres lo mejor que he conocido.

—Lo sé, cielo, ese sentimiento lo conozco.

—¿Desde cuándo hace esto?

—Esa respuesta ya no puedo dártela. Solo ellos pueden aclarar esta situación. Pero mi intuición no me augura nada bueno.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Solo sé lo poco que he observado desde fuera, Chloe, no te martirices. Ya llegará el momento de hablarlo con ellos y entonces te dirán cómo son las cosas.

Ese fin de semana fue de todo menos tranquilo. Mi cabeza iba a mil por hora; pensaba mil cosas distintas y sufría por mi madre, el ser más bueno que había conocido.

La vuelta a casa fue dura. Tenía que disimular todo lo que había descubierto e intentar ser la misma. Fue una tarea difícil. Mi madre aparentaba estar como siempre, pero sus ojos no decían lo mismo: estaban llenos de tristeza disimulada que ya no pasaba desapercibida cuando la miraba.

Las llamadas con Robert cada vez eran más continuas; él notaba mi tristeza.

—¿Qué te sucede, princesa? Tu voz es triste.

—No es nada, solo que estoy muy cansada, hay mucho trabajo en esta época y el calor me agota.

—Tómate unas vacaciones.

—No puedo.

—Sea lo que sea, cuando quieras hablarlo, aquí estaré. No creas que tu respuesta me tranquiliza; no me puedes engañar, te conozco demasiado bien, pequeña.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Como podía conocerme tanto si solo habíamos hablado por teléfono? Cuando no tienes a la persona delante te abres más y dejas ver tu interior; a lo mejor eso me había sucedido con Robert, con su dulce y sensual voz. Inconscientemente, le había abierto mis sentimientos.

Un día que volví del trabajo antes de hora, encontré a mi madre llorando y sentí que había llegado el momento de sincerarnos.

—¿Qué haces aquí, hija? No te esperaba.

—¿Qué está pasando mamá? ¿Por qué estas llorando?

—No es nada, hija. Solo es un bajón de hormonas causada por la llegada

del periodo.

—Sé lo que es eso, pero tus ojos no me dicen lo mismo. ¿Qué es lo que pasa que hace tanto tiempo que tienes la mirada triste? ¿Qué me estás ocultando, mamá?

—De verdad, hija, no es nada.

—Mamá, puedes tener bajones, porque los tenemos de todos, pero nunca te harán transmitir la tristeza y el dolor con los que me miras ahora. No intentes disimular más, lo sé todo.

—¿Qué es lo que sabes?

—El motivo por el que estás así.

—¿Estás segura de que lo sabes?

—Sí, lo sé. Sé lo de papá.

Me miró con ojos desconcertados; no creía que lo supiera.

—¿Qué es lo que crees saber, cariño?

—Que papá tiene una amante.

—¿Desde cuándo lo sabes? —dijo sorprendida.

—Por desgracia, lo pude ver con mis propios ojos cuando estuve con Iván en Marbella.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Iván también lo sabe?

—No te dije nada porque estaba esperando a que me lo contaras tú. Respecto a Iván, fue él quien lo vio primero y creyó que tenía que verlo con mis propios ojos. Ese fin de semana para mí fue horrible.

—Se que os profesáis mucho cariño y me alegra saber que está a tu lado, te ayuda y te quiere.

—Lo contrario que tú, mamá. ¿Cómo quieres que confié en ti si no confías en mí? ¿Cómo estás tú? ¿Cuánto tiempo llevas ocultándomelo? ¿Cuánto tiempo llevas llorando a nuestras espaldas cuando te quedas sola?

—Hija, no te preocupes por mí. Estoy bien, aunque me siento un poco culpable de que esto pasara.

—¿Por qué dices eso? ¿Cómo puedes pensarlo siquiera? Tú no has hecho nada, has sido una mujer de diez y como madre no hay escala para medir.

—Cariño, un matrimonio es difícil. A veces la rutina hace mucho daño, más si hay distancia como la que había entre tu padre y yo por los constantes

viajes.

—¿Me estás diciendo que está engañándote desde que os casasteis?

—No, al principio era todo perfecto. Tu padre me colmaba de regalos inesperados, siempre estaba muy atento a mis necesidades y, a pesar de tener mucho trabajo, siempre sacaba un hueco para sorprenderme, aunque solo fueran cinco minutos.

—¿Cuándo comenzó a ir mal la cosa?

—Cuando llegasteis vosotros las cosas comenzaron a cambiar un poco. Ya no podía acompañarlo en los viajes, cuando regresaba de ellos tampoco le dedicaba tiempo porque estaba cuidando de vosotros.

—¿Es que él no se ocupaba de nosotros?

—Claro que sí, cariño, pero él quería otras atenciones y estabais siempre dando guerra. Me reconoció que al principio tuvo celos de vosotros.

—Creo que no quiero escuchar más.

—Tienes que oír ambas versiones, Chloe. La vida es así y no se puede juzgar sin saber la versión de ambas partes. Él falló de una manera, al igual que yo también lo hice.

—Está bien, sigue.

—Fuisteis creciendo y ya no me llamabais por las noches. Entonces era cuando buscaba a tu padre para estar con él, pero al parecer era tarde.

—¿Cuándo sospechaste que estaba con otra?

—Cuando naciste tú. Ya no me buscaba como mujer. Para tenerme contenta, una vez al mes me dedicaba una noche y el resto del mes tenía mucho trabajo y, o bien estaba de viaje, o dormía fuera porque tenía cenas de empresa.

—¿Te conformaste con esa noche?

—En un matrimonio siempre hay rachas buenas y rachas malas. Supongo que tenía la esperanza de que las cosas fueran a mejor, pero ese cambio nunca sucedió.

—Pero, mamá, yo nunca me he dado cuenta de esas cosas.

—Has vivido con ellas y no podías extrañar nada porque no viviste la otra etapa. Él ha sido un buen padre cuando estaba en casa y ha sabido comportarse muy bien delante de vosotros. No tenéis culpa alguna del deterioro de nuestro matrimonio.

—Mamá, no hace falta que lo defiendas. Tanto mis hermanos como yo tenemos bien claro quién nos ha criado y quién ha estado siempre a nuestro lado. Ahora entiendo porque viajaba tanto; era para estar con la otra.

—No seas tan cruel. Él os ha querido como yo y ha trabajado duro para conseguir lo que tenemos hoy en día. —Señaló a nuestro alrededor—. No todo ha ido siempre bien. También hemos tenido nuestras malas rachas económicas, donde nos hemos visto apurados y con su esfuerzo hemos salido adelante.

—¡Mamá, por Dios! ¿De verdad estás justificándolo? Se alejó de su responsabilidad como padre y como marido dejándote sola. Mientras él disfrutaba, tú nos cuidabas. ¿Cómo vas a tener tú la culpa de que mi padre fuera un mujeriego? ¡A saber lo que tenía!

—Hija, al fuego hay que echarle palos todos los días y yo lo descuidé. Él fue haciendo lo mismo hasta que el fuego se quedó sin leña y las ascuas pasaron a ser cenizas que se llevó el viento. Buscó un nuevo fuego. Yo, en cambio, tenía cuatro ascuas en casa que calentaban mi corazón.

—Estoy totalmente de acuerdo en que hay que revivir el fuego siempre, pero lo que no sabía era que los hijos eran un estorbo para su matrimonio, según me acabas de contar. ¿Por qué no se ha ido con ella?

—A pesar de lo que pienses, tu padre os quiere. Si se iba, solo os vería una vez al mes, y no quiso eso.

—Pues no lo entiendo. Si se tiraba semanas sin venir a casa, qué más le daba.

—¡Chloe! No hables así de tu padre.

—¿Dónde estaba él cuando nos caíamos? ¿Cuando operaron a mi hermano de urgencia y tuviste que llevarnos a todos al hospital tu sola? ¿Dónde estaba él? Yo era un bebe y no estaba para ayudarte. ¿Por qué en las actuaciones de fin de curso siempre tenía la excusa de que estaba cansado o de viaje y nunca nos veía? ¿No te das cuenta de que siempre hemos estado solos? Nosotros tenemos nuestras vidas ahora y a la que llamamos para contar algo es a ti, no a él. Él, aparte de darnos una comodidad económica, no ha aportado nada más. El cariño se ve que lo tenía guardado para la otra u otras, porque a saber a cuántas ha paseado y les ha regalado cosas caras.

—¡Chloe, no me gusta que hables así de tu padre!

—Lo siento mamá, pero es lo que se merece. Tú eres lo más grande que tengo y no me ha gustado ver cómo te ha engañado y nos ha engañado a todos. Lo siento, pero ahora mismo no puedo perdonar su engaño. —Acuné su cara con mis manos y la miré a los ojos—. El dolor que me transmite tu expresión me duele demasiado. Saber la vida de soledad que has llevado me atormenta. Para mí ha sido muy duro ver con mis propios ojos como él besaba a otra. — Con la voz rota por la angustia, hice una pausa y proseguí—: cómo la llevaba a comer, cómo le compraba un presente que igual era una tontería, pero tuvo ese detalle, y lo más cruel fue ver cómo se la llevaba a su hotel. ¿Cuándo te diste cuenta de que tenía otra?

—Nunca he visto nada. Ha sido muy cuidadoso, pero un hombre tiene sus necesidades y, si no las buscaba en mí, sabía que lo haría fuera. Pensé que acudiría a casas de chicas o con alguna de la oficina. Siempre hay lagartas que quieren acostarse con el jefe para subir de puesto. De hecho, esta era una de ellas, solo que llegó a enamorarlo de verdad. Un día llegó a casa algo borracho; al parecer, por lo que le pude entender, había discutido con ella. Le exigía que se separara de mí, pero él siempre le dijo que su matrimonio era este y ella sería la amante. Estuvieron un tiempo que no se veían y él se acercó de nuevo a mí y me buscó como mujer. Eso tan solo duró hasta que a la otra se le pasó el cabreo y accedió a ser la otra. Él cambió de la noche a la mañana y volvió a alejarse otra vez. Desde ese día, supe que nuestro amor se había acabado. Ahora hay otra cosa que no sabes y es que de esa relación nació una niña.

—¿Cómo?

—Pues eso, que tienes una hermana pequeña.

—Esto ya es lo que faltaba. ¡Una hermanastra! Y a todo esto, ¿por qué no os separasteis? De verdad, no lo entiendo. Un matrimonio de fachada, pero ¿y tu felicidad?

—Mi felicidad sois vosotros.

—¡Ah, no, mamá! ¡Eso no! No me vengas con esas. Tú te mereces que alguien te quiera y tener una pareja que te aprecie y te valore por lo buena que eres y sepa darte todo lo que tú te mereces.

—Hija, eso lo tuve por un tiempo.

—Eres una mujer luchadora. Ahora te toca hacerlo por ti misma, por tu felicidad. Nosotros tenemos nuestras vidas y tú estás sola.

—¡Pero me necesitáis!

—Eso será siempre, pero no te permitiré que nos pongas como excusa para que rehagas de nuevo tu vida. Te mereces ser feliz y poder compartirla con nosotros. Solo puedes hacer dos cosas; una de ellas es emprender otro camino e intentar ser feliz y otra es mirar lo que tienes alrededor, quedarte como estás ahora mismo con tus hijos y familia, pero sintiéndote sola como mujer.

—Creo que tienes razón. Ha llegado el momento de aceptar que todo ha acabado.

—¿Hablas en serio? ¿Estarías dispuesta a pasar página, separarte y vivir tu vida e intentar encontrar tu felicidad?

—No vayas tan rápido, pero lo intentaré. Estoy acostumbrada a estar sola, no creo que le eche de menos. Además, os tengo a vosotros y me siento orgullosa de veros felices y por el buen camino...

—Sabes que estoy contigo ahora y siempre, que te voy a apoyar en todo y no quiero que llores a escondidas. Quiero saber cómo te sientes en cada momento y, si tenemos que llorar juntas, lo haremos. Prométemelo.

—Hija, yo no...

—Mamá, prométemelo o me tendrás pegada a ti día y noche.

—Lo intentaré, cariño.

Nos abrazamos con lágrimas en los ojos. Para mí, ella era lo que más quería y no deseaba verla sufrir.

—No le comentes a tus hermanos nada, por favor. Déjame hacer las cosas a mi manera.

—Está bien, pero no guardes el secreto mucho tiempo porque cuando esté papá presente, no sé si podré contenerme.

—Sí lo harás y lo harás por mí.

La besé y me fui a mi habitación. Llamé a Iván para contárselo todo. Acababa de colgar cuando volvieron a llamar. Pensaba que se le había olvidado algo y no miré quién llamaba.

—¿Qué se te ha olvidado?

—El sabor de tus labios, el olor de tu cuerpo y, sobre todo, el dulce gemido

que produces al contacto de nuestra piel.

Me quedé muda. No sabía que decir. Empecé a llorar de forma desconsolada. Cuando pude recobrar el habla, solo alcancé a decir muy suave:

—Y yo te necesito a ti.

—No sé lo que te pasa, Chloe, pero estoy muy cerca de ti. Ven a la cafetería de la otra vez, al mismo sitio, y haz lo mismo.

—De acuerdo.

Me arreglé lo mejor que pude y me dirigí a la cafetería. Nada más llegar, me dieron el sobre y me dirigí al mismo privado de la otra vez. Seguí el protocolo y enseguida se abrió y cerró la puerta. Unos brazos enormes me abrazaron con fuerza, un suspiro inundó mis oídos y los besos llegaron a mi cuello.

—¡Te he extrañado demasiado!

Mi cuerdas vocales no consiguieron esbozar nada, un gran nudo las oprimía. Solo me permití llorar. Me abracé a él con todas mis fuerzas. Solo quería que esa voz me relajara, que me dijera que todo iba a salir bien, que él estaba conmigo. Sentirme querida por unos instantes.

—No llores más, pequeña. Me duele verte así. ¿Qué pasa por tu cabeza?

—No puedo decírtelo, de momento, perdóname.

—No cariño, perdóname a mí. Cuando estés preparada, aquí estaré, siempre.

Y me besó con una dulzura que, a la vez de calmarme, también me transmitió una tranquilidad y una pena que no podía explicar. Las lágrimas no cesaban, pero viendo que respondía a sus besos, me apretó a él y siguió besándome hasta pasado un buen tiempo.

—Déjame verte.

—Sabes que todavía no es el momento.

—Pero ¿por qué?

—Para que te hagas una idea, solo te diré que por dentro estoy tan destrozado como tú, aunque por supuesto que los motivos son muy distintos. Me siento tan atrapado y encerrado que lo único que me hace sentir vivo es pensar en ti. Estos ratos juntos me dan vida y fuerza para seguir mi calvario. Siento que sean tan pocos, pero debe ser así. Te puedo poner en peligro y es lo último que desearía. No preguntes más, por favor.

Lo dijo rogándome y yo desistí, de momento. Perdimos la noción del tiempo. Estuvimos besándonos y dándonos fuerzas para seguir adelante con nuestros problemas.

—Eres todo lo que necesito. Voy a hacer todo lo posible para que podamos estar juntos, pero fuera de toda esta mierda.

—¿Tan malo es?

—Sí, princesa. Tenemos que irnos, son casi las diez.

—¿Las diez? Por favor, márcame el número de casa para hablar con mi madre. Después de lo ocurrido, se preocupará.

Marcó el número de casa y me lo dio.

—Mamá, llamo para decirte que me he encontrado con unos amigos que hacía mucho que no veía y nos vamos a quedar a cenar por aquí.

—Me tenías preocupada. Nosotros estamos cenando ya.

—¿Quiénes somos nosotros?

—Papá y yo, cariño.

—¡Ah, vale! Mamá, no me esperéis, que llegaré tarde. Estos tienen ganas de charlar largo y tendido.

—De acuerdo. Ten cuidado y que te acompañen a casa, cariño.

—Eso está hecho. Hasta luego, mamá.

—Pásalo bien. Adiós, hija.

—¿A qué ha venido eso?

—No quiero separarme de ti todavía, Robert. Si tú quieres, podemos cenar aquí. Yo invito. ¿Te apetece?

—Claro que me apetece, pequeña, pero solo podemos estar hasta las doce, como Cenicienta. Tengo que hacer un viaje largo.

—Pues no perdamos más el tiempo, encarga la comida y sigue besándome.

Disfrutamos de la comida, de los besos, de la conversación y la complicidad. Me daba de comer ,y cuando algo resbalada de mis labios, con cuidado recogía con la servilleta y me daba un beso cariñoso. Se convirtió en un juego romántico y morboso.

Su móvil sonó y rompió toda la magia de un plumazo.

—¡Joder! ¿Quién será ahora? ¿Sí?

—Robert, ¿dónde estás?

—De viaje, ¿qué pasa?

—Tienes que venir lo antes posible. El dispositivo de Barcelona tiene problemas.

—Llegaré mañana por la mañana.

—Pero ¿dónde estás? ¡Te necesitamos ya!

—Que se encargue John.

—¡Pero es que...!

—¿No me has oído? ¡Llegaré lo antes posible!

Colgó con genio. ¿Qué es lo que pasaría en Barcelona? No quise preguntar porque sabía la respuesta. Solo pude abrazarlo y besarlo. Noté cómo poco a poco iba calmando ese mal humor. Nos despedimos un poco antes de las doce. No quise entretenerlo más, sabía que tenía un largo viaje hasta Barcelona y percibía que estaba algo nervioso.

—Eres un bálsamo para calmar mi ira, mi media naranja. No te preocupes por nada, princesa. Pronto nos veremos. Venga, te llevo a casa.

—Cada vez me es más difícil separarme de ti. ¿Qué estás haciendo conmigo?

—Te digo la verdad, Chloe. Eres tú la que me tienes loco. No sé qué has hecho, pero sin ti no puedo vivir. Estás siempre en mi mente, te deseo a todas horas. Nadie había conseguido esto nunca y no sé cómo llevarlo. Tengo que tener la mente tranquila, pero tu recuerdo la pone patas arriba.

—Dame una perdida cuando llegues a tu destino para estar tranquila de que has llegado bien.

—No te preocupes por mí.

—No puedo evitarlo.

Me besó dulcemente, salió del coche para abrirme la puerta y, con un abrazo, me llevó a la puerta. Me besó y se marchó. Después lloré por los sentimientos tan contradictorios que me hacía sentir y por todo lo que había pasado en el día. Me quité la venda y subí a casa.

Esa noche tuve un sueño muy intranquilo que me despertó en mitad de la noche con el corazón a mil por hora y con la sensación de que algo había pasado. Mi temor era por Robert. Sabía que no eran horas, pero también que estaba conduciendo con destino Barcelona. Solo de pensar que le había

pasado algo hizo que marcara su número.

—¿Qué pasa, pequeña? ¿Te sucede algo?

—Perdona, Robert, pero he tenido un sueño horrible y tú estabas en él. Solo quería comprobar que estabas bien.

—Duerme tranquila, estoy bien. No me ha pasado nada, solo ha sido un sueño. Échame de menos, princesa, tengo que dejarte.

—Ten cuidado.

—Lo tendré, duerme.

Y colgó. No me tranquilizó mucho, pero el cansancio me venció.

Me despertó una voz que no me esperaba, pero que era la que más necesitaba.

—¿Durmiendo todavía? Vamos arriba, dormilona.

—Iván, ¿qué haces aquí?

—Lo sabes perfectamente, en lo bueno y en lo malo.

—Habrías sido mi marido perfecto, qué pena.

—Y tú, una mujer bregosilla. ¿Cómo estás? Por la mala cara que tienes, veo que no has pasado muy buena noche.

—He tenido un mal sueño, entre otras cosas. Saber lo que ha vivido mi madre, ver lo fuerte que ha sido disimulando tantos años ante nosotros, me da rabia. Me hace hervir la sangre. Y hay otra cosa que no sabes, Iván.

—¿Hay algo más?

—Sí, no te lo puedes ni imaginar.

—Chloe, ¡por Dios! Desembucha.

—Tengo una hermana. —El nudo que tenía en la garganta apenas hizo audibles mis palabras. Su cara pasó del asombro al enojo.

—No sé qué decir. Tampoco quiero faltarle el respeto a tu padre, pero ¡qué cabrón! ¿Dónde está o qué edad tiene, lo sabes?

—No quise saber más detalles. Ya fue duro para mí enterarme de que tenía una hermana. Iván, tengo que trabajar, pero sabiendo que estás aquí, me voy a tomar la tarde libre para estar contigo.

—Me alegra que digas eso. Chloe, me gustaría hablar con tu madre, los tres solos, ¿podremos?

—Ayer regresó papá de viaje, pero conociéndolo, si no se va hoy, se irá mañana. Le preguntaré a mamá y según diga, hacemos. Déjalo en mis manos.

—Muy bien, petardilla.

Me besó con cariño y se marchó, quería ver a sus padres.

Preparándome para ir a trabajar, mi madre llamó a la puerta.

—Pasa, mamá.

—No te escuché llegar, hija. ¿Ya se ha ido Iván?

—Sí, iba a su casa a ver a sus padres. Llegó aquí primero porque sabe que es la hora de irme a trabajar...

—Ese chico es un cielo. ¿Tienes algo con él?

—¡Ay, mamá! Te voy a confesar algo, habría sido un yerno estupendo, pero me tienes que prometer que vas a mantener esto en secreto hasta que él te lo confiese. Iván es gay.

—¡Qué lástima! Me gustaba como yerno. —Sus labios esbozaron una sonrisa melancólica y triste.

—¿Cuándo se va papá? Iván quiere hablar con nosotras a solas.

—Esta tarde parte para Barcelona.

—¿Para Barcelona?

¿Qué era lo que pasaba en Barcelona? ¿Sería pura coincidencia? Me dieron unas ganas enormes de ir para Barcelona, seguir a mi padre y ver qué era lo que tramaba allí. Esa misma tarde Iván me recogió en el trabajo y se lo comenté.

—¿Que vamos a hacer allí?

—Seguir a papá.

—¿Y qué quieres? ¿Verlo con otra de sus conquistas?

—¡Ay! No sé, Iván. Presiento que en Barcelona pasa algo. No te he contado que anoche estuve con Robert. Le llamaron por teléfono y se tuvo que ir para Barcelona. Algo está pasando allí. No sé si tendrá que ver mi padre con lo de Robert o es pura coincidencia, pero quiero descubrirlo.

—Definitivamente, te estas volviendo loca. Desconocía tu faceta de detective, pero me niego rotundamente a llevar esta locura a cabo. —Había ido subiendo su tono de voz a cada palabra que decía.

—Pues iré sola —dije retándolo.

—Chloe, no seas una niña. Si tienes que hablar con tu padre, hazlo directamente a la cara.

—Nunca me dirá la verdad y creo que también oculta muchas cosas.

—Pero lo que quieres hacer tampoco es la solución.

—Quizás tengas razón, pero necesito ir, Iván. —supliqué—. Necesito algunas respuestas y has comprobado que es mejor verlo por tus propios ojos.

—No quiero que corras peligro. No me lo perdonaría nunca. Sé lo terca que eres y que no darás tu brazo a torcer. Pero si las cosas se ponen feas, te juro que no te voy a pedir opinión; volveremos a casa te guste o no.

—Gracias, Iván. —Lo abracé. Necesitaba tanto el contacto como que me acompañara.

—¿Has pensado en lo que le vamos a decir a tu madre?

—Que me voy contigo unos días a Cádiz. Vamos a casa, tú habla con ella como querías y de paso le dices que me vas a raptar unos días. ¡Ah! Creo que también va siendo hora de que le digas que no eres mi novio, me insinuó algo y me gustaría que fueras tu el que se lo aclare.

—Está bien, vamos.

Mientras Iván hablaba con mi madre, yo preparaba el equipaje: algo rápido, lo imprescindible para no ir muy cargada. Llevaba la tarjeta de crédito por si surgía algún imprevisto. Nos despedimos de mi madre, Iván recogió su maleta de lo de sus padres y nos dirigimos al Ave.

Al llegar, reservamos habitación en un hotel. No sabíamos muy bien por dónde empezar. El primer lugar que se nos ocurrió fue la plataforma que teníamos allí. Por suerte, encontramos a mi padre entrando en ella con varios empleados. Solo nos quedaba esperar a que saliera para ver a dónde se dirigía.

Era viernes y por la tarde no se trabajaba. Todos salieron a las dos, menos mi padre. A la media hora, llegó una camioneta con siete hombres, todos altos y bien fuertes, que entraron con llave propia, cosa que nos extrañó. Nos acercamos un poco, con mucha cautela. No lográbamos ver nada. Unas voces se acercaron y salimos disparados a escondernos.

—El domingo se hará el cambio. Tened mucho cuidado y que no la toquen o estaréis muertos.

¿Qué es lo que quería decir eso? ¿Dónde iban el domingo? ¿Qué tenían que cambiar? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué tenían que ver mi padre y las oficinas en todo esto?

—Iván, ¿has escuchado eso?

—Sí, calla o nos descubrirán. Aquí huele a algo que no me está gustando nada.

—¿A qué te refieres?

—Tan lista para unas cosas y tan torpe para otras. Creo que están traficando con algo y usan los camiones para el transporte.

—¿Hablas en serio? Pero ¿quién es mi padre?

—No lo sé, Chloe, pero te dije que, si las cosas se ponían feas, volveríamos a casa. Este es el momento. Vamos —ordenó y tiró de mi mano para poder alejarnos del lugar.

—¡No! —exclamé al deshacerme de su agarre—. Quiero ir hasta el final, quiero descubrir qué pasa y, sobre todo, quién es mi padre y qué es lo que hace aquí.

—Si las cosas son como digo, creo que es mejor que no sepas tanto. ¡He dicho que nos vamos! —Me cogió la mano para llevarme con él. La puerta se abrió y nos obligó a refugiarnos para no ser vistos.

Se montaron todos otra vez en la misma camioneta y se marcharon, pero esta vez había uno menos. Acto seguido, se abrió la puerta y salió mi padre con el otro chico. Este le empujó de una manera que me dio a entender que casi le obligaba a andar. No me había gustado nada e Iván también lo había notado. Nos montamos corriendo en el coche para intentar seguirlos, pero eran muy rápidos y los perdimos. Ya solo nos quedaba el domingo.

Capítulo 10

Solo teníamos el domingo. Notaba a Iván más callado de lo normal, sabía que no estaba de acuerdo con todo esto, pero también sabía que estaría a mi lado protegiéndome.

A eso de las cuatro y media de la madrugada, se acercó un coche del que bajaron cuatro sombras y se acercó otro que me era conocido. Era el coche de Ramón, el encargado de esa plataforma. Fue directo a abrir la puerta de la nave, de donde sacaron un camión. Uno de los del otro coche tomó el control del camión y se dirigieron todos a las afueras de Barcelona. Los seguimos con mucha cautela para que no nos vieran.

Llegaron a una nave vieja, también propiedad de mi padre. Bajaron todos del coche y se dirigieron a la nave, donde empezaron a descargar paquetes, o al menos eso nos pareció, porque estábamos lejos para decirlo con seguridad. Nos bajamos del coche para tratar de acercarnos un poco más y de repente sentí la mano de Iván por detrás, que me agarró para que me agachara.

—Quieta, Chloe, que se acerca otro coche.

Este, al aparcar, alumbró al camión donde estaban cargando la mercancía y vimos que entre los paquetes había una silueta que parecía una muchacha joven. La tenían atada y amordazada. No me podía creer lo que estaba viendo. Sin querer, se me escapó un gritito que Iván logró ahogar con su mano. Nos escondimos para que no nos vieran e intentamos ver quién era el que venía en ese coche. Estábamos tan atentos que no nos dimos cuenta de la sombra que teníamos detrás. Esta le propinó a Iván un buen golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente en el suelo y a mí me puso un trapo en la boca que me hizo dormir al instante.

Sentía una voz débil llamándome, que me fue despertando de un sueño intranquilo. Fui abriendo despacio los ojos hasta que los rayos del sol me cegaron. Cuando me fui acostumbrando a la luz, divisé a Iván, que estaba levantándose con la mano en la cabeza. Tenía un buen chichón con algo de

sangre alrededor. Me puse de pie, un poco mareada, para ayudarlo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Sí, tranquila. Solo tengo un buen golpe y un dolor de cabeza espantoso. No sé lo que está pasando, pero desde luego esto se está volviendo peligroso y no me voy a quedar aquí. Deberíamos avisar a los profesionales. Nuestra investigación ha llegado a su fin.

—No me voy a ir, Iván, y ahora menos que nunca. Necesito saber lo que pasa. Me da la impresión de que mi padre está enterado de esto. ¡Espera, creo que hay alguien dentro! Me voy a acercar un poco.

Salí disparada para que Iván no pudiera alcanzarme. Sentía la adrenalina correr por mis venas, necesitaba respuestas. Me acerqué sigilosamente a una ventana situada en la parte de atrás de la nave. Estaba bastante alta y tuve que ayudarme con unas cajas que había en un lateral. Subí despacio y, cuando alcancé el alféizar, fui subiendo despacio hasta ver a dos sombras tras de ella. De pronto, una de ellas fue hacia un lateral, cogió a alguien y la llevó delante de la otra sombra. No sabía bien lo que estaba viendo, pero no iba a parar hasta descubrirlo. Una mano tiró de mí para que bajara de las cajas.

—¿Estás loca! ¿Qué crees que estás haciendo?

—Me has asustado, necesito saber qué pasa.

—¿Y qué te crees, que vas a solucionarlo tú sola?

—Joder, no lo sé, Iván, pero tengo que hacer algo. Son las empresas de mi padre. No sé si lo están haciendo a espaldas de él o está metido hasta el cuello, pero quiero saber la verdad.

—Tu sola no puedes. Pueden llevar armas y te podrían lastimar, incluso matar. Si son de verdad traficantes, no les temblará el pulso al dispararte antes de preguntar. ¡Chloe, no seas necia y vámonos!

—Tendré cuidado, Iván. Mi padre puede ir a la cárcel y, aunque se lo merezca, no me gustaría ser la hija de un convicto.

Salí hacia la puerta tras mirar para todos los lados. Sentí un poco de pánico, pero no podía echarme atrás ahora. Me acerqué a la puerta del almacén, que estaba abierta, y allí se encontraban las sombras. Con sigilo, me fui adentrando y asomé la cabeza para ver dónde estaban situados. Se escuchaba hablar y a alguien que lloraba, pero no lograba verlos. Estaba casi con el

cuerpo dentro cuando me empujaron y me hicieron caer en el suelo.

—¡Mirad lo que tengo aquí!

—Tenemos una bella intrusa —dijo otro al que no había visto. Me agarró fuerte del brazo para levantarme del suelo y me llevó ante sus compañeros. Ambos eran altos y fornidos. El que tenía frente a mí era de rasgos asiáticos, pelo negro. El otro compañero estaba de espaldas y miraba a la chica en el suelo.

—John, llévate a esta a la habitación y cierra con llave. A la nueva véndale los ojos y tápale la boca para que no puede gritar. Llévala a la oficina; quiero interrogarla, pero no la lastimes.

No daba crédito a lo que oía y menos a quién lo decía. ¡Era él, Dios mío, era él! Mi mente estaba al borde del caos. Los nervios me estaban traicionando. No podía ser él, me estaba confundiendo. Sería una voz que se le parecía mucho, pero no podía ser él. Mi subconsciente habló desde su asombro. «Tú nunca has sabido nada de él, ni siquiera lo has visto. Te lo encontrarías por la calle y no podrías reconocerlo si no habla antes. Has sido una estúpida, por eso no quería que le vieras la cara. Es un traficante, tienes que alejarte cuanto antes de él».

Estaba temblando de miedo ante tal situación, llorando de pena por lo que había llegado a sentir y, sobre todo, de rabia conmigo misma. Por otro lado, mi mente seguía negando lo evidente.

—Roberto, te la dejo en la oficina dos.

Mi mente empezó a trabajar. Roberto, claro, sí que era él.

Escuché pasos que se acercaban a la oficina. Estaba hecha un manojo de nervios y con un pavor que no había sentido nunca. De pronto, sentí una mano acariciarme la cara. Luego me quitó la mordaza que me habían puesto. Mi reacción fue separarme, pero este no me dio opción y me atrajo hacia él para besar mis labios. Mordí los suyos en el momento que me rozaron.

—¡Oye! Tranquila, princesa. Estoy aquí para salvarte. No la tomes contra mí.

—Estaba segura de que eras tú, pero no quería creerlo, y ahora no me queda la menor duda. ¡No vuelvas a besarme!

—¡No lo entiendes, Chloe! No sabes nada de mí ni de mi vida. Déjame

explicarte...

No le dejé terminar.

—¿Que te deje explicar el qué? ¿Que me tienes atada a una silla? ¿Que para no poder hablar me amordazas y sigo con los ojos vendados para no poder verte? ¿Que estás en los almacenes de mi padre, haciendo sabe Dios qué?

—Esa era mi intención, que no dijeras nada que te comprometiera y te pusiera en peligro más de lo que te has puesto,

—¡Ahora lo entiendo todo! Por eso no quieres que te vea, para que no pueda reconocer al traficante de... ¿drogas, armas, chicas? ¿Ese era tu plan? ¿Enamorar a la hija del jefe o lo que sea mi padre para ti?

—¡Calla! ¡No tienes ni idea de lo que estás diciendo! No estoy dispuesto a contarte ahora lo que pasa porque no hay tiempo ni tampoco es el mejor momento. ¿No crees? —Respiró profundo para calmarse un poco y con voz más dulce dijo—: Si quieres salvar tu vida, solo tienes que confiar en mí como lo has hecho hasta ahora. De lo contrario, no podré salvarte. Esto es algo de lo que no quería que te enteraras nunca, pero eres demasiado terca. No te ha valido con la advertencia de antes que has tenido que acercarte a indagar más en el asunto.

—¿Qué es lo que quieres decir? En el punto en que nos encontramos, me podrías hablar sin rodeos.

—El que te sedó cuando estabas espionando en los alrededores fui yo, para alejarte del peligro, asustarte e intentar que no hicieras lo que has hecho: meterte en la boca del lobo. Pero no has podido irte, ¿no? Eres demasiado atrevida, terca y cabezona, por lo que veo, y demasiado valiente. Por eso te amo tanto. Ahora ya no puedo ocultarte, solo tienes que decir a ese amigo tuyo que se mantenga al margen. Intentaré salvarte a ti, pero a él no podré, así que avísale. Dame tu móvil.

—¡Nunca!

—Chloe, no lo hagas más difícil. No tengo mucha paciencia y menos ante tal situación. Están en juego tu vida y la de tu amigo. No te andes con chiquilleces, que el tiempo se agota y esto no es un juego.

Metió la mano en mis vaqueros, que a su paso me quemaron. ¡Qué estúpida era! ¿Cómo podía reaccionar mi cuerpo ante tal situación? Buscó el nombre y

dio a llamada. Al ponérmelo en el oído, me advirtió:

—Supongo que le has hablado alguna vez de mí, así que no malgastes el tiempo. Solo dile que estás bien, que estás con alguien al que ha llegado la hora de conocer. Que quieres estar a solas conmigo y que se vuelva a Córdoba solo, que ya te llevaré yo de vuelta. Él sabrá que esa persona es tu camionero y el que te da tanto morbo. Si dices una palabra de lo que en realidad está pasando aquí, él estará muerto en breve y no sabré si te podré sacar a ti de esta situación con vida.

—Iván, cielo, ¿dónde estás?

—Aquí fuera esperando que salgas.

—Iván, escucha, todo va bien, estoy con mi camionero. Quiero conocerlo un poco más y me voy a quedar por aquí unos días. Vuélvete para casa. No te preocupes que yo aviso a mis padres.

— Pero, Chloe, ¿qué estás diciendo?

—Tú haz lo que te digo. Mi chico está aquí y nos vamos a quedar unos días para conocernos. Pensándolo bien, vete unos días con Alejandro, que sabes que mi padre se pondría de mala leche y tendría que dar muchas explicaciones, y odio hablar de esos temas con ellos. Más con mi padre, después de lo ocurrido.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? Esto me da mala espina, cariño. ¿Estás bien? Me huele un poco rara esta situación. ¿Y qué leches hace tu camionero aquí? ¿Es uno de los traficantes?

Y, riéndome para que se quedara tranquilo, le dije:

—Sí, tranquilo. Si pasara algo, tú serías el primero al que llamaría.

—Te voy a hacer caso porque intuyo que me quieres alejar del peligro, pero no me voy a Córdoba, que lo sepas. Estaré en nuestro hotel. Esta situación no me acaba de convencer, aquí hay mucho gato encerrado.

—Como quieras, pero no te acerques...

—¿Estás intentando alejarme de algún peligro y pretendes que te deje aquí sola?

—Exacto, cielo. A mí me cuidarán muy bien, tú vete ya.

Sentí cómo me pellizcaba la pierna para avisarme de que no hablara más de la cuenta y que la conversación se había acabado. Para intentar no parecer

nerviosa, le dije:

—Iván, cielo, disfruta de unas minivacaciones y hazme caso, busca a Alejandro y haced ruta turística. Igual nos encontramos por algún bar.

—Lo pensaré. Si me necesitas ya sabes. *Ciao*, cielo.

—*Ciao*, Iván.

Me quedé absorta en mis pensamientos, con las lágrimas en los ojos. La venda impedía que rodaran por mi cara. Sabía que nuestra conversación lo había dejado como poco dudoso y en alerta, me conocía bastante bien. Solo esperaba que me hiciera caso y se alejara antes de que el gorila que habían puesto a vigilar lo encontrara.

Esa voz tan sensual y dulce me volvió a la realidad. No entendía cómo, a pesar de todo, podía sentirlo así y que mi cuerpo vibrara a pesar de la situación. Definitivamente, me estaba volviendo loca.

—Espero que te haga caso, por vuestro bien. Confía en mí, pequeña. Solo así podré sacarte de aquí con vida. Haz siempre lo que te diga y mantente calladita. Es una orden, no lo olvides. Contigo aquí se me ha complicado todo. Tenemos visita.

Me besó antes de ponerme la mordaza otra vez y repitió:

—Daría mi vida por ti si fuera necesario.

Sus palabras me dejaron descolocada. Se abrió la puerta, que dio un gran golpe en la pared.

—Había un tío merodeando, pero se ha marchado. No pude alcanzarle para poder ver quién era.

—No te preocupes, sería alguien de las naves colindantes.

—Robert, ¿qué hacemos con estas dos?

—Lo primero, sacarlas de aquí. Mañana es lunes y viene todo el mundo a trabajar.

—¿Me las llevo entonces al contenedor de siempre? —dijo y me cogió con fuerza del brazo.

—No, espera, con esta no he acabado todavía. Llévate a la otra al piso y que se ponga presentable. Esta tarde será el intercambio, de esta me encargo yo.

—¿No me digas que te ha gustado? Tú nunca pruebas la mercancía.

—No digas sandeces. Sabes que tengo a la que quiera fuera de aquí, solo que no he acabado con ella todavía.

—Me adelanto con la otra, igual te sigo y juego con ella antes de entregarla.

—Sabes que no se la puede tocar, ya sabes quién es. Que esté preparada a la hora acordada y no juegues, o te las veras con John y conmigo. Tiene que estar sana y salva.

—¿Dónde la vas a llevar?

—Franco, ¡no sé lo que haré con ella, joder! Vete ya al piso y no te preocupes por mí.

—Como quieras. Por cierto, ha llamado John y ha salido todo bien.

—Ahora le llamo yo. Parte ya, asegúrate de que no te ve nadie. No la toques y no la lastimes o tendrás problemas.

—Robert, no es la primera vez que lo hago.

Sentí un asco hacia ellos que no podía describir. ¿Qué estaban haciendo? ¿Traficando con muchachas? ¿Dónde me había metido?

—Yo solo te advierto lo que hay. Haz lo que quieras, pero vete ya.

Esperó a quedarse solo para volver a recogerme.

—Nosotros también nos vamos.

—¡Joder, joder, joder! —El tal Franco entró gritando—. ¡Tienes que salir pitando, tienes que ayudar a John! Al parecer, alguien de la otra banda estaba escondido vigilándole y le ha seguido. Cuando se estaba bajando del coche, le ha disparado, le ha alcanzado y se ha dado a la fuga. Le están siguiendo dos de nuestro secuaces, pero tienes que recoger a John para llevarlo a nuestro médico.

—Encárgate de ellas y no les toques ni un pelo o te las verás conmigo.

—Cuánto empeño tienes, cabrón.

Robert se acercó a mí.

—No te preocupes, pequeña. Pronto estaré contigo.

Me dio un ligero beso en la oreja y se fue, dejándome allí con una muchacha maniatada y amordazada como yo y con aquel tipo que, sin conocerlo, ya me producía repulsión. Nos cogió con fuerza a las dos de los brazos y nos llevó hacia la furgoneta.

—La que se quiera hacer la valiente se las verá conmigo —advirtió—.

Nada de tonterías, ni voces, ni golpes a la furgoneta.

Nos metió dentro de un tirón, cerró la puerta de un portazo y arrancó. Cuando llegamos al destino que fuera, nos sacó de la misma manera en que nos había metido y a tirones nos encerró en una habitación con llave. Las dos nos quedamos calladas para escuchar lo que sucedía. Era la voz del tal Franco hablando por teléfono. En cuanto sentí el nombre de Robert mis sentidos se pusieron alerta.

—Robert, he creído conveniente traerlas al campo. Son dos fierecillas y llamaría mucho la atención subir con dos chicas al piso, pueden hacer cualquier tontería y solo no podría con ellas. —Se calló para escuchar a su interlocutor—. ¡No seas gilipollas! Sabes que tengo que soltarlas para no dar el cante. —Otra vez silencio—. No te preocupes, que no le tocaré un pelo, no me lo digas más.

Ya solo se sentían sus pasos de un lado para otro, hasta que de pronto, se abrió de nuevo nuestra puerta con tal fuerza que nos asustó a las dos.

—Ven aquí, zorrita. Tienes que calmar mi mal humor. Si te portas bien, yo me portaré bien contigo y no te arrepentirás. —Luego se dirigió a mí—: Y tú tienes suerte de que Robert te desee, porque hoy tengo ganas de pelear con una gata como tú, pero no me queda otra.

Sentí cómo arrastraba a la otra chica y cerraba con otro portazo. Ya lo único que sentía era el forcejeo entre los dos; ella para liberarse de él y él por hacerla suya. Los sollozos de ella me pusieron el vello de punta. Mis ojos se inundaron de lágrimas. Sin pensarlo, grité como pude para llamar su atención y conseguir que la dejara.

—¡Suéltala ya, suéltala ya, cabrón!

No sé si se lograba entender nada de lo que gritaba, pero quería llamar la atención de alguna manera para que la dejara tranquila. Seguido se sintió:

—¿Qué te crees que haces, puta? ¡Me acabas de morder, joder! No vuelvas a hacerlo o te las verás conmigo, zorra.

—Cuando venga John, le diré lo que estás intentando hacer conmigo y sabes que no te lo perdonaré.

—¿Te crees importante para él? ¡Ja, ja, ja! Serás ingenua, él tiene a todas las chicas que quiere. ¿Qué te hace pensar que tú eres distinta? ¿Qué te hace

pensar que te quiere a ti?

Si analizaba la conversación, esas mismas preguntas me las podía aplicar a mí también, pero no era el momento de personalizar nada.

Ella, para defenderse, le pegó otro bocado y este, en respuesta, le propinó un guantazo que le hizo sangrar el labio. El golpe fue lo que me sacó de mis pensamientos. La volvió a coger con rabia y la trajo de nuevo a la habitación. Entró y tiró a la muchacha a mi lado. Sentí su mirada sobre mí.

—Y tú, ¡cállate, zorra!

Se fue después de darme un buen guantazo con tal fuerza que impacté contra la pared. Me quedé mareada debido al porrazo.

—Todas sois iguales —dijo por el camino.

La chica no podía parar de llorar. Tenía la mordaza puesta y no podía preguntarle cómo se encontraba, pero intenté acercarme a ella como pude. Tampoco sabía dónde estaba exactamente. Intenté calmarla. Ella lo agradeció; apoyó la cabeza en mi hombro y siguió llorando.

No sé el tiempo que pasó. Debió de ser bastante, tenía los músculos doloridos. La muchacha estaba quieta. Me daba miedo que le hubiera hecho daño. No la veía y no podía valorar cómo estaba. Su respiración era tranquila. Me pareció intuir que se había quedado dormida después de tanto llorar, pero de pronto despertó con un gran salto.

—Tranquila, estoy contigo, es solo un mal sueño.

No sé si me entendió, pero se relajó un poco. Nos duró poco la calma. Volvió a entrar Franco, pero esta vez no venía solo. Cogieron a la chica y se la llevaron. Se escuchaban muchos pasos de aquí para allá y voces que no podía identificar. Se volvió a abrir la puerta y me cogieron del brazo con dulzura. Sabía que era él por su olor, pero me desconcertaba. ¿Por qué no me decía nada? Cuando habló, me puso los pelos de punta: su voz era áspera, dura y directa.

—Mónica, llévala al servicio a que se asee. Quítale la venda de los ojos. Tiene sangre. Cúrale la herida de la cabeza y tráemela cuando hayáis acabado. Busca en el cajón de mis pañuelos y vuélvele a vendar los ojos.

—Como quiera, señor.

¿Señor? ¿Cómo que señor? ¿Acaso era su doncella? Tenía que estar alerta

ahora que iba a poder ver algo.

En el servicio, cuando me quitó la venda, pude ver a la otra chica. Era muy joven y guapa. Me recordaba a alguien, pero no sabía a quién. Me miró con ojos tristes. La tal Mónica era una mujer corpulenta, seria y con cara de mala leche, de un metro casi setenta. Imponía solo verla.

—Necesito ir al baño. ¿Podrías dejarme, por favor?

—¿Estás loca? Por supuesto que no te voy a dejar sola. Lo que necesites lo vas a hacer delante de nosotras. Tienes suerte de que sea yo la que está aquí y no uno de los chicos.

Nos lavó y nos aseó ella, en ningún momento nos dejó libres. Vi a la muchacha dolorida con el labio partido. Lo mío no era el labio sino un buen chichón con un poco de sangre. Me dolía la cabeza y, con la brusquedad de la señora, el dolor fue a más. Tocaron a la puerta.

—No les pongas las mordazas, solo las manos y los ojos a la segunda. En cuanto estén, las llevas a su habitación y te puedes marchar.

—De acuerdo, señor.

Hizo lo que se le mandó y nos devolvió al cuarto. Una vez solas, dije muy bajito:

—Me llamo Chloe. ¿Te encuentras bien, muchacha?

—Yo soy Eva. Estoy un poco dolorida, pero se puede soportar. ¿Y tú? Tienes un buen golpe.

—Me duele la cabeza, pero supongo que al igual que tu labio.

Se volvió a abrir la puerta. Yo no veía nada, pero el olor me avisaba de quién era.

—¿Os encontráis bien, chicas?

La chica se adelantó y respondió:

—No te preocupes, Roberto. Estamos doloridas, pero estamos bien. ¿Cómo está John?

—No ha tocado ningún órgano, la bala entró y salió. Solo el músculo dañado y unos puntos de sutura, pero se pondrá bien. Viene de camino, ya lo verás. Chloe, levanta, que nos vamos.

—¿A dónde me llevas?

No contestó a mi pregunta, solo me dijo cerca del oído:

—Perdona por lo que voy a hacer y decir, pero tiene que ser así. —Y alzando la voz para que le oyeran dijo—: No me esperéis para cenar, chicos. Me llevo la cena a casa. Esta zorrita me pone mucho.

Se sintieron risas y la que ya me era conocida dijo:

—Eres un mal amigo, la quieres para ti solo y por eso no quieres que la toque nadie.

—Y espero se sea así y no la vuelvas a tocar, por tu bien, y si hay próxima vez será en igualdad de condiciones para que se puedan defender y te claven los dientes como a ti te gusta.

Capítulo 11

Ya no hablamos nada hasta que llegamos a donde quiera que fuera. Estaba muy metido en sus pensamientos, no quería molestarlo. Me sacó con delicadeza y me guio hasta el interior de lo que parecía una casa. Olía a madera y naturaleza. Cerró la puerta y se giró hacia mí. Sentí su aliento en mi frente justo donde tenía el chichón, que besó con sumo cuidado.

—Ha llegado la hora de la verdad —susurró—. Aquí podemos hablar tranquilos y necesito saber muchas cosas. Dime, ¿qué hacías en las oficinas?

—Eso te lo puedo preguntar yo también a ti.

—Princesa, las preguntas las hago yo, no tú.

—¿Qué soy? ¿Tu rehén?

—¿Por qué dices eso?

—Yo creo que es obvio. Si vamos a hablar y poner las cosas claras, por lo menos podíamos estar en las mismas condiciones. Me tienes atada y vendada.

—De acuerdo, pero tienes que prometerme que no harás ninguna tontería. Tienes que hacer las cosas a mi manera o no podré salvarte.

—Tengo que dejar mi vida en tus manos, pero ¿en qué demonios estás metido? ¿Con qué clase de gente te rodeas? ¿Es por eso que no quieres que te conozca?

—Esa era una de las razones, pero llegado este punto creo que es lo de menos.

Con cuidado, fue quitando la venda de mis ojos.

—No los abras de golpe porque te dolerán. Espera a que corte la luz y encienda esta vela. Siento todo esto, pero tenía que ser así. Mi intención solo fue protegerte.

Esperé a que mis ojos se adaptaran y, cuando por fin pude verle, me encontré con esos ojos negros como el azabache que me hipnotizaron y ruborizaron al momento. Me adentré en ellos y sentí que lo conocía de toda la vida, que lo daría todo por él. ¿Dónde había visto esos ojos? Mi cabeza iba a

cien por hora para intentar recordar dónde lo había visto, pero también me decía que me alejara de él, que saliera corriendo. Había algo que me impedía irme: sin duda eran esos ojos que, al igual que su voz, me tenían cautivada.

—Hola, pequeña. Por fin nos conocemos como es debido. No te dejes llevar por lo que ves, sino por lo que sientes aquí —dijo al poner su mano sobre mi pecho, cerca del corazón.

—Te he visto en algún lado, pero no puedo recordar dónde, y sigo teniendo las manos atadas.

Y, tras quitarme la cuerda y mientras masajeara mi espalda, continuó:

—Creo que tenemos muchas cosas que contarnos. Lo mejor será que cada uno haga una pregunta y así vamos resolviendo nuestras dudas. Empiezo yo. ¿Qué hacías en las empresas?

—Seguía a mi padre.

—¿Quién es tu padre y por qué le sigues?

—¿En serio que no sabes quién es mi padre?

—Creo que es obvio. Si lo supiera, no lo preguntaría.

—La verdad, me extraña mucho. Sabes dónde vivo, mi itinerario de trabajo, los locales que frecuento y ¿no sabes quién es mi padre? Me resulta un poco extraño, la verdad.

—Es muy fácil. La que me interesa eres tú, no él, y por eso no lo he investigado. Un detalle que se me ha pasado, solo es eso.

Le miré un poco extrañada. Si no sabía quién era mi padre, ¿qué hacía con él?

—Mi padre es Julián García.

Su cara le cambió de repente. Su semblante se volvió oscuro y triste. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué reacciona así?

—¿Y por qué le sigues?

—Esto es muy personal. Has hecho muchas preguntas, me toca a mí.

—Chloe, ¡vamos!

—Está bien. Mi padre está engañando a mi madre, bueno, en realidad, a toda la familia, y quería comprobar qué hacía aquí en Barcelona. Comprobé sus billetes del último año y es la plataforma que más ha visitado con creces.

Cambió un poco su cara de preocupación y se le alegró un poco la mirada

cuando preguntó:

—¿Esperabas verle aquí con su amante?

Agaché la cabeza, avergonzada, pero no por lo que acababa de confesar, sino por las lágrimas que salían de mis ojos. Me dolía saber del engaño. Había llorado con él por teléfono, en alguna ocasión, pero él nunca lo había notado y tampoco me veía. Así era diferente, sentía esos ojos penetrándome y desnudando mi alma ante él. Lo peor era que tenía un don; no me podía negar a lo que me pedía, esa voz me tenía hechizada y lo sacaba todo de mí.

—¡Chloe, mírame! No llores, no me gusta verte así.

—No te preocupes. Es que hay cosas que no entiendo y esto duele, porque siento que mi vida ha sido un engaño y me encuentro un poco perdida, la verdad. Ahora me toca a mí. Sé que te he visto antes en algún lugar. Pero ¿dónde?

—¡En verdad! ¡No me recuerdas! ¿Ves cómo te he sido indiferente todo este tiempo? He estado a tu lado desde el día en que te vi entrar en el restaurante con tu vestido rojo, la chaqueta de cuero y esos tacones de infarto. No te he podido sacar de mi cabeza ni un solo instante. Esa fue la primera vez, luego te he seguido por todos lados, por todos los restaurantes, los viajes. A veces veía cómo descargabas el contenido de tu camión. También estuve en el rincón que te has buscado en la playa. Es una belleza mirarte con tal paisaje. La última ha sido en esa discoteca, me miraste con tal desprecio que me dejé desconcertado. Necesitaba saber que todo estaba bien entre nosotros, tu mirada me afectó demasiado y, cuando te vi salir del local, te seguí hasta tu casa. Necesitaba tocarte y besarte.

—Ya me acuerdo, ¿eres el modelo que tenía a todas las chicas babeando? ¿Por eso me rehúyes y no quieres que sepa que eres tú?

—Tu mirada me afectó la primera vez que te vi. Quería que te enamoraras de mí por mi interior, no por mi físico. Todas revolotean al verme, pero ninguna se interesa por saber cómo soy. Pero llegaste tú, tan distinta a ellas y tan resuelta, con esa mirada altiva. No entiendo por qué me afectó tanto en aquel momento tu indiferencia, pero lo hizo. Fuiste como un imán y necesitaba conocerte a pesar de que tus ojos se negaran. No he podido olvidar esa mirada que me ha perseguido día y noche. Nunca he seguido a una chica, en cambio,

contigo no puedo dejar de verte y necesito saber en todo momento dónde estás, lo que haces y si te encuentras bien. ¿Qué me estás haciendo? Estás poniendo mi mundo patas arriba. ¿Por qué me miraste así?

—No me gustan los guapos. Suelen ser creídos, hipócritas, egoístas, machistas... ¿Sigo? Intento alejarme de ellos porque sé que no me convienen y no los quiero a mi lado.

Con una sonrisa picarona, me besó con dulzura extrema y saboreó cada centímetro de mis labios, cada vez más exigentes, transmitiendo quizás amor y, todavía no sé por qué, una cierta tristeza. Se aferró a mí como si ese fuera el último día

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—No sé muy bien qué pensar. Desde luego eres demasiado guapo, rompes mis reglas sobre alejarme de ti. Al menos, por ahora, te has ganado un poco de confianza. Solo tienes que demostrar que no estoy equivocada contigo y que no eres un guapo con cabeza hueca.

—¿Qué reglas son esas?

—No acercarme a chicos como tú, solo cuando son para pasar el rato que es para lo que nos queréis. Cambiando de tema ¿En qué lío estamos metidos?

—Te lo contaré todo antes de volver, pero te voy a pedir un favor: olvida por hoy que soy guapo y olvida al mundo, cierra los ojos como si estuvieran vendados, si es necesario para ti, y siénteme, aunque solo sea por esta noche.

Era tal la desesperación de su voz, de sus palabras, la súplica de sus ojos, que solo podía dejarme llevar por lo que sentía y, al acercarme a su boca, le dije:

—Me tienes en tus manos. Hazme tuya por hoy y por siempre.

Me acerqué todo lo que pude a él en un abrazo que decía demasiado. Lo besé con ardor y deseo. Me cogió en brazos y me elevó sin ningún problema. Me llevó a una alfombra roja de pelo muy largo que había junto a la chimenea, que estaba apagada.

Fue soltándome despacio a la vez que me depositaba besos en cualquier lado, me dejaba completamente en la alfombra y se sentaba a horcajadas sobre mí. Sentí el tacto de la alfombra. Su calidez y suavidad relajaron un poco los nervios que tenía.

Fue desabrochando toda mi ropa. Solo podía contemplar cada movimiento que hacía su cuerpo. Estaba completamente paralizada. No podía creer que fuera el guaperas de la discoteca el que me tenía completamente hechizada con su voz, su serenidad y su romanticismo. A pesar de verlo por fuera como un chulo por lo guapísimo que era, sentía que lo conocía y sabía perfectamente que él no era tan superficial como los demás chicos. No sabía lo que el destino nos tenía preparado y en dónde estaba metido, pero necesitaba ser suya, deseaba sentirlo mío y vivir ese momento tan nuestro.

Me elevé hasta quedar sentada y así poder quitarle la ropa y poder besar esos labios que llevaban tantos segundos sin besarme. Me sentía ahogarme si no bebía de ellos. Lo deseaba tanto que los besos se fueron intensificando y volviéndose cada vez más exigentes.

—¡Tranquilízate, Chloe! Sé que me deseas tanto como yo a ti, pero déjame hacer las cosas a mi manera, por favor. Quiero saborear cada centímetro de tu cuerpo y cada segundo de este momento.

—Me estás asustando, ¿qué es lo que pasa?

—No pienses en nada, pequeña. No tengas prisa, es nuestra primera vez juntos. Solo ámame, déjame sentirte mía por esta noche, te necesito.

Y eso es lo que hice, besarle con todo el amor y la pasión que podía transmitir, tocarle para memorizar cada centímetro de su cuerpo. Cada prenda que le quitaba descubría una piel firme y dorada por el sol, pero suave como la seda, en la que fui depositando besos tiernos acompañados de pequeños mordisquitos. Me sentía hambrienta ante aquel hombre.

Una vez desnudos, de la manera más dulce que jamás habría imaginado, me volvió a tumbar en la alfombra con ternura. Besó mis labios y fue bajando por mi barbilla y mi cuello para llegar hasta mis pechos, que saboreó como el mejor de los manjares. Mordisqueó los pezones, lo que hizo que deseara sentirlo dentro casi desesperadamente. Sin embargo, aguanté mis ganas y dejé que hiciera las cosas a su manera, una tan dulce que me hizo llorar al recordar las veces que había estado con un hombre en mi pasado y lo diferente que había sido.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Es que tengo un pasado que no te he contado.

—Ni quiero que me lo cuentes. Todos tenemos un pasado y ahora estamos en el presente, que es el que me importa. Solo disfruta de este momento, que es solo nuestro y deja a los fantasmas en paz.

Nuestras manos se unieron, entrelazamos nuestros dedos y su boca se dirigió a donde lo había dejado y volvió a morder, tirar y besar mis pezones, lo que aumentó mis pulsaciones a un ritmo casi alarmante. Cuando los tenía duros que casi dolían de tantos mimos dedicados a ellos, bajó hacia mi parte más íntima. Fue soltando nuestras manos, para darme la libertad de tocarlo, acariciarlo y arañarlo con dulzura mientras me hacía sentir la mujer más deseada del mundo.

Sus manos fueron separando mis labios para dar paso a mi clítoris, que lamió y mordió y me hizo subir a las estrellas. Cuando veía que mi corazón se estaba desbocando, paraba y lamía un poco más abajo. Preparaba la entrada que ambos estábamos deseando para hacernos uno solo.

Ya no podía más, me iba a correr antes de sentirlo dentro. Le acaricié la cara y lo subí para besarlo. Busqué con mi cadera y fui introduciéndome poco a poco su pene duro y preparado para mí. Llenó mi espacio vacío. La sensación que me transmitió era la de estar completa, como si fuera la pieza que faltaba para completar mi vida. Lo que dijo después hizo que se me erizara la piel, parecía que me leía el pensamiento:

—Eres la pieza que le faltaba a mi puzle. Te voy a hacer mía tan lentamente que no vas a poder olvidarlo nunca.

—Solo espero que tú tampoco me olvides.

Hubo una mirada que dijo mucho y comenzó a moverse muy despacio para que mi interior se adaptara a sus embestidas. Sentirlo dentro sabiendo que era él me quitó todos los miedos del pasado. Poco a poco iba aumentando la velocidad. Cuando nuestras pulsaciones se desbocaron y el clímax llegó, él aceleró de tal manera que provocó que estalláramos juntos y uniéramos nuestros alientos para acallar nuestros gemidos de máximo placer. Extasiados y sin dejar de mirarnos, fue saliendo de mí y se tumbó de lado con medio cuerpo sobre el mío. Alargó la mano hasta coger una manta fina que había en un sofá y, después de taparnos, dijo:

—Déjame quererte. Pase lo que pase, no te separes de mí nunca. Eres la

única persona en el mundo que me podría hundir y destrozar. Eres mi *kryptonita*.

—¿Por qué dices esas cosas? Me asustas.

—Déjame disfrutar de ti esta noche y toda tu vida.

Y volvió a besarme dulcemente mientras nos preparábamos para otro asalto. Esta vez fue rápido y fuerte, el clímax tan intenso que nos hizo caer en los brazos de Morfeo. Fue un sueño dulce y reconfortante. Sentía el calor de su cuerpo abrazando el mío. Me sentía protegida entre sus brazos, una sensación algo contradictoria dada la situación.

Desperté por el peso de su cuerpo, pero no quise moverme para no despertarlo. Dormido era todavía más guapo. Por primera vez pude apreciar sus rasgos sin que sus ojos me intimidaran y me hicieran quitar mi mirada de él. Pude ver que su cara era digna de admirar: era sensual como su voz, pero cuando posé mis ojos sobre sus labios, ¡oh! ¡Qué labios! Eran perfectos, carnosos y perfilados. Invitaban a besarlos una y otra vez, pero me contuve. Disfrutando de las vistas que tenía, volví a dormirme y me sentí feliz.

Cuando desperté estaba sola en la cama. Ya no sentía ese calor que me tranquilizaba. Me senté en la cama, lo busqué y ahí estaba él, sentado en un sillón, frente a mí. Me miraba casi con lágrimas en los ojos. ¿Qué era lo que estaba pasando? ¿Por qué estaba así? Aparté las sábanas para que se metiera conmigo en la cama, pero no lo hizo.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Por qué estás ahí sentado, mirándome?

—No sabes lo adorable y dulce que te ves mientras duermes.

—¿Eso es lo que te tiene así?

—Eres tú la que me tiene así. Nadie me había hecho sentir jamás lo que has conseguido en este tiempo y esta noche lo he confirmado. Tenemos que separarnos. Tengo que ponerte a salvo. Tienes que alejarte de aquí y de mí.

—¿Separarnos? ¿Alejarnos? ¿Me quieres contar de una vez qué es lo que está pasando?

—Llama a Iván a ver si está por aquí.

—Pero ¿no me escuchas? ¿Qué tiene que ver Iván en todo esto? Cuéntamelo.

—¿Quieres hacer caso por una vez en tu vida? —No me esperaba esa reacción y al ver mi enojo, dijo—: Mira, las empresas de tu padre están

medidas en movidas desde hace tiempo. Tienes que irte con Iván ya, no quiero que corras peligro.

—¿Cómo sabes tú que corro peligro?

—Porque lo sé y no preguntes más.

—Mi padre está metido también.

—Yo no sé hasta qué punto. Solo sé que le dieron un aviso y se presentó en las oficinas, supongo que para ver qué pasaba. Por eso lo viste allí.

—¿Y tú qué hacías allí? ¿Por qué tenéis a esa chica atada y secuestrada? Y lo que es peor, ¿por qué lo hiciste conmigo?

—Lo tuve que hacer para que nadie sospechara que te conocía. No quiero que nadie te relacione conmigo, por eso te he estado viendo a escondidas. No quiero que nadie te haga daño. Por la chica no te preocupes, que al igual que tú tiene alguien que la protege dentro.

—Sí, lo sé, me he dado cuenta, pero no me has explicado qué es lo que hace con vosotros y en tal situación.

—Esa es una de tus facetas que me encanta, eres muy fina y decidida. Sabrás que no te voy a contar nada por tu bien, Chloe. Es lo mejor. Por favor, llama a Iván, si no, yo mismo te llevaré a Córdoba.

—Eso suena bien. Llévame tú, así estamos más rato juntos. Aunque sigues sin aclararme nada.

—No lo voy a hacer y no insistas más.

Me lo dijo con tal dulzura y a la vez con tal desesperación que no tuve más remedio que hacerle caso y llamar a Iván.

—Hola, bicho, ¿por dónde andas?

—Me tenías preocupado. ¿Dónde estás?

—Yo he preguntado primero. ¿Dónde estás tú? ¿Sigues alojándote en el mismo hotel?

—Sí, aquí sigo, te dije que no me alejaría.

—Vale, pues vamos para allá.

—¿Cómo que vamos? ¿Tú y tu camionero?

—Sí, yo y mi camionero —contesté sin poder evitar reírme por su pregunta

—¿Ya sabes quién es? ¿Ya le has visto la cara?

—¡Mira que eres cotilla! Ya te contaré. *Ciao*.

No me quitó la mirada de encima, pero sus ojos transmitían una tristeza que no llegaba a alcanzar.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué me miras así?

—Por nuestro bien, debes olvidarte de mí y alejarte de todo esto.

—No puedo, son las empresas de mi padre.

—Pues, lo haré yo.

—¿Esta es tu despedida?

—Ha de ser así o moriremos los dos.

—Pero ¿por qué?

—Debo tener la mente fría y activa para poder mantenerme vivo en este mundo. A tu lado eso me es imposible, mi único pensamiento eres tú. Eso te convierte en mi debilidad y así no puedo sobrevivir. Seríamos una presa fácil para el enemigo. Vamos, desayuna y te vistes, que nos tenemos que ir.

Me besó con desesperación, pasión y dulzura. Yo solo pude darle lo que me pedía, mis besos, mis abrazos y mi amor, pero mi pensamiento estaba centrado en la palabra «enemigo».

Ya no pregunté más, todo sería en vano. Estaba cerrado a no explicarme nada más y lo respeté. Desayunamos sin dejar de mirarnos, pero sin hablar. Una vez acabamos, me levanté y me dirigí hacia donde estaba mi ropa, pero no me dio tiempo a cogerla. Me abrazo por detrás y me susurró con su melodiosa voz.

—Pequeña, ¡déjame sentirte una vez más!

Y me giró para besarme, acariciarme y volverme loca con cada roce de su cuerpo. Su piel ardía sobre mi cuerpo helado por la desnudez. Acarició mis pechos, abrió mis piernas y metió un dedo en mi interior. Rozó a la vez mi botón, que masajé con mucho mimo, con un ritmo acompasado que me excitó al máximo en un minuto. Cuando mi corazón comenzaba a latir con demasiada fuerza, paró, me tumbó en la cama y abrió de nuevo mis piernas para adentrarse en mí con rudeza. Sacaba del todo y metía de golpe. Me tenía las piernas cogidas por sus fuertes brazos y me abría al máximo para él. Me sentía expuesta, pero el placer que me proporcionaba hizo que no pensara en nada, solo en sus movimientos. Repitió unas cuantas veces hasta que mi orgasmo llegó tan fuerte que mi grito sonó más de lo que yo hubiera querido. Me sentí

un poco avergonzada, pero al ver la cara con la que me miraba, se me esfumó la vergüenza y me dejé llevar por el momento y por lo que me hacía sentir.

—¡No sabes lo que me excita sentirte!

Robert no se hizo esperar y el suyo salió a través de su garganta: fuerte, pero a la vez elegante y sensual, tanto que al sentirlo tuve un segundo destello de orgasmo. Fue muy corto pero satisfactorio.

Me abrazó con todas sus fuerzas sin salirse de mí. No hubo palabras, los dos sabíamos lo que sentíamos. Así estuvimos hasta que nuestros cuerpos se tranquilizaron y nuestros corazones tomaron su ritmo normal. Al mirarme a los ojos, me dijo:

—Hay cosas que no sabes de mí y me da miedo que las descubras y me abandones. —Me tapó los ojos con sus manos y me susurró al oído—: Siente a tu corazón y pase lo que pase no te olvides nunca de mí. Eres lo que estaba esperando y me enamoré desde el momento en que te vi. Solo siénteme.

Sabía callarme, relajarme y ponerme a cien en solo una décima de segundo. Estaba preparado para otro asalto. Salió de mí para cambiarse el preservativo con un poco de dificultad.

—Si te hago daño, dímelo. La anterior he sido duro y ahora iré despacio.

No hablé, solo jadeé para indicarle que estaba preparada para él. Una, dos, tres, así lo iba sintiendo, con sus movimientos lentos y cautos. Le ayudaba en cada embestida para que fuera más profunda. Me llenaba de él. En la última estocada los dos llegamos a un clímax que me mareó.

—Te quiero —susurró.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al escuchar tales palabras. Nunca me había sentido amada por nadie. Él me completaba. Él era la persona que me hacía sentir viva, aunque solo hubiera sido esta noche. Me miró y secó mis lágrimas.

—Se cómo te sientes porque yo me siento igual —se sinceró—. Créeme si te digo que es lo mejor por el momento para nosotros, pero que no se te olvide que eres mía. Te quiero para mí y te buscaré allá donde estés y ya no habrá más separaciones.

—Te estaré esperando, amor.

Y sellé mi respuesta con un beso. No quise explicarle el porqué de mis lágrimas en realidad, no quería remover el pasado, pero no podía olvidarlo.

Tal vez me vendría bien contárselo y así podría olvidarlo y poder pasar página. Él haría que lo olvidara, estaba segura de ello, aunque no era el momento.

Capítulo 12

—Antes de irnos, tienes que pegarme fuerte con esto, pequeña.

—¿Cómo me pides esto?

—Es la única manera de que se crean que escapaste. ¡Mírame! Tienes que hacerlo o me veré obligado a estrellarme contra algo.

—¡No puedo!

—Sí que puedes, he visto la fuerza que tienes.

—¡No puedo, a ti no!

—Chloe, ¡hazlo!

Cogí el palo que me estaba dando y cerré los ojos. Le di con la fuerza que pude acumular por la situación. Al abrirlos comprobé que la sangre corría por su mejilla. Mi cuerpo temblaba.

—¿Te he hecho mucho daño?

—Me he visto en peores situaciones, tranquila. Si alguna vez tenemos una pelea, me alejare de tu derecha. Mírame, pequeña —dijo y levantó mi barbilla—. Tenías que hacerlo, tengo que demostrar ante los demás que te has escapado. No puedo dejarte ir sin más, no hay explicación para ello. Así entenderán que me dejaste semiinconsciente y no sospecharán nada.

—¡Debe de dolerte mucho!

—No más que nuestra separación.

Me besó y ya no hablamos en todo el camino. Cada uno estaba con sus pensamientos y sabíamos lo que tocaba ahora. No lo hicimos más difícil. Un beso que dijo mucho, pero sin hablar ninguno, unas miradas tristes que se preguntaban qué sería de nosotros. Unas manos rozándose hasta cerrar la puerta. Una cara que se giraba para ya no mirar a unos ojos negros que brillaban por la emoción contenida.

Me dejó en la puerta trasera del hotel. No quería que Iván lo viera, no quería ponerlo en peligro también.

Subí a la habitación y allí estaba mi amigo, esperándome casi al borde de un

ataque de nervios. Al verlo me abracé a él sin poder contener las lágrimas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? ¿Dónde has estado? Me tenías muy preocupado.

—Estoy bien, aunque muy triste por nuestra separación. Es muy complicado. Me llevó a una cabaña donde he pasado los mejores momentos de mi vida. Ha sido maravilloso, Iván.

—¿Ya lo has visto? ¿Cómo es?

—¿Eso es lo que te importa, que si es guapo? Bien, te diré que es calvo, gordete y no muy alto. Así no me lo quitas.

—Estas de cachondeo. ¡Venga, Chloe, cuéntame!

—Para que me entiendas bien, es el típico chico del que siempre he estado huyendo. El juegucito de no verlo y conocerlo desde el interior que se ha traído entre manos todo este tiempo ha valido la pena. Me quería enamorar por interior, no por su físico, y lo ha conseguido.

—¿Has dicho enamorada?

—Sí, Iván. Quizás sea una palabra algo precipitada, pero es lo que me hace sentir

—Entonces, ¿a qué viene esa cara triste?

—Es muy complicado, Iván.

—¿En serio me estás diciendo eso? Complicado, ¿en qué sentido?

No podía contarle nada. A ver por dónde salía de esta. Mi desesperación por el vacío interior que sentía guio mis palabras, aunque sabía que no llegaría a creerlas. Me conocía demasiado bien.

—Iván, ¿por qué va a ser? La distancia, nuestros trabajos.

—Tienes cara de cansada. Anda ven y échate un rato que el cansancio te está nublando las entendederas. El querer es poder, nena, y tú lo sabes. Si quieres, puedes, el «pero» no existe.

—Échate conmigo y déjame abrazarte.

—Ven cielo, ven a mis brazos.

Me acurruqué en su cálido cuerpo y mis lágrimas brotaron en silencio. No quería alertarlo demasiado. Solo con mirarme a los ojos sabría que le estaba mintiendo, pero el dolor que sentía era más visible que la mentira.

Estuvo junto a mí hasta que me desperté, me dio un beso y me dijo:

—¿Qué vamos a hacer? ¿Nos quedamos aquí unos días más o nos vamos a casa?

—Nos vamos a casa.

Empezamos a recoger y, cuando todas nuestras pertenencias, que eran más bien pocas, estaban guardadas y preparadas para irnos, me sonó el móvil.

—¿Dígame?

—Princesa, soy yo, ¿dónde estás?

—Recogiendo nuestras cosas, nos vamos a casa. Era eso lo que querías, ¿no?

—Chloe, creo que debes saber esto. Sé que, si no te lo cuento, no me lo perdonaras.

—¿Qué pasa, Robert? Me estás asustando.

—Siento que te traiciono si no te cuento lo ocurrido. Tu padre ha sufrido un infarto, pero en la situación en la que estamos, sabes perfectamente que es peligroso que te relacionen con él. Sé que quieres ir a verlo, pero creo que lo mejor es que sigas tu camino y vuelvas a casa. Yo me encargo de todo y prometo que te iré informando de su estado.

—¿De verdad que ha sido un infarto? ¿De verdad crees que sabiendo esto me puedo ir a casa tan tranquila?

—A estas alturas es tontería mentir: le han disparado. Piensa en el peligro que puedes correr. No sabemos hasta qué punto tu padre está implicado en todo esto, y si saben que eres su hija pueden ir a por ti.

—Me importa una mierda todo, Robert. ¿Dónde está mi padre?

—Recapacita por un momento, por favor. Te recojo y te escolto. Nos camuflaremos para no ser vistos. Necesito saber que estás a salvo.

—Dime. Por. Favor. Dónde. Está.

—No seas terca.

—¡No! No seas terco tú, que poco me conoces. Vamos a ver, tengo la ventaja de que nadie sabe quién soy. Una vez dentro, ya me las apañaré para poder entrar en su habitación.

—Creo que se te olvida que está vigilado por hombres de todas las bandas, incluidos los míos, que sí pueden reconocerte. ¡Por favor, Chloe!

—¡Dime dónde está, Robert!

—En el Hospital del Mar. Pero espérate, por favor, que voy a...

Colgué. No le di tiempo a decir más nada. Cogí las cosas y la mano de Iván.

—Vamos, Iván, por el camino te cuento.

Dejamos las maletas en la recepción del hotel. Pedimos un taxi que nos llevó al hospital y, una vez, sentados le expliqué:

—Me han informado de que a mi padre le ha dado un infarto y que está aquí ingresado, pero está metido en alguna movida y tenemos que andar con mucho cuidado. Podemos correr peligro, más si descubren que soy su hija. —Su cara de desconcierto y sorpresa me hizo dudar de si contarle la verdad, pero no había tiempo—. Iván, no puedo explicarte por ahora nada más. Cuando estemos en casa, te contaré todo lo que sé. Ahora tenemos que tramar un plan para que nadie nos identifique. Solo se me ocurre una idea y es que nos hagamos pasar por enfermeros o algo así para poder acercarnos a la habitación sin levantar sospecha.

—No voy a preguntar nada, sabía que pasaba algo, tus lágrimas y tus ojos no me pueden mentir, aunque tu boca sí lo haga. Me debes una gran explicación. Intuyo que me lo ocultas por no hacerme daño o partícipe de lo que esté pasando. Vamos a ver a tu padre y ya me contarás.

—¿Te he dicho cuánto te quiero?

—Vamos, zalamera, que nos espera el teatro.

Entramos en el hospital por la puerta de atrás. Había gente por todos lados y, aunque queríamos disimularlo, estábamos nerviosos. No sabíamos si algunas de esas miradas estaban acechando a mi padre. Iván se dirigió a la muchacha de admisión para pedir información de algo que se le ocurrió y desplegó sus encantos de hombre, que al momento la dejaron babeando, mientras yo me escabullí en el interior de sus armarios y cogí dos batas, una verde y otra blanca, con sus gorros correspondientes, mascarillas y patucos. También unos identificadores y una carpeta donde había algún que otro informe médico de algún paciente.

Salí hacia la zona de los servicios y miré para ver si Iván venía detrás. Allí estaba él, con sus andares hipnotizantes para todas las féminas que no sabían que él no sería su plato. Entró en los servicios, donde lo estaba esperando, y nos vestimos con lo que yo había traído. Salimos uno por cada lado

disimuladamente y nos juntamos en los ascensores, que estaban abarrotados.

—¡Buenos días, doctor Andrade!

—¡Buenos días, señorita Silva! ¿Hoy vendrá a mi guardia?

—Eso dice el cuadrante, doctor.

—Entonces, hoy será un buen día.

Los allí presentes se sonrieron y nos miraban de reojo. Cuando salimos del ascensor, alguna que otra risa oímos. Iván posó su mano en mi trasero justo en el momento en que se cerraban las puertas y sentimos algún que otro «¡oh!» que nos hizo reír a ambos.

—¡Iván! Intentamos pasar desapercibidos.

—Lo siento, no me he podido resistir.

—Venga, ponte serio y al lío. Es la habitación quinientos catorce.

—Vale, seriedad. Intenta esconderte todo el pelo en el gorro, Chloe, que no puedan ver de qué color es.

—Espera un momento. —Le miré mientras lo escondía todo

—Perfecto, vamos.

Doblamos por la esquina hacia donde se encontraba mi padre. Como era de esperar, un gorila vigilaba la puerta. Iván, como todo un profesional del teatro, se metió en su papel.

—Buenos días, caballero. Necesito examinar al paciente. Le rogaría que nadie nos interrumpiera.

No dio lugar a que dijera nada, empujó la puerta y entró. Yo seguía sus pasos con la cabeza gacha para intentar esconder mi rostro. Al cerrarse la puerta, solté el aire de mi pecho y, tras ver que la habitación estaba vacía, me eché en la pared.

—Tranquila, Chloe. Ven.

Allí estaba mi padre, tumbado en la cama, lleno de cables. Tenía una gran venda en el hombro que le bajaba por el pecho. Eché la sabana hacia atrás y vi que en el centro había una gran mancha de sangre.

—Chloe, no quiero asustarte, pero parece que esto no es un infarto sino un disparo.

—Tenía mi pequeña sospecha de que sería así.

—¿Cómo que tenías tu pequeña sospecha?

—Iván, ya te lo contaré. No hables fuerte, nos oirán.

Me acerqué a mi padre y lo llamé para ver si estaba consciente. Al sentir mi voz, abrió los ojos.

—¿Qué haces aquí? ¡Tú no tienes que estar aquí! ¡Vete a casa!

—Desde luego que me iré. Solo quería ver que estabas bien y veo por tu arrogancia que lo estás.

—Perdona, hija, no era mi intención, pero aquí corréis peligro, tenéis que marcharos.

—Tenemos que hablar largo y tendido, papá.

—Iván, llévatela de aquí y cuídala.

—Cuídese usted también.

—Lo haré. Pronto estaré en casa. No le digas nada a tu madre.

—Por supuesto que no le diré nada.

Y me giré para marcharme cuando las lágrimas se amontonaron en mis ojos. La voz de mi padre hizo que me parara.

—Hija, siento todo el daño que os estoy haciendo, pero no olvides que os quiero.

No dije nada. Seguí adelante para intentar mantener las lágrimas en su sitio y que el tipo de la puerta no me viera. Iván me cogió del brazo y me guio por el camino de vuelta.

Giramos la esquina, donde nos relajamos una vez lejos de la mirada del tipo. Nos dirigimos a los ascensores, esperamos a que llegara a nuestra planta. Al abrirse las puertas, un hombre corpulento, con bastante prisa, chocó conmigo, pidió disculpas y siguió su camino. Tenía el mismo perfume que Robert, pero no era él. Mis pulsaciones se dispararon y mi instinto me hizo seguirle. Iván, extrañado, intentó alcanzarme. Me paré en la esquina para observar a dónde se dirigía ese tipo. Efectivamente allí estaba, hablando con el tipo de la puerta que vigilaba a mi padre. Una mano más firme que la de Iván me arrastró para atrás. La adrenalina corría por mi cuerpo en ese momento y me di cuenta del olor que me envolvía. Iván me miró con cara de duda, pero le calmé con mi mano.

—Síguenos, Iván —ordenó Robert.

—¿Cómo sabes mí...? ¡Ah! —Se acababa de dar cuenta quien era.

—¡Chloe, sabía que eras terca, pero no hasta este punto! ¿Qué parte de aléjate del peligro no entiendes?

—¿Y tú, qué parte de hago lo que me da la gana no entiendes?

—¡Basta! Salgamos de aquí. No hables más.

Iván miraba de un lado para otro, como un partido de tenis. Extrañado, pero a la vez entendiendo la situación, no habló, pero observó cada movimiento y cada palabra. Robert, por su parte, nos guio hasta una puerta trasera que daba al lavadero. No quería que nadie nos viera y menos acompañados por él.

—Aquí, con el ruido de las lavadoras, podemos hablar tranquilos. Entiende que tu padre está vigilado por mucha gente, incluso por policías. Tu presencia aquí te pone en peligro.

Me abrazó de forma protectora mientras me daba pequeños besos en el pelo.

—Lo sé, pero entiende que es mi padre, necesitaba verlo.

—Lo entiendo. Ya lo has visto, ahora tenéis que marcharos.

—¿Quién era ese hombre? Lleva tu perfume.

—Es mi padre. Te dije que nosotros nos ocuparíamos de que no le pasara nada. Por cierto, encantado de conocerte, Iván. He oído hablar mucho de ti.

—Créeme que yo también. Un placer ponerte cara.

—Sabrás que, sin querer, te has metido tú también en un buen lío. No sabemos hasta qué punto es peligroso.

—Gracias por la aclaración. Solo espero que sepas apreciar el tesoro que tienes en tus manos.

—Créeme que lo sé, pero es muy difícil protegerla si ella hace todo lo contrario a lo que se le dice.

—Ese es uno de sus defectillos.

—Iván, que estoy presente.

—Lo siento, cielo, pero es la verdad. Siempre has sido una chica rebelde, eso es lo que me hizo fijarme en ti y tenerte como amiga.

—Pero ¿tú de qué parte estás?

—De la que te cuida por encima de todo.

—Iván, no te voy a contar nada porque sé que ella lo hará. Quiero que entiendas que cuanto menos sepáis y más lejos estéis, mejor. Marchaos ya, yo

tengo que subir.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele mucho? ¿Se lo creyeron? —le dije al señalar la herida.

—Por supuesto. Me han tenido que dar un punto.

—¿En serio?

Se me descompuso la cara solo de pensar en el dolor que le había causado. Me acerqué y le bese por encima del apósito.

—Sí, es un buen recordatorio para nuestra próxima pelea.

Me besó. Fue corto. Breve, pero muy intenso. Nos empujó para que nos fuéramos. Al salir, nos vieron dos limpiadoras, pero Iván con sus travesuras dio a entender que estábamos liados. Las mujeres se sonrojaron y no le quitaron la vista de encima. Para marcar el territorio teatralmente, le di una palmada en el culete que hizo que pegara un saltito y se le escapara un gemido, lo que le dio tiempo a Robert para salir sin ser visto. Las trabajadoras rieron, se dieron la vuelta y siguieron con su trabajo.

Salimos del recinto, llamamos a un taxi y nos fuimos al hotel a recoger nuestro equipaje. Yo me quedé en el coche. Solo entro Iván, pero vi algo raro. Un tipo bajó de su coche y, con paso ligero, entró en el hotel. Mis pelos se erizaron. Habíamos tenido mucha precaución, no podía ser que nos estuvieran siguiendo, nadie sabía quiénes éramos, a no ser que....

—¡Dios mío! —Marqué el número de Iván y en cuanto descolgó le dije—: Ten cuidado, Iván, soborna o haz lo que puedas, pero que borren nuestros nombres del registro de entrada. Creo que nos están siguiendo y no deben saber quién somos.

—De acuerdo.

—El taxi estará en la puerta del bar de la piscina. Por los ascensores puedes despistarlo.

—De acuerdo.

Sabía que estaba nervioso y que estaba trazando un plan. Al cabo de un rato, montó en el taxi como una flecha, lo que me provocó un gran susto. En el trayecto estuve intentando comprobar si nos seguía alguien, pero no vi nada fuera de lo normal. Antes de llegar al aeropuerto, paramos en una tienda de regalos, donde compré una pamelita grande junto con un par de gafas grandes

tipo aviador, una gorra negra y una buena cámara de fotos. Nos camuflamos una vez dentro del taxi, bajo la mirada escueta del taxista.

—Perdone, somos famosos, salimos de luna de miel y lo último que queremos es a los *paparazzi* detrás de nosotros.

Salimos del taxi, esperamos el tiempo correspondiente hasta que abrieron las puertas de embarque y, una vez sentados, y con el avión despegando, pudimos empezar a relajarnos.

Capítulo 13

Una vez en casa, algo más tranquilos, le conté a Iván todo o más bien lo poco que sabía. No dijo nada, solo escuchó.

—Iván, dime algo. ¿Qué piensas?

—Deja que asimile lo que me has dicho. Ahora mismo solo te diría «olvídalo, aléjate, apenas le conoces, solo te traerá problemas».

—Se que es una relación rara y que se está complicando cada vez más, pero no puedo olvidarlo.

—Tenéis una química muy especial, lo he podido comprobar. Y te veo diferente. Por otro lado, está tu padre. No sabemos muy bien qué papel representa en toda esta historia. Cielo, creo que lo mejor para los dos es irnos a descansar. Mañana hablamos de todo esto. ¿Estás bien?

—Si te digo que no estoy asustada, te mentaría.

—Si lo prefieres, me quedo contigo.

—Te lo agradecería muchísimo, Iván. Contigo a mi lado me siento protegida. Si te quedas, mi madre no me hará su interrogatorio. No me siento con fuerzas para dar unas explicaciones que me tengo que inventar.

—Solo diremos que estuvimos juntos de turismo por la ciudad y ya está.

—Sí, para ella será lo mejor. Intentaremos mantenerla al margen de todo esto, ya está sufriendo con los faldeos de mi padre.

—Pues no se hable más, voy a darme una ducha y a la cama.

—Después iré yo. Mientras, llamaré a Robert. —Pero no me dio tiempo, ya me estaba llamando él.

—Hola.

—Hola, pequeña. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien, ¿y tú cómo estás? ¿Te duele la cabeza?

—No, tranquila, está sanando muy bien. Chloe, no quiero que vayas a hacer tu ruta sola mientras esté tu padre aquí. Lo mejor será que te mande a un hombre de confianza. Le enseñarás la ruta, la hará él y tú te quedarás en las

oficinas.

—¿De eso nada! ¡Mi ruta la hago yo! Que me mandes a alguien, vale, pero que me encierres en las oficinas, no, me niego, por ahí no paso.

—¿Pero no entiendes el peligro que corres?

—¿Cómo quieres que lo entienda si no me has explicado nada?

—¡Déjalo, Chloe, eres imposible! Mañana mandaré a Fernando. Irá a buscarte a las oficinas. Tienes que contratarlo como ayudante o lo que quieras de cara a la empresa. Puedes decir que tu padre ha dado la orden. Ya lo sabe y está de acuerdo.

—¿Se lo has dicho a mi padre?

—Por supuesto, tenéis mucho que hablar.

—Y tu parte, ¿cuándo me la vas a contar?

—Cuando llegue su momento, no seas impaciente. ¡Te echo de menos!

—Y yo a ti, pero oír tu voz me hace sentirte cerca, aunque sea para regañarme.

—No seas dura conmigo, solo intento protegerte. Intentaré llamarte más a menudo. De momento, es mejor que tú no lo hagas.

—De acuerdo, se hará todo como el señor ordene.

—Así me gusta, que obedezcas, aunque sé que te está creciendo la nariz.

—¿Sí? Qué listo.

—Hablando en serio, Chloe, ten mucho cuidado. Permanece atenta a cualquier cosa que veas fuera de lugar. Solo en ese caso puedes llamarme, así sabré que podrías estar en peligro.

—Sí, Robert, no soy tonta.

—Yo no lo he dicho, pero sabes que la obediencia no es tu punto fuerte.

—No necesito que seas mi padre. Ya tengo uno, gracias.

—Pero sí soy tu pareja y en estos momentos tu protección es lo principal para mí. ¿Lo entiendes verdad?

—¡Ah, sí! ¿Eres mi pareja?

—Intento serlo, aunque es complicado.

—Cada vez te siento más lejos.

—Todo cambiará, pequeña, descansa. Mañana hablamos. Sueña conmigo.

—Y tú. Buenas noches.

Me quede con el teléfono en las manos. Me faltaba algo, me faltaban sus besos. ¡Dios, como los echaba de menos! Iván salió del servicio, era mi turno en la ducha. Con el ruido del agua, amortigué mi llanto. Salí como nueva. Iván estaba hablando con Alejandro. Cuando colgó, me dijo:

—No puedo estar más aquí, tengo que volver a las oficinas. Alejandro me necesita.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Tienes mucho trabajo y lo has dejado por mí. Robert ha hablado con mi padre. Me van a poner un guardaespaldas por más seguridad. Me siento como si fuera Whitney Houston.

—No bromees con estas cosas.

—¡Vale! Tranquilo.

—¡A la cama!

Me acosté y me di la vuelta haciendo la cucharita; era como más protegida me sentía. Sus brazos me acunaron, abrazaron y me dieron el cariño y la tranquilidad que necesitaba.

Cuando desperté, mamá e Iván estaban hablando en la cocina. Esperé para ver qué decían:

—A última hora —habló Iván—, hubo un cambio de planes y nos dirigimos a Barcelona. Por cierto, un viaje fantástico, tranquilo y a la vez movido por el montón de sitios que hemos visitado, ¿Alguna vez has visitado Barcelona?

—¡Sí, claro! Antes de quedarme embarazada, recorrimos media España para ver cuáles eran las mejores ciudades para extender nuestro negocio.

Entré justo cuando mi madre estaba con voz melancólica por los recuerdos.

—¡Buenos días! —saludé. Me acerqué para darle un abrazo. Por su cara y por su voz, sabía que lo necesitaba.

—¡Buenos días, cielo! ¿Hoy vas a trabajar?

—Sí, claro, no se puede uno tomar tantas vacaciones, que se desmadran los empleados.

—Ya me contó Iván lo bien que lo habéis pasado.

La miré y le guiñé el ojo a mi amigo por la complicidad. Él se levantó y dijo:

—Vuestra compañía es muy grata, pero tengo que ir a despedirme de mis padres.

Se acercó, me besó en los labios y se despidió a mi madre con un fuerte abrazo. Le había tomado mucho cariño. Desde que estábamos juntos, la notaba más relajada y tranquila. De camino al trabajo sonó el móvil.

—Hola, pequeña. ¿Cómo te has levantado hoy?

—Bien. Pedí a Iván que se quedara conmigo, me hace sentir segura.

—Me habría encantado estar en su lugar.

—Y a mí que lo estuvieras. ¡Te echo de menos!

—Pronto acabará todo esto, lo prometo. Esta mañana llegará Fernando. Será como tu guardaespaldas; si ves algo raro, debes comentárselo para que él pueda investigar o defenderte, si hiciera falta, con su vida.

—Me estas asustando.

—No tienes de qué preocuparte, de momento nadie te relaciona conmigo, ni siquiera Fernando. Él solo sabe que eres la hija de Julián García, que tu padre está hospitalizado por un infarto, que tiene que cuidar de ti y que el que está a las órdenes soy yo mientras él esté en el hospital. No necesita saber nada más.

—Está bien. ¿Cómo lo integro en la empresa?

—Pues cubre el puesto de Iván. Luego le darás tu ruta cuando se la enseñes.

—Te dije que la ruta la hacía yo.

—Eso lo discutes con tu padre cuando regrese, la orden la ha dado él. De momento, será Fernando el que se encargará de tu ruta. Ni tu padre ni yo estamos dispuestos a ponerte el peligro. Lo entiendes, ¿verdad?

—¡Esta bien! Haré lo que me ordenéis.

—Dame tu palabra de dama.

—¡Que sí! Que te doy mi palabra.

—Por la tarde te llamaré para ver cómo ha ido la cosa con Fernando. Te quiero.

—Y yo. —Escuchar aquello me gustaba.

A eso de las once, mi secretaria me informó de que había un hombre que solicitaba un puesto de trabajo. Le hice pasar a la oficina y tomó asiento mientras me estrechaba su mano para presentarse.

—Encantado, señorita García, soy Fernando Orión. Estoy a su entera disposición.

No sé si fue la forma en que lo dijo o el brillo de sus ojos, pero hizo que se

me erizara la piel.

—No sé si le han explicado para qué está aquí.

—Sí, estoy al tanto de todo. En la próxima ruta iré con usted para que me informe de los pasos a seguir y ese será mi trabajo, aparte de protegerla.

—La siguiente ruta se efectuará el miércoles. Mientras, dígale a mi secretaria que le enseñe las instalaciones.

—De acuerdo, jefa.

—Llámeme Chloe.

Inclinó su cabeza y salió de las oficinas. No conocía a ningún segurata, pero este no me inspiraba ni confianza ni tranquilidad. Quizás fuera porque su trabajo le obligaba a ser serio y distante, pero lo que me transmitió fue frialdad.

Llegó el miércoles. Como buen trabajador, ayudó a cargar la mercancía, se encargó del papeleo y pronto se hizo su hueco entre los trabajadores.

Durante nuestro primer viaje, le indiqué los restaurantes que más me gustaban y las estaciones para llenar el depósito donde mi padre tenía cuenta. Todo se me hizo muy ameno. A la hora de almorzar, paramos en el bar de siempre. Saludé a los camareros; ya los conocía a todos. Nos dirigimos a mi mesa, que últimamente encontraba reservada para mí. Hice como siempre antes de emprender el viaje. Al volver, me encontré con Fernando en la barra.

—Te he pedido un café solo, no sabía cómo te gustaba.

—Gracias, pero no suelo tomar. Soy más de infusiones, pero haré una excepción.

Aparte de arder, estaba más amargo que la hiel. Se me había olvidado por qué había dejado el café.

—Déjame conducir a mí, Chloe, así me familiarizo con el volante y con la carretera, y tú me vas indicando.

—Como quieras, pero que sepas que no estoy cansada.

—Tranquila, que yo no he dicho lo contrario. Por lo que veo, te gusta mucho tu trabajo.

—Era mi sueño y por suerte lo cumplí.

—En este viaje también se me están cumpliendo muchos sueños. Conducir este pedazo de camión es uno de ellos.

Tomó el volante con ganas y comenzamos a circular. Cada kilómetro que andábamos hacía que mis párpados pesaran más y más, hasta el punto de no poder abrirlos. En ningún viaje me había sentido tan cansada. Tenía que ser precisamente hoy.

—Fernando, estoy muy cansada, no puedo ni abrir los ojos. El café me ha hecho poco efecto.

—Tranquila mujer, con el GPS llegaré sin problema, descansa.

Y me dejé vencer en mi asiento. No sé el tiempo que pasó desde que me dormí. Los brazos y las piernas me pesaban mucho y apenas podía moverme. Fui abriendo los ojos y enfocando la vista. No sabía dónde estaba. Intentaba moverme, pero no podía. Mis ojos se acostumbraron a la poca luz que había. Sin duda, estaba en un sitio desconocido, oscuro y que olía bastante a humedad. Frente a mí estaba Fernando, que me miraba con una sonrisa pícaro, llena de... ¡odio! No entendía nada.

Bajé la mirada para ver dónde estaba sentada y me encontré con una silla de hierro, de tal grosor que necesitarían dos personas bastante corpulentas para poder moverla. Unos grilletes me ataban a ella de pies y manos. Mi corazón empezó a latir con más fuerza. Intenté hablar, pero la lengua no me respondía, al igual que los oídos. Los tenía taponados. Le sonó el móvil, pero no pude seguir la conversación hasta que se giró y pude leer en los labios algo así como:

—Es la recompensa que tantos años he estado esperando. Sabré controlarme, papá. —Seguido, mis ojos se volvieron a cerrar. Al volver a despertar, esta vez me encontraba sola. Empezó a temblarme todo el cuerpo. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba pasando? ¿Nos habían asaltado? Mi cuerpo iba reaccionando poco a poco. De pronto, el sonido de mi móvil irrumpió en la habitación. Intenté soltarme de mis ataduras, sin éxito. Entonces la puerta se abrió y apareció Fernando. Descolgó el teléfono y puso el manos libres. La mirada que me dirigió habló por sí sola. Yo estaba temblando.

—¡Hola, Robert! Cuánto tiempo.

—¿Quién eres? ¿Qué haces con el móvil de Chloe?

—¡Oh! Qué mal amigo eres. ¿Ya no recuerdas a tus viejos camaradas?

—Aitor.

—Vaya, veo que, pese al tiempo, no te ha fallado la memoria.

—¿Dónde está Fernando?

—Muerto.

—¿Y Chloe?

—A ese bombón que tienes por novia, no te preocupes, la trataré muy bien, tan bien como tú trataste a Natalia.

—¡Ni se te ocurra tocarle un pelo!

—Creo que eso será imposible. Dudo que pueda mantenerme alejado de ella.

—¡Serás cabrón! No se te ocurra tocarla o te las...

—No creo que estés en condiciones de decirme lo que tengo que hacer, ¿no crees?

—Pídeme lo que quieras, pero no la toques.

—Haré el mismo caso que tú me hiciste. Recuerdo que te dije las mismas palabras una vez.

—Aquello fue distinto, ella lo quería y me buscaba.

—Era una niña.

—Éramos unos niños; yo intenté alejarme, tú lo viste, pero ella me quería a mí. De eso hace ya mucho. ¿Qué pretendes hacer ahora?

—Quiero que sientas lo que yo sentí. He estado esperando mucho tiempo a que llegara este momento.

—¿Esperando a qué?

—Que te enamoras de alguien de verdad, para que vivieras en tus propias carnes lo que yo sentí.

—¿De verdad me estás diciendo esto? ¿Te has vuelto loco o qué?

—Loco de celos al veros juntos. Ten por seguro que se repetirá la historia, pero al revés.

—Con una gran diferencia: Natalia buscaba cada momento conmigo, lo deseaba más que yo. Chloe está en contra de su voluntad y estoy seguro de que no querrá que toques ni un centímetro de su cuerpo. Ella es inocente. Suéltala y me entregará y así podrás hacer conmigo lo que quieras.

—Saber que estás dispuesto a entregarme tu vida a cambio de la de ella me demuestra que te importa más de lo que yo pensaba. Eso me gusta.

—Te juro que, como le toques un pelo, te mataré.

Colgó a tiempo para que no pudieran localizar la llamada. Lo tenía todo controlado. En cambio, yo no podía ni controlar mi cuerpo, que temblaba del estado de nervios y miedo que tenía. Ahora entendía lo que pasaba. Me gustó saber que era algo más para Robert de lo que yo pensaba, pero me habría gustado mucho más enterarme de otro modo.

Mis ojos no podían separarse de ese psicópata que me miraba con tanto odio, como si yo fuera la culpable de todo. Se acercaba con pasos firmes y sonrisa irónica. Me cogió de la cara con rudeza y me besó, llenándome la cara de babas. Le mordí el labio tan fuerte como pude.

—Vieja zorra —dijo y me pegó una bofetada que me dejó mareada—. No sabes con quién estás tratando. Acabas de invitarme a hacerte infinidad de cosas. Las gatas guerreras me excitan muchísimo.

Se acercó con paso firme y cogió mi camiseta y la rajó descubriendo mis pechos, que manoseó a su antojo. No podía moverme, estaba totalmente expuesta para él

—Este será el comienzo de una bella historia, zorrита.

Las lágrimas caían por mi cara. Mis nervios me hacían temblar. El lugar estaba oscuro y húmedo. Tan solo unas pequeñas luces de emergencia encima de la puerta y en las esquinas iluminaban la habitación o lo que fuera aquello. Había una mesa alargada pegada a una pared del mismo material que la silla y, en una esquina, un agujero en el suelo. Las paredes eran de piedra. Parecía la mazmorra de algún castillo, esa fue la impresión que me dio. Cada minuto que pasaba tenía más frío. No sentir ningún ruido me tranquilizaba. Había perdido totalmente la noción del tiempo. En algún momento, me dormí, pero me despertó el dolor que aquella dura silla me causaba. Las manos las tenía congeladas y los pies no los sentía, apenas me podía mover.

La puerta volvió a abrirse y Aitor entró con algo en las manos.

—¡Hola, bombón! ¿Cómo te encuentras? —Esperó a que contestara, pero no obtuvo respuesta—. ¡Uy, uy! Si no eres amable conmigo, no tendrás recompensa. Te he traído algo para que entres en calor y una pequeña manta, no quiero que mueras sin poder divertirme.

Me asqueaba que él me diera de comer, pero tenía que hacerlo, tenía que

estar fuerte por si se presentaba alguna ocasión de escapar. Me acercó el tazón de leche hirviendo y bebí. El líquido fue quemando mi garganta a su paso. Le miré con ojos llameantes por la rabia contenida.

—¡Tranquila, que no te lo va a quitar nadie! Te dije que estaba calentito.

Estaba jugando de nuevo; cuando intentaba beber, me lo retiraba y, cuando tenía ocasión, derramaba en mis pechos un poco.

—No sabes lo excitante que es esta situación, zorrita.

Apretando los dientes, contesté:

—¡No me llames zorrita! Me llamo Chloe.

—Como gustes, zorrita Chloe.

—Necesito ir al servicio.

Riéndose como un loco dijo:

—El servicio, como tú dices, lo tienes en esa esquina.

—Tendrás que soltarme.

—Dimitri, trae la llave, la señorita necesita ir al servicio.

Este obedeció, cogió las llaves y se puso delante de mí. Lo miré a los ojos; era enorme, debía de medir dos metros, todo musculoso, lleno de tatuajes y piercings. Antes de abrir aquellos grilletes, miró a su jefe y dijo:

—¿Jefe, puedo probar a la presa?

—Por supuesto, solo arriba.

Enseguida supe a qué se refería. Me cogió de la barbilla y besó mi boca. Metió su asquerosa lengua hasta el fondo, lo que me produjo una arcada. Se retiró con una sonrisa juguetona y me abrió los grilletes de las muñecas. Manoseó mis piernas mientras abría los grilletes de los tobillos. Intenté ponerme de pie, pero tenía el cuerpo tan entumecido por el frío y por la postura que lo único que conseguí fue caerme de bruces en el suelo. Eso le dio la posibilidad al grandullón de sobarme todo lo que quiso y más. Me echó al hombro y me llevó a la esquina donde estaba el agujero. Me dejó de pie y me dijo:

—Aquí tiene su baño, señorita.

—¿Me podéis dejar sola, por favor?

Me di la vuelta para quedar de espalda a ellos, con la esperanza de que me dejaran sola. Los sentí moverse, aunque no salieron del todo, se quedaron en

la puerta. Los escuchaba hablar. Miré de reojo y estaban de espaldas a mí. Era tal el dolor que sentía en mi vejiga que me daba igual si se giraban para mirar.

—¡Madre mía, qué culito, nena! Te follaré de todas las maneras posibles.

—Dimitri, no te hagas ilusiones, es solo para mí.

Los muy cabrones se habían girado para ver cómo me subía la ropa. Mi único consuelo era que Robert me sacara de ahí cuanto antes.

—¿Quieres entrar en calor, bombón?

Sentí la cremallera del pantalón bajar, pero una voz retumbó y provocó que cesara en sus intenciones.

—¡Quieto! Te he dicho que eso es no para ti. Ya nos hemos divertido por hoy. Tenemos cosas que hacer. Déjala suelta, que está bastante débil y hoy no le daremos más de comer. ¡Hasta mañana, zorrita!

—¡Cabrón!

—No tientes la suerte o te arrepentirás de haberlo hecho. No doy segundas oportunidades. Vámonos.

Se fueron y quedé sumida en un silencio tranquilizador. Me dolía todo el cuerpo y tenía mucho frío. Caminé hacia donde habían dejado una pequeña manta y me tapé como pude. En las condiciones que estaba, cualquier cosa me era útil. Me froté las zonas doloridas e intenté entrar en calor frotando mis manos contra las partes que tenía congeladas. Los grilletes me habían dejado rozaduras que empezaban a escocerme. Como habían dicho, no vinieron hasta el día siguiente. Lo único que me dieron de comer fue pan con agua. Esta vez vino solo un chico joven, no tan fuerte como los otros. Intentó aparentar ser bravucón, pero se le notaba que era más noble, o eso me pareció. Aproveché mi intuición:

—Tú eres nuevo, ¿verdad?

—Depende de a lo que le llames nuevo.

—No te había visto por aquí antes.

—Pues estaba, te lo aseguro. Come.

—¿Dónde está hoy Aitor?

—Eso a ti no te importa.

—Me gustaría hablar con él.

—Tendrá que ser en otro momento, ha salido.

Y se fue. Si lo habían dejado solo vigilándome, sería fácil escapar. No me sacaba más de dos dedos. Lo malo sería abrir la puerta. Tenía que pensar algo y rápido. No sabía el tiempo que tardarían en volver.

Comí un poco de pan, me tumbé en la mesa para descansar mi espalda y vi por el rabillo del ojo algo brillar. No veía con claridad, pero al rato apareció de nuevo el destello. Sin duda era el reflejo de algo metálico al moverse. Me levanté como si estuviera haciendo ejercicio, me fui acercando hasta colocarme justo debajo, donde comprobé que efectivamente se trataba de una cámara de videovigilancia.

Mi cabeza empezó a pensar de qué manera podía llamar la atención del muchacho para que viniera y poder intentar escaparme. Lo único que tenía a mano era el pan. Empecé a comer el poco pan que me quedaba, fingí que me atragantaba y me eché mano a la garganta. Tosí todo lo fuerte que podía, como si me faltara la respiración. Tardó en entrar una décima de segundo.

Cuando se acercó, uní mis manos y, con toda la fuerza que pude reunir, le di en todas sus partes y salí corriendo. Tuve suerte porque había dejado la puerta abierta, pero duró poco la alegría. Unos metros más allá, venían los dos gorilas y Aitor.

—¿Dónde vas, gatita?

Intenté forcejear con ellos, pero fue en vano. Me cogieron de los pelos y casi arrastrándome me volvieron a meter en la cueva. Aitor, al ver al muchacho, fue hacia él. Yo esperaba que lo regañara, pero para mi sorpresa resultó ser su hermano.

—¿Te encuentras bien, hermano?

—Creo que necesito un médico.

—¡Encerradla! Te llevaré a que te revisen, a la vuelta nos encargaremos de ella. ¡Esta la vas a pagar, zorra!

Esas palabras me advirtieron de que lo que hasta ahora había vivido no era nada comparado con lo que me esperaba. Los nervios me tenían activa, mi cabeza pensaba en lo que me podría ocurrir, pero con esos gándules me podía esperar cualquier cosa. Escuchaba cualquier ruido y mi corazón estallaba, pero esa puerta no se abría. No sé el tiempo que estuve esperando. Al final, se abrió con un gran estruendo. Entraron los dos gorilas con una pequeña bañera,

que dejaron delante de la silla. De nuevo me sentaron y me ataron solo de pies. Vino un tercero con una goma larga y llenó la bañera. Cuando estuvo todo preparado, entró Aitor. Tenía a un gorila agarrándome con fuerza cada brazo. Al llegar a mi sentí su mano caliente golpear mi mejilla. Mi labio comenzó a sangrar.

—¡Eso por el dolor que has causado! —Me cogió del pelo hasta meter mi cabeza dentro del agua—. Este es tu castigo, zorra. Dicen que, cuando te estás ahogando, el placer del coito es más fuerte y lo vamos a comprobar.

Me faltaba el aire. Luchaba con todas mis fuerzas, pero me resultaba imposible. Eran más fuertes que yo. Los pulmones comenzaron a arderme y la falta de aire hizo que tragara agua. Cuando me incorporaron, tosí con fuerza para expulsarla y me mareé.

—¿Y ahora te diviertes? Porque no sabes las ganas que tengo de poseerte, prácticamente desde el momento en que te vi.

No pude evitarlo y le escupí a la cara, a pesar de que sabía que eso lo enfurecería más.

—¿Me estás provocando?

Volvió a sumergirme otra vez en el agua. Era una posición incomodísima; las piernas no podía flexionarlas porque las tenía atadas con los grilletes a la silla y la bañera estaba en el suelo, con lo que mi cuerpo se sentía forzado a estirarse todo lo posible para abajo. Los grilletes se me hundían en la carne. Prácticamente me la estaba cortando y la sangre comenzó a brotar. Luché para que me sacaran del agua, pero fue todo en vano. Solo conseguí quedarme sin aire por el esfuerzo. Al final, me levantaron para que tomara aire. Lo hacían solo cuando veían que me fallaban las fuerzas lo suficiente para sucumbir. Cada vez que me sacaban, me costaba más respirar. En una de esas veces, ordenó:

—¡Parad! Ya está preparada. Quitarle los grilletes y llevarla a la mesa.

Me apoyaron de lado sobre la mesa y me bajaron los pantalones y las bragas. Aitor se posicionó detrás de mí y me dio un palmetazo fuerte en el culo.

—Ha llegado la hora de comprobar si las habladurías son ciertas. —Y, buscando mi hendidura más íntima, se posicionó para invadirla—. Vas a estar

días sin...

Pero fue interrumpido por unos tiros que llegaban de fuera y la puerta se abrió con el mismo portazo que solían dar ellos.

—¡Quítale tus asquerosas manos de encima, Aitor!

—¡Cogedlo! Será todo un placer ver cómo miras, Robert.

Forcejeó lo que pudo, pero estaba solo. Lo trajeron justo a mi lado.

—Quiero que veas la cara de dolor y placer cada vez que entro en ella.

—Me lo pagarás. Suéltala a ella, ya me tienes a mí.

Se puso en posición de nuevo para seguir con su cometido, pero esta vez lo que le paró fue una pistola en su sien.

—¿No has oído a Robert? ¡Suéltala!

—¡Oh! No podía ser de otra manera: los inseparables. Mi querido amigo John, ¿cómo estás?

—Perfectamente bien. Guarda eso si no quieres que te lo vuele. Ordena que suelten a Robert o te verás en una situación muy fea.

—¿Serías capaz de disparar a un amigo?

—Yo diría más bien a un traidor. Sabes de sobra que no me tiembla el pulso. Haz lo que te digo y no tienes tu suerte.

Entraron más hombres, pero estaba a punto de perder el conocimiento. Hubo disparos y puñetazos, pero mi cuerpo desfalleció y no pude comprobar si esos tiros llegaron a alcanzar a mi salvador.

Capítulo 14

Desperté poco a poco. Intenté mover los brazos, pero no podía. No quería abrir los ojos; la única imagen que me venía era la de Robert agarrado por esos dos gigantes, Aitor forcejeando conmigo y alguien más que lo había parado. Tenía miedo de encontrarme el mismo escenario o uno peor. Volví a dormirme. Solo la dulce voz de Robert me fue sacando del sueño al que me había aferrado. Mi cuerpo reaccionó a su voz. Solo quería sentirlo y ver cómo estaba. Mis ojos no enfocaban bien, solo veía bultos, pero ese bulto era él, por su olor y su cercanía.

—Despierta, pequeña. Por favor, despierta ya.

—Hola, cariño —dije débilmente y sentí que sus labios rozaban los míos con sumo cuidado—. ¿Estás bien?

—Yo no soy el que está mal, Chloe. Por mi culpa has sido el foco de ira de Aitor. Siento que estés pasando por todo esto. Tendría que haber acabado antes con esta locura. ¡Te estoy destrozando la vida!

—¿Por qué dices eso? Deja de echarle la culpa. Eso no podías evitarlo, no estaba en tus manos. ¡Tú me has dado vida!

—¿Qué vida, Chloe? ¡Han estado a punto de matarte! No te puedes imaginar lo duro que ha sido para mí verte en semejante situación. Esta no es la vida que quiero para ti, lo siento. Esto tengo que resolverlo y tú estas fuera de mis planes, tengo que alejarte de mí.

Sus palabras me dolieron, pero más lo hizo su mirada; un témpano de hielo que se me clavó en mi corazón. Llamaron a la puerta. Robert se giró para recibirlos. Eran el doctor y su enfermera. Este se acercó a mí y, mientras me miraba las pupilas, dijo:

—Me alegro de que esté despierta, Chloe. Nos tenía un poco preocupados. El diagnóstico no es tan grave como para que estuviera tanto tiempo inconsciente. Temíamos que hubiera algo que no hubiéramos detectado. Pero dígame, ¿cómo se encuentra? ¿Puede respirar sin dificultad?

—Me encuentro muy cansada y un poco dolorida, aunque bien. Sin embargo, los pulmones me queman un poco.

—Es normal. Le han llevado los pulmones al extremo, pero con el tiempo y el tratamiento adecuado, mejorarán. Si siente alguna otra molestia, comuníquemelo enseguida. Salvo sus pulmones, lo demás es superficial y el tiempo lo sanará. Carmen, póngale una dosis de Nolotil para el dolor y otra de Lorazepam para mantenerle los músculos relajados. Anote que la próxima toma se la den en la cena. Antes de comer quiero que le hagan un TAC. Quiero comprobar cómo va el golpe de la cabeza y usted se encargará de llevarla.

—Como usted ordene, doctor. —La enfermera siguió sus indicaciones, anotó e inyectó en el suero lo que el doctor le indicó.

—Robert, tengo que volver a consulta —se excusó el doctor con una familiaridad desconcertante.—. Si necesitas algo ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, tío, gracias por todo.

Se dieron un abrazo y junto a su enfermera salieron de la habitación. Se quedó mirando a la puerta de espaldas a mí. Hubo un silencio que me erizó la piel. No, no podía permitir que me dejara así y un grito desesperado y sin fuerzas salió de mí.

—¡Mírame, Robert, mírame! ¿En serio me abandonas? ¡Me abandonas! ¡Me dejas! Así, sin más, sin importar lo que quiero yo. Creo que no me merezco esto. ¿Dónde se han ido tus «te quiero»? Eran mentira, ¿verdad?

—¡Calla, Chloe! No sabes lo que dices, no me entiendes. Hay mucha gente que me odia, lo has comprobado. Quería ocultarte de toda esta mierda, pero mi lucha ha sido en vano. Siempre me acompañará. Te has convertido en un blanco fácil para que accedan a mí. Tú no les importas y no puedo permitirlo.

—Creo que no estoy para tratar este tema. Espera a que me recupere para poder discutir y déjame decidir a mí lo que quiero y lo que no quiero. No lo hagas tú por mí. Soy mayorcita para hacerlo yo. Creo que ha llegado la hora de que me expliques dónde estas metido, dónde estamos y porqué llamaste al doctor «tío».

—En un sitio tranquilo, donde profesionales te están cuidando. El doctor es mi tío, hermano de mi madre, nadie mejor para cuidarte. Llevas cinco días inconsciente. Pensé que te perdía. —Su cara y su voz temblaron al decir estas

últimas palabras.

—Estas paredes son como las otras y, la verdad, me ponen la piel de gallina.

—Son unos pasadizos cercanos a un hospital, puedes estar tranquila. No podía ponerte en peligro subiéndote a planta. Allí puede entrar cualquiera.

—¿Te puedo pedir algo?

—Lo que quieras.

—Necesito sentirte cerca, Robert. ¡Abrazame! ¡No me alejes de ti! Tus ojos me lo están diciendo. Prefiero esto a no haberte conocido nunca. Me sentía muerta en vida, vida que tú me has dado y a la que me aferro con todas mis fuerzas. Nadie dijo que las cosas fueran fáciles, pero no me apartes. Has entrado donde nadie lo había hecho y te quiero con todas las consecuencias.

No pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas y que mi voz sonara a súplica. Había abierto mi corazón y expresado lo que sentía.

Robert apoyó su frente sobre la mía. Sus ojos también se habían humedecido. Entonces, me besó dulcemente.

—¿Qué me has hecho? Te has metido tanto en mí que duele. Hablaremos cuando estés totalmente recuperada.

—¿Me lo contarás todo? Creo que después de esto tengo derecho a saberlo.

—Lo haré, Chloe. Muy a mi pesar, lo haré. Tienes que comprender que debes alejarte de este mundo, no lo quiero para ti. Verte rodeada de los matones de Aitor, ver lo que iba a hacer contigo, me cegó de rabia. Me volví loco y los habría matado a todos.

—¿Cómo dieron conmigo?

—Tenían mi teléfono pinchado. Había un topo dentro de mi equipo, escucharon la conversación de que te iba a mandar a uno de mis hombres y aprovecharon la oportunidad. Ellos sabían que tú no lo conocerías. Lo mataron y lo suplantaron.

—¿Dices que había un topo?

—Sí, Chloe, había. Ya nos hemos ocupado de él.

—¿Lo habéis matado?

—Sí. Esto es lo que hay y esto es lo que te he querido ocultar. Tú no eres así, tú tienes una vida normal, con una familia normal y con...

—¡Una familia normal! No me hagas reír. Olvidas que mi padre está dentro de esto. No sé a qué nivel, pero estaba allí.

—Ya hablarás con él, todo a su debido tiempo. Ahora a descansar, ya has tenido suficiente información por hoy.

—¿Te quedarás conmigo?

—Tengo que hacer unas cosas, pero te prometo que vuelvo en cinco minutos. Tú descansa, aquí estás protegida. Ya conoces al personal médico que te atenderá siempre, así que duerme. Fuera están Manuel y Daniel. Si necesitas algo, llámalos. Ahora entrarán para que así puedas reconocerlos.

—¿Cómo se encuentra, señorita Chloe? —preguntó uno de ellos muy educadamente.

—Bien, gracias, chicos.

Ambos eran altos y fuertes. Estaban armados e imponían bastante. Una chica normal se asustaría al verlos, pero después de lo vivido, me tranquilizaba tenerlos de mi lado. Robert salió y los chicos ocuparon su lugar.

El silencio y las medicinas hicieron efecto y volví a dormirme. De pronto, escuché un ruido y me sobresalté; era la enfermera que me estaba poniendo algo en la vía.

—Hola. ¿Me puede decir la hora que es? ¿Qué es lo que me está poniendo?

—Las doce. Un calmante para el dolor. Sentirá mucho sueño, quédese tranquila.

—Pero si hace menos de una hora me pusieron otro...

No me cuadraba. Recordé que hasta la noche no tocaba ninguna medicina. Se me vino a la mente la cara del doctor y la enfermera que me atendían y esta muchacha no se parecía en nada. Reuniendo todas mis fuerzas, llame a Manuel y Daniel. La pillé de improviso. Intentó callarme con un cojín y ahogarme, pero los chicos acudieron a mi llamada. Con una fuerza brutal la tiraron al suelo. Manuel se quedó conmigo y Daniel la redujo y la maniató.

—Señorita Chloe, si no le importa, me quedaré con usted hasta que venga Robert. Daniel se quedará en la puerta.

—Sí, se lo agradecería.

—Daniel, llama a la enfermera para que analice lo que le estaba administrando en el suero, por si hay que ponerle un antídoto. Chloe, la noto

nerviosa. ¿Está bien?

—Digamos que los acontecimientos me están sobrepasando.

—Daniel, trae una silla de tortura y dile a Ramón que venga a hacer guardia contigo. Dile a Carmen que se traiga un buen sedante.

Obedeció y trajo una silla parecida a la que yo estuve atada. Con ayuda del que tenía que ser Ramón, ataron a la chica y salieron. Al rato apareció la misma enfermera que había venido con el doctor. Se acercó a la muchacha y le inyectó el sedante. Cogió la jeringa de lo que me estaba poniendo y la metió en una bolsa hermética. Me cambió la bolsa de suero con los cables y todo para que no quedara nada de restos de lo que me estuviera inyectando. Nadie dijo nada, ni una sola palabra, solo se miraron y cada uno volvió a su lugar.

—¿Habéis avisado a Robert de esto? —pregunté.

—¡No! Él está con otro asunto que requiere su presencia. Nosotros nos ocupamos de esto y a su regreso se le informará. No tardará, muchacha. Descansa, que se te ve agotada.

No quise insistir. Él no diría nada, solo cumplía órdenes. Volví a dormirme. Sentí la puerta abrirse y desperté pensando que sería Robert, pero él ya estaba sentado a mi lado. Era la enfermera que venía para hacerme el TAC.

Miré a Robert; tenía la cara ensombrecida de una mezcla entre rabia, impotencia y tristeza. Siguió a la enfermera sin mediar palabra. Sabía que estaba enfadado consigo mismo por no poder protegerme de tantos ataques y tan seguidos. El temor a que me alejara de él se instauró de nuevo en mí. De vuelta a la habitación, el silencio era demasiado incómodo y ya no podía más:

—Robert, me da igual lo que pienses, pero voy a estar contigo lo quieras o no.

—No sé si voy a poder seguir así mucho tiempo, Chloe. Prefiero tenerte lejos y saber que estás bien, a cerca y constantemente en peligro.

—Déjame sentirte, tengo frío.

—Chloe, no estoy para esto.

—Ven, cariño, ven a mí.

No sabía cómo hacerle reaccionar para que se acercara a mí, realmente no nos conocíamos. Le acaricié, le besé con amor para intentar transmitirle lo que sentía. Se me erizó la piel cuando sus manos me estrecharon. Estaba dolorida,

pero no quería que se separara de mí. Mis caricias, mis besos y mi amor le fueron calmando. Temía que con eso no bastara. Una vez se separó de mí y se sentó en la silla para estar a mi lado, me di cuenta de que la chica ya no estaba.

—¿Dónde está la chica?

—Con su compañero.

—Entiendo. ¿Quiénes son ella y su compañero?

—Siempre ávida de preguntas. Ella es la novia del topo y en venganza quería matarte como nosotros hicimos con su pareja. Al parecer, estaba bien informada de todos nuestros pasos. —Su voz era desoladora—. Esto no puede seguir así, no puedo más. Te mandaré lejos por una temporada al extranjero, con vigilancia, y tú te lo tomarás como unas vacaciones.

—¡No quiero!

—No es un juego, es tu vida. No hay otra opción

—Yo no tengo vida si tú no estás conmigo. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Tengo asuntos que resolver aquí.

—Pues entonces, me quedo.

—¡Eres imposible! La respuesta es no.

Mirándole con ojos suplicantes dije:

—Si esto va a ser una despedida, quiero que me hagas olvidar por un minuto toda esta mierda ¡Por favor! Solos tú y yo.

Se dirigió a la puerta y salió. No me lo podía creer, me dejaba sola, se iba. Las lágrimas brotaron de mis ojos sin poder evitarlo. Mi corazón envejeció diez años. Si no podía retenerlo con mi amor, todo había acabado. No podía creerlo. Al cabo de un rato y de llorar lo no llorado, me quedé dormida. Me despertaron unas manos que rozaron mi cara y secaron alguna lágrima que había quedado. No dijo nada, solo me besó, me lamió los labios como solo él sabía hacerlo. Mi cuerpo respondió y lo deseé al instante. Los besos fueron cada vez más exigentes. Sus labios bajaron por la bata de hospital. No le costó trabajo quitármela, solo tenía una pequeña lazada en el cuello. Mis pechos se endurecieron al primer roce de su lengua. Primero lamía, seguido soplabla y después mordía. Me dio un pequeño estironcito que me enloqueció. Siguió bajando hasta mi monte y, finalmente, hasta clítoris, ¡Dios mío! Me estaba

volviendo loca de deseo. Intenté levantarme para tocarle y quitarle la ropa. Me detuvo con tanta rapidez que entendí la indirecta. El corazón me latía a mil, solo quería mirarlo y sentirlo. Sin dejar de mirarme, se desnudó y con sumo cuidado se subió a la cama y fue introduciéndose en mí. Lloré en silencio.

—¿Te hago daño, pequeña?

—No, Robert.

—¿Entonces por qué lloras?

—Me haces sentir completa y querida, siento que esta será nuestra última vez.

—Olvídate de eso ahora y siénteme, solo siénteme. —Su voz era excitante y sensual.

Así lo hice. Memorice cada movimiento, cada roce y cada centímetro de su cuerpo. Disfruté de cada segundo. Mi corazón latía más fuerte, el clímax estaba llegando y él lo sabía. Aceleró las embestidas para llegar los dos juntos al final. Su gemido de placer se unió al mío y juntos subimos a las estrellas. Fue parando despacio mientras nuestros espasmos de placer se amortiguaban. Se dejó caer en mí.

—Siempre tendremos este momento, pequeña.

Me acababa de confirmar que era nuestro final. Me acababa de destrozar por completo.

Al cabo de un buen rato, empezó a moverse. Besó mi piel y mis labios mientras salía de mí. Se levantó, me puso el camisón bien, se vistió y se acomodó en la silla de al lado.

—Dentro de unos minutos tendremos visita. Tu padre está aquí y te llevará a algún sitio seguro —dijo.

Le miré con odio. Mis ojos echaban fuego de la rabia que sentía por dentro. Eso me dolía más que todos los palos que me habían dado en esos días. No podía mirarlo más, me di la vuelta en la cama para no verlo.

—Antes de mi partida, quisiera aclarar unas cosas —le dije solamente.

—De acuerdo.

Bajito para que me oyera, pero lo justo para que pareciera que no quería que así fuera, me dije a mí misma:

—Los moratones que tengo no duelen nada comparado con lo que tú acabas de hacerme.

Capítulo 15

Entró mi padre por la puerta. El ambiente se volvió muy tenso. Robert se levantó, le dio la mano a modo de despedida y salió. Me incorporé para poder mirar a mi padre de frente. Tenía mucho que explicarme.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás dolorida? ¿Necesitas algo?

—No te preocupes, estoy bien, aunque noto que el efecto se está pasando.

Nos miramos a los ojos sin decir palabra. Pasó un buen rato hasta que el rompió el silencio.

—No sé por dónde empezar, hija.

—Es fácil, papá. Por el principio.

—Está bien, desde el principio. Cuando tu naciste, hubo un incendio en la sede de Barcelona donde falleció mucha gente. Tuvimos que dar apoyo a muchas familias. Por aquel entonces hubo una crisis en el sector y todos nuestros ingresos bajaron desmesuradamente, casi tocamos la quiebra. Tu madre me dio la fuerza para seguir luchando por nuestro negocio. —Recordar todo aquello lo entristeció—. La mejor opción era buscar uno o varios socios capitalistas para que aportaran algo de dinero necesario para poder ir levantando poco a poco nuestras empresas. Esos fueron el padre de Robert y el de Aitor.

—Nunca me habías comentado nada.

—Tampoco había sido necesario. En una de las visitas a la sede de Barcelona, mientras nos reuníamos en la oficina, nos rodearon los policías de la brigada especial contra el narcotráfico y nos llevaron a comisaría. Yo no entendía nada. Al no tener pruebas, nos soltaron y les pedí una explicación.

—Es lo menos que podían hacer.

—Me llevaron a un piso, donde me explicaron a qué se dedicaban. Eran traficantes, aunque nunca me dijeron de qué exactamente. Según ellos, era la empresa familiar y pasaba de hijo en hijo —continuó. Esto me estaba aclarando un poco la situación de Robert—. Usaban los repartos de las

empresas para repartir su mercancía.

—Y tú aceptaste, sabiendo que expondrías las empresas.

—No, hija, nunca estuve de acuerdo, pero no podía hacer nada. Ellos poseen el sesenta por ciento de las empresas. Estaba atado de pies y manos.

—¿Cómo no me he dado cuenta nunca? Estoy todo el día entre papeles y nunca he visto nada fuera de lo normal. Siempre creí que era todo nuestro.

—Saben muy bien lo que hacen, hija. Lo tienen todo muy bien atado y organizado. La única condición que les puse fue que, si alguna vez todo se desmoronaba, que me mantuvieran al margen de sus trapicheos, que no quería saber nada.

—¿Nunca sacaste provecho de aquello?

—Esta gente no da puntada sin hilo. Por navidades, siempre hemos recibido un paquete con regalos. Camuflado, siempre venía un sobre con una enorme cantidad de dinero. Era una manera de hacerme su cómplice. De esa manera compraban mi silencio. —Recordaba aquellas enormes cajas—. Todo ha ido bien hasta que entraste en escena.

—¿A qué te refieres exactamente?

—No te hagas la inocente. Sabes que hay varios motivos. El primero y más importante es que te has enamorado de la persona equivocada. Es buenísimo en su trabajo, pero, por mucho que quiera abandonarlo, no podrá. Lazos de sangre lo unen.

—Aun así, seguro que ya te has encargado tú de alejarlo, ¿verdad?

—Tengo que velar por ti, eres mi sangre y te adoro. Esta vida no la quiero para ti y no voy a permitir que vuelvas a correr peligro. ¡Mírate! —Me acercó su móvil con la aplicación espejo para que viera mi reflejo—. Entiendes que no quiero verte así nunca más, ¿verdad?

El reflejo que vi era el de una muchacha demacrada, con ojeras muy marcadas y ojos hundidos. Nada que ver con la Chloe que yo era.

—Si me obligas a abandonar a Robert, yo también puedo pedirte que dejes a tu amante, ¿no?

—Eso es otro tema.

—Pues quiero que me lo aclares también. Porque he visto como sufre mamá con tu falta de cariño y abandono. Ha criado a tus hijos prácticamente sola y tú

se lo pagas así.

—Eso no es así, Chloe.

—¡Pues acláramelo, papá! —dije gritando.

—Como en toda pareja, hay muchas discusiones, enfados y alejamiento, mucho alejamiento. Es lo que no hemos sabido llevar.

—Habla solo por ti, tú eres el que has engañado a mamá.

—Tienes razón, la he engañado varias veces. He sido blando a la hora de negarme a una mujer, pero solo fue cuando en casa ya no iban las cosas bien.

—Que fácil, ¿no? No luchaste por tu familia.

—No podía hacer nada, tu madre había elegido.

—Ella eligió bien, luchó por sus hijos. —Mi voz era retadora.

—La admiro mucho por ello. Ella me dio la opción de que hiciera mi vida, siempre y cuando yo no rompiera la suya e intentara ser el padre perfecto para vosotros, y acepté. —Sus ojos comenzaron a brillar diferente—. Pero me enamoré de Carla tan locamente como lo hice una vez con tu madre.

—Pero ¿la otra sabía de nuestra existencia?

—Siempre lo supo, no le mentí nunca. Ella estaba de acuerdo.

—¡Claro! Mientras le des todos los lujitos...

—No te consiento que le faltes el respeto —dijo alzando la voz—. Ella os ha defendido muchas veces y me ha hecho ver las cosas de otra manera.

—¡No me jodas, papá! Que tengo que darle las gracias —le contesté sarcástica.

—Chloe, este tema está zanjado. Y tu madre piensa que estoy con todas.

—Pues creo que llegas tarde; ella lo sabe y también conoce tu secreto.

—¿De qué me estás hablando?

—Sabemos que tienes una hija con ella. ¿Pensabas contárnoslo?

—Ya hablaré con ella, se acabó la conversación. Prepárate, volvemos a casa.

—Yo no voy a ningún lado.

—Tú harás lo que yo diga mientras esté tu vida en peligro.

—No puedes obligarme.

—No pruebes mis fuerzas, Chloe, tengo que protegerte. Tu madre está preocupada. Piensa que hay otro problema en las sedes y que estas

resolviéndolo, pero no entiende por qué no la llamas, así que hazlo.

—Lo haré.

—¡No! Lo harás ahora mismo y sin rechistar. Solo dile que estás trabajando mucho y te inventas lo que quieras. Dile que la llamarás en otro momento, cuando puedas, porque tienes mucho trabajo.

—No te conozco.

—Soy tu padre, el de siempre, te guste o no. Quiero lo mejor para ti y para tus hermanos, eso no ha cambiado nunca. Vamos, tenemos que irnos.

—Para ti lo mejor es huir, como has hecho siempre. ¿Qué te hace pensar que no siento por Robert lo mismo que tú sientes por esa tal Carla? Con la diferencia de que yo sí quiero luchar por lo que siento por él.

— Ese tema ya está hablando. Chloe, llama a tu madre. ¿Dónde está tu móvil?

—No sé, con tanto ajetreo se me extravió.

—¡Manuel! —Al segundo estaba allí.

—Dígame, señor.

—Consígueme un móvil nuevo.

—Enseguida, señor.

A los diez minutos estaba Manuel con un móvil última generación en la mano.

—Aquí tiene, señor.

—Gracias, te puedes marchar.

Y salió. Me entregó el móvil. Me llevó un rato ponerlo en funcionamiento y marcar a casa. Él solo miraba con paciencia. Intenté ponerme alegre y explicarle de alguna manera mi ausencia a mi madre.

—¡Hola, mamá!

—Hija, ¿estás bien? Pensé que te había pasado algo. ¿Dónde estás? ¿Por qué no has llamado antes? ¿Este número de quién es? ¿Por qué...?

—¡Mamá! Para, que te explico. Sabes que papá me mandó con urgencia a las sedes del norte. Hemos tenido problemas con un programa y tengo que revisar las cuentas. He estado de un lado para otro sin descanso y se me pasó llamarte.

—¿Y tu móvil?

—Ahogado en la empresa de Barcelona. Con las prisas, se me cayó del bolsillo justo en el momento menos adecuado. Papá me ha regalado uno, con número nuevo, así que apúntatelo.

—¿Y no hay teléfonos en las sedes?

—Sí, mamá, perdona de verdad, pero se me ha ido el santo al cielo. No pensé que te preocuparas tanto, creía que papá te tenía informada.

—Me daba igual lo que me decía tu padre, quería escucharte a ti. No vuelvas a hacerme esto.

—Perdona, no volveré a hacerlo.

—Perdonada. ¿Cómo va todo?

—Muy bien. Cuando puedo hago turismo por los sitios que tanto me habéis descrito papá y tú. Son preciosos. —Improvisé una estrategia para que no me preguntara más.

—Y tu padre, ¿sabes algo de él? Llevo dos días que no lo localizo.

—Lo tengo al lado. Te paso con él. ¡Te quiero, mamá! Volveré pronto. Me quedan solo dos sedes, tú tranquila, ya sabes cómo va esto. Te paso. ¡Besitos, mami!

El nudo de la garganta no me dejaba hablar y me vino de perlas que preguntara por mi padre. Le di el móvil y me miró con ojos de rabia, pero mantuvo el tipo y habló con ella. Lloré por ella; era excepcional y no se merecía esa vida de mentiras. Cuando acabó solo dijo:

—Descansa, partimos mañana.

Y salió. Espere a que entrara Robert, pero no lo hizo. Estaba muy confusa, aturdida por tanta información; mi vida estaba en peligro, mi padre me separaba de Robert y él había desaparecido sin dar la cara, había corrupción en las fábricas. Ahora entendía un poco por qué Robert no quería que me relacionarían con él, entendía un poco su vida o más bien de qué vivía su familia. Todo era caótico. Mi cabeza iba a explotar de tanto pensar. Saqué la conclusión de que lo mejor era alejarme de todo e intentar llevar una vida normal, como antes. Si él se daba por vencido, yo haría igual. Dos personas no pelean si una no quiere. Esto era igual: una relación no puede seguir adelante si solo una persona lucha por salvarla. Iván, ¿qué pensaría Iván? No sabía si podía llamarle, pero a estas alturas me daba igual.

—¿Dígame?

—Hola, guapetón.

—¡Chloe! ¿Dónde te has metido? Nos tenías preocupados.

—Iván, a ti no te voy a engañar, pero confía en mí, ya te explicaré. Solo llamé para que sepas que estoy bien, pero las cosas se han complicado un poco.

—¿Cómo que se complicaron?

—No puedo hablar, tengo a mi padre detrás. Dime que lo entiendes.

—¿Tu padre? ¿Pero qué hace tu padre contigo? ¿Dónde estás?

—Ya te lo explicaré.

—Está bien, no tardes mucho que te rastreo el móvil y voy a por ti.

—Eso me encantaría, te necesito tanto —susurré, pero no alcanzó a oírme.

—Estaré esperándote. Te quiero, pequeña.

—Y yo a ti.

Colgué justo en el momento que entró mi padre con el doctor que me atendía. Definitivamente, Robert se había quitado del medio. Eso me llenaba de dolor, pero también entendía que, al estar mi padre, él pasaba a un segundo plano.

El doctor me informó de la medicación a seguir y me entregó el diagnóstico falsificado. Acordaron que había sido un accidente de coche que acabó en un lago y las consecuencias que había tenido, de ahí el problema en los pulmones.

—Ponte esta ropa —dijo mi padre—. Ya habrá tiempo de comprarte más. Si necesitas ayuda, me lo dices, estás todavía débil. Lo más normal es que te sientas mareada, sobre todo por la dosis de medicación que te han puesto —añadió al mirar los botes de suero y medicinas ya vacíos—. El médico no cree que el traslado te afecte, por eso he accedido, si no, no lo haríamos hasta que él lo viera oportuno. Si ves que no estás preparada, podemos esperar un día más, pero solo será eso, un día, es lo único que puedo darte.

—Vamos a casa.

—No, hija, si tu madre te viera en tal estado, me mataría. Te llevo a un lugar apartado, donde vas a estar a salvo y en las mejores manos.

—Quiero ir a casa.

Y me desvanecí. Tenía una buena mezcla de emociones. El cuerpo tiene un

límite y el mío lo había sobrepasado.

Cuando desperté, estaba en un sitio nuevo, en una cama enorme y cómoda, rodeada de una decoración muy moderna. Los muebles eran blancos y las paredes en tonos grises, claros y oscuros, techos muy altos y ventanales decorados con cortinas altas. Solo esperaba que no fuera la casa donde él vivía con su querida.

Intenté levantarme, pero mi cuerpo no accedió. Así que volví a cerrar los ojos y me dormí de nuevo. Una voz me hizo volver a la realidad. Era Iván, estaba ahí conmigo y no acababa de creérmelo. Al verlo, me eché a llorar y sus brazos me abrazaron. Me dieron el cariño que yo tanto necesitaba.

—¡Iván, te he echado tanto de menos!

—Me tenías muy preocupado.

—Han sido muchas cosas las ocurridas...

—No te preocupes, ya me irás contando. Tenemos mucho tiempo por delante.

—¿Cómo es que estás aquí?

—Tu padre me ha llamado para que te cuide y no cometas una tontería hasta que estés perfectamente recuperada. Unas vacaciones en este pequeño paraíso.

—¿Paraíso?

—En cuanto puedas andar, te mostraré las instalaciones.

—¿Dónde estamos?

—Debe de ser un chalé de lujo, porque aquí no falta ni leche de hormiga. Pero lo primero eres tú. ¿Cómo te encuentras? Llevas dos días durmiendo sin despertarte. La doctora dijo que era lo mejor y te pusieron un suero para que estuvieras hidratada.

—¿Me habéis tenido sedada?

—No, cielo. Estabas al límite de tus fuerzas. Aumentaron un poco la dosis de los calmantes para los fuertes dolores que has tenido y de paso han servido para tenerte relajada y que no te hicieras la valiente, ¡que te conocemos!

—Me gustaría levantarme. ¿Me puedes ayudar?

—Por supuesto, pero hazlo con tranquilidad. Llevas mucho tiempo tumbada. Tu masa muscular ha disminuido bastante, te ayudaré a fortalecer este debilucho cuerpo.

—¡Iván, no te pases!

—Es la verdad, puedes comprobarlo tu misma.

Me fui levantando poco a poco. Todo me daba vueltas y mi cuerpo no me sostenía. Era todo muy extraño.

—Iván, no recuerdo muy bien, pero algo tengo claro y es que, a excepción de la parte de la bañera y el roce de los grilletes, no me hicieron daño alguno. No entiendo mi debilidad. ¿Hay algo que no sepa?

—Si te digo la verdad, nadie me lo ha explicado. Te voy a confesar algo. Escuché una conversación entre la doctora y tu padre. Mi resumen de lo que pude escuchar es que te habían intentado envenenar con algún tipo de sustancia. ¿Recuerdas haber tomado algo?

—Déjame pensar. Durante el secuestro solo me dieron agua y pan, pero... Ya recuerdo. Una chica entró en el hospital y, cuando desperté, me estaba inyectando algo en el suero. Seguro que fue ella.

—Debió de ser algún veneno o droga lo que te tiene así. Les ha costado mucho limpiar los efectos de ese veneno de tu organismo. Te han hecho analíticas casi a diario, ahora solo queda comprobar si ha llegado a dañar algún órgano.

—Me duele un poco el pecho.

—Ese es otro tema. Los pulmones los tienes dañados, te los llevaron al límite, pero eso con oxígeno y un tratamiento exhaustivo ha mejorado bastante. Todo lleva su tiempo, ahora tienes que cuidarte.

—¿Me puedes dar un espejo, por favor?

Cuando me lo tendió, mis ojos se abrieron sorprendidos al ver mi reflejo. Dos lágrimas cayeron silenciosamente. Miré a Iván.

—Esta que está ahí no soy yo. Tienes que ayudarme a recuperar a la Chloe que ambos conocemos. ¿Podremos hacerlo?

—Por supuesto, ¿lo dudas?

—Ayúdame a levantarme, por favor.

Sus brazos me rodearon e intentaron levantarme con firmeza y cuidado para no dañarme.

Los primeros pasos fueron muy dolorosos, solo llegué a dar tres antes de acostarme de nuevo. Sin embargo, empezaron a pasar los días y con esfuerzo

fui avanzando. Comencé a comer y todo fue volviendo a la normalidad. La rehabilitación me hizo ir recuperando mi masa muscular y, cuando la doctora lo vio oportuno, pasamos a la siguiente fase: el ejercicio, con un entrenador personal.

—Iván, ¿me acompañas?

Me moría de ganas de salir de aquel cuarto y pasear fuera.

—Por supuesto. Para mí es todo un placer poder hacer de guía en este magnífico palacio.

—¿Has dicho palacio?

—Sí, solo que al estilo moderno.

—Pues, veámoslo —dije y le sonreí.

—Estaba echando de menos tu preciosa sonrisa.

—Lo sé —dije y me acerqué a él dándole un pequeño beso.

Mi cara no tardó mucho en cambiar de sonrisa al asombro. Aquel lugar era indescriptible. Nunca pensé que podría ver un lugar tan magnífico. Solo lo había hecho en las películas, en algunos programas de televisión y en las revistas de decoración. No sabía dónde estaba, pero con aquellos lujos, aquellas vistas al mar, aquellos jardines, las piscinas y los jacuzzis, solo podía tener un dueño. Aprovecharía el momento que se me ofrecía. Sería muy fácil acostumbrarse a esta vida, aunque solo fuera por un tiempo limitado.

—¿Te ha gustado el paseo?

—¡Iván, esto es de ensueño, pero me da miedo! —confesé bastante preocupada.

—En eso no pienses ahora.

—Pero ¿y si vienen aquí? ¿Y si tú también estás en peligro? ¿Dónde está mi padre?

—Tenemos tiempo de sobra para que vaya aclarando tus dudas. De sobra sabes que tu padre solo me ha contado lo que él quiere que sepa, pero necesito saber tu versión y contrastar la información. Lo que más me intriga: ¿qué es lo que pasa con tu camionero?

La cara me cambió e Iván lo vio claro.

—Dime qué versión es la que has escuchado y te diré en lo que te han mentido.

Quería comprobar lo que le había contado para no irme mucho de la lengua. Aunque sabía que en el fondo acabaría contándoselo todo, prefería de momento omitir algunos sucesos.

—Me dijo que intentaron robarte y te dieron una paliza. Te encontraron unos compañeros de la sede que te reconocieron y que te trajeron aquí hasta que dieran con el paradero de los malnacidos que te han hecho esto. Según esa explicación, ya me dirás dónde entra el envenenamiento, que eso sí que no me lo ha explicado.

—Bueno, nada que ver con eso. Lo que pasó fue que me raptaron y me maltrataron físicamente, pero eso es el final. Ya te iré contando por capítulos y desde el principio.

Así fueron pasando los días. Yo le iba contando a Iván cómo había sucedido todo, mientras dábamos nuestros paseos por aquellos jardines tan magníficos. Nos planteamos una rutina; gimnasio, desayuno, paseo a los jardines, unas veces andando, otras corriendo y otras en caballo, comida, piscina y tiempo libre. Al cabo de un mes, Iván echaba de menos a Alejandro y yo un poco de libertad. Hablar con personas que no fueran del personal de limpieza o cocineros de aquel lugar. Muchas veces escuchaba a Iván hablar con Alejandro. Yo sabía que estaba a gusto cuidándome, pero en el corazón no se manda y él echaba de menos a su media naranja, tanto como echaba yo a la mía. Solo había una gran diferencia: a él sí lo esperaban.

Aquel día, durante la cena, recibió una llamada cuya voz no reconocí.

—Iván, ¿qué te han dicho?

—Que mañana volvemos a casa con cinco días para preparar nuestro nuevo viaje: nos vamos para Florencia.

—Pero ¿qué dices?

—Lo que has oído.

—Yo no me quiero ir a Florencia.

—Son órdenes.

—¿Tú también vienes conmigo?

—Solo hasta que te instales y te sitúes en tu nueva vida. Una vez acomodada y adaptada, volveré a España.

—¡Pero es que yo no me quiero ir!

—Pues tendrás que aceptarlo. Sabiendo lo que sé y lo que son capaces de hacer, lo mejor es poner tierra de por medio. Lo siento, cielo, pero estoy de acuerdo con tu padre. Hasta que se resuelva esa rivalidad que hay entre ellos, no debes estar cerca.

—¿Pero no te das cuenta de que ya no soy nada para él? ¡Que no quiere saber nada de mí!

—Chloe, no te lo crees ni tú misma. Después de todo lo que me has contado, ¿cómo puedes pensar así?

—Porque no ha luchado por lo que me dijo que sentía. Eso demuestra que era mentira, que no soy tan importante para él.

—Igual lo ha hecho por todo lo contrario, porque eres lo más importante para él y quiere que estés a salvo, o tal vez porque ha visto que no era el momento más adecuado. ¿Lo has pensado tú por un momento?

—¿Estás de su parte o de la mía?

—Sé cómo te sientes tú, pero si me pongo en su situación, le entiendo. Yo hubiera hecho lo mismo. Por mi Alejandro lo haría, aunque eso significara separarnos. Estoy seguro de que Robert volverá por ti el día que menos te lo esperes.

—Yo ya no estoy segura de nada. ¿Y si lo matan?

—De momento está vivito y coleando.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Chloe, no hagas más preguntas y sigamos.

—Iván, sabes que no me puedes engañar. ¿Cómo lo sabes?

—Qué malo es conocerse. Pues porque me ha llamado.

—¿Cuándo?

—Dos días después de instalarnos aquí. Tú todavía estabas inconsciente por los medicamentos. Quería saber cómo estabas y cuál fue mi impresión cuando te vi. Hablamos un buen rato.

—Eres un mal amigo. ¿Cómo te lo has podido callar tanto tiempo? ¿Cómo me lo has podido ocultar mientras yo te contaba toda mi verdad?

—Porque es lo mejor para ti. Solo me dijo que volverá a por ti el día que ya no corras peligro.

Me dio un ataque de risa.

—¿Y eso cuándo será? ¿Cuándo sea anciano y los malos hayan muerto? No, espera, cuando le peguen un tiro a él y ya nadie se acuerde de lo nuestro, o cuando las ranas echen pelos —dije sarcástica.

—Cuando te pones cabezona, no hay manera. Chloe, las cosas están así y de momento hay que hacer lo que se nos ordena.

—Sabes que no me gustan las órdenes, hacen el efecto contrario en mí.

—Lo sé y por eso he aceptado acompañarte. Solo tienes que probar un mes. Si no estás bien y no te adaptas, con decírmelo a mí o a tu padre, asunto zanjado. A mi vuelta te vienes conmigo. Al menos eso es lo que me prometió tu padre, aunque dudo que lo cumpla.

No medié más palabra, sabía que sería tinta perdida. Habían organizado mi vida entre todos y yo tenía que acatar órdenes. Muy a mi pesar, hice lo que se me ordenó. Fuimos a casa unos días, donde disfruté con mi madre por un lado y, por otro, sentía que la estaba traicionando con tanta mentira.

Llegó el día de la partida. Intenté poner unas de mis mejores sonrisas. Se acercaron a despedirme mis hermanos, mi cuñada, cuyo embarazo ya estaba muy avanzado, y algunos conocidos. Nos llevó un avión privado; no podía ser de otra manera. Acomodados y con una bebida en la mano, absorta en mis pensamientos, agradecí el silencio de Iván. Él sabía cuánto necesitaba mi espacio. Hasta llegar a nuestro destino no hubo conversación alguna. No hacía falta. Ambos sabíamos lo que sentíamos; yo, decepción por lo ocurrido con Robert, por no poder hacer lo que yo quería y tener que estar escondiéndome tan lejos de los míos. Él sabía el peligro que corría. Estaba segura de que daría su vida por salvar la mía. Siempre me había demostrado lo importante que era para él y de ese modo lo confirmaba con creces.

Maravillada por lo que veían mis ojos por la ventana del avión, se acabó todo silencio.

—¡Iván, mira qué vistas más maravillosas!

Capítulo 16

A partir de ese momento, fue un ir y venir. El piso lo teníamos en un sitio acomodado de la ciudad, de eso ya se había encargado mi padre. Era bastante moderno y práctico por dentro, pero con mala fachada por fuera, supongo que para no llamar mucho la atención. La despensa estaba llena, al igual que el frigorífico.

Decidimos dar una vuelta para ir conociendo los alrededores. Visitamos los lugares más emblemáticos, como la catedral Santa María del Fiore, el Palazzo Vecchio, la Basílica de la Santa Cruz, la Plaza de la Señoría y el Palacio Pitti.

El lunes comenzábamos a trabajar en una empresa como becarios. Mantuvimos nuestro nombre de pila, pero no los apellidos. Nadie debía saber quiénes éramos. Iván se marcharía en breve y yo quedaría sola y sin protección de los míos.

Los primeros días de trabajo fueron duros. En Andalucía somos alegres y abiertos; en cambio, en las oficinas nos encontramos gente seria y distante. Tenía la esperanza de que, con el paso de los días, la cosa fuera cambiando. Si no, se me haría muy difícil adaptarme a ese ambiente.

Entre el trabajo y las salidas para hacerme con la ciudad, el mes pasó volando. Fui haciendo muy buena amistad con una vecina del piso y con dos chicas del trabajo que acabaron integrándonos entre sus amistades. Todos pensaban que éramos pareja. Eso no nos extrañaba y en cierto modo queríamos que lo pensarán.

La partida de Iván me dejó el vacío que esperaba, pero el grupo que habíamos formado se volcó conmigo para que no me sintiera sola.

Una tarde, hablando con mi vecina mientras tomábamos un café, me confesó que iba a tener que mudarse porque no podía cubrir los gastos del apartamento.

—Marcia, eso tiene una sencilla solución: te mudarás al mío y lo pagaremos a medias, así nos será más económico a las dos.

Mentí porque yo no tenía que pagar el piso, de eso se encargaba mi padre.

—Me parece una idea magnífica, así no estaremos solas. Solo tengo un problema.

—Dime, ¿qué te sucede?

—En realidad no vivo sola.

—¡Ah! ¿No?

—Espera un momento, que te presento con quién vivo. —Y salió del piso. Cuando regresó y vi a quién traía de la mano, me quedé asombrada. Nunca había dicho nada.

—Este es Samuel, mi hijo. Siento no haberte comentado nada, aunque en realidad ningún amigo lo sabe. Si esto te ocasiona algún problema, me vuelvo a casa, Chloe.

—No te preocupes. Me encantan los niños y seguro que nos llevaremos muy bien. ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque no quiero que nadie lo sepa. Tuve un pasado un poco complicado. No quiero dar lugar a que el padre se entere y me lo quite. Me entiendes, ¿verdad?

—No te preocupes. Tu secreto estará a salvo conmigo. Lo cuidaremos entre las dos. Hay que pensar en qué decirles a los chicos, por si algún día vienen a casa.

—Por eso no hay problema. Les diremos lo que en algunas ocasiones he dicho en el trabajo cuando se ponía malito.

—¿Qué?

—Sencillo. Mi hermana viaja mucho y me suele dejar a mi sobrino para que no tenga tantos cambios de horarios. De hecho, es verdad que viaja mucho por trabajo, solo que el hijo no es suyo; una pequeña mentirijilla. Cuando ella está aquí, se lo suele llevar unos días para que yo haga una vida normal y no levante muchas sospechas en mi entorno. Mañana se lo llevará y así haré más tranquila la mudanza.

—Pues no hay más que hablar. Seguimos con esa historia, sin ningún problema.

Al día siguiente, Marcia me presentó a su hermana y me despedí del enano. Comenzamos con la mudanza y, sin avisar, se presentaron todos nuestros

amigos para ayudarnos. Nos facilitaron un poco el día, pero el cansancio y el hambre tocaron a la puerta. Llamamos a la pizzería más cercana que teníamos y nos acercaron el pedido. En agradecimiento, pagó Marcia.

La convivencia era estupenda, aunque había días que ni nos veíamos. Ella se tiraba todo el día buscando trabajo y yo con mi horario solo volvía a casa de noche. El niño era estupendo y conectamos muy bien. El tiempo fue pasando y cada vez estábamos más unidas.

Marcia encontró trabajo en una oficina por la mañana y en un bar de camarera por las noches. La pobre no paraba, pero tenía que mantener una criatura y estaba sola. Su madre la ayudaba en lo que podía. De vez en cuando, venía a casa unos días para echar una mano con el peque y así nosotras podíamos salir.

Un jueves, me llamó mi hermano Darío para darme la buena nueva.

—Chloe, ya eres tita.

—¿En serio! ¿De verdad? ¿Cómo están?

—Muy bien.

—¿A qué esperas para mandarme una foto? Quiero conocer a la pequeña.

—Chloe, hay un problema.

—¿Qué pasa? No me asustes.

—Es que Rocío, que así le vamos a poner, no venía sola, venía con Ángel. Estaban pegados por la espalda y no se veía. Los han operado para separarlos y están evolucionando favorablemente. Aún siguen en la incubadora, por eso no te he mandado foto. Quería llamarte para explicártelo.

—¿Cómo? ¿Que venían mellizos pegados? ¿Operación? ¿Pero cómo va a ser eso? ¿Los médicos no lo han visto en las ecografías? ¿De verdad que están bien?

—Pues no se lo explican, pero no lo habían detectado hasta el séptimo mes. Sí, tranquila, se están recuperando muy rápido. Tienen ganas de vivir.

—¿Darío, no sabes lo que me gustaría estar contigo en estos momentos! — Mi voz transmitía la necesidad de estar con él, los echaba mucho de menos—. ¿Por dónde anda papá? Tengo que hablar con él.

—Papá se pasa viajando toda la semana. Desde que te fuiste está muy raro y en casa para poco. ¿Tú sabes que está pasando? A mamá al principio la notaba

muy triste, creía que era por tu partida, pero su ánimo serio se le ha instalado en la cara, aunque intenta disimularlo. La verdad, me tiene muy preocupado.

—Mas preocupada me dejas a mí, y nos separan unos miles de kilómetros. La llamaré, aunque sé que lo disimulara. Está claro que no quiere preocuparme.

Cuando hablábamos, ambas sabíamos que no estábamos bien, aunque no lo confesáramos. Intentábamos darnos ánimos, pero sabíamos que eso no era suficiente. La distancia es dura.

Hablamos un ratito más y cuando colgué me quedé vacía. Había sido tita y no conocía a los enanos, el dolor de mi hermano por sus hijos, la operación, la tristeza de mi madre. Eran muchas cosas que, junto con mi añoranza, me impulsaron a hacerlo. Saqué un billete de avión para España y avisé a Marcia de lo que había pasado con los pequeños. Preparé una maleta con lo imprescindible. En casa tenía de todo. No quería perder el tiempo.

Sabía que mi padre no lo aprobaría y que me esperaba una buena regañina, pero me daba igual. Quería estar con mi hermano en esos momentos. Necesitaba apoyarlos, estar con mi familia tanto en lo bueno como en lo malo.

La llegada a España fue tranquila. Le di al taxista la dirección del hospital donde estaban ingresados mis pequeñines y fui directa. Pregunté en la recepción por la planta donde estaban ingresados y entré sin llamar. Allí estaban todos, incluido mi padre. Al verme entrar, se le descompuso la cara. Pasó de la sorpresa a la ira, pero calló. Todos me abrazaron con cariño, pero en sus miradas había tristeza.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué estáis aquí todos?

—Hay un problema con los órganos de uno de los pequeños y nos han llamado porque corre peligro —informó mi hermano—. Teníamos que firmar unos papeles para que lo operaran de vida o muerte. Estamos esperando a que salgan de quirófano.

—Pero me dijiste que estaban bien.

—Chloe, estabas muy lejos. ¿Cómo te iba a decir lo que estaba pasando?

—¡Pues diciéndomelo! —grité sin poder evitar las lágrimas, la decepción y el enfado.

Me alegré de haber tomado ese avión y estar con ellos. La espera en esos sitios es desesperante. Los minutos se hacen horas y las horas, días. Al final, salió el médico encargado de la operación y, por su cara, no traía muy buenas noticias:

—La operación ha sido bastante complicada, pero ha salido bien. Todo depende de él y de cómo vaya evolucionando. No os voy a ocultar que en un momento de la operación entró en parada cardiaca, pero pudimos reanimarlo. Lo tendremos en observación y lo pasaremos a la UCI. —Se acercó una enfermera, que le entregó a mi cuñada la bata correspondiente con los accesorios para ponérselos en los zapatos y en el pelo.

—Hola, soy Amelia. Le llevaré hasta su pequeño. No se vaya a alarmar por encontrarlo lleno de máquinas y cables por todos los lados. Le controlan y nos indica como está en cada momento.

Vimos cómo se alejaba, abatida por el dolor. Sin duda, el nacimiento de sus bebés no había venido con la alegría que en otras circunstancias trae el acontecimiento.

Al cabo de una hora, apareció por la puerta y, justo al cruzar el umbral y ver a su marido, se desmayó. El bebé había muerto en sus brazos. Era una operación muy grande para un cuerpo tan pequeño, no la había podido superar. Rocío, a pesar de estar en observación, estaba muy bien formada y sana. La peor parte se la había llevado él y no había podido seguir adelante.

Todos lloramos la pérdida. Fue duro escuchar cómo mi hermano le daba ánimos a su mujer.

—Diana, cariño, todo esto es muy duro, pero tienes que ser fuerte. Solo esperábamos a Rocío, y ella está entre nosotros. Tiene que recuperarse y sin ti no puede hacerlo, necesita sentirte cerca y escuchar los latidos de tu corazón.

—Se sentirá perdida. Ya ha perdido los latidos de su hermano y los míos no están a su lado. —Lloraba sin desconsuelo y a todos se nos partió el alma.

Pasado un tiempo, nos informaron de que el bebé estaba preparado para llevárnoslo al tanatorio. Recogimos su cuerpecito metido en un ataúd blanco muy pequeño. La imagen me destrozó por completo. Salí intentando que nadie me viera. Estaba de espaldas a la puerta, mirando por la ventana mientras lloraba desconsoladamente, y sentí unos brazos que me rodearon.

—Mamá, vuelve con ellos, te necesitan.

—Y tú también, cariño. Sé lo que estás pensando y sabía que te derrumbarías de un momento a otro, pero ni tú ni tus hermanos estáis solos.

Me giré y me abracé a ella. La había echado tanto de menos. Unimos nuestra pena; dicen que la pena si es compartida se hace menor. Una vez calmadas, nos unimos a los demás y partimos para el tanatorio

Toda la familia del pequeño, tanto por parte de mi hermano como por la de mi cuñada, velamos el cuerpecito de mi sobrino. Mi cuñada tenía que ir a darle el pecho cada dos horas a Rocío. Una toma se acercaba y otra se sacaba la leche y se la dejaba a la enfermera. Quiso que la acompañara cada vez que iba; ella no estaba para conducir y mi hermano no quería abandonar al bebé.

En una de esas salidas, sin explicación alguna, comencé a ponerme nerviosa. El entierro fue muy doloroso. Estábamos todos abatidos, sentados en el salón de casa, cuando de pronto se levantó mi cuñada.

—Os agradezco todo vuestro apoyo en un momento como este, pero tenemos una pequeña que atender y que requiere su comida y sentir los latidos de sus padres. Cariño, vámonos al hospital para darle la última toma a nuestra pequeña. Necesito sentirla en mis brazos.

Él se levantó, se acercó a ella y con una ternura que nunca había visto, la miró, abrazó y besó. La cogió de la mano y despidiéndose de todos, abandonaron la casa.

Mi noche fue una pesadilla. Las tres primeras horas dormí profundamente, pero a partir de ahí los nervios y los recuerdos se apoderaron de mí. Venían pesadillas en las que me despertaba llorando. A la tercera me levanté a beber agua, miré la hora; eran las seis y media. Empezaba a amanecer y sabiendo que si me acostaba tendría más pesadillas, decidí salir a correr un poco. Nunca pensé que mi salida formara el revuelo en casa que me encontré a mi regreso.

Mi madre aun estaba acostada, al igual que mis hermanos, pero la casa estaba llena de gente que no conocía. Me encontré con la mirada de mi padre y no supe qué decir. Todos miraron hacia la puerta por donde yo entraba, y miraron a mi padre, que con un giro de cabeza les indicó que se podían ir. Recogieron sus pertenencias y salieron sin decir palabra.

—Chloe, vamos a mi despacho, tengo que hablar contigo.

Nos dirigimos al despacho, cerró la puerta y tomamos asiento. Sin dar rodeos dijo:

—Lo que has hecho es una locura que ya nos está trayendo sus consecuencias. No te lo voy a tener en cuenta porque entiendo que en estos momentos tenías que estar a nuestro lado, pero tienes que partir inmediatamente.

—¡Quiero quedarme unos días, papá!

—Eso es imposible, Chloe. No sé cómo te han podido localizar tan rápido, pero corres peligro y tienes que volver. Ayer cuando fuiste con Diana al hospital, os siguieron. Los guardaespaldas pudieron desviar su atención, pero no los cogieron. Ahora mismo saben que estás en casa y te seguirán hasta encontrar la ocasión de hacerte daño.

—Prometo que no me moveré de casa. Estando tu aquí, no se atreverán a venir. Tienes guardaespaldas, ¿verdad?

—Dentro de dos horas vendrán los guardaespaldas que te llevaran al aeropuerto, donde te espera el avión privado. Si sales de la casa, irán contigo.

—¿En serio es preciso tanta protección?

—¿Ya se te ha olvidado lo que has sufrido?

—Claro que no, pero mas duele que me separes de mi familia. ¿Has hablado con mamá?

—Sí, únicamente de mi relación con Carla. De lo tuyo no sabe nada y espero que así sea. De lo contrario estaría corriendo peligro ella también. Tienes que entender que a ojos de la gente somos un matrimonio ejemplar, pero en casa éramos dos padres luchando por vuestro bienestar.

—¿Os habéis separado? ¿Qué dijo cuando se lo confesaste?

—No, no nos hemos separado y no dijo nada porque ella lo sabía. Las mujeres tenéis un sexto sentido para esas cosas. Seguimos igual que antes por vosotros. Tengo que estar cerca para protegeros. Creo que deberías de hablar con ella.

—¿Por qué quieres que hable con ella?

—Porque creo que no te lo ha contado todo.

—Está bien, hablaré.

—Que sea rápido, solo tienes dos horas para preparar tus cosas. Tengo que resolver un asunto. Vuelvo enseguida. Te acompañaré al aeropuerto —dijo mientras salía del despacho.

Caminé hasta la habitación de mi madre y la vi hablando con alguien por teléfono.

—No era el momento, tranquilo. Hablamos luego, entró mi hija. Yo también. —Colgó y sentí como sus mejillas se sonrojaban. Sin duda había algo que yo no sabía.

—Hola, hija. ¿Qué pasa?

—Que tengo que volver, me llamaron del trabajo. Pero eso también te lo puedo preguntar yo. ¿Con quién hablabas que hasta sonrosada te has puesto?

—No creo que sea el momento.

—Claro que sí es el momento, mamá. Tengo que partir en dos horas. Es mucho tiempo el que llevamos sin hablar y el que nos vamos a volver a tirar sin hacerlo. ¿Me vas a contar qué pasa?

—Ven, siéntate a mi lado. Tras tu partida papá me lo confesó todo. Era lo único que estaba esperando para dar el paso, que me lo confirmara todo. Ya he hablado con nuestro abogado, Antonio. Estaba preparada para hacerlo.

—¿Os vais a divorciar?

—Antes de hacerlo quería ver lo que pensáis vosotros.

—Nosotros no tenemos que pensar nada, mamá.

—Vosotros sois mi vida.

—Nosotros siempre estaremos contigo, eso ya lo sabes. Tienes que buscar tu felicidad, como nosotros estamos haciendo. Sigue contándome.

—Antonio, al verme entrar en tal estado en su despacho, solo me abrió sus brazos para cobijarme en ellos. Me hizo sentir arropada y querida, como hizo un tiempo atrás.

—Ahora, la que no entiende soy yo. ¿Ya lo conocías de antes?

—Sí, era uno de los mejores amigos de tu padre. Cuando los conocí, Antonio me gustó, pero tenía novia. Nunca he sido de las que quitan el novio, siempre me mantuve en mi sitio.

—Y papá te conquistó con sus buenas palabritas.

—Exacto. Cada uno fue buscando su vida y sin querer nos fuimos separando

los unos de los otros. Un día tu padre recibió la llamada de Antonio. Estaba pasando por un mal momento y necesitaba trabajar para desconectar. Era abogado y tu padre no dudó en contratarlo para que formara parte de la plantilla en el gabinete de tu hermano.

—La amistad, a pesar del tiempo, se fue manteniendo entre papá y él. ¿Os habéis visto alguna vez?

—Claro que sí, en las cenas de empresa. Alguna vez que otra salimos a cenar los tres, como buenos amigos e incluso ha venido a casa, junto con tu hermano, cuando ha habido problemas en la empresa. Es muy bueno en su trabajo. Tu hermano ha aprendido mucho de él.

—Entonces, si de verdad se llevaban tan bien, él sabría de las aventuras de mi padre. ¿Nunca te dijo nada?

—Nunca. El día que me di cuenta que tu padre me engañaba con una de las de la oficina, recurrí a él. Era como si me estuviera esperando. Su abrazo y sus buenos consejos me tranquilizaron. De mi dependía el perdonar o el abandonar.

—Elegiste perdonar.

—No exactamente. Elegí a mi familia, mis hijos y el padre de ellos. Antonio había vivido una separación. Las consecuencias fueron muy dolorosas y entró en una gran depresión. Por ese motivo pidió trabajo, necesitaba tener la mente ocupada. Salir de ese agujero en el que se había metido.

—Pero, ¿qué fue lo que pasó?

—Por aquella época, se había separado de su mujer. Su hija no lo entendió, o más bien no quiso entender. Se puso más rebelde y una noche en las que salí, tomó algo y se quitó la vida.

—Es horrible. Supongo que sus padres se sentirán culpables.

—Sí, hija. Uno de los consejos que me dio Antonio fue ese. Que a pesar de todo mantuviera la familia unida. Tus hermanos tenían edades parecidas. Me acobardó dar ese paso. Siempre pensé que vendrían tiempos mejores.

—Detrás de toda esta historia, intuyo que falta algo por contar.

—El día que tu padre me contó todo y me fui para su despacho, cuando me tenía entre sus brazos, me confesó que se había enamorado de mi la primera vez que nos vimos, pero las circunstancias le obligaron a callar sus

sentimientos. —Con ojos brillosos prosiguió contándome—. Me dijo que aún se acordaba del brillo de mi mirada, la que le cautivó la primera vez que me vio, y que algunas noches soñaba con ella.

—Que declaración más bonita. ¿Y tú que sientes por él?

—Todo este tiempo que has estado fuera él se ha convertido en mi paño de lágrimas y mi alegría. Está dándole color a mi vida. Nuestra amistad y cariño se ha ido afianzando, pero...

—No te fías de él. Piensas que puede pasarte como con papá.

—Día a día me demuestra que es muy diferente a él. Todo lo que ha vivido también le ha hecho madurar y ver la vida de otra manera.

—La vida os está dando una segunda oportunidad. Si él te hace feliz y hace sentirte viva, no la desaproveches, mamá. Os merecéis ser felices.

La abracé con todo el cariño que una hija puede dar. Ella siguió hablando, pero mis pensamientos se fueron a otra parte.

Justo cuando estaba cerrando la maleta sonó el móvil:

—¿Estás preparada? —preguntó mi padre al otro lado del teléfono.

—Sí, pero quiero que me recojas en el hospital. Necesito ver como esta mi sobrina y sus padres.

—Está bien, pero te acompañarán los guardaespaldas —dijo y colgó.

Pude acunar a mi sobrina unos minutos. Sentir ese cuerpecito tan pequeño junto al mío y ver esa carita tan preciosa durmiendo plácidamente, me transmitió una paz conmovedora. Me despedí de mi hermano y mi cuñada y partimos al aeropuerto con destino Florencia.

El viaje se me hizo muy largo. Mis ojos se negaban a parar de llorar. Se me hizo muy duro separarme de mi familia. Les necesitaba a mi lado. Necesitaba ver crecer a Rocío, ver sus ojitos abiertos al mirarme, callar sus llantinas, protegerla entre mis brazos, disfrutar de ella, del calor de mi madre y las conversaciones con mis hermanos.

Sentí una mano en mi hombro. Alce mi mirada y vi a un muchacho que me ofrecía un pañuelo para que secara mis lágrimas. Solo le pude decir gracias con mis ojos y seguí con mi pena.

Me despertó un pequeño movimiento sobre mi mano. Al abrir mis ojos, vi que era el mismo chico que me había ofrecido el pañuelo y dije:

—Gracias por el pañuelo, ¿qué pasa?

—Hemos llegado a Florencia. Tiene que bajar del avión. Si necesita ayuda solo tiene que decírmelo y la llevaré a casa.

—No estoy para nada. Si está a servicio de mi padre, le agradecería que me llevara.

El muchacho afirmó con la cabeza y se retiró. Cargó mi maleta en el coche, le di la dirección, y una vez llegamos, la subió al piso. Justo cuando se marchaba entraba por la puerta Marcia con el pequeño.

—Nico, ¿eres tú? —preguntó sorprendida

El chico la observó con cara de asombro y un brillo especial en los ojos.

—¡Natalia! ¿Dónde te has metido todo este tiempo?

—Nico, por favor, no le digas a nadie que me has visto. ¡Por favor!

Me quedé un poco descolocada. Estaba claro que no me lo había contado todo.

—¿Y este pequeño quién es?

—Es mi sobrino —dijimos las dos a la vez. Y nos miramos a la cara, sentí que algo no iba bien, primero el nombre, ahora el interés por el niño, pero no dije nada, no quería alertar al desconocido. para mí pero no para ella.

—Perdonar, pero estoy cansada y tengo que colocar las cosas de la maleta.

Los dejé para que hablaran, ya me lo explicaría ella, sin duda se conocían. Cuando salí de mi dormitorio, Marcia estaba en la cocina preparando la cena. Las lágrimas le corrían por la cara, pero en cuanto me vio intento disimular.

—No te voy a pedir que me cuentes nada, solo decirte que si me necesitas aquí estoy.

—Tengo miedo, Chloe.

—¿Por qué te ha afectado tanto ese muchacho?

—Viví un tiempo en España. Él era del grupo de amigos que tenía. Si le dice a alguien de aquel grupo que estoy aquí, que me ha visto y que estaba con un niño, estoy segura que vendrán a por mí.

—¿Por qué dices eso?

—Estuve saliendo con un chico de ese grupo y era muy intenso. Tuvimos unos encontronazos fuertes y me separe de él. Estaba embarazada, pero no lo supe hasta dos meses después.

—Pero, ¿no te diste cuenta el primer mes?

—No. Con los nervios de la separación, las siguientes peleas para convencerme de que volviera e intentar esconderme para que no me encontrara, se me pasó.

—¿Por eso viniste aquí y te cambiaste de nombre?

—Sí. Perdona por no habértelo contado.

—No te preocupes, todos tenemos una vida.

—Temo, que después de este encuentro, las cosas van a cambiar para mí. y no para bien. ¿Conocías a Nico?

—Para nada. Era un azafato de vuelo del avión en el que vine. Se brindó a ayudarme, no ha sido nada fácil mi visita a España. Mi sobrino ha fallecido y lo enterramos ayer.

—¡Lo siento tanto, Chloe!

—No se ha podido hacer nada. ¿Crees que el muchacho dirá algo?

—Me ha prometido que no, dice que ya no tiene contacto con ellos. Según él, la pandilla se deshizo y cada uno tiró para un lado, pero no me creo nada. Eran una gran familia, siempre se defendían los unos a los otros a muerte.

— Confiemos en su palabra, y hagamos caso a tu instinto, estaremos alerta.

Capítulo 17

Pasó un año tranquilo. Del trabajo a casa, salida de vez en cuando con los amigos y descanso. No sabía lo que me pasaba, pero últimamente me sentía muy cansada. Me costaba trabajo acabar con la jornada y, cuando llegaba a casa, no me apetecía salir. Marcia traía a las amigas de visita para animarme. Uno de esos días, en los que estaba con las chicas en casa, recibí la llamada de Iván.

—¿Qué haces, cielo?

—Hola, Iván. ¿Cómo estás? Me tienes abandonada.

—De eso nada, tú eres la que no llama. ¿Qué pasa por Florencia?

—Por aquí nada, está todo tranquilo. ¿Y por mi Andalucía?

—Por aquí hay una buena noticia. El 8 de junio tenemos una boda.

—¿Una boda? ¡Por Dios! ¿Quién se casa?

—Pues el que te lo está contando.

—Iván, ¡no me digas que te casas! Pero ¿cómo lo habéis decidido? ¿Ya lo habéis contado a vuestros padres? Cuéntamelo todo. ¿Cómo se te ha declarado? ¿Dónde? ¿O te has declarado tú? ¡Cuenta!

Lo iba diciendo todo mientras buscaba intimidad para hablar con él en mi habitación.

—Te voy contando por partes, tranquila. Se me ha declarado hace dos semanas. Me llevó a París y allí, rodeado de velas que formaban un corazón bajo la Torre Eiffel, se arrodilló y me pidió que me casara con él.

—¡Oh! Iván, qué romántico. Me habría encantado verlo.

—Sabía que lo dirías.

—¿Cuándo se lo dijisteis a vuestros padres?

—Justo a nuestro regreso de París.

—¿Se lo han tomado bien?

—Lo han aceptado, ya sabes, el sexto sentido. —Sentí su bonita risa por teléfono. Cuánto lo echaba de menos—. ¡Me alegro tanto, Iván! —dije

mientras lloraba de emoción.

—Te llamo para decirte que, después de haberlo hablado con mi madre largo y tendido, quiero que seas mi madrina y no hay peros que valgan.

—¡Pero, Iván! Ese honor le pertenece a tu madre, ¿cómo me lo pides a mí?

—Porque quiero que seas tú. Porque siempre hemos estado juntos, porque nadie mejor que tú me conoce, ni siquiera ella, y porque te necesito en esos momentos conmigo.

—Pues si tu madre está de acuerdo, después de todo lo que me has dicho, no me queda más remedio que aceptar. Será todo un honor para mí entregarte a Alejandro.

—Cuéntame cómo van las cosas en Florencia. ¿Hay algún guapetón a la vista?

—Iván, no estoy para esos trotes.

—Chloe, ha pasado mucho tiempo. Tienes que olvidarlo y continuar con tu vida.

—Lo sé, Iván, pero no ha llegado todavía el que lo borre de mi corazón. Estoy muy tranquila en ese tema.

—Bueno, de eso ya hablaremos cuando vengas para la boda. He hablado con tu padre. Le he dicho que te quiero aquí un mes antes de la boda y ha aceptado.

—¿Están todavía juntos? Ya sabes, mis padres.

—Eso creo que te lo tienen que contar ellos, solo te puedo decir que están felices. Pero tu madre quiere que tú saques tus propias conclusiones. Te noto poco habladora. ¿Te pasa algo?

—Es solo cansancio. Llevo una semana dura en el trabajo. Los viernes ya no soy persona. Me estoy haciendo vieja.

—Anda y no digas tonterías, no trabajes tanto y mira más por ti. Cielo, tengo que dejarte. Te echo de menos.

—Yo también. Cuídate. Te quiero mucho.

—Y yo, cielo.

Escuchar su voz siempre me recordaba lo lejos que estábamos y lo mucho que le necesitaba. Hoy eran buenas noticias las que me había dado, a pesar de alguna lágrima que se escapó de alegría y añoranza. La noticia me había

alegrado un poco lo que quedaba de noche. Salí al salón para reunirme con mis amigas y, al ver mi cara, me dijeron:

—¡Eh! ¿Ya tienes un ligue? Vaya cara de felicidad.

—¡No! Solo he tenido buenas noticias de un buen amigo. Voy a ser su madrina de bodas.

—¡Enhorabuena, madrina!

—Muchas gracias, chicas. Cuando pones fecha a algo, el tiempo pasa volando. No se puede explicar, pero es así.

Los meses pasaban y llegó la fecha. Cada vez estaba más débil, pero la ilusión y la adrenalina que me transmitía Iván cada vez que hablábamos me reponía las fuerzas.

Llegó el día de mi viaje y Marcia me ayudó a hacer las maletas. La vi un poco nerviosa; su mirada era triste.

—Espero que este viaje te haga bien y recuperes unos pocos kilos, que te estás quedando muy delgada. Espero que te recuperes en tu Andalucía. Te echaré de menos. No quiero que olvides que te quiero, a pesar de todo.

—No me voy a la guerra. Dentro de un mes me tendrás aquí de nuevo.

La abracé con cariño, pero ella se aferró a mí con todas sus fuerzas y llorando me dijo:

—¡Perdóname!

—No tengo nada que perdonarte, Marcia. ¿Qué te pasa?

—Nada, que estoy un poco melancólica.

—Anda, dame ese beso que voy a llegar tarde. Ya está el taxi esperándome.

—*Ciao*, Chloe, pásalo bien, disfruta y cuídate. Si no lo haces, cuando vuelvas, la que se va a enfadar seré yo.

—Lo haré, te lo prometo.

De camino al aeropuerto, donde me esperaba el avión privado, iba pensando en las palabras de Marcia. No recordaba que me hubiera enfadado con ella como para pedirme perdón con esa pena. Sería la separación la que la puso de esa manera. La llamaría más seguido.

Pensé que a mi llegada estaría mi madre y algún hermano, pero solo me encontré a mi padre. Al verme bajar del avión, la cara le cambió de alegría a

enojo en décimas de segundo. ¿Cómo podía cambiar tan rápido el humor? Me abrazó fuerte y sin decir nada me metió en el coche y nos alejamos de allí. Su mirada era de preocupación, lo que me alarmo.

—¿Qué pasa, papá?

—¿De verdad me lo preguntas?

—Pues sí, porque no se a qué te refieres.

—Hija, no hay más que mirarte para ver que no te encuentras bien. ¿Has estado enferma o pasa algo que no nos hayas contado?

—Pues no, ¿por qué lo dices?

—Por tu delgadez, hija, y esa cara de enferma con la que has venido.

—Pues hasta donde yo me acuerdo, no he estado mala, solo que tengo mucho trabajo. Estoy bien, de verdad, estas vacaciones me vendrán de maravilla.

—Eso espero. Si no, tendré que tomar medidas.

Por cambiar de tema un poco y no empezar a agobiarme nada más llegar, le pregunté:

—¿Dónde están todos?

—Mamá en casa, tus hermanos trabajando. Iván vendrá mañana a recogerte y te irás con él para que le ayudes con los últimos preparativos en su nueva casa.

—¿Donde será su residencia?

—Al parecer se quedarán en Cádiz, aunque el padre de Iván les ha regalado un pequeño ático a dos calles de aquí.

—Entonces seguirán más o menos como estaban. Unas temporadas por aquí y otras en Cádiz.

—Sí. La familia de Iván está toda aquí. Según Iván, es el mejor regalo que le podría haber hecho su padre. Así, cuando nos visiten, no molestarán a nadie y tendrán su propio espacio. Esas fueron sus palabras exactas.

—Está muy bien pensado.

—Chloe, las cosas por aquí han cambiado...

—¿Qué pasa?

—Hablabamos cuando lleguemos a casa.

—Quiero preguntarte algo, antes de llegar a casa.

—Dime, hija.

—¿Cuándo puedo volver?

—¿No estás bien allí? Sabes que no puedes volver hasta que todo esté resuelto.

—¿Pero todavía no lo habéis resuelto?

—Las aguas están calmadas, de momento, pero no me fío y no quiero correr el riesgo.

—¡Claro que no! Tú no eres el que está lejos de los suyos.

—¿Tanto deseas volver?

—¿Lo preguntas? Pues claro que sí. Echo de menos a mi familia, a mis amigos, mis viajes con el camión que me daban vida, mis escapadas a la playa, ver cómo crece mi sobrina. También me has apartado de ella. Podría seguir nombrándote cosas, papá.

—Lo entiendo, solo te pido un poco más de tiempo.

No quise insistir más; era luchar en balde y no tenía muchas ganas. El viaje me había agotado mucho. Al llegar a casa, noté algo distinto, pero no sabía decir el qué. Mi madre salió disparada en mi busca al escuchar la llave en la cerradura. Me recibió con uno de sus abrazos reponedores. ¡Cuánto los echaba de menos! Sentirlo me llenó de amor e hizo que mis lágrimas brotaran sin poder contenerlas.

—Pero, hija, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma? Estás muy delgada. Te he echado tanto de menos. ¿Te encuentras bien?

No pude contestarle. El nudo que se me formó en la garganta me impidió hablar. Fuimos hasta mi habitación, donde mi padre dejó mis maletas y se marchó cerrando la puerta despacio. Bebí agua del vaso que me ofrecía mi madre y, cuando me calmé un poco, dije:

—Te he echado mucho de menos, mamá. Son casi tres años alejada de aquí, solo te vi en el entierro del pequeño. Por cierto, ¿cómo están todos?

Mi madre advirtió, tal y como lo había hecho mi padre, mi delgadez. Tuve exactamente la misma conversación con ella, aunque su tono fue mucho más cariñoso y alentador.

—Y ahora que estamos más tranquilas, ¿me vas a contar tú por qué estás tan guapa, te brillan tanto los ojos y te veo tan contenta?

—Está bien. Vamos a tumbarnos en la cama, porque te veo cansada, y te voy contando. ¿Recuerdas la última conversación que tuvimos? —Asentí con la cabeza—. Pues te hice caso y hablé con tu padre. A día de hoy estamos separados, hacemos cada uno nuestra vida. Él está viviendo con su chica, yo estoy retomando mi vida y me estoy dando la oportunidad con Antonio.

—¿Y esas cosas por qué no me las cuentas por teléfono? Son buenas noticias.

—Porque me gusta más decírtelo en persona.

—¿Cómo están las cosas con papá?

—Bien. Mantenemos una buena relación. Somos dos personas adultas que se han querido, que tienen cuatro hijos y quieren el bien para ellos. Siempre estaremos a vuestro lado.

—Cuéntame más.

—He conocido a Carla y es una buena muchacha. Solo espero que con ella tu padre sea feliz.

—No sabes lo que me alegro de que pienses así, veo que te han hecho ver las cosas de otra manera y, por lo que percibo, por el brillo de tus ojos, te tratan muy bien.

—Sí, hija, estoy volviendo a ser yo, a recuperar la confianza en mí misma, a disfrutar de los buenos momentos que me ofrece la vida. Antonio se desvive por mí. Tiene mil detalles y me dedica mucho tiempo. Me da el cariño que me ha faltado todos estos años.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso. Ya iba siendo hora, mamá, te lo mereces.

—Pues a mí no me alegra verte en las condiciones que vienes. Mañana vamos al médico.

—Está bien, mamá; si así te quedas más tranquila, iremos mañana al médico.

Al día siguiente, la cara de Iván fue la misma que la de mis padres. La regañina fue más o menos igual, así que todos de cabeza al médico. Me mandó una analítica para ver cómo iba todo. El médico me mandó unas proteínas, decía que me hacían falta.

Cuando por fin me quedé sola con Iván, nos pusimos al día de todo. Tenía

mucho que contar y muchas cosas que hacer.

—Tengo una lista de cosas en las que me tienes que ayudar.

Sentar a los invitados en las mesas. Tarea complicada hasta cuadrarlas.

Poner las etiquetas de los nombres de los novios en los regalos, tanto de hombre como de mujer y de niños.

Llamar a la floristería para la decoración de la iglesia, el banquete, damas de honor (que no sabía qué llevaba) y demás.

Escoger los centros de mesa, los platos y la tarta.

Escoger el fotógrafo.

Escoger el viaje.

...

La lista era interminable. No sabía que una boda acarrearía tantos requisitos. Nos pusimos manos a la obra y lo primero que escogimos fue preparar los regalos para los invitados. Mientras íbamos montando y liando los regalos, nos poníamos al día de todo. Yo tenía poco que contar, en cambio, él no paró de contarme cosas que habían sucedido en mi ausencia, tanto dentro como fuera de las empresas.

—¿Sabes algo de él? —me preguntó finalmente.

—¿De quién?

—Vamos, no te hagas la tonta. Lo sabes perfectamente.

—No, no sé nada de él. No ha dado señales de vida en estos tres años.

—Yo no estaría tan seguro, Chloe.

—¿Por qué dices eso? ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Siento no habértelo contado antes, pero prometí que no te lo diría. Ha pasado ya tiempo y por eso te lo cuento. Cuando murió tu sobrino, él estuvo en el entierro. Necesitaba estar cerca de ti, aunque fuera de esa manera.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Porque lo vi escondido. Te vio tan abatida y tan triste que le hiciste llegar tu dolor. Quiso acercarse a ti para acunarte en sus brazos, pero los gorilas de tu padre se lo prohibieron.

—También viste eso.

—No. Eso me lo contó él cuando me llamó.

—¡Te llamó! ¿Para qué?

—Para chantajearme —dijo haciéndose la víctima.

—¿Y qué era lo que quería?

—Tu dirección. Por eso te pregunté si habías sabido algo de él.

—Pues siento decirte que no, no le he visto ni lo he sentido cerca como otras veces.

—Estoy casi seguro de que te ha estado vigilando. Es una de mis corazonadas y sabes que no me suelo equivocar.

—Esta vez tus corazonadas se equivocan. Cambiando de tema, ¿hacemos algo más o vamos a tomarnos algo?

—Lo segundo, ya está bien por hoy. Vamos, que invito yo.

—No me esperaba menos de ti —dije riendo.

Nos fuimos a una terraza donde aún entraban unos rayos de sol. Nos tomamos una cerveza bien fresquita acompañada de una buena tapa y de un espeto que pidió para acompañar. Me sentó de maravilla y volvimos a casa dando un paseo por la ciudad que tanto había añorado.

Los días fueron pasando. Mi madre me había presentado a Antonio como su pareja. Desde el primer momento le noté el amor, el respeto y el cariño que sentía por ella. Se veía un hombre recto, educado y servicial. Estaba contenta de comprobar que mi madre estaba en buenas manos y que haría lo que fuera por que estuviera feliz.

Yo cada vez me encontraba mejor. Lo último que vimos fue mi vestido de madrina. Empecé a desesperarme tras probarme todos los vestidos que me habían gustado y comprobar que me quedaban super anchos. Ya me salía del probador cuando vino la dependienta y me dijo:

—Chloe, este me acaba de entrar. Tiene un color que favorece a las morenas y está hecho de una seda especial que se acopla al cuerpo.

Solo el tacto de la prenda ya me enamoró. Entré en el probador creyendo que el resultado sería el mismo, pero me equivoqué. Era como me había dicho la dependienta: se adaptó a mi cuerpo delgado sin problema.

Tenía unos tirantes anchos de encaje, con un escote de pico que había tenido tiempos mejores. Por detrás, el pico llegaba hasta el final de la columna, donde un lazo enorme lo adornaba con mucha gracia y del que salía una

pequeña cola. Era sencillo, elegante y moderno. Lo complementé con unos zapatos de brillantes en plata y una gargantilla con una pequeña perla de nácar.

Cuando salí para que mi madre e Iván me vieran con todo puesto, no pudieron contener las lágrimas. A pesar de lo delgada que decían que estaba, yo me veía estupenda.

Capítulo 18

Antes de comenzar, con las prisas típicas de ese día, Antonio nos regaló un paquete para un *spa*. Incluía circuito, masaje, peluquería, maquillaje, manicura y comida. Todo lo que necesitábamos para estar perfectas ese día. La boda era por la tarde y teníamos toda la mañana para nosotras.

Al entrar a casa, Antonio ya estaba esperándonos, muy elegante, con su traje y corbata a juego con el vestido de mi madre. Me entregó una caja envuelta en un papel plateado con círculos morados.

—Esto ha llegado para ti, Chloe.

—¿Quién lo trajo?

—El muchacho era un recadero, no tiene tarjeta ni nada.

—Seguro que es otro detalle de Iván. Algo me faltará, pero ahora mismo no caigo.

Lo abrí. Era un conjunto de sujetador y braguita a juego de Victoria's Secret, en tono rojo pasión, con un diamante en el centro del pecho en forma de corazón. La parte de atrás era toda transparente para que no se viera y el tacto era tan suave que parecía una segunda piel. Era un conjunto delicado, cómodo y sensual a la vez. Las féminas nos quedamos prendadas mirándolo y Antonio, con cara de póker, solo dijo:

—Vamos a llegar tarde. Dejad de admirar este pedazo de tela y acabad de arreglaros, que la madrina tiene que estar ya con el novio para las fotos.

—Qué poco entiendes de lencería —contestó mi madre—. Vamos, hija, Antonio tiene razón. Nos hemos relajado tanto que no nos queda tiempo.

Nos dirigimos todos al salón que habían contratado y donde se celebraría todo. En uno de los jardines tendría lugar la ceremonia. Todo estaba adornado de blanco con un lacito azul marino a juego con los trajes de los novios. Las sillas formaban un pasillo que conducían a un arco adornado con el mismo tipo de flores que llevaban los novios en la solapa. Luego pasaríamos a la cena y el baile, que se tendría lugar en otro salón contiguo al de la ceremonia,

con su jardín correspondiente.

Todo fue transcurriendo sin ningún contratiempo. En la ceremonia, los novios leyeron unas palabras donde casi todos teníamos un agradecimiento por su parte. Se dijeron los votos, que transmitían el amor que se tenían el uno al otro. Todo fue muy emotivo. Al darse el «sí quiero», cerraron la ceremonia, pero me acerqué a ellos y les quité el micrófono para decir:

—Que no se levante nadie de su sitio porque la ceremonia aún no ha acabado. No sé si os habéis dado cuenta, pero el altar ha estado adornado por estas tres preciosas velas, dos de ellas más finitas y otra más gorda. Cada una de ellas simboliza algo especial. Esta de aquí —dije y señalé una de las finas— representa a Alejandro, este novio aquí presente tan guapetón y elegante. ¿Eres tan amable de encender tu vela representativa?

—Claro que sí, ahora mismo. —Y la encendió con un Zippo de plata que le había grabado con su nombre y puesto junto a su vela. Una vez encendida, me dirigí a Iván, que me miraba con admiración. Le guiñé un ojo y seguí diciendo:

—Esta vela de aquí representa a Iván, el hombre que me ha complementado con su amistad verdadera desde el momento en que nos conocimos y al que le debo en muchas ocasiones mi vida, porque sin él nada habría sido igual. ¿Puedes encender tu vela, cariño?

Inclinó la cabeza en forma de reverencia y, guiñándome el ojo mientras sonreía con complicidad, dijo:

—Por supuesto, cariño. —Cogió el Zippo dedicado para él y encendió su correspondiente vela.

—El destino les unió para complementarse el uno al otro y doy fe de ello. —Se escuchó alguna risita de fondo. Me dirigí a la vela más gorda y dije:

—Esta vela más grande e igual de bonita que las otras dos simboliza la nueva vida en común, la que vais a comenzar a vivir. La que no debéis de dejar que nunca se apague. La que se encenderá desde el respeto y el amor. — Me dirigí a ellos y, mientras señalaba la mesa, seguí diciendo—: Podéis coger esas pequeñas varitas de madera situadas al lado de vuestras velas. Cada uno debe de encender en su propia vela la llama de vuestra vida y juntos debéis encender la llama de la que simboliza la unión y el amor, ese amor que nunca deberéis dejar que se apague. ¿Preparados?

Comenzaron a hacer lo que les dije y, cuando la encendieron, les dije;
—Vuestra nueva vida acaba de comenzar. Pueden besarse los novios.

Todos los allí presentes rompieron en aplausos y silbidos para vitorear a los novios.

—Ahora sí doy por acabada la ceremonia. ¡Viva los novios!

—¡Viva! —vitreó la gente.

En el cóctel, un camarero llamó mi atención cuando pasó por mi lado. Mis sentidos se pusieron en alerta. ¡Ese olor, Dios mío, ese olor! Llevaba el mismo perfume que Robert. Me giré a mirarlo, pero mis ojos no pudieron ver quién era; había cinco camareros en el mismo sitio y tres más estaban de espaldas, pero ninguno era él. Me deshice de la idea. ¿Cuántos hombres llevarían el mismo perfume?

Pasado un tiempo, nos hicieron pasar a uno de los salones, donde sirvieron la comida y permanecimos amenizados por una orquesta. Solo tocaron música relajante para la comida. El momento de la tarta fue espectacular. Los compañeros del trabajo le alzaron la tarta para que no pudieran coger las figuritas de los novios que la adornaba. Las risas de ellos no se hicieron esperar. Al final, Iván cogió a Alejandro, que en el primer intento los atrapó. De los muñecos se desprendió un poco de tarta, que quedó depositada sobre los labios de Iván y Alejandro se los lamió en una décima de segundo para luego depositar un beso romántico.

Llegó la hora del baile y, como es la tradición, abrieron los novios. Pero no fue un vals, sino la canción que tanto le gustaba y definía a Iván: *Yo para ser feliz quiero un camión*. Los invitados reímos y aplaudimos mientras hacíamos pompas de jabón y tirábamos confeti. Sin duda, los novios eran únicos y se complementaban muy bien, daba gusto verlos.

Una vez acabé de fotografiar el momento para el recuerdo, me dirigí al servicio. Al entrar, ese olor llamó otra vez mi atención. Al pasar justo por una de las puertas del servicio, el olor era más intenso. Una mano me agarró con fuerza para introducirme y la otra me tapó la boca. Imaginé lo peor y mi cuerpo tembló, pero cuando mis ojos miraron a la persona que tenía delante, me quedé paralizada. Solo podía mirar esos ojos a los que tanto amaba, esa boca a la que tanto añoraba y ese cuerpo que tanto deseaba, a pesar de estar

diferente, casi irreconocible. Con un gesto rápido, me acercó a su cuerpo y, al cerrar la puerta de un portazo, me abrazó con todas sus fuerzas. Me estaba aplastando, pero me daba exactamente igual, solo quería sentirlo. Le echaba tanto de menos. Cogió mi cara entre sus manos, la alzó para que nuestros ojos se miraran y no me pude contener; me abracé a su cuello y le besé con ardor, añoranza y un cabreo monumental por haber desaparecido tanto tiempo. Tenía muchas preguntas, pero vendrían después, ese momento era único. Fue largo, muy largo, pero se me hizo corto, muy corto. No quería parar, pero alguien tocó a la puerta.

—Ocupado —dije como pude.

Teníamos mucho que decirnos, pero no era el momento ni el lugar. Los gorilas de mi padre permanecerían vigilando y, si tardaba mucho en salir, estarían alerta. Me volvió a besar, me dio un papel y me dijo al oído:

—Tengo prohibido acercarme a ti, pero no podía más. Chloe, te quiero, te he echado mucho de menos. He intentado vivir sin ti y dejarte ser feliz alejada del peligro, pero es imposible, estas muy dentro de mí. Lee esto cuando estés sola, sal ya de aquí o tendré que pelearme con los gorilas de tu padre.

—¿Y tú cómo saldrás?

—Por mí no te preocupes, sal ya.

Me besó y me dio un pequeño empujoncito hacia la puerta. Salí sin poder mirar atrás. La puerta se cerró justo a mi paso, sin darme ninguna opción.

Me senté en la primera silla que encontré. Mis pulsaciones estaban a mil y temblaba por la emoción del encuentro. Mis labios, doloridos por el beso, pero ese dolor era todo un placer, placer porque me hacía recordar que no era un sueño, que estaba aquí. Sentía el papel en mi mano, pero miré a mi alrededor y me sentí vigilada por varios ojos. Disimulé que me dolían los pies mientras me calmaba. Rápido vino mi sobrina, que corría más que andaba.

—Tita, tita —me llamó. La cogí en brazos y miré a mi hermano, que venía detrás de ella y vigilaba que no se cayera.

—Vete a bailar con tu mujer, que yo me quedo con ella un ratito.

—Vale, tita —me contestó mi hermano imitando la vocecita que ponía Rocío cuando me llamaba. Aquello me hizo reír.

Estaba hecha toda una muñequita con sus preciosos rizos, que caían en

cascada sobre sus hombros, y su vestidito de princesita rosa que le había comprado Iván para que llevara los anillos. Me tenía loca y disfrutaba mucho con ella. Era una niña que transmitía vida y ganas de vivir.

En uno de los laterales del jardín había una zona habilitada para los niños con columpios, toboganes y balancines. Rocío cogió mi mano y tiró de mí en esa dirección. La entendí enseguida. Estaba hecha una granujilla. Conforme iba avanzando, vi que dos hombres me seguían discretamente. Me hice la despistada para no alarmar a la niña y jugamos a todo lo que ella quiso. Al ratito, se me acercó Iván. Al ver a la pequeña, se deshizo en besos y arrumacos. Me miró y dijo:

—He visto que estás vigilada.

—Sí, demasiado. Llega a agobiarme un poco.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Tienes unos colores que antes no tenías.

—Porque antes no me miraste bien.

—¡Ja, ja, ja! Chloe, sé que está aquí, yo mismo le avisé y lo contraté.

—¡Y ahora me lo dices! Eres un mal amigo, ¿lo sabes?

—Yo no diría tan malo, ¿no?

— ¡No! Eres el mejor. —Y me abalancé a abrazarlo, lo adoraba. Al oído, le dije—: Tengo una nota suya en el pecho que aún no he podido leer.

—¿Y qué esperas para leerla?

—Tengo muchos ojos mirándome.

—Se me olvidaba. No se acostumbra uno a esto. Te voy a echar un cable. Venid conmigo.

—¿A dónde vamos?

—Mira que eres cabezona. Sígueme y lo verás.

Siempre con su intriga, me cogió de la cintura con una mano mientras con la otra llevaba en brazos a Rocío, que estaba encantada con él. Nos dirigimos a la recepción, donde nos dieron la llave de una habitación. Una vez dentro, me sentí con un poco de intimidad.

—Vamos a ver las vistas de esta terraza, Rocío.

Y me dejaron sola. Me senté en la cama para poder leerla. Las piernas me

flaqueaban.

He intentado olvidarte y vivir una vida sin ti, pero no lo he conseguido. Te quiero demasiado, tanto que duele. Sé que a mi lado corres peligro, pero de todas maneras ya lo corres sin mí, así que prefiero tenerte a mi lado para defenderte con mi vida, a lejos y tener esa incertidumbre de no saber si estás bien o no y no poder defenderte si hiciera falta. Nuestra familia está haciendo lo imposible para alejarnos y hasta ahora lo han conseguido, pero ya no lo voy a permitir. Iván nos ha dado esta noche para poder hablar sobre nuestro futuro. Tenemos que buscar una manera de poder estar juntos. Él te irá diciendo los pasos a seguir esta noche. Te quiero, pequeña

Lloré ante esas palabras. Yo pensaba que ya no me quería, que se había olvidado de mí, pero no era así. A pesar de los años que habían pasado, me seguía queriendo y quería luchar por nuestro amor. Ya encontraríamos la manera.

—¿La has podido leer, pequeña?

Alcé mis ojos y allí estaba él. Me levanté y lo abracé. No podía parar las lágrimas, pero sí podía beber de esa boca que tanto amaba. Me separó antes de lo que yo habría deseado.

—Chloe, tenemos poco tiempo de momento. Tenéis que volver. Solo quería asegurarme de que te encuentras bien. Te he encontrado muy cambiada y bastante delgada. He llegado a pensar que estabas enferma.

—Estoy bien, pero ¿tú te has mirado? Estás diferente, solo tu voz y tus ojos me dicen que eres tú realmente y lo ha afirmado ese perfume tan tuyo.

—Eso ha sido Iván; un cambio radical para que no me reconocieran y poder infiltrarme en la boda.

—Sin duda lo ha conseguido. Lo que no consiga él, no lo consigue nadie.

Estaba rapado, con pendientes en las orejas y tatuajes en ambos brazos. Todo lo contrario a lo que él era: no le gustaban los pendientes ni los tatuajes y adoraba su pelo revuelto.

—Sabía que mi olor atraería tu atención y te llevaría hacia mí. Por lo demás, no te preocupes, todo es de pega. Los pendientes no son de verdad, son de pellizco, y los tatuajes son de *henna*, se van en unos diez días más o menos. Lo que sí echo de menos es mi pelo, pero ya crecerá.

Me besó con esa dulzura que le caracterizaba. Nos aferramos en un abrazo abrasador que demostraba el deseo y la añoranza que nos teníamos. Iván entretenía a la niña en la terraza y no podía verlo. Me separó despacio.

—No te vayas tan rápido.

—He de hacerlo, no podemos levantar sospechas.

—¿Cuándo te veré de nuevo?

—Iván te dirá lo que tienes que hacer. Tengo que volver y la niña no puede verme.

Me dio un beso lleno de promesas y, tras mirarme a los ojos con una sonrisa en sus labios, se marchó. Salí a la terraza, sin poder evitar las lágrimas que salían de mis ojos.

—¡Tita, tita, *e pacha!*

—No pasa nada, cielo, solo que estoy contenta —dije y le di un beso de agradecimiento a Iván. Era una situación complicada y podía ponerlo en peligro a él también.

—Esta será tu habitación esta noche. A tus padres les dirás que estás demasiado bebida para conducir. Yo les contaré que mañana tengo un desayuno con personas muy íntimas y una de ellas eres tú.

—¿Pero es verdad?

—Por supuesto. Tengo habitaciones reservadas para los invitados íntimos. Era una sorpresa que tenía preparada.

—Veo que lo tienes todo planeado.

—¿Lo dudabas? Vamos, que estarán echándonos de menos.

Bajamos y rápidamente Alejandro se acercó y preguntó:

—¿Todo bien, Iván?

—Mejor que bien.

—Me alegro.

Mis padres se acercaron con sus respectivas parejas. Resultaba raro, pero solo con verles las caras se notaba que ahora sí eran felices.

—Nos vamos a casa, Chloe. Iván nos informó de lo que tiene preparado para mañana. Tus hermanos también se quedan. Yo me llevo a esta pequeña.

En ese momento comprendí por qué Iván lo había hecho. Ya no era solo por mí, también quería darles una noche de tranquilidad a mi hermano y mi

cuñada. También me había dado cuenta de que mi hermano Álvaro había ligado con Sara y querían un ratito de pasión desenfadada. Sin duda esa noche nadie estaría pendiente de nadie. Una noche perfecta que Iván nos había puesto en bandeja. Yo para disimular me cogía del brazo de José, para que mi padre pensara que estaba interesada en él, y lo debió de pensar porque, cuando se giró para retirarse, me guiñó el ojo. Mi madre se acercó y, mientras me daba un beso, disimuladamente me dijo:

—Ten cuidado y no seas loca.

—No te preocupes, ya no soy una niña.

Vi cómo mi padre llamaba a tres guardaespaldas, que se le acercaron. Cómo dos de ellos se marchaban con él y uno volvía a su sitio. Sin duda, el plan de Iván había dado resultado y mi padre había bajado la guardia.

Pasada media hora, en la que seguimos bailando, los camareros sirvieron un pequeño desayuno: como era de esperar, había churros, el desayuno preferido de Iván y el mío. No pude comer mucho. Miré a Iván, que me había estado observando, me acerqué a él y delante de todos dije:

—No aguanto este dolor de pies, Iván. Me retiró a mis aposentos.

—No te preocupes, madrina, te has portado como una campeona. Tienes que saber que he perdido la apuesta, creía que no eras capaz de aguantar toda la noche con los zapatos, pero has cumplido con el protocolo. Lo mismo nosotros con las chaquetas, somos unos campeones. Nos vamos a retirar también, ahora tenemos que cumplir como se merece y tengo que portarme como un tigre.

—No seas payaso. —Me despedí de ellos y del resto.

En la recepción me dieron la llave que antes Iván había depositado y me dirigí hacia la habitación. Al abrir la puerta, ese aroma inundó mi ser. Ya estaba allí, esperándome, pero no le veía. La puerta de la terraza estaba abierta y me dirigí a ella. Me paré a observar las vistas. Estaba sentado, fumando un cigarro, con la mirada perdida hacia el amanecer. Lo observé durante dos minutos, pero algo le hizo mirarme y una sonrisa se dibujó en su cara.

—Llegó mi princesa.

Si ya esa voz sensual, melodiosa, dulce y ronca me volvía loca, su mirada, su caminar hacia mí con solo su bóxer, su contoneo y esos ojos llameantes de

deseo, me hicieron perder la cabeza. No hablamos más, de momento estaba todo dicho. Solo necesitábamos sentirnos.

Me cogió en brazos y me depositó en la cama con ternura. Me quitó los zapatos y masajeó cada dedo de mi pie para relajarlos por la noche sufrida. Seguido, les tocó a las medias, que fue bajando lentamente y me arañó a su paso con cuidado mientras besaba el camino que iba marcando. Me levantó y giró para poder quitarme el vestido. Cada roce de su boca hacía que lo deseara más: sentirlo dentro, sentirlo mío, sentirnos unidos. Subió de mis muslos hasta mi monte, que se saltó para lamer, besar y morder mi estómago, hasta llegar a mis pechos, que pellizcó y mordió como a él le gustaba, saboreando cada centímetro de mí.

—Estaría toda mi vida besando cada rincón de tu cuerpo, pero ahora lo que más necesito es hacerte mía.

—Pues no esperes más.

—¿Estás preparada?

—Desde el momento en que entré por la puerta.

Sin separarse de mis pechos y mi boca, le ayudé a quitarse el bóxer y me penetró con rudeza.

—Si te hago daño, dímelo, pero necesito sentirte.

No pude hablar, sus movimientos eran rápidos y fuertes. Nuestros cuerpos estaban sedientos y querían sentirse. Estábamos tan excitados que llegamos rápido al clímax. Gritamos de placer y nos volvimos locos con cada espasmo. Un placer que se repitió a lo largo de tres intensas horas; pasamos de la dulzura a la rudeza para sentirnos de todas las maneras posibles. Nuestro baile duró hasta que nuestros cuerpos cansados y saciados se durmieron abrazados, sin dejar un milímetro de nuestra piel sin rozarse.

Un teléfono se sentía en la lejanía de mi sueño, el ruido cesó y desperté con un peso enorme encima de mí. Sin saber dónde me encontraba, abrí los ojos y comprobé que ese peso era el cuerpo de mi amor. Recordé el amanecer vivido. Mi corazón estaba repleto de felicidad, no quería pensar en que pasaría después. Estaba con él y eso era lo que más me importaba, pero el teléfono volvió a sacarme de mis pensamientos. Como pude, alargué la mano para cogerlo. No quería que se despertara y muy bajito dije:

—¿Dígame?

—Chloe, siento despertaros, pero Robert tiene que salir inmediatamente de ahí. No sé qué ha pasado, pero tu padre ha reforzado la guardia y ha mandado a una guardaespaldas para que entre en la habitación.

—¿Qué dices?

—¡Que salga Robert de ahí echando leches! El balcón de la derecha del vuestro es nuestra habitación. Alejandro le está esperando. Que se salte al nuestro, rápido. Subimos para allá, ¡corre!

Robert había oído lo que estábamos hablando y, cuando me giré para despertarlo, ya no estaba a mi lado. Estaba vestido.

—Tenemos mucho de qué hablar, ya tendremos tiempo. Hazte la dormida, como si nadie te hubiera avisado. No te preocupes por mí, tengo dos guardaespaldas muy buenos.

Me dio un beso ligero en los labios y salió volando por la terraza. Yo obedecí órdenes y seguí en la cama como si estuviera dormida. No tardó ni un minuto en abrirse la puerta de un portazo, que hizo que me sentara en la cama del susto. Con una mala leche impresionante, dije:

—Pero ¿qué demonios están haciendo? ¿Qué está pasando y quiénes sois?

Por la puerta entraron varios gorilas, entre ellos una mujer. Por último, mi padre e Iván.

—No sé qué le ha picado a tu padre, nena, pero aquí ha traído a un buen puñado de gorilas para que te defiendan de mí, porque otra cosa no me explico —dijo mi amigo—. Sin duda, es la peor noche de bodas que he tenido, eso te lo aseguro.

Miré a mi padre con cara de poco amigos y le dije:

—Fuera de mi habitación y del hotel. No quiero ver ni un gorila por los alrededores. Estás obsesionado y no te das cuenta de nada. Lo peor es que no respetas la vida de los demás. —Tomé aire. El enfado me había sacado de mis casillas—. Estoy rodeada de los que me quieren y, si pasara algo, estoy segura de que protegerían mi vida con la suya. No sé qué te ha alarmado tanto para liar lo que estás liando, pero quiero una explicación y la quiero ya, al igual que quiero a toda esta gente fuera de mi habitación ahora mismo.

Lo miraron y él dio la orden. Uno a uno, salieron de la habitación hasta

dejarnos solos. Nos retamos con la mirada. Me levanté con la sábana alrededor de mi cuerpo y me metí en el servicio para poder vestirme con un poco de intimidad. Al salir, observé que mi padre inspeccionaba la habitación.

—No sé qué es lo que quieres encontrar, pero te puedo asegurar que aquí no está.

—Chloe, temía por ti.

—Pues ya ves que estoy bien, o lo estaba. ¿Me puedes explicar qué está pasando para que rompas la puerta del hotel y entres de estas maneras?

—El padre de Robert me avisó. No encuentra a su hijo y pensábamos que había venido a por ti.

—Pues ya estás viendo que os habéis equivocado. Vuestro empeño por separarnos hizo efecto. Llevo tres años sin saber absolutamente nada de él. Estará ocupado con otras chicas, puede tener la que quiera.

—Estaba equivocado, lo siento.

—Me has alejado de la familia al mandarme lejos y, ahora que estoy aquí, tampoco me vas a dejar disfrutar de vosotros. Ya está bien, papá. Ahora piensa cómo le vas a recompensar a Iván su noche de bodas. Se la has echado por alto.

—Tú no lo entiendes. Todavía corres peligro. Tenemos que estar alerta. La venganza no se lleva a cabo al instante. La venganza se lleva a cabo cuando nadie lo espera y yo no pienso bajar la guardia.

—Lo entiendo, pero han pasado muchos años. Ya no estamos juntos. ¿Por qué crees que todavía estoy en peligro?

—Porque tanto ellos, como su padre y yo, sabemos que está enamorado de ti. Es suficiente para saber que eres una buena manera de hacerle daño. Ya te lo explicamos en su tiempo.

—Pues entiende tú mi explicación. Ha pasado mucho tiempo y soy consciente de que, si me quisiera como pensáis todos que me quiere, digo yo que hubiera tenido alguna noticia suya, y te aseguro que no ha sido así.

—Lo que me estás contando ellos no lo saben.

—Me da igual lo que piensen. Estoy en la boda de mi mejor amigo y me gustaría disfrutar del momento. ¿Puedes dejarme tranquila? Dame un día de descanso, por favor, te lo pido por él, por Iván. No creo que se merezca esto

el día de su boda. Cuando salgamos de aquí, me puedes poner a tus gorilas otra vez.

—De acuerdo. Pero cuando salgas de este hotel, estarán esperándote.

—Vale.

Y salió sin un adiós. Al rato, llamaron a la puerta e imaginé que era Iván, pero me equivoqué. Era mi camarero favorito, que me traía el desayuno. Entró y me sirvió una manzanilla con una bolsita de tila, sabía que la necesitaría. Con el trasnoche de la boda, la mezcla de bebidas, la pasión vivida al amanecer y por último la intromisión de mi padre en lo mejor de mi sueño, se me había revuelto el cuerpo un poco.

—Ya está todo tranquilo. Desayuna, pequeña. Por cortesía de tu padre, debes mudarte a otra habitación para que puedan arreglar la puerta.

—Después de desayunar, lo cambio todo. ¿Me acompañas?

—Lo siento, cielo. Desayuné en la cocina mientras se pasaba todo. Es lo bueno de ser camarero. Tienes acceso a todos los escondites del hotel, a sus cocinas y a la lavandería.

—¿Qué escondites hay en el hotel?

—Es un secreto profesional, pero algún día te los contaré. ¿Estás más tranquila?

—Sí, pero tengo un poco de miedo. No sé a qué ha venido lo de mi padre. ¿Me lo puedes explicar?

—Es sencillo. Mi padre quiere dar con mi paradero para que vuelva. Van a dar un golpe gordo y quiere que participe. Soy muy bueno en todo, que le vamos a hacer. Tu padre le comunicó que estabas aquí, que venías a una boda y que le mandara dos hombres para protegerte.

—Mi padre puso al tuyo en alerta.

—Exacto. Los gorilas, como tú les llamas, están aquí por mí más que por ti. Aunque están matando dos pájaros de un tiro. El trabajar aquí es una buena tapadera, paso más desapercibido. Llevo dos meses trabajando y me quedaré un tiempo más. Así no levanto sospechas.

—Te confieso algo.

—Dime, pequeña.

—Con las pintas que tienes, estoy segura de que ni tu padre te reconocería.

—Con que me reconozcas tú, tengo de sobra. Señorita, sigamos por donde lo dejamos.

—¿Crees que no te reconocieron anoche?

—No te preocupes, sé cuidarme solo, te lo aseguro. Ahora, si me dejas, cuidaré de ti.

—Si por mi fuera, me cuidabas toda la vida, pero no sé cómo lo vamos a hacer. Una cosa me ha quedado clara y es que no nos van a dejar estar juntos.

—No pienses en eso, todo se irá resolviendo. Ahora déjame estar contigo el tiempo que has ganado y disfrutemos de nuestra compañía.

Mientras yo desayunaba, recogió mis pocas pertenencias y las mudó a la nueva habitación. Cuando acabé, me dirigí allí. Al entrar, estaba tocando el agua para comprobar que estaba a buena temperatura. Se giró y, con una mirada felina, me quitó la ropa. Entre beso y beso, la ropa fue cayendo y nos sumergimos en esas aguas burbujeantes.

—¿Le has echado esencia de vainilla?

—No sabía si echar esta o la de frutas del bosque, que sé que también te encanta.

—Nunca se te olvida nada.

—Tengo buena memoria y más si se trata de mi chica.

—Eres el mejor.

—Déjame enjabonarte.

—Soy toda tuya.

Le dejé hacer y disfruté con cada roce. Cuando acabó con mi anatomía, le quité la esponja y le enjaboné cada centímetro de su cuerpo. Hasta ese día, no me había dado cuenta del montón de cicatrices que marcaban su piel, que fui besando una a una. Eran demasiadas, pero no pregunté.

—He tenido una vida complicada, Chloe.

Y me besó con pasión mientras me hacía el amor. Las lágrimas corrían por su mejilla. Le cogí la cara para que me mirara a los ojos. Se resistió un poco, pero me miró con dulzura.

—¿Qué pasa Robert?

—Te has metido tan adentro de mí que duele y tengo miedo de perderte, eso es todo.

—No me perderás, te tengo a mi lado.

—¿Por qué estás tan delgada?

—Estoy bien. Solo un poco de estrés en el trabajo, pero aquí me estoy reponiendo, de verdad. ¿Por qué no te despediste de mí?

—Me lo prohibieron. Una vez tu padre tomó las riendas, ya no pude acercarme y tampoco lo vi apropiado. También pensé que lo mejor era que tuvieras una vida normal alejada de mí, sin peligros. Pero no he podido. Eres mía. Te he buscado mucho tiempo y di con tu paradero. No viajé por si me tenían vigilado, para no darles pistas. Iván me fue informado de tus visitas a España y de cómo estabas. Cuando venías, iba a verte. Ví tu tristeza en el entierro del pequeño y me rompiste el corazón. Deseé tanto estar a tu lado que no me importaba nada lo que pasara después, pero ahí estaba Iván, parándome los pies para que no cometiera una tontería. Desde luego, es un buen amigo.

—Eso no lo dudes, es el mejor.

Salimos de la ducha, nos volvimos a meter en la cama y nos abrazamos.

—Tienes que descansar, pequeña, tus ojos delatan tu cansancio.

—Pues los tuyos dicen lo mismo.

Me giré para hacer la cucharita y así él podría abrazarme y yo pegarme a él. Nos quedamos durmiendo. No sé el tiempo que pasó, pero desperté sobresaltada; no lo sentía a mi lado. Me giré para buscarlo y allí estaba, mirándome.

—¿Qué haces?

—Mirarte.

—¿Te gustan las vistas?

—Son toda una delicia, las mejores que puedo tener.

—Ven aquí, galán —dije al abrir las sábanas, descubrir mi cuerpo y ofrecerme a él.

—Despertar a tu lado todos los días es lo que quisiera toda mi vida —dijo mientras se acercaba con ojos llameantes de deseo. Me besó dulcemente—. Te haría el amor de mil maneras, besaría tu cuerpo hasta tatuártelo metiendo la tinta de mi amor por tu piel para que quedara marcada por la eternidad, pero nos están esperando, nos tenemos que vestir. Yo entro a trabajar a las nueve. Nos queda poco tiempo, princesa. Fuera de aquí ya encontraremos la manera

de estar juntos.

—Yo hablaré con mi padre y haré todo lo posible para volver a casa.

—No hagas esperar más a Iván. Tus hermanos pueden sospechar.

Me tiré a él para besarlo y, mientras me abrazaba con fuerza, me llevó al baño, me dejó en el suelo y me dio un pequeño azote. Con un guiño de ojos, se despidió de mí:

—Hasta luego, princesa.

Le tiré un beso al aire, que cogió con su mano y se lo llevó al corazón, y salió de la habitación. Como bien había dicho Robert, me estaban esperando todos. Ninguno sabía nada, excepto Iván y Alejandro. Todos tenían cara de cansancio, pero la felicidad que irradiaban era más fuerte y lucían felices. Una vez todos reunidos, los novios dijeron unas palabras.

—No queríamos que esto acabara tan rápido y hemos decidido aceptar la invitación de un buen amigo de este hotel, que nos ha ofrecido una cena ligera, o bien solos o en compañía, y hemos decidido que en buena compañía se está muy bien, que ya tendremos tiempo en el viaje de estar solos.

Iván me guiñó un ojo y enseguida supe quién había sido ese amigo tan espléndido que estaba dispuesto a pagar por tenernos más rato cerca sin levantar sospecha. Se me escapó una risita y me subieron los colores a las mejillas al recordar lo vivido con él.

La velada fue transcurriendo entre conversaciones de todo tipo; algún que otro chiste también salió a la palestra y no podían faltar las anécdotas que habían vivido los novios hasta verse donde estaban. El camarero que nos atendió era sin duda quien captaba toda mi atención. Ante los comentarios de Iván, se reía disimuladamente y, cuando sentía mi risa, le brillaban esos ojazos negros que me tenían locamente enamorada. Alargamos esa cena todo lo que pudimos. Todos estábamos disfrutando mucho y en buenas compañías el tiempo pasa volando.

Alguna que otra vez vi a Robert mirar a unos gorilas que asomaban la cabeza por los cristales de la puerta del salón donde nos encontrábamos. No se acercó a mí en toda la noche. Al contrario, por mi zona de la mesa nos atendía otro camarero, pero solo el vernos y sentirnos cerca nos bastaba. Sabíamos que estábamos vigilados en todo momento y estábamos decididos a

no levantar la mínima sospecha. Con la mirada nos lo decíamos todo.

Pasadas las doce, empezó a haber mucho movimiento fuera. No quise sobresaltarme, pero sabía que algo estaba pasando. Busqué a Robert con la mirada y vi que disimuladamente me miraba, me guiñaba un ojo, me tiraba un beso y, lleno de platos y vasos, se alejaba por la zona de servicio a las cocinas. Ya no volvió más. En su lugar, entró otro camarero. El tenerlo cerca me hacía sentir tranquila, pero alejarse de mí y no verlo me hizo imaginar mil cosas. ¿Lo habrían descubierto y por eso no volvía, o solo se había retirado para no ser descubierto si alguien llegaba a reconocerlo? Las dudas y el miedo empezaron a llenarme la cabeza de cosas e hicieron que me sintiera un poco mareada. Rápido, la atención de todos se posó en mí y pidieron al camarero que trajeran un poco de agua con azúcar porque pensaban que podía ser una bajada de tensión. Obviamente eso no era, habíamos comido muy bien. Fue Robert el que trajo el vaso.

—Por favor, alejaos un poco de ella, dejadle que le dé el aire.

Todos obedecieron y le dejaron hacer. Muy despacio para que nadie nos oyera, me dijo al oído:

—¿Qué pasa, princesa?

—No volvías. Pensé que había pasado algo, he visto el revuelo que hay fuera.

—Por eso me marché. No quiero que me reconozcan y tú estás aquí a salvo. No te preocupes por mí, todo está bien. Necesitas descansar; tienes mala cara y no soporto verte así.

—Solo me agobié un poco al no verte, solo es eso.

—Estoy bien, por eso volví. Tengo cosas que hacer en la cocina, ya no volveré más. Te aviso para que no empiece esa cabecita a imaginar cosas y no me des más sustos. Y, por favor, descansa porque lo necesitas.

—Sí, cariño, descansaré.

—Qué bien suena esa palabra en tu boca. Me excitas con solo escucharte hablar. Lo mejor será alejarme o me pondré en evidencia.

—Te la diré una y mil veces, cariño.

Se acercó Iván por detrás de Robert.

—No puedes seguir aquí más tiempo, cielo. Tienes mala cara así que nos

vamos a casa. Todos necesitamos descansar. Yo esta noche me quedaré en una *suite* que me ha regalado tu lindo padre como pago a la noche de bodas desastrosa que hemos tenido.

—Espero que esta noche lejos de todos sea mucho más explosiva.

—¡Ay, cielo! Con el retraso de sueño que llevamos, no sé qué decirte. Sea como sea, lo disfrutaremos, eso no lo dudes. Ya sea amándonos o abrazándonos o al escuchar los ronquidos el uno del otro.

—Pero qué romántico eres, Iván —dije yo entre risas.

—Tengo que irme o levantaré sospechas. Cuídate y mañana te llamo.

—Te echaré de menos.

—No dudes ni un momento que el sentimiento será mutuo.

Se levantó y se alejó. Iván esperó a que él se fuera y mientras me ayudaba a levantarme dijo en voz alta:

—Creo que todos necesitamos descansar, en especial esta muchachita que tanto adoro, pero que su cara me dice que está agotada.

Todos afirmaron sus palabras y nos fuimos despidiendo unos de otros. El avión de los novios a las Maldivas salía a las ocho de la mañana. Todavía tenían algunas cosas que ultimar y los demás trabajaban, así que nos despedimos de los novios y nos fuimos a casa. Al llegar, mis hermanos se pusieron a hablar del trabajo del día siguiente. Yo me dirigí a mi habitación. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que llegué a la cama. Mi madre entró justo detrás.

—Chloe, ¿te encuentras bien? Me han dicho tus hermanos que te mareaste.

—No es nada, solo un poco de cansancio, mañana hablamos. Por cierto, ¿la pequeña dónde está?

—Durmiendo, tu hermano no quiere despertarla para llevársela y la van a dejar esta noche. Mañana la tendrás para ti sola.

—¡Oh! ¡Qué buena noticia! Ese pedacito me tiene enamorada.

—A ti y a todos. Anda, descansa que en verdad no se te ve bien, me tienes preocupada. Te voy a llevar a ver a un buen amigo que es médico.

—¡Mamá! ¡Qué no es nada!

—Descansa, hija mía.

Me arropó y me colocó la almohada como solía hacer cuando era pequeña,

cosa que me reconfortó. Llevaba mucho tiempo fuera sin el cariño y el cuidado de mi madre y cualquier cosa que me hiciera o dijera me llenaba de orgullo y de amor. Caí en un sueño profundo y tranquilo que me hizo recuperarme para el día siguiente.

Capítulo 19

Los días pasan demasiado rápido cuando estás con las personas que quieres. No deseaba irme. Yo pertenecía a esa vida, a ese lugar, y me obligaban a abandonarlo a pesar de lo que yo sentía. Me paré un poco a pensar y concluí que algo así era lo que debía de sentir Robert cuando lo obligaban a hacer algún trabajo sabiendo que él odiaba esa vida y que no quería hacerlo.

Las charlas con mi madre, los ratos con mis hermanos y los juegos y caricias que me daba mi sobrina me dieron la fuerza que días atrás creía que ya no recuperaría. Estaba repuesta de ese bajón que me había proporcionado el estrés. Mi madre me llevó a un médico, que me registró y dijo que no veía nada fuera de lo normal, pero para salir de dudas me hizo unos cultivos y unas analíticas.

Con Robert estaba más complicado el vernos. Recibí un paquete una mañana en la que todos habían ido de compras. Era un móvil con una tarjeta en forma de corazón que decía:

Antes de tu partida prometo verte, pero ahora mismo lo tenemos complicado. Aquí tienes un móvil nuevo donde te he grabado mi número. Son líneas seguras. No estarán pinchadas y podremos hablar. Ahora estoy trabajando, pero en cuanto salga, te llamaré. Llévalo siempre encima y en silencio para no levantar sospechas, y menos delante de tu padre. Él no debe ver que tienes otro móvil que no sea el tuyo de siempre. Te daré dos toques para que te dé tiempo a alejarte de donde estés. Esperaré un poco y la segunda llamada sí es para que la cojas. Te quiero, princesa.

Ajustamos el tiempo que él libraba con los que la niña estaba despierta y, con la excusa de pasearla, nos veíamos de lejos. Era toda una diversión porque nunca sabía cómo vendría disfrazado. Un día era un cuidador de perros y llevaba cuatro o cinco de paseo, otro día era un pintor de viñetas graciosas, otro día era un payasote y tenía mil niños alrededor de él. Así hablábamos con

palabras cortas y nuestros ojos decían lo demás.

Pero todo lo bueno se acaba. Llegó el día en que tenía que volver. Mi avión salía a las cinco de la tarde. Esa mañana fue mi último paseo por el parque, mis últimas palabras en persona con él, y no pudimos ni darnos un beso de despedida. Mi corazón estaba roto por tener que alejarme de mi hogar y de mis seres queridos.

Si Iván hubiera vuelto con tiempo, sé que habría programado algo para que pudiéramos estar juntos, pero llegaba dos días después de mi partida, con lo que tampoco me pude despedir de él.

Esta vez la vuelta fue terrible. El avión privado estaba ocupado y mi padre sacó un billete de un vuelo normal, pero con pocos pasajeros. Pensé que igual habían comprado los asientos para que hubiera menos gente. Todo el camino fui llorando y las azafatas de vuelo no supieron cómo consolarme. Les pedí que me llevaran a algún asiento que estuviera fuera del alcance de las miradas y poder llorar sin molestar a nadie ni tampoco ser molestada. No sé cuánto tiempo pasó ni recuerdo haberme dormido, pero me despertó el meneo de una mano frágil y suave.

—Señorita, debe despertar, estamos llegando a la zona de aterrizaje y debe ponerse el cinturón de seguridad.

—Sí, perdone. Ahora mismo me lo pongo.

El aterrizaje fue estupendo y a mi regreso no me esperaba nadie. Un pinchazo en el corazón volvió a hacerme sangrar. Yo no debía estar allí, no era mi lugar. Quería volver a casa, con los míos, con mi gente y con mi amor.

Cuando salía por la puerta, un coche pitó al otro lado de la carretera. Era Marcia, que había venido a recogerme, y mi corazón se alegró por fin de ver una cara conocida y querida. Fui corriendo hacia allí, metí mi equipaje en el maletero y una vez dentro la saludé con un buen abrazo.

—¿Qué tal todo por España?

—La boda fue preciosa, mi sobrina está para comérsela, mis padres están rehaciendo su vida por separado, las empresas están muy bien y me encuentro algo más animada y con más fuerzas.

—Un buen resumen con pocas palabras.

—¿Para qué quieres que me enrolle si el final te voy a decir lo mismo?

Marcia estaba de buen humor. Se notaba que estaba contenta con mi llegada. Llevé las maletas a mi habitación y me vibró el segundo móvil.

—Hola, cariño. Ya estoy en casa.

—Hola, princesa. ¿Qué pasa por esa cabecita que noto un poco triste?

—A pesar de haber tenido un buen recibimiento por parte de mi compañera de piso, te echo mucho de menos. Me siento demasiado lejos de casa y de los míos. ¡No quiero estar aquí!

No pude decir más ni tampoco pude contener las lágrimas.

—No me hagas esto, Chloe. Estoy muy lejos para poder consolarte. ¡Dios! Te juro que voy a hacer todo lo posible para que esto acabe ya y vuelvas a casa con los tuyos y a mi lado.

—Estoy deseándolo.

—Pequeña, tus sueños se harán realidad.

—¡Mmm! Si yo te contara mi sueño de ahora mismo...

—Puedes contármelo. Es más, te animo, o más bien te obligo, a contármelo.

—Llegar a mi cama y encontrarte en ella para poder rodearme con la seguridad que tus brazos me dan. Adentrarme en una noche de pasión y subir al cielo para tocar las estrellas junto a ti. Hacer que con tus besos me hagas olvidar que el mundo existe, enredarme en tu cuerpo, impregnar mi piel con tu dulce aroma y no soltarte jamás.

—Ten cuidado con lo que desees. Igual te arrepientes de tenerme tan pegado a ti. Pronto haré que tus sueños sean realidad y los grabaré en tus recuerdos de por vida. Por desgracia, la realidad en este momento es la distancia. Tenemos que llevarlo lo mejor que podamos. Hablaremos las veces que tengamos que hablar para sentirnos cerca el uno del otro. ¿Entendido?

—No nos queda otra. Tengo que dejarte. Mi compañera de piso está preparando la cena y me está esperando. Te quiero, Robert.

—Sueña conmigo, princesa. Es la única manera de sentirnos juntos en estos momentos. Te echaré de menos.

Colgué el teléfono y me quedé mirándolo un rato con mil lágrimas corriendo por mis mejillas. Intenté recuperarme para poder salir, pero por mucho que hiciera se notaba que había estado llorando.

—¿Qué te pasa, Chloe? ¿Te encuentras bien?

—Sí. Es solo que echo de menos a mi familia.

—Te entiendo, pero aquí estoy yo para cuidarte, así que vamos a comer, que sigues estando muy delgada. Como película de fondo, ya puedes sacar los videos y las fotos de la boda, que tengo que recrear la vista.

Empezamos a comer a la vez que las fotos y los videos que había grabado iban pasando.

—Yo tuve un amigo así —confesó mientras le hablaba de Iván—, pero alguien se metió en medio y destrozó la bonita amistad que teníamos. De esto hace ya un tiempo y aún me duele pensar lo que pasó.

—¿Puedo preguntar qué os pasó?

—Teníamos un amigo en común que se enamoró de mí y yo le correspondí, pero no comprendió la amistad, unión y complicidad que teníamos. Sus celos lo cegaban. No entraba en razón por más que le explicáramos y luchó con todas sus fuerzas para hacernos la vida imposible y destrozarnos nuestra amistad.

—Lo siento. Si yo perdiera a Iván, mi corazón se rompería en gran medida. Dejaría un vacío demasiado grande. Créeme si te digo que entiendo cómo te puedes sentir.

—Solo te puedes hacer una idea, pero hasta que no lo vives, no puedes ver el dolor y el vacío que te crea la pérdida.

—Pues no pienses más en eso y mira el bombón que sale en las fotos.

La observé mientras veíamos las fotos y vi cómo sus ojos se humedecían cuando salíamos Iván y yo en las fotos. Esas imágenes reflejaban las miradas de complicidad y el cariño que nos teníamos, y comprendí su añoranza perfectamente. No esperó a verlas todas, se levantó con la excusa de llevar los platos a la cocina y ya no volvió. Sé que estaba triste por ese recuerdo; necesitaba su espacio y se lo di.

Yo seguí viendo las fotos y en una de ellas divisé a Robert. Era difícil de apreciar; la foto estaba enfocada en los novios que bailaban y él estaba recogiendo las mesas del fondo, pero en el momento en que se había echado la foto, él estaba mirándolos con una sonrisa. Paré la imagen y la amplí todo lo que pude, ¡lo necesitaba tanto! Mis recuerdos volaron a esa noche en que nuestros cuerpos se habían reencontrado después de tanto tiempo alejados. Con esos recuerdos, me dormí y seguí soñando con él.

El sol me daba en la cara y desperté muy a mi pesar. Las vacaciones se habían acabado y el día a día tenía que comenzar. Todos en el trabajo se alegraron de mi vuelta. Hasta nos juntamos a tomarnos unas cervezas.

Los días y las semanas fueron pasando. Las llamadas tenían lugar a diario, tanto con mi familia como con Robert. Un jueves me levanté con vómitos. No entendía qué era lo que me estaba pasando. Marcia llamó a un médico amigo suyo y vino a visitarme a casa.

Después de hablar sobre mis síntomas, me entregó una prueba de embarazo. Marcia me ayudó para llegar hasta el baño y salió. Transcurrido el tiempo necesario, lo cogí y vi que el resultado era positivo.

No podía creerlo, muchos recuerdos vinieron a mi mente. No sabía si pegar saltos de alegría o llorar porque me sentía tan mal que pensé que también iba a abortar. El miedo a perderlo me paralizó por completo; era mi bebé y de mi amor. Aunque no era buscado, sabía que sí era querido.

—¿Qué pasa, Chloe? —preguntó Marcia.

—Estoy embarazada, pero tengo muchísimo miedo de perderlo.

Mis ojos transmitían miedo, alegría, emoción, pánico. Era tal el cúmulo de emociones que le pedí unos minutos a solas. Salió del baño con una cara mucho más blanca que la mía, que ya era un decir.

Cuando pude recomponerme un poco, me levanté e intenté ir sola a mi habitación, pero unas voces acompañadas de un llanto que provenían del salón llamaron mi atención y me acerqué a ver qué pasaba. Marcia lloraba mientras hablaba con el médico.

—¡Ya no puedo más! No voy a seguir haciéndolo. Está embarazada y lo perderá. Por favor, dejadme ya.

—Yo acato órdenes, como tú. Eso debes decírselo a él.

—Es muy buena persona y no me lo perdonará nunca.

No entendía a qué se refería. Quería escuchar mejor e intenté acercarme más, pero mis piernas no aguantaron más y caí al suelo. Rápido, reaccionaron y me cogieron para llevarme de vuelta a la cama.

—No tienes fuerzas. Tienes que reponerte. Te mandaré unas vitaminas y te haré una analítica para ver por qué estás tan débil. —Marcia lo miró con cara

de asombro—. Le daré estas pastillas para que duerma y cuando despierte se encontrará mejor.

Hizo que me la tomara delante de él y poco a poco fui durmiéndome. Cuando se fue pasando el efecto de la pastilla y pude abrir los ojos, comprobé que mi móvil ya no estaba en la mesita; se lo habían llevado. No sabía la hora que era ni el tiempo que había pasado durmiendo, solo sabía que me encontraba un poco mejor que antes, pero las náuseas volvieron de pronto. Tenía que decírselo a Robert.

—Chloe, ¿estás despierta? —dijo muy despacio Marcia. Solo hice un pequeño ruido como respuesta—. Voy a salir a comprar algo de comer y unas medicinas que te mandó el doctor. Volveré todo lo rápido que pueda. No quiero que estés sola, ¿de acuerdo?

Le volví a contestar con un pequeño ruido como aceptando lo que me decía. Estuve atenta hasta que sentí la puerta principal cerrarse. Me levanté al servicio para poder asearme un poco, aunque muy mareada. Volví a la habitación y busqué el móvil para hablar con Robert. Cuando lo cogí, tenía unas cinco llamadas tuyas.

—Hola, princesa. ¿Cómo te encuentras? Me tenías muy preocupado. Te llamé unas cinco veces y no me contestaste. Te tengo en mis pensamientos a todas horas y, al no obtener respuesta tuya, pensé que te había pasado algo.

—Hola, Robert. Yo también te echo de menos. Estaba durmiendo, por eso no te contesté. Quiero verte la cara, necesito verla. Podríamos hacer una videollamada.

—Claro que sí, princesa. Dame un minuto que me aleje para estar solo.

—¿Dónde estás?

—Trabajando, pero tengo media hora de descanso.

Y colgó. Volvió a sonar el móvil y esta vez era la videollamada. Cuando vi su cara en el móvil, mis ojos se inundaron de lágrimas. ¡Dios mío! Cuánto quería a ese hombre.

—¿Qué pasa, princesa?

—¡Robert, te necesito tanto!

—¿Te encuentras bien? Te veo con muy mala cara. Dime la verdad, estamos muy lejos y tengo que saber qué está pasando. Chloe, no quiero mentiras.

—Tengo algo que contarte. Últimamente me he sentido un poco indispuesta. La causa es lo que está dentro de mí. ¡Nuestro bebé!

Su cara entre asombro, preocupación y susto, me alarmaron.

—Robert, ¡dime algo, por Dios! ¿Qué te pasa? ¿No quieres que lo tenga?

Solo de pensarlo me dolía.

—¿Un bebé? ¿Estás embarazada?

—Nuestro bebé, Robert, ¿no te hace feliz la idea?

—Princesa, es la mejor noticia que he tenido en toda mi vida. ¡Nuestro bebé! ¿Y por qué tienes tan mala cara? Nunca te había visto así, no creo que sea normal que un embarazo te tenga tan pálida y demacrada.

—No retengo mucha comida en mi estómago. Lo normal de los embarazos, pero poco a poco estaré mejor. El doctor me recetó unas pastillas para que las náuseas cesen.

Era mentira. Solo lo dije para que no se preocupara.

—Chloe, esta situación tiene que acabarse. Te necesito a mi lado, cuidar de ti en cada momento. Es una agonía cada minuto que paso sin ti y ahora más que nunca quiero vivir cada minuto del crecimiento de nuestro hijo.

—Lo sé, cariño. Yo lo siento igual y ahora te necesito más que nunca, pero de momento no puede ser.

—Ese momento ha de acabar. —Se escuchó un móvil de fondo—. Tengo que dejarte, princesa. Más tarde volveré a llamarte, os quiero, mis vidas.

—Nosotros también te queremos.

Colgó rápido. No vio las lágrimas que salían de mis ojos. Guardé el móvil en un buen lugar y volví a dormirme.

Capítulo 20

Robert

—¿Dígame?

—Roberto, soy Ana, la madre de Chloe. Estoy preocupada por ella. La llamo y no me coge el teléfono. Su padre tampoco me coge el teléfono y solo puedo acudir a ti. Necesito verte. El doctor me ha dado los resultados de la analítica de Chloe y hay algo preocupante.

—¿Estás en casa, Ana?

—Sí, claro.

—Voy para allá.

Hablé con el capataz del hotel y pedí permiso para salir antes de tiempo. No hubo ningún problema. Mi cabeza iba a mil por hora. ¿Por qué tenía tan mala cara Chloe? Por un embarazo no se tiene la cara que ella tenía. Sabía que había algo más en todo aquello. Y, ¿por qué no nos cogía el teléfono? Estaba claro que algo me estaba ocultando. Cuando llegué a casa de Ana, su cara no era menos preocupante.

—Bienvenido, Roberto. Te habrá extrañado mi llamada. Pasa, hijo, pasa.

—Dígame que pasa.

—Hace unos días me llamo Chloe. La noté un poco rara. Quizás otra vez cansada o enferma, no sé exactamente. Le pregunté y no me quiso decir nada, pero sé que algo me está ocultando. Lo que sí me dijo fue que, si presentía algo raro, o me sentía observada o seguida, o tenía algún problema, llamara a este número. Que no llamara a su padre, cosa que me ha extrañado todavía más. No sé muy bien quién eres, pero sí sé que ella te tiene mucho aprecio y que si me ha dado este teléfono es porque confía en ti, así que yo también lo haré. El otro día me llegó el resultado de la analítica de ella con las indicaciones del doctor. No las entendí muy bien, así que llamé a una amiga que es enfermera y me explicó qué significaba. Los resultados fueron algo alarmantes porque estaba todo alterado y había una alta cantidad de metales

pesados en sangre, específicamente oro.

—¡Oro! ¿Oro en la sangre? Creo que la están envenenando. Tienes que ayudarme. Tengo que saber exactamente dónde está Chloe. Yo tengo algo que contarte también. Hace un rato hablé con ella y nos vimos a través de una videollamada. Su aspecto me alarmó. Estaba demacrada, con unas ojeras demasiado marcadas, y apenas podía hablar. No quise preguntarle para que no me colgara, pero me tiene muy preocupado. Ya no solo por ella, sino también por el bebé que espera. Vamos a ser padres. No quería decírtelo yo, pero después de ver estos resultados no tengo otra opción. Te voy a ser claro y sincero: amo perdidamente a tu hija y daría mi vida por ella. He intentado alejarme de ella, pero me ha sido imposible. Tanto mi padre como tu exmarido han intentado por todos los medios separarnos, ya te explicaremos más en otro momento. Ahora es mejor que no sepas más, no puedo perder más tiempo sabiendo que la están envenenando y que su vida y la de nuestro bebé corren peligro por mi culpa. Hay alguien que quiere hacerme daño y ha buscado la manera de hacerlo a través de ella. Necesito que me digas dónde se encuentra, no hay tiempo que perder. A nuestro regreso te contaremos todo. Mientras tanto, intenta contactar con ella, pero no le digas que lo sabes, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Solo te pido que me tengas al tanto. Es mi hija, ¿lo entiendes? Aquí tienes la dirección. El otro día, después de pedírsela mil veces a su padre, me la dio para que pudiera mandarle este paquete con algunas cosas. ¡Tráemela viva! Ya pasó una vez por esto y no quiero ni pensar que pueda pasar de nuevo.

—¿Cómo que ya pasó por esto una vez? ¿A qué te refieres?

—Si no te ha contado nada, creo que yo no soy la más indicada para hacerlo. Debes preguntarle a ella.

—De acuerdo. No tengo tiempo que perder, te llamaré en cuanto esté con ella.

Salí de la casa a toda prisa. Empecé a movilizarlo todo. Llamé a mi padre y a todos los compañeros que trabajan para él. Al fin, mi padre comprendió lo importante que era para mí Chloe y, al saber que iba a ser abuelo, su gran sueño, no dudó en remover cielo y tierra para dar con el paradero de Aitor.

Al llegar al aeropuerto, ya tenía el avión esperándome y a John dentro de él.

No quería dejarme solo. También se había traído a Eva; no se separaba de ella y le había enseñado a defenderse por sí sola. Al menos él había luchado por su amor y al final había salido ganando.

Nunca se me había hecho un viaje tan eterno. La cabeza me iba a mil por hora mientras planificaba y miraba el mapa de la ciudad para conocer las calles. Pero lo que más me ocupaba la mente era la imagen de mi amor demacrado y enfermo. Me partía el corazón ese pensamiento. También era consciente de que, si teníamos algún infiltrado entre nuestra gente, daría el chivatazo y ya no sería sorpresa. Me daba igual; quería actuar con rapidez para que no diera tiempo a prepararse.

Llegamos a Florencia. Allí nos estaban esperando con coches blindados preparados para la ocasión. Mientras nos dirigíamos al piso, les iba contando los planes para acortar tiempo.

—Lo primero que haremos es tantear el terreno. Subiré solo. No sabemos quién la está envenenando ni cuántos de ellos están vigilando nuestra llegada. Ponedme un botón espía con micrófono incorporado y el correspondiente en el oído para poder comunicarnos. Las palabras clave serán «creo que está lloviendo». Ese será el detonante para que entréis a saco. Mientras tanto, estad pendientes a cualquier conversación que tenga o se vea. La furgoneta dejadla algo alejada de la zona y estacionad el otro coche en el aparcamiento de la esquina. Si veis que no hay cobertura, como suele pasar, dirigíos al parque más cercano y camuflaos entre los árboles.

—Tranquilízate, todo saldrá bien.

—John, si ella muere, yo muero con ella, así que ayúdame a vivir.

—Qué dramático eres algunas veces. ¿Cuándo no hemos conseguido nuestro propósito?

—Solo espero no llegar demasiado tarde. Esto tendría que haberlo hecho el día que la separaron de mí. Si le pasa algo, no me lo perdonaré jamás.

—Venga, cambia esa cara de preocupación y vamos a la acción.

—Tienes otro coche más discreto y preparado con todos los lujos en esa esquina. Toma las llaves. Será con el que te vas a mover por la ciudad. Es ese Audi negro.

—John, gracias por todo.

—Déjate de cumplidos y tráeme a mi sobrino y a la mujer que te tiene tan hechizado. Vete y no pierdas más el tiempo.

Me dejaron a dos calles y fui andando. Llegué al piso. Por suerte, la puerta de la entrada estaba entornada. Eso me ayudó para el efecto sorpresa. Llamé y esperé a ver qué pasaba. La puerta se abrió con el seguro de la cadena echado. No di tiempo a que reaccionara; empujé con fuerza para que se abriera y allí estaba ella. No me lo podía creer.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí.

—¿Dónde está Chloe?

—En su habitación, pero ¿de qué conoces tú a Chloe?

—¿Cuál es su habitación?

—La segunda puerta a la derecha.

—¿De qué conoces tú a Chloe?

—Eso no te importa.

Ignoré su respuesta y entré como un rayo en la habitación. Me daba la impresión de que a cada minuto se alejaba más de mí.

—¿Chloe, mi amor! Despierta. Estoy aquí. Vamos, princesa. ¡Háblame!

—«Amor», «princesa». Robert, ¿quién es Chloe para ti? —intervino ella.

—Todo, la persona que me ha robado el corazón. ¿Qué haces tú aquí? ¿Todavía estás bajo las faldas de Aitor?

No respondió. Miré para atrás y estaba hincada de rodillas mientras lloraba desconsolada.

—¡Perdonadme! ¡Perdonadme! ¡Perdonadme!

—¿Qué te tengo que perdonar? ¿Qué has hecho?

Yo solo sentía voces lejanas a mi alrededor.

—¡Llévatela! ¡Corre! Llévatela lejos a alguna clínica que tengáis en vuestro poder. ¡Sálvala! ¡Por favor, sálvala! Corre antes de que lleguen. Están de camino.

—¿Quién? ¿Para quién estás trabajando?

—¡Vete! ¡Corre! Ya no me importa nada, Robert. Solo lo hacía para salvar a mi hijo.

—¿Tienes un hijo?

—Algún día te lo explicaré todo.

—¿Tu hijo corre peligro?

—Sí. Ellos me obligaron a hacerlo. ¡Lo siento! No sabía quién era y menos que era tu pareja.

—¿Tú eres la que está envenenándola?

—Me obligaron. ¡Vete ya! ¡Llévatela!

—¿Y qué será de ti?

—Ya qué importa. Sé que ella está embarazada.

—¿Ellos lo saben?

—El doctor, sí. Le pedí que no dijera nada, pero no te lo puedo asegurar.

—Sal un momento de la habitación, por favor.

—De acuerdo.

Una vez se fue, hablé por el micro.

—Chicos, hay cambios de planes. Tenéis que llevar a Chloe a la clínica donde trabaja Marco y que la ingrese e intente salvarle la vida. No perdáis tiempo, que vienen a por ella. Conmigo os quedaréis cuatro, entre ellos, John. Todos escondidos por la casa. Tenemos que proteger a Natalia. Tiene mucho que contarnos.

Cinco minutos y ya se estaban llevando a Chloe. Natalia solo lloraba en una esquina y observaba los movimientos. John se acostó en la cama de Chloe para hacerse pasar por ella. Los demás se desplegaron por el piso y se escondieron. No sabíamos cuántos vendrían.

—Tienes que serenarte —le exigí a Natalia—. No tienen que notar nada. Lávate la cara. Cuando pase todo esto, hablaremos.

—¿Te he echado tanto de menos!

—Y yo, pero haz lo que te digo.

—Solo te pido que me perdonéis.

—Venga, déjalo para luego. Saca tus dotes de interpretación e intenta salvar la situación. Creo que nos lo debes.

Estábamos todos buscando nuestro lugar cuando la puerta se abrió. Se escucharon cuatro pisadas, por lo que deduje que eran dos personas.

—Creo que ha llegado el momento de mandarle las fotos al interesado para que vea cómo esta su amada.

—¿Es necesario?

—Por supuesto.

—¿Sabes que, en cuanto le lleguen, lo tendrás tras de ti?

—¡Claro que lo sé! Ya va siendo hora de vernos las caras y de pasar a la acción. Tenemos muchas cuentas pendientes.

—Natalia, ¿dónde estás?

—Estaba aseándome. ¿Queréis algo de beber?

—Tráenos un whisky.

—¿Dónde te has llevado a mi hijo?

—Pronto lo sabrás, gatita. Si todo sale bien, serás recompensada.

—Sabes de sobra que no quiero tu dinero, solo a mi hijo.

—No te pongas chula, que sabes que es tanto mío como tuyo.

—Un padre no toma a su hijo como rehén y moneda de cambio para tales fines.

—Tú qué sabrás, zorra.

Y le propinó tal guantazo que no me quedó más remedio que entrar a la acción.

—Qué pena, Aitor. Nunca has sido suficiente hombre. ¿Pegar a una mujer?

El aludido miró a Natalia con tal odio que ella cayó de rodillas al suelo.

—¡Putra zorra! ¿Me has vendido? No verás a nuestro hijo jamás. Y tú, príncipe, tampoco saldrás vivo de esta habitación.

Intentó sacar la pistola, pero mis compañeros salieron de sus escondites. A continuación, los redujeron y los ataron.

—Creo que esta historia ha llegado demasiado lejos. Tus supuestos celos te han vuelto un ser bajo, mediocre y vengativo. Tal es tu odio que no te importa matar personas inocentes y, por lo que veo, tampoco jugar con la vida de tu propio hijo.

—Veo que me conoces bien, Robert. Soy capaz de eso y de mucho más.

—El Aitor que yo conocía era fiel, honesto y se podía hablar y contar con él. Era razonable y feliz. Estoy seguro de que es de esa persona de la que se enamoró Natalia, no de esta persona fría, malvada, rencorosa y sangrienta que tengo delante de mí.

—¡A esa puta ni la nombres!

—¿Qué te hicimos para que nos tengas tanto odio? ¿Tan poco confiabas en tu mujer para intentar matarla? ¿Qué es lo que quieres? —dije fuera de mí.

—Ver que sufres como yo sufrí al ver que mi mujer se moría por ti.

—¡Eso es mentira y lo sabes! Te lo he explicado miles de veces. Nunca tuvimos ninguna aventura. Pero eres tan idiota que no entendías nuestra amistad.

—¡No me hagas reír! A la primera de cambio corría a tus brazos para que le consolaras.

—Eso es lo que hace un buen amigo con el que te has criado toda tu vida, ¡idiota! —gritó Natalia—. Y si corría hacia él era porque tú mismo lo provocabas al hacerme tan desdichada. Si te hubieras portado como un hombre, nada de eso habría pasado. Estás en la más mísera soledad; solo tus secuaces, a los que les pagas, son capaces de soportarte. Hasta tu padre te ha repudiado por las veces que le sabotaste los trabajos con tal de echarle la culpa a Robert. Hiciste que dos hermanos se enfrentaran por tus mentiras y lo que nunca reconocerás es que por tus celos y tu egoísmo cometiste el error más grande.

—¿A qué te refieres ahora?

—Nunca te lo he dicho, pero ya es hora. Crees que no te vio nadie la noche de la gran huida, cuando estábamos en la cena y llegaron los policías, pero no fue así. Ví cómo intentaste matar a Robert, con la mala suerte de que tu madre también te vio y la bala que iba destinada a tu enemigo fue al cuerpo equivocado. Siempre has culpado por ello a Robert, cuando el único culpable fuiste tú y tus malditos celos.

Su cara pasó de la sorpresa a la ira en décimas de segundo e intentó soltarse de sus ataduras. Como no pudo, se levantó de la silla, fue hasta ella como una fiera y le propinó un cabezazo que le partió el labio.

—¡Calla, zorra! ¡Calla de una vez!

—Viste cómo agonizaba y no moviste un dedo por ella. ¡Era tu madre y no te moviste! Le echaste la culpa a los policías que disparaban para intentar atraparnos. Las circunstancias te vinieron de lujo, pero ese suceso te marcó para siempre y te convirtió en el monstruo que eres ahora.

De pronto, intentó ahogarla con sus fuertes manos. Los ojos de ella

suplicaron que lo dejaran hacer, pero me adelanté y disparé. Ella seguía siendo mi mejor amiga y la defendería a capa y espada.

El disparo solo lo ralentizó. Tanto era el odio que sentía en ese momento por escuchar la verdad que seguía apretando el cuello de aquella joven a la que según él tanto había amado.

Volvió a escucharse otro disparo, pero este provenía de la puerta. La Policía había llegado. Fueron ellos los que acabaron con la vida de Aitor. Solo vieron a un hombre maltratando a su mujer y a los demás vecinos que intentaban ayudar —que sutilmente guardaron sus pistolas. Me acerqué a ellos para intentar ayudar a levantar a Natalia, pero la mano de Aitor me cogió el pie.

—Has salvado a Natalia, pero no salvarás a Chloe.

—Ella está fuera de peligro y nuestro hijo, también.

—¡Sabes que eso no es así! Tus ojos te delatan.

Sus ojos transmitían todo el odio que sentía hacia mí y la sonrisa de la venganza se quedó grabada en su cara incluso una vez la muerte se apoderó de él.

Miré para todos lados. Con la mirada le pedí ayuda a John, que accedió sin dudar y salimos hacia el hospital. No podía conducir, la incertidumbre de no saber cómo estaba mi amada y el bebé me había anulado. Los nervios de la tragedia vivida en el piso me habían superado. Al fin y al cabo, Aitor era mi primo y saber que sentía tanto odio por mí seguía turbándome. Lo de mi tía había sido toda una revelación. Nunca comprendería cómo los celos ciegan de tal manera a las personas. Él lo había llevado todo al extremo.

—Date prisa, tengo la sensación de que medio corazón se me está parando.

—No empieces, Robert. Piensa en positivo y no atraigas lo malo. Cuando lleguemos, seguro que Chloe estará estable.

—Presiento algo malo.

Llegamos al hospital, llamé a Marco y rápido vino a buscarnos a la sala de espera. Nos llevó a su despacho y allí nos explicó el estado de Chloe.

—Sabes que la han envenenado muy lentamente. No sabemos todavía el grado de daño en sus órganos. La hemos metido en diálisis para intentar limpiarle toda la sangre. Es un proceso lento, pero esperamos que dé buenos

resultados. En este caso, hemos adecuado la máquina para que quite todo el oro de su sangre. Ella se pondrá bien, pero le llevará un tiempo. Lo que no te puedo garantizar es la vida del bebé. Debo serte sincero: no creo que sobreviva.

—¿Cuándo puedo verla?

—En cuanto acabemos con la diálisis, pero eso la debilitará todavía más, así que vete a descansar y mañana vienes.

—¿Cómo puedes pensar que me voy a separar de ella? ¡Ni pensarlo! Ella es mi vida, y la de mi hijo, según me estas contando, está en peligro, así que no iré a ningún lado. Aquí estaré.

Las horas pasaban muy lentas. No sabía si debía llamar a su madre. Si le avisaba, vendría sin duda alguna. Tendría que ceder el puesto y no estaba dispuesto a hacerlo. Solo le mandé un mensaje diciéndole que todo estaba bien y que no se preocupara. Por fin la puerta se abrió y salió Marco, que me dio acceso para poder verla solo cinco minutos.

Quedé impactado con la imagen que me encontré tras esa puerta. Estaba cubierta de cables enganchados a unas máquinas que pitaban. Entre las sábanas, se veía una cara donde solo resaltaban unas ojeras negras en su blanco rostro. Mi cuerpo empezó a temblar ante tal imagen. La tensión del piso y verla así me bloquearon hasta tal punto que mis piernas ya no me sostenían y caí al suelo. Me arrastré hacia una pared para poder apoyarme y lloré. No podía contener más lo que sentía, tenía que desahogarme de alguna manera o explotaría. Pasado un rato, una vez más calmado, me arrastré como pude para llegar a la cama y tocarla, ¡necesitaba sentirla! El tacto no fue el de siempre; esperaba su piel cálida, pero obtuve una piel casi fría que parecía muerta.

—¡No! —grité.

Rápido, sentí unas manos que me llevaron fuera de la habitación y un pinchazo en el brazo que me relajó casi al instante. Me sentaron en una silla de ruedas y, una vez calmado, me lo explicaron.

—Aunque pienses que está muerta, no es así. Está sedada e inducida a un coma. Hemos creído que era lo más conveniente por si sufre algún dolor. Lo que te he puesto a ti es un relajante un poco alto para que descanses esta noche, porque lo necesitas. No quiero tener a más enfermos que vigilar. No te

preocupes, te voy a dar la habitación contigua a la de Chloe. Así, cuando mañana te despiertes, puedes acercarte a verla, pero te necesito tranquilo y relajado. No me voy a mover de al lado de ella, hazme caso, porque mañana tendrás que hacer la guardia tú y te quiero fuerte y estable, preparado a lo que pueda pasar.

—¿Es que tiene que pasar algo?

—Solo esperamos una pequeña mejoría, pero eso el tiempo lo dirá. John, llévalo, por favor, y no lo dejes solo.

—Me conoces bien. Tú cuida de ella que yo me encargo de la fiera. Si llegara a suceder algo, nos lo comunicas al instante, por favor —contestó el aludido.

Un enfermero ayudó a John a acomodarme en la cama. A las ocho, ya estaban las enfermeras pasando por las habitaciones para tomar la temperatura a los enfermos. Los carros del desayuno chirriaban a lo largo de los pasillos.

Fui despertando; estaba un poco desorientado, pero vi a John en el sofá y el blanco de las habitaciones y enseguida recordé que estaba en el hospital.

— John, ¿dónde está Chloe? ¿Qué hago aquí? ¿Qué me habéis dado?

—Tranquilo, Robert. Anoche tus fuerzas tocaron fondo y el doctor tomó cartas en el asunto. Ahora seguro que estás más repuesto. Chloe te necesita fuerte a su lado para poder transmitirle ganas de vivir.

Abatido y triste, hice lo que se me ordenó. Si le pasaba algo, no me lo perdonaría nunca.

Justo cuando el doctor entraba por la puerta, las máquinas que estaban alrededor de Chloe empezaron a pitar. Estaba pasando algo y me temía que no era nada bueno. El doctor y la enfermera se lanzaron sobre ella, empezaron a desactivar todas las máquinas y se la llevaron a quirófano.

Me quedé inmóvil. Sabía que ese era el final, que ya no la vería más, y no podía seguirlos para darle el adiós. Me negaba a que ese fuera nuestro final. Una mano se posó en mi hombro para que me girara y me dejé llevar por él. Volvimos a la sala de espera, donde los minutos se convirtieron en horas.

Ya había perdido la noción del tiempo cuando la puerta volvió a abrirse y nos dejó ver a un doctor cansado.

—Lo siento, hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos. No hemos

podido salvar al bebé, pero a Chloe de momento la tenemos estable. El aborto ha hecho que pierda mucha sangre y le hemos tenido que hacer una transfusión. Ahora solo nos queda esperar que despierte. Lo siento.

—Todo es mi culpa, si no me hubiera acercado a ella, sería una muchacha feliz y bella cumpliendo su sueño de conducir camiones.

—No te martirices. Sabes que en el corazón no se manda. Has luchado por alejarla, pero no ha sido posible. Ahora creo que ha llegado la hora de decirle a su familia la verdad, por si llegara a pasar lo peor. Deben saberlo, ¿no crees?

Me levanté del sofá y salí a la calle. Fuera llovía torrencialmente y las gotas me calaron de arriba abajo. Lloré la pérdida de mi hijo. Era el fruto de ese amor tan grande que los dos nos profesábamos y que ahora yacía sin vida. Una vez recuperado, marqué el número de mi padre. Necesitaba el apoyo de los míos.

—Hola, hijo, ¿cómo va todo? ¿La has encontrado? ¿Cómo estáis?

Con un nudo enorme en la garganta, hablé como pude.

—Mal, papá, estamos muy mal. Chloe está entre la vida y la muerte y nuestro bebé no ha podido agarrarse a la poca vida de su madre. El primo Aitor ha muerto también.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué infierno estás viviendo? Dime dónde estáis, que vamos de inmediato.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Claro que sí, hijo. Dime qué necesitas.

—No tengo fuerzas para hablar con los padres de Chloe. Ponte tú en contacto y tráelos contigo.

—No te preocupes, yo me encargo de todo y cuando estemos allí nos explicas la situación y todo lo ocurrido.

—Papá, ¡te quiero!

No se escuchó nada al otro extremo, aunque supe que lo había oído.

No habían pasado ni doce horas cuando recibí la llamada de mi padre para informarme de que estaban instalándose en el piso de Chloe y quería que me acercara hasta allí. Lo que no esperaba era encontrarme a toda la familia de Chloe, incluso con Iván.

Sin más miramientos, relaté toda la historia, desde el día en que nos habíamos conocido, pasando por la prohibición de vernos de nuestras familias y cómo, a pesar de todo, nuestro amor seguía latente. Luego procedí a explicar la desgracia que se había cernido sobre nosotros por culpa de Aitor.

Comimos un poco para poder estar preparados y salimos hacia el hospital. Allí nos esperaba Marco para informarnos de cómo estaba Chloe y de todo lo que había pasado. Me apartó de todos los familiares antes de informarles y me dijo:

—Ve a buscar a Margot, ella es la enfermera de esta mañana. No son horas de visita, pero ella te llevará hasta Chloe para que puedas estar con ella un ratito. Luego te comentaré su estado. No pierdas la esperanza, que está demostrando ser una luchadora y tiene ganas de vivir. Háblale, no sabemos si te oye, pero transmítele ese amor que sientes por ella, necesita escucharlo.

—Gracias.

No perdí tiempo. Todo seguía igual, su tez pálida con esas ojeras tan marcadas, las máquinas por todos lados.

—Chloe, princesa mía, estoy aquí. Tienes que volver conmigo, te necesito. Sin ti no soy nadie. Me falta el oxígeno y me estoy ahogando. Todo será distinto, ya verás como sí. Ya no hay peligro alguno, todo acabó.

Una máquina empezó a marcar el ritmo de pulsaciones más agitadas. Eso significaba que lo estaba escuchando. Llamé al botón y en décimas de segundo estaba allí Margot. Tomó sus anotaciones y me preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Marco me dijo que le hablara, que intentara traerla a mí. Creo que me escucha y por eso se alteró. ¿Eso puede ser posible?

—No está probado científicamente, pero nuestra experiencia nos ha demostrado que sí, que en algunos casos el enfermo escucha.

—¿Y eso es buena señal?

—En un principio, te podría decir que sí, pero no te quiero hacer ilusiones. Son momentos de lucidez dentro del coma, ¿lo entiendes?

—¡No tengo otra!

—De todas maneras, sigue hablándole, siempre es bueno oír a la persona amada.

Asentí con la cabeza y volví a su lado. Margot volvió a salir para darme mi espacio. Cogí una silla y me senté a su lado. Decidí contarle que estábamos todos aquí, a su lado, que también había venido Iván. Sabía que eso le iba a gustar, pero ya no reaccionó y las máquinas seguían con el mismo sonido pautado de siempre. Con el roce de su piel sobre mis labios, me dormí.

Las manos de su madre me despertaron con cariño, me levanté y le cedí mi sitio.

—No te vayas —me dijo—. Sé que ella querría que estuviéramos los dos a su lado. ¿Verdad que sí, cariño? Tienes que volver con nosotros y vivir la vida junto a Robert.

Las máquinas no se inmutaron. Le comenté lo que me había pasado hacía un rato y comenzamos una charla entre los dos, como si nos conociéramos desde siempre y como si ella nos escuchara. Eso fue lo que empezamos a hacer día tras día; contábamos anécdotas e historias de lo que nos había pasado en la vida. Los demás familiares se fueron marchando porque después de unas semanas todo seguía igual y no podían desatender sus trabajos por más tiempo.

Necesitaba saber cómo había descubierto Chloe el engaño de su padre y cómo le había afectado a su madre cuando una voz que no conocía llamó nuestra atención. Se escuchó un «hola» bastante apagado. Nos callamos y miramos hacia la misma dirección. Era ella, era Chloe la que con sus lindos ojos nos observaba y preguntaba dónde estaba y qué hacíamos allí los dos.

Rápidamente, nos acercamos a ella, pero nos dimos cuenta de que estaba desorientada y que era absurdo preguntarle nada, así que decidimos llamar al doctor para comunicarle que había despertado y que comprobara los daños que el coma había causado en su cuerpo. Salimos para dejarle su espacio, luego nos informaría de la situación.

Al cabo de una hora, salió con unos informes, que nos entregó.

—¿Es buena noticia que se haya despertado?

—¡Claro que sí! Es la mejor noticia después de tanto tiempo, solo que tiene sus consecuencias el haber estado tanto tiempo en coma. Aquí tenéis los informes y las pruebas que le vamos a ir haciendo día a día para no agobiarla mucho. Os iréis turnando porque ahora os necesita más que nunca. Os explico: su cuerpo está sin masa muscular, por lo tanto, necesitará rehabilitación. He

comprobado que no le ha afectado a la vista, pero sí un poco al habla, por lo que vendrá un logopeda. Hay cosas que no recordará, así que tened paciencia. Sus órganos también han sufrido, por lo tanto, le haremos analíticas cada semana para ver cómo van funcionando.

—¿Podemos verla? —preguntó su madre.

—Ahora mismo está durmiendo, lo necesita. Tiene que ir adaptándose de nuevo a nuestros horarios. Se sentirá cansada y dormirá mucho, pero irá remitiendo y acostumbrándose de nuevo al ritmo diario. Os aconsejo que descanséis un poco, nosotros nos ocuparemos de ella.

—No puedo irme, quiero estar con ella cuando vuelva a abrir los ojos de nuevo, necesito sentirla cerca —reconocí.

—Yo sí me iré —aceptó su madre—. Quiero comprar algo y, sabiendo que está mejor, voy a intentar dormir un poco. No he podido hacerlo en todo este tiempo. Si pasara algo, no dudéis en llamarme.

—Descansa tranquila y no esperes la llamada, porque no va a pasar nada, no lo voy a permitir.

Nos dimos un beso acompañado de un abrazo y cada uno tomó su camino. Me senté junto a Chloe y cogí su mano.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté al ver que abría los ojos.

—¿Qué pasa, Robert? ¿Por qué estas así?

—Han sido unos días muy duros, creí que te perdía para siempre. Me siento tan culpable por todo. ¡Debería ser yo el que estuviera ahí!

—Mírame, por favor.

Me sequé las lágrimas y giré la cara hacia ella.

—No te sientas avergonzado por mostrarme tu dolor, ni te sientas culpable por todo lo sucedido. Las cosas pasan por algo. Da igual que seas tú o sea yo la que está en esta cama, el dolor sería el mismo —dijo—. Lo que sientes por mí es lo mismo que yo siento por ti. Si fueras tú el que ocupara esta cama, entonces sería yo la que estaría rota de dolor. Entiendes lo que quiero decir. La tensión de todo este tiempo sin saber qué pasaría ha cesado, tu cuerpo se ha relajado y tú has estallado en llanto. Te quiero por eso y por mil cosas más. Dame un beso, necesito sentirte.

La besé con delicadeza. Mis movimientos eran lentos, pero necesitaba

beber de esos labios carnosos y dulces que me erizaban la piel.

—Hay algo más que no sabes. —Interrumpí el beso—. Nuestro bebé...

No pude mantenerle la mirada.

—Lo sé, cariño. Nuestro bebé no pudo aferrarse a mí, pero cuando esté totalmente recuperada, podremos tener todos los hijos que quieras.

—¿Cómo lo sabes?

—El doctor me lo dijo. He comprendido que no era su momento —admitió con total entereza—. De la forma en que me envenenaron, estamos casi seguros de que a él también le había llegado y sus órganos se estaban mal formando. No habría llegado a nacer y, si lo hubiera conseguido, habría estado poco tiempo vivo.

—Quiero tener cuatro hijos —dije entre lágrimas.

—Tendremos los que quieras, amor.

—Princesa, eres única, debería ser yo el que te diera fuerza y no al revés.

Capítulo 21

Los días fueron pasando. Mientras hacía rehabilitación, Robert me contó todo lo ocurrido en el piso, que conocía a Marcia, qué había ocurrido en el pasado y por qué les tenía Aitor tanto odio.

El doctor, al ver mi reacción ante mis seres queridos, decidió firmarme un traslado a España para que estuviera con mi gente.

Solo llegar a Málaga, oler la sal del mar y sentir su calor me daba vida. Miré a Robert y a mi madre y les dije:

—¿Podemos quedarnos un par de días? Me encantaría tomar el sol a la orilla del mar, ver los atardeceres junto a la playa, perderme en las aguas que tanto me relajan y tumbarme en la arena con mi libro preferido.

—Tus deseos son órdenes para nosotros, pequeña.

Mi madre sonrió y dijo:

—Cariño, yo me voy a casa. Antonio ha venido a recogernos, pero si es lo que te apetece, no hay ningún problema. Cuando vosotros digáis, venimos a recogeros.

—No te preocupes, yo me encargo de todo. Iremos a casa cuando ella desee. Alquilaré un coche y asunto resuelto.

Cogimos nuestros equipajes y nos despedimos de mi madre y de Antonio. Miré a Robert y le pregunté:

—¿Y ahora dónde vamos?

—A saciar mi sed.

Lo dijo con esa voz suya, tan excitante y morbosa que pensé que me iba a devorar allí mismo. En ese instante, mis pulsaciones se aceleraron y mi cuerpo quiso calmar esa sed, pero aquello no tenía nada que ver con mis pensamientos. Nos dirigimos a un bar cercano, situado en una placeta rodeada de rosales y árboles altos. Nos sentamos en una de las mesas y pedimos algo de beber. La voz de Robert no me engañaba, él estaba tan deseoso como yo de sentir y unir nuestros cuerpos. Su mirada lo decía todo y entonces comprendí

que estábamos rememorando nuestro momento.

—¿Te ocurre algo, princesa? Veo que tus mejillas toman un poco de color hasta ahora perdido.

—Debe de ser el sol del mediterráneo que está dorando mi piel.

—¿Dónde te apetece que nos alojemos? ¿Cerca de la playa o en el centro?

—Lo dejo en tus manos. Sorpréndeme.

—De eso no te quepa duda.

Su voz me hacía arder la piel, su mirada penetrante llegaba hasta lo más profundo de mi ser, pero cuando miré a mis muletas, mis pensamientos pararon. El estar a solas con él me hacía olvidar lo limitados que tenía ahora los movimientos. ¿Y si nunca podría volver a ser la que había sido? ¿Y si se cansaba de esperar y buscaba en otra lo que yo no podía darle en estos momentos? ¿Cuánto tiempo podría esperarme? Me di cuenta de que odiaba mi cuerpo por no seguir mis pensamientos, por no poder complacer ese deseo que ardía en mí, por no poder saciar la sed loca que tenía de él. Odiaba no poder salir corriendo en este momento y huir lejos donde poder desahogarme sola. Sin quererlo, se dio cuenta del rumbo de mis pensamientos. Estaba claro que mi cara había cambiado. Mi cabeza iba a mil por hora y empecé a sentir que me ahogaba. Necesitaba salir de allí y no quería que me ayudara. Me levanté, cogí mis muletas y con ojos suplicantes le dije:

—Necesito estar sola, por favor, déjame ir.

—Aquí estaré. Vuelve a mí, porque te quiero. No seas dura contigo, no estropees lo nuestro cariño. Volverás a ser la que eras. Solo tienes que darte tiempo y, si no fuera así, no me importa. Te quiero a ti y solo estar contigo y poder abrazarte me es suficiente. No te martirices porque no me voy a ir a ningún sitio que no sea contigo.

Me volví para evitar que viera mis brotar lágrimas. Esas palabras me hicieron ver que estaba esperando el momento, él sabía que pasaría. La recuperación era demasiado lenta y las dudas empezaron a brotar en mi cabeza. Odiaba no poder correr para quemar la adrenalina que recorría mi cuerpo. La única manera de desahogarme era convertirme en un mar de lágrimas.

Encontré una callejuela estrecha con unas cajas apiladas y me escondí allí

para dar rienda suelta a mis lágrimas. Perdí la noción del tiempo hasta que sentí una mano sobre mi hombro y me sobresalté. Quise correr y lo único que logré fue precipitarme hacia el suelo, pero esas mismas manos me rodearon e impidieron que llegara a tocarlo. Mi olor favorito inundó mi ser y, tras girarme como pude, me abracé a él y olvidé toda duda. Le amaba y eso no lo podía cambiar. Era suya en cuerpo y alma.

—Creo que ha llegado la hora de dejar de llorar. Deja de martirizarte por algo sin fundamento. Eres una mujer luchadora.

—Creo que tu sabías que esto pasaría, pero tenía que desahogarme para hacer borrón y comenzar con más fuerza.

—Por eso te dejé ir.

—¿Cómo has dado conmigo?

—Te seguí a una distancia prudente. Chloe, creo que para borrar todo el pasado tienes que contarlo todo y sé que hay algo que te atormenta todavía.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes, Chloe.

—No puedo, Robert, está todo muy reciente.

—Por eso mismo te lo digo. Hazlo y te sentirás liberada.

—No creo que sea así. Me da miedo pensar que no voy a poder darte un hijo. En el pasado quedé embarazada en una noche de locura de la que ni me acuerdo. Fue la consecuencia de abusar de ciertas drogas y, como todo en esta vida, se paga de alguna manera. Iba a abortar, pero una vez en la puerta de la consulta no pude separarme de mi cosita y el destino me castigó y lo perdí.

Las lágrimas volvieron a brotar con más fuerza. Solo en pensar que nuestra felicidad no podría ser plena con un bebé nuestro me hundió del todo.

—Pues tienes que verlo de la manera que yo lo veo. Antes tenías en tu cuerpo drogas que seguro le habrían llegado al bebé y no vendría sano, por eso se marchó. Y ahora, Chloe, has estado a punto de morirte. ¿Cómo crees que se podría aferrar a ti? Si lo hubiera hecho, estaríais muertos los dos. Claro que quiero tener hijos, pero si no pueden ser naturales, hay miles de niños que necesitan un hogar lleno de amor. Así que saca a la Chloe luchadora. ¡Ah! Se me olvidaba, vamos, que te voy a demostrar que no estás muerta y que tu lentitud no importa, he visto tu cambio de cara. Te voy a hacer el amor de mil

maneras. Lo único que va a cambiar es que tus movimientos serán lentos, pero eso nos dará tiempo a saborearnos más intensamente. Me tienes muy sediento, coge esas muletas o te llevo todo el paseo en hombros.

—No te atreverás.

—Cógelas y no me tientes.

—Vale, vale.

Esa orden llena de urgencia me encendió de nuevo. Me cargó como si fuera un saco a la espalda y tomó rumbo a la playa. Cuando llegó a la orilla, ordenó:

—Tira las muletas.

Obedecí. No sabía qué pretendía hacer, pero me gustaban esos momentos. Nos introdujimos en el mar, lejos de las miradas de la poca gente que a esas horas allí se encontraba. Mis movimientos eran más ligeros bajo el agua. Me bajó la ropa sin preámbulos, se introdujo en mí y dio un gemido de placer que me llegó al alma. Me había echado mucho de menos. Eso me gustaba y me excitaba.

—¿Me sientes, Chloe?

—Sí.

—Te voy a hacer el amor de la única manera que puedo ahora mismo.

—¿Cuál es esa, Robert?

Necesitaba sentir cómo me necesitaba.

—¡Desesperadamente! Es como me siento después de tanto tiempo teniéndote a mi lado sin poder sentirte y sin saber si iba a poder tenerte entre mis brazos de nuevo.

—Estoy aquí cariño, no me he ido a ningún lado.

Pero ya no me dejó hablar. Sus besos salados me devoraban, sus manos buscaban el roce de mi piel y sus movimientos deseaban encontrar el éxtasis que tanto tiempo nos había sido arrebatado. Nuestros cuerpos empezaron a subir al cielo del placer, nuestro lugar favorito. Fue todo demasiado rápido, nuestros cuerpos estaban hambrientos y no supieron saborearse.

—Me ha sabido a poco, pequeña. Vamos al hotel antes de que el frío de las olas cale tus huesos y seguiré calmando la sed que siento de ti.

Me ayudó a salir de la arena, donde me costaba tanto andar. Llegamos al hotel que estaba en primera línea, muy cerca de donde estábamos. Al entrar en

la habitación, me cargó como los recién casados entran a sus casas y dijo:

—Te ofrezco una nueva vida donde mi prioridad eres tú. Al entrar por esta puerta, dejamos atrás unos episodios duros de nuestra vida y empezamos a escribir una nueva historia llena de dicha. La primera página va a ser una ducha caliente seguida de una cena y una noche de amor donde recuperamos parte de nuestro tiempo perdido.

Así fue. La cena se sirvió en la terraza y la noche fue para no olvidar. Cuando desperté, no podía tener mejores vistas. Estaba durmiendo, abrazado a mí con una sonrisita en sus labios. Se incorporó, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó una cajita envuelta con un lacito rojo. Se levantó, se arrodilló y, mientras me miraba con ojos llameantes de amor, dijo:

—¿Quieres casarte conmigo?

—Robert, yo no estoy...

—Olvida lo que estás pensando. Nos casaremos cuando tú lo decidas y creas que estás recuperada, pero esa no es la respuesta a mi pregunta. Te la haré de nuevo: ¿quieres pasar el resto de tu vida a mi lado?

—Claro que sí, ¡sí, quiero!

Se abalanzó sobre mí, me besó con ternura y pasión y volvimos a hacer el amor. Estaba claro que mi vida había cambiado, que los amaneceres ahora iban a estar llenos de besos, caricias, pasión y deseo. El éxtasis sería nuestro desayuno principal.

—No quiero volver a separarme nunca. Estoy preparando todo para irnos a vivir juntos a la villa que tengo en Marbella, donde estuviste recuperándote la otra vez junto a Iván.

—¿Tan cerca estábamos de casa? Pensaba que aquellas vistas eran del norte.

—Princesa, en Andalucía también hay unas vistas maravillosas y yo te las mostraré.

Y comenzó a hacerme cosquillas y darme besos por todos lados.

Capítulo 22

Dos años después

Cada día que pasaba me encontraba con más fuerza. Las muletas las tiré a los catorce meses. Aunque a veces me daban ganas de abandonar porque no avanzaba nada y el dolor se hacía insoportable, el insistente Robert siempre estaba a mi lado para animarme. Hacía los mismos ejercicios que yo, pero con bastante más peso, me alegraba las vistas y así daba gusto hacer ejercicio.

Un día, después del ejercicio y la ducha conjunta correspondiente, dijo:

—Prepara un equipaje pequeño para dos días, nos vamos de viaje.

—¿A dónde?

—Es una pequeña sorpresa como recompensa por tu buen comportamiento.

—Es que como entrenador no tienes precio. ¿Cuándo partimos?

—En cuanto estés lista.

Me dio un palmetazo cariñoso en el cachete. Estaba feliz por la sorpresa, sin saber el rumbo.

Una vez me anunció que habíamos llegado, no hizo falta que me dijera nada. En cuanto miré por la ventana, reconocí el lugar: me había llevado a mi paraíso, a aquel rinconcito donde hacía mi parada en mis viajes y me llevaban a otro mundo, donde me alejaba de todo pensamiento y solo obtenía tranquilidad.

—Robert, esto es magnífico. No sabes cuánto lo necesitaba.

—Lo sé, princesa. Sé lo que este rinconcito es para ti y por eso estamos aquí.

Me abracé a él y lo besé con todo el amor y el agradecimiento que podía transmitir.

Allí estuvimos dos días maravillosos, llenos de tranquilidad, sol y amor. Me entristecía alejarme de aquel paraíso, pero sabía que siempre volvería.

De vuelta a casa, Robert me vendó los ojos, me llevó a nuestro dormitorio y

allí me quitó la venda. Llamó mi atención una enorme caja con un gran lazo morado que estaba en mitad de la cama.

—Es para ti, es una de las sorpresas que te esperan hoy.

—¿A qué viene esto? No es mi cumpleaños.

—No tiene que ser tu cumpleaños para que te colme de regalos y sorpresas. Pero hoy es tu día, te lo mereces por todo lo que has avanzado, por tu fuerza por seguir adelante, por tu lucha del día a día y porque te quiero.

—Yo también te quiero.

Cogí la caja, quité el enorme lazo rojo que me encantaba y, para dar más emoción al momento, até el lazo a mi cabeza como si fuera una diadema. Le miré y sonreí. Abrí la tapadera y apareció un precioso vestido de gasa color verde botella.

—¿Vamos a alguna boda? —pregunté.

—Es una sorpresa. Solo vamos a una gala donde habrá muchos invitados. Date prisa porque no tenemos mucho tiempo. Vamos, a la ducha.

Puso música de fondo y me cogió en volandas. Nos metimos en la ducha, donde tomó la esponja y me la ofreció para que lo enjabonara. Cuando acabé, me la quitó de la mano para continuar haciendo lo mismo conmigo. Cada roce hacía que mis pulsaciones subieran.

—No tenemos tiempo para devorarnos. Llegaremos tarde, así que sigue tú. Yo salgo ya, tengo que hacer una llamada antes.

—Eso no vale, me dejas a medias.

—A la vuelta acabaré con lo que no he hecho ahora. No tenemos más tiempo, lo siento.

Se quitó la espuma y salió de la ducha. Qué prisa tenía ahora, no entendía nada. Acabé de ducharme, me recogí el pelo en un moño caído al lado y, una vez maquillada, cogí ese magnífico vestido. Me quedaba perfecto. El corpiño, decorado con una pedrería muy fina y perfecta, marcaba una cintura fina. De la cadera salía una seda natural que formaba una falda de volantes sueltos cortados en capas. Al andar, el movimiento de la seda parecía volar. Cuando estaba casi preparada, llamaron a la puerta: era él.

—Ese vestido es perfecto para ti. Estás deslumbrante.

Me ofreció su brazo para cogerme a él. Al salir del dormitorio, sentí un

murmullo que me alertó.

—Robert, ¿quién está abajo?

—Yo no oigo nada.

Cuando giramos en las escaleras y alcé la mirada, vi que todo el salón estaba lleno de gente, mucha gente. Mis piernas se paralizaron, no podía moverme. La mano de Robert, hasta ahora en mi cintura, subió a mi espalda para animarme a seguir bajando. Tanta gente allí aglomerada me hizo enrojecer y creí que si miraba solo al culpable nadie notaría que estaba temblando.

—Creo que estás totalmente recuperada, así que esta será nuestra boda civil.

—Pero yo quiero mi vestido de novia como manda la tradición y elegir la fecha y...

Solo me sonrió. Me empujó para que siguiera bajando hasta un pequeño rellano, donde se paró y, alzando la voz para que todos los invitados le oyeran, dijo:

—Gracias a todos por venir. Es un día especial para nosotros al que no podíais faltar. Hoy por fin uniremos nuestras vidas en matrimonio y para siempre, o al menos eso espero.

Todos aplaudieron y rieron

—Chloe, desde que te conocí no he podido dejar de pensar en ti. Te metiste en la piel que envuelve mi corazón y te hiciste indispensable para vivir. Pasamos muy malos momentos, en los que has estado a punto de perder la vida varias veces. Por ello quise separarme de ti y darte la libertad de tener una vida lejos del peligro y de mí. Pero tenerte lejos me hizo comprender que nunca volvería a vivir, a sonreír y a amar porque tú ya no estabas. Mi vida había perdido todo el valor si no tenía a la persona que hacía latir mi corazón. Estaba volviéndome loco, te veía en todas partes, cada día desesperaba más, hasta que recibí la llamada de un buen amigo que me dio tu localización. Él me iba informando de todo y así te sentía más cerca. Fueron meses de en los que sentí un vacío inmenso y en los que sucedieron muchas cosas que no voy a recordar ahora. Ya todos sabemos lo que pasó. Lo importante es que seguimos estando aquí, juntos, con una Chloe fuerte y bella de la que nunca más me

volveré a separar. Por eso, princesa, solo me queda decirte: ¿quieres casarte conmigo?

No me lo podía creer: la fiesta era para nosotros, era mi pedida de mano oficial seguida, si aceptaba, de nuestra boda civil. No había tenido tiempo de mirar quiénes eran los invitados. Nuestras familias y amigos más allegados eran los que llenaban el salón. Fui mirando las caras de todos, que esperaban una respuesta a esa gran pregunta. Volví a mirar al hombre que había revuelto mi mundo aquel día con su voz y, sin hacerlo esperar más, me abracé a él. Mientras lo besaba, dije:

—¡Sí, sí, sí, sí!

Todos los allí presentes rompieron el silencio con aplausos y silbidos. Él me guio hasta llegar a uno de los jardines, donde había una mesa central adornada con tulipanes de todos los colores. A un lado y otro estaban las sillas para los invitados, también adornados con unos lazos grandes. Cada silla era de un color diferente, como los tulipanes. Estaba todo precioso.

La mesa la presidía el juez don Luis, amigo de mi hermano, que estaba allí presente en calidad de testigo, al igual que Iván. La ceremonia fue sencilla y muy emotiva, y llegó el momento de dedicarnos unas palabras.

—Chloe, sabes lo que siento y lo que hemos luchado, ya te he dicho antes en lo que te has convertido para mí y sin ti ya no quiero vivir, por eso decidí unirme a ti de esta manera, de sorpresa, porque nuestras vidas siempre han sido así: llenas de sorpresas inesperadas. Te quiero y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—Robert, has sido la única persona que me ha enseñado lo que es el amor, para lo bueno y para lo malo. Me enamoraste de la manera más rara en que se puede enamorar a alguien, por ello llamaste mi atención. Lo primero fue tu voz, esa voz cálida, ronca, excitante y dominante a la que me hice adicta, seguida de unos encuentros inusuales que me atraparon día a día, hasta no poder estar sin ti. Los malos momentos los volvería a vivir una y mil veces si al final la recompensa es estar a tu lado. Cómo ya te dije una vez, pongo mi destino en tus manos y deseo que esta vez nos lleve por la senda de la felicidad.

Epílogo

—Venga, Chloe, inclínese un poquito y coja a su bebe con firmeza para que no se le escurra, que lo va a sacar usted misma. Y usted, venga por aquí para cortar el cordón umbilical.

—¡Ay, Dios mío, Robert! Qué calentito está. ¡Es nuestro bebé! No puedo expresar lo que siento al tenerlo en mis manos.

—Póngaselo en su pecho para que podamos abrigarlo y él pueda sentir los latidos de su corazón. Y prepárese porque sale la pequeña, solo tiene que empujar otro poco más. ¿Preparada?

—Por supuesto.

—Robert, le toca a usted sacar a su princesita. Chloe, haga espacio para poner a su pequeña en su pecho.

Tenía a mis dos bebes abrazados, mi corazón rebosaba felicidad al poder sentir por fin lo que era ser madre. Miré a Robert y vi a un hombre totalmente emocionado al admirar la imagen que tenía enfrente: su familia.

FIN

Agradecimientos

Quiero dedicar este libro a todos mis lectores. Sin sus ganas de seguir leyendo mis relatos y, sin su apoyo, nunca hubiera sido posible.

También quiero agradecer a mi familia y amigas por respaldarme siempre con esta locura, animándome desde el primer momento.

La magnífica portada se la debo a la colaboración de tres amigos; Guillermo (el fotógrafo), Marta (mi peluquera) y Eduardo (modelo e hijo de una buena amiga).

Y, por último, quiero dar las gracias a Soraya, porque, sin apenas conocerme, me animó y me ofreció toda la información posible para que no abandonara y dejara mi sueño a mitad de camino.

Laura Castro



Nacida en Terrassa y residente en Andalucía, Laura es titulada en Gestión y Administración de Empresas y actualmente está dedicada a la crianza de sus hijos.

Su afición por las novelas románticas y el apoyo de sus amigas la animaron a perseguir su sueño de escribir su propia novela. Mariposas de Amor salió a la luz en diciembre de 2014. Con su primera novela, la autora consiguió llegar a los corazones de sus lectores reflejando muchas inquietudes de los

adolescentes respecto al amor. ¿Qué nos traerá en esta nueva novela?

Facebook: @Laura Castro Escritora

Instagram: @lauracastro._1



Chloe es una chica extrovertida y decidida que, a pesar de saber lo que quiere, la persigue un pasado complicado lleno de errores que le impide acercarse a los hombres.

Robert es un chico atractivo y seductor con una vida complicada de la que intenta escapar sin éxito.

El destino va a juntar sus vidas de la manera más inusual, y este largo camino que empieza en la carretera no estará exento de peligros para ninguno de los dos.

Robert intentará alejarse para proteger a Chloe. Sin embargo, sus esfuerzos serán nulos en el momento en que alguien del pasado descubra lo importante que es ella para él.

Un romance que nos llevará por diferentes sitios de España e Italia. El amor y el sufrimiento colman las páginas de esta novela hasta el punto de que te harán replantearte si merece la pena luchar para seguir los dictados del corazón.

